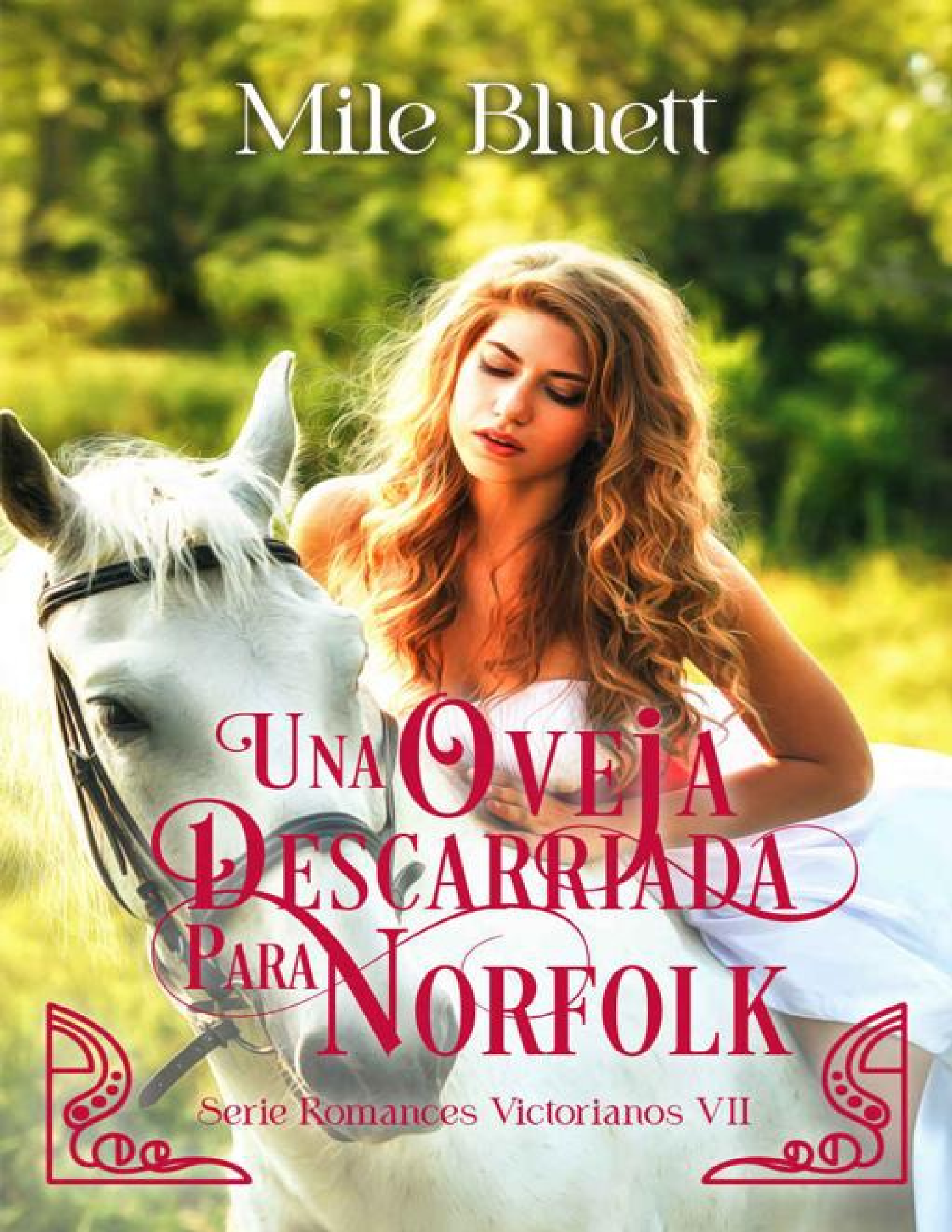




Mile Bluet

UNA OVEJA
DESCARRIADA
PARA
NORFOLK

Serie Romances Victorianos VII

UNA OVEJA DESCARRIADA PARA NORFOLK

ROMANCES VICTORIANOS VII

MILE BLUETT



Título: Una oveja descarriada para Norfolk

Libro 7

Serie: Romances Victorianos

Autora: Mile Bluett.

©Mile Bluett, Julio, 2024.

Banco de imagen: ©Shutterstock

Diseño de Portada: Pamela Díaz

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, la divulgación y de esta por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor. Es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es solo coincidencia.



Índice

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Epílogo](#)

[Próximamente](#)

[Mile Bluett](#)

[Agradecimientos](#)

Sinopsis

Serie Romances Victorianos VII

Una oveja descarriada para Norfolk

¿Puede la llama de la pasión derretir el gélido corazón de un duque?

Desmond Howard, duque de Norfolk, tiene cinco hijas pequeñas que cuidar, la responsabilidad de ser cabeza de familia, y un compromiso de lealtad absoluta con la Corona. No tiene heredero, pero no le preocupa, está preparando al siguiente en la línea sucesoria. Su vida ya está hecha y lo último que desea es complicársela todavía más.

Sin embargo, cuando la reina se entera de que su duque favorito se ha resignado a la viudez y que descarta por completo contraer nupcias para engendrar un heredero, desaprueba su resolución. No lo enfrentará en persona para hacerlo cambiar de opinión, sabe que la astucia es su mejor arma. Así que elige citar a la afamada matrona, lady Abbott, y darle la real encomienda de emparejarlo antes de que termine la temporada. Si no lo consigue, la casamentera más brillante de Londres estará en problemas.

¿Dónde encontrará a una dama, capaz de despertar el instinto cazador del león dormido de Norfolk?

Dedicatoria

Para mis lectoras, que sus corazones sean recompensados con un amor leal y sincero.
Lucha, lucha siempre y levántate cada una de las veces que tropieces. Permítete ser imperfecta,
porque en la imperfección está tu belleza.

Para Coco Star Darcy, mi de inspiración para un pequeño personaje de este libro.



Prefacio

Worcester Manor, septiembre 1857

Toda la vida esperó por ese inolvidable momento, su madre la preparó para su presentación en sociedad como si fuese lo único que importara. Y, sin la promesa de boda en puertas, ahí estaba, mientras huía con su cabellera rubia, batiéndose al viento, sobre el lomo del blanco corcel. Analizaba cómo su primera temporada se extinguió más rápido de lo que llegó. Cuando en agosto los invitaron a Goldenshadow Castle para la cacería del urogallo rojo, estaba convencida de que ese año no encontraría esposo. Su padre rechazó a todos los valientes que pidieron una oportunidad para cortejarla. Ninguno alcanzó las elevadas expectativas de su progenitor.

Dirigía las riendas con maestría con la mano derecha, con la izquierda resguardaba a una criatura rojiza, a la que intentaba rescatar de la jauría que los perseguían. Cabalgó hasta el establo y desmontó lejos de las miradas de otros invitados. No debía estar ahí, su sitio era con las otras debutantes, disfrutando de un té. Pero, ella jamás se cruzaba de brazos cuando era necesario.

Grace Peasly era la joya de su familia. Una joven encantadora, llena de dones en la pintura, el canto, y con un corazón bondadoso para ayudar a quienes lo precisaban. Todos quedaban cautivos ante su presencia y le auguraban un estupendo casamiento. Los padres se sentían muy orgullosos de su potencial en el mercado matrimonial. Sus únicos defectos —según los miembros más estirados de su familia—era ser una lectora empedernida y su rebeldía innata.

Ella no estaba desesperada por casarse, quería alargarlo lo más posible. ¿Para qué correr si lo más emocionante lo viviría esos años de soltería tras su debut? Conocer personas, acudir a los bailes, a los conciertos, disfrutar de una exposición, contener la respiración mientras los caballos disputaban el primer lugar en la Royal Ascot, ver batirse a los remeros en el Támesis con sus fuertes brazos para ganar la copa, recibir flores y atenciones de esforzados pretendientes, participar en conversaciones llenas de risas durante extensas veladas, en las que podía medir su astucia al ganarle un juego de mesa a un arriesgado caballero... La oportunidad de explorar y encontrar al verdadero amor de su vida. Todo era emocionante y nuevo desde que fue presentada ante la reina.

Las señoritas que debutaron a la par celebraban su ingenio, la elegían de amiga. Y los caballeros se volvían locos a su paso. Los atrapa su gracia, su fácil conversación. No era

tímida como el resto, no se paralizaba ante una mirada coqueta. Ponía a cada atrevido en su lugar y le sonreía solo a quien se mostraba respetuoso y parecía un partido con potencial. Ella deseaba encontrar un hombre de rectos valores, leal, inteligente, divertido, de buenos sentimientos. Su madre trataba de explicarle que debía bajar sus expectativas o se quedaría solterona. Ella no aceptaría menos. Deseaba conocer a alguien por quien valiese la pena incendiar su corazón.

Pero en septiembre, comenzó a sospechar que su soltería no se extendería a la siguiente temporada. Gracias a las conexiones de su tío, el barón Leonard Peasly, fueron invitados a la casa de campo del conde de Worcester para la cacería del zorro. Las familias más distinguidas se dieron cita en la enorme propiedad que deslumbraba a todos con su riqueza y su prosperidad. Su padre no fue la excepción y no tardó en llamar la atención del acaudalado aristócrata. Los dos hombres pasaron largas jornadas, encerrados en el estudio del conde, tratando un tema ajeno para ella, hasta que su progenitor decidió revelárselo.

Aún en las caballerizas, su padre la sacó de sus reflexiones. Grace enseguida cubrió con paja a la criatura que refugió en aquel sitio.

—Hija mía, tengo una maravillosa noticia —le dijo a solas.

—¿Padre? ¿Cómo me encontró aquí? —Se sobresaltó ante su presencia. Ella bloqueaba la entrada a una de las cuadras.

—Que no te ponga límites, no quiere decir que ignoro en lo que ocupas tu tiempo —aclaró Ferdinand Peasly.

—Lo dice como si estuviese pecando, yo solo...

—Pequeña oveja descarriada —la sermoneó en voz baja y con cariño, aunque ella detestaba que la llamara así. Ferdinand, como su familia de origen, era muy religioso y quiso inculcárselo a su hija. Por más que tratara de guiarla para que fuese como sus hermanas, Grace poseía una resistencia innata, una que él temía que algún día le trajera problemas. Y, además, estaban esos libros que leía y la alentaban a enamorarse. Debía casarla cuanto antes; y así, ella iba a estar a salvo del pecado que pululaba en el mundo—. Rescataste al zorro, mientras los caballeros y las jaurías están como locos buscándolo. No nos invitaron a Worcester Manor para que sabotearas la cacería.

—Lo siento, padre, yo... —Se movió y dejó ver la bola rojiza de un animal herido de un rasguño en el lomo, el que Grace trataba de curar—. Vino hacia mí, estaba aterrado. Me miró con esos ojazos llenos de ternura... ¿Cómo dejarlo a su suerte? Todavía puede salvarse. Lo soltaré en cuanto guarden a los perros.

—¿No te da miedo acercarte a una criatura del bosque? No entiendo por qué no rehúye de ti.

—Creo que los animales perciben en donde se encuentran a salvo.

—Supongo que sí, algo vio ese zorro en ti. —Ferdinand se esforzó en disimular que él también lo veía. Grace poseía un aura especial que embriagaba todo a su paso, principalmente a su progenitor. Al final, el corazón le daba un vuelco ante sus ojos ámbar expresivos y su ternura. Tenía que ser muy fuerte para no dejarse arrastrar por sus ideas, o terminaría volviéndolo su aliado para rescatar al zorro—. No puedo culparte, mi bien —murmuró comprendiéndola, en el fondo admiraba esa cualidad, la compasión de su alma—. Tu tío Leonard se dio cuenta de que escondiste al animal, me lo hizo saber. No te preocupes, tampoco dirá nada. ¿En serio no te da miedo? —reiteró—. Es un animal salvaje —agregó con un gesto de repulsión.

—Es un ser vivo, tiene derecho como tú y yo a correr en libertad sin volverse el botín de una desigual lucha. Tantos nobles y perros para someter a la asustada criatura. —Puso los ojos en blanco, consideraba la caza un acto absurdo y abusivo.

—Solo intenta que no te muerda. Pronto podrás disponer de zorros, perros, aves y demás animales de la región. Eso si eres inteligente —se extendió y ella entrecerró los ojos, sin comprender a dónde quería llegar—. Ahora, atendamos el asunto para el que te estaba buscando. No puede esperar.

Le contó todo y ella escuchó muy atenta palabra tras palabra.

Grace se quedó atónita cuando su padre le reveló el nombre del caballero que solicitó su mano durante la estancia en Worcester Manor. Y tuvo que sentarse en una silla de hierro en las caballerizas. Las rodillas le flaquearon y casi no soportaron su peso.

Su padre sostuvo sendas conversaciones con el conde de Worcester, fue lo que recordó de golpe. Se debía a que hacían los arreglos... Todo encajaba. «Podría disponer de zorros, perros, aves y demás animales de la región. Eso si eres inteligente».

—Pero, padre... —Trató de oponerse, no estaba de acuerdo. Él no notó la inconformidad en su mirada, se sentía tan emocionado por la posibilidad de emparentar con ese candidato...

—No puedes titubear ante una proposición de esa magnitud. Mi padre fue un barón, pero tú serás condesa.

—Casarme con un hombre como él, no es mi meta. Deseo amar una sola vez en la vida, hallar al compañero ideal.

—La vida real no es como las novelas que lees. Debes poner los pies en la tierra.

—¿Poner los pies en la tierra significa casarme con un viejo?

—Grace, respeta a su señoría.

—Papá —bufó—. Ese caballero tiene un hijo dos años mayor que yo —agregó con la voz tomada. ¿Por qué su madre no estaba ahí para apoyarla? Nora era amorosa, comprensiva, le ayudaría a convencer a su progenitor de su gran error—. Cuando noté el tono de la conversación, creí que me iba a decir que el conde solicitó mi mano en nombre de su heredero. Pero, ¿en el propio? Tampoco es que me guste el primogénito; sin embargo, hubiese puesto menos reparos. Lord Worchester es mayor, incluso que usted.

—De todos los que han solicitado cortejarte es el título más antiguo y de más jerarquía.

Lord Peasly —Leonard— y Ferdinand eran muy unidos. Tanto que el barón era padrino de Grace y sus hermanas. Por consiguiente, la dote de Grace era muy generosa. Ferdinand se esforzó para que cada una de sus hijas poseyera una de gran valía económica. Leonard colaboró para que sus sobrinas pudiesen realizar estupendos matrimonios.

Y, aunque la dote era importante, ella no era la hija de un lord y quizás por ese detalle, no llegaron propuestas acordes a las expectativas de Ferdinand. O, tal vez, el señor Peasly no aguardó un tiempo prudencial hasta que apareciera un pretendiente con mejor posición y se encandiló con las intenciones del conde de Worchester.

—¡No me casaré con él! —lo retó con los brazos cruzados. Su mente solo pensó en el otoño, en el cercano otoño y no quiso dejar espacio para nada más.

—Te espero en los aposentos que comparto con tu madre, para ponerte al corriente de todos los detalles. La boda será pronto.

Ferdinand ni siquiera le preguntó su opinión, por el contrario, ignoró sus protestas. Quizás Grace no fue lo suficientemente enfática cuando le sostuvo a su padre que no se desposaría con ese hombre. En realidad, Ferdinand no esperaba una contestación.

—Me hago cargo del zorro y voy a su encuentro.

Después de liberar al animal no experimentó la satisfacción que esperó sentir mientras lo veía correr por su libertad, una que ella perdería. Y, solo, por un instante, quiso tener el valor que usó para defender a las criaturas inocentes, para rescatarse a sí misma.

Caminó con paso firme hasta las habitaciones, y con su madre presente enfrentó a su

progenitor.

—No voy a casarme con lord Worcester. Lo siento, no es solo bajar la cabeza y obedecer por mi bienestar. Es un hombre mayor. Sé que el amor no vendrá con el tiempo, y no quiero darle hijos a alguien que no los verá crecer. No pretendo ser una viuda joven, menos una mujer que añore el momento de que su esposo se vaya al más allá para librarse de la atadura del matrimonio. No lo aguantaría. No está en mí albergar sentimientos negativos hacia otros, me sentiría mal conmigo misma. Sin embargo, no confío en mis buenas intenciones si me obliga a desposarlo. ¿Pretende contribuir para volverme un ser malvado?

—¿Es tu última palabra? —preguntó Ferdinand sin imponerse, conocía a su hija y sabía que la fuerza era el camino más largo para hacerla cumplir con sus exigencias.

—La última. —Cruzó los brazos sobre el pecho.

—Grace tiene razón, no me importa que sea condesa, pero no puedes casarla con un hombre de esa edad —intervino la madre dubitativa, temerosa de los efectos que traería consigo contrariar a su esposo—. No lo apruebo.

Ferdinand mostró las palmas e hizo un gesto de agobio, y tras asentir con la cabeza abandonó el lugar. Estaba convencido de que debía proteger con una fuerte coraza su resolución. Escuchar a Grace sería su perdición, sumergirse en la profundidad de sus ojos dorados lo haría flaquear, así que no siguió dialogando. Con ella le resultaba mejor actuar que conversar. La muchacha siempre tenía un argumento para desestabilizarlo. Tocaba la única fibra de sensibilidad que aún le quedaba en su frío corazón. Pero la conocía muy bien y sabía cómo salirse con la suya.

Al siguiente día, volvió a la carga.

—El conde ha aceptado que Grace despose a su heredero. —Madre e hija escucharon un nuevo ofrecimiento en la misma habitación de Worcester Manor donde eran huéspedes.

—Ni siquiera lo conozco, padre —se escudó Grace.

—¿Pequeña oveja descarriada, encontrarás un pretexto para desobedecerme en cada ocasión? Muy joven, muy viejo, no lo conozco, muy aburrido, muy superficial, muy frívolo —masculló irritado—. ¿Pretendes elegir a tu esposo sin tomar en cuenta el consejo de tus padres? ¡Ya estoy harto de intentar traerte constantemente al redil, siempre cuestionando mi autoridad! Me siento como el pastor de la parábola de la oveja descarriada, que debo descuidar a mis otras ovejas para marchar tras de ti y conducirte de vuelta al rebaño. Pero, no puedo dejarte a tu suerte. Yo te quiero, Grace, aunque mis actos por procurarte un buen futuro no sean apreciados como

bien intencionados. —Al hombre casi se le quiebra la voz, se veía fuera de control.

La madre esa vez no unió fuerzas con ella. El candidato era joven, el hijo de un conde.

Grace quiso resistirse otra vez, pero fue educada para enfrentar su destino, para cumplir un papel. Se refugió en la ilusión de que el heredero ofrecía una posibilidad. Quizás era un buen hombre, tal vez se enamorarían perdidamente. Era mejor que casarse con el viejo.

Los argumentos de sus padres la estaban volviendo loca. ¿Debía concretar un buen matrimonio para el bienestar de los suyos? Ferdinand le garantizó que a él, y solo a él, le correspondía valorar y decidir lo que convenía para su futuro.

Y, Grace fue una hija obediente esa vez. No hubo cortejo, tampoco presentaciones. Ni ella ni su madre entendieron la prisa que embargaba a Ferdinand, pero cuando los invitados a la cacería abandonaron Worcester Manor para seguir con sus vidas, ella quedó atrapada en la propiedad con su familia. No esperarían las amonestaciones, sino la llegada de una licencia.

Con el pretendiente en Cambridge, sin poder viajar debido a sus responsabilidades académicas, Grace acudió a la capilla de la propiedad y solo encontró al conde.

Una boda por poder... Eso le explicaron. El padre representaría al joven. Su nuevo y jovencísimo esposo llegaría en cuanto sus obligaciones se lo permitieran.

Cuando el trato fue cerrado y las firmas quedaron estampadas sobre las actas, la sonrisa de satisfacción del conde le hizo sospechar que había gato encerrado. Su padre y Worcester se dieron la mano.

Sin más explicaciones y llena de horror entendió que fue la víctima de un engaño. No se casó con el joven heredero, se había convertido en su madrastra. Era la nueva condesa de Worcester, justo como lo quiso su padre desde el principio.

—¿Qué ha hecho? —le preguntó a su progenitor cuando este la llevó a un rincón para justificarse.

—No me dejaste otra opción, no iba a permitir que desperdiciaras esta estupenda propuesta. Dios me dio tres hijas y no descansaré hasta que las tres hagan excelentes matrimonios, con caballeros que le ofrezcan un futuro. No con quienes les dicte el corazón. La pasión es un sentimiento efímero. El amor se construye con el paso del tiempo.

—¡Con el paso del tiempo estaré casada con un cadáver! —protestó con todas sus fuerzas

—. ¡¿Es que no es consciente de ello?!

La mirada amenazadora de su padre fue suficiente para hacerla callar, pero estaba segura de que Worcester pudo escucharla.

—Piensa en las oportunidades que tendrán tus hermanas cuando tú misma las presentes ante la reina, como condesa.

Odió su nuevo título con todas sus fuerzas, ella solo quería ser Grace Peasly y no descansaría hasta revertir las obligaciones de ese matrimonio.

—¿Entonces eligió sacrificarme para que ellas puedan casarse según sus altas expectativas?

—Para que puedan casarse con magníficos partidos como tú.

—Espero que no las ate a vejestorios como hizo conmigo —insistió en mostrarle a su padre que estaba equivocado. Las lágrimas que inundaban sus ojos cayeron de golpe por sus mejillas, eran lágrimas de rabia.

—Le debes respeto a lord Worcester. No te refieras a él de esa forma. Ahora eres su esposa. Milady —le dijo e hizo una reverencia, ignorando su ofuscación.

—Padre, no importa cuánto te esfuerces, ni tú eres el Buen Pastor ni yo soy la oveja perdida —recalcó con ímpetu, sosteniéndolo por el brazo para evitar que huyera de la discusión.

—Por supuesto que no —soltó entre dientes.

—Solo soy una joven llena de sueños como cualquier otra. Eso no me hace pecadora, irrespetuosa, descarriada...

—Te equivocas, no eres ni lo uno ni lo otro. Eres la condesa de Worcester —sentenció liberándose de su agarre y yendo a buscar a su yerno. No se iba a retractar.

Esas palabras le cayeron como un balde de agua fría, su padre tenía razón. Las maquinaciones de Ferdinand le cambiaron su papel en la historia, ya no era una señorita llena de ilusión por las vivencias que trajeron su puesta de largo, tampoco era la oveja descarriada que se alejaba de los planes que tenía su padre. No, lo anterior quedó en el pasado. Ferdinand ganó, ella era esposa, dama casada. Un panorama completamente diferente a la idea que tenía sobre sí misma cuando arribó a Worcester Manor.

Había llegado inocente, ilusionada, libre... Y no se marcharía igual o diferente porque estaba atrapada... No saldría de su cárcel jamás. Incluso, cuando viajara a Londres para la siguiente temporada, lo haría con su prisión a cuestas: la condesa de Worcester.

Con la dignidad recorriéndola, intentó contener sus lágrimas, se negaba a seguir llorando.

La madre se le acercó en cuanto Ferdinand regresó para intercambiar palabras. La abrazó y Grace se permitió sentirse vulnerable entre los cálidos brazos de Nora.

—Oh, hija, lo siento. Creí en su palabra, tal como confiaste tú. —Fueron las frases de Nora, en vez de las típicas felicitaciones. Tampoco podía aceptar lo sucedido.

—Mi padre siempre ha dicho que solo él sabe lo que nos conviene —susurró sin soltarla—. ¿Por qué esta vez sería diferente? Pero algo te garantizo, mamá. Solo yo seré el cordero sacrificado. Mis hermanas se casarán por amor y mi padre no podrá impedirlo. —Se separó lentamente, con la convicción en el rostro—. Ahora soy la condesa de Worchester.

Dos lágrimas se deslizaron por las mejillas de Nora. En su fuero interno, el dolor por el sacrificio de Grace era inmenso, pero la resolución de aquella para el porvenir de sus otras dos hijas le dio esperanza.

Grace tragó en seco. ¿Qué diría la gente que la conocía al escuchar del enlace? ¿La hija mayor de Ferdinand Peasly fue vendida por su ambicioso padre? O, ¿la señorita Peasly es una arribista que ha atrapado a un partido que le triplicaba la edad?

Para su sorpresa, a nadie le pareció despreciable y absurdo. La sociedad aceptó las nupcias con efusividad. Incluso, la felicitaron por su nuevo estatus. ¿Estaban dementes? ¿Pesaba más la posición, el dinero y la seguridad que la lógica?

Las lágrimas querían desbordarse de sus ojos, pero aguantó lo más que pudo. Su mayor temor sería el que tendría que enfrentar en los aposentos. No obstante, cuando su esposo la visitó, sobró la explicación que le dio su madre acerca de lo que ocurriría en el lecho. Por más que el conde se esforzó e intentó consumar la unión no logró su cometido...

Grace estaba entre asombrada y agradecida al Altísimo.

Era un alivio. Elevó los ojos al cielo desde su almohada y recuperó la fe que casi se extinguió en su interior. No tendría que yacer con ese hombre en su noche de bodas... Esperaba que el mal que lo aquejaba no se arreglara jamás. No obstante, eso no evitó que llorara hasta el amanecer, cuando su esposo se retiró a sus habitaciones.

Con el pasar de las semanas, su deseo se hizo realidad. De día, era un objeto de decoración para el conde, y de noche su objeto de frustración. Era lo que el caballero codiciaba y que no

podía disfrutar, aun teniéndolo al alcance de sus dedos. Ningún remedio médico surtió efecto por descabellado o novedoso que fuera. Por fortuna para Grace, jamás tuvo que saciar las bajas pasiones de su esposo. Poco a poco, el hombre se fue resignando, dejó de visitarla en sus aposentos y no volvió a intentar consumar el matrimonio. Ella elevó una plegaria a Dios en agradecimiento.

En los días sucesivos, Grace trató de analizar la situación y buscar el lado favorable de su nueva vida. Los sirvientes eran amables, le sonreían y se sentían consolados con su presencia. El conde no era un amo considerado. Por el contrario, era déspota con los que estaban por debajo de su posición social. Su problema de impotencia lo llevaba a desquitarse con los criados y con los arrendatarios. Así que, Grace volcó su pasión en aquellos, en mejorar sus condiciones de vida y solventar sus penurias. Y con el pasar del tiempo, todos amaron a la bondadosa y generosa condesa de Worcester.

A pesar de no tener que dormir escuchando la respiración de Worcester, no lo soportaba. Intentó ser una esposa ejemplar y tomarle cariño, al menos, porque sabía que el amor nunca iba a llegar. Pero no pudo, si él no era una buena persona con el resto de los mortales, daba igual si la complacía hasta en el mínimo capricho. No conseguiría quererlo.

Se amarró a las creencias religiosas que sus padres le inculcaron desde la cuna, y trató de cumplir con sus deberes de ama de casa, anfitriona y señora de sus tierras. Creyó que su misión en la vida era aliviar la carga de los arrendatarios y los criados del conde. Pero, ni siendo venerada por estos, lograba la plenitud. Le faltaba tanto por alcanzar para dejar de sentirse miserable, todos sus sueños quedaron truncados. No obtuvo el amor, ni la pasión, ni los hijos que tanto añoró.

Capítulo 1

Londres, 1 abril de 1868

Los años corrieron. Worcester Manor tuvo tiempos de paz. Criados y arrendatarios gozaban de buenos tratos gracias a la condesa, quien siempre abogaba por ellos ante el tirano de su marido. La cacería del zorro, emblema del condado, dejó de celebrarse cada septiembre. El conde ya no tenía la fuerza de antaño y muchas veces depositaba el mando en las manos de Grace.

Pero, cuando Dalton Chaworth —el hijo del conde— comenzó a interesarse en los negocios, la dama tuvo que replegarse. En los últimos doce meses, el heredero se volvió la mano derecha del padre, se hizo cargo de todo.

Grace se sintió atrapada de nuevo, sin un propósito en la vida. Tras años de desamor, condenada a no tener descendencia, decidió romper las cadenas que la ataban y entregarse a la pasión. La felicidad llegó de la mano del riesgo, uno que estaba dispuesta a tomar.

Justo en ese momento, se disponía a salir para un compromiso social ineludible, y después acudiría a un lugar seguro para verlo a «él»... Todas las desdichas por las que tuvo que pasar hasta conocerlo, quedarían atrás. El hombre le aseguró que un día estarían juntos sin ataduras para siempre. Y era lo que más deseaba en la vida. Ya no podía seguir siendo miserable, representando un papel que detestaba en esa obra de teatro que se volvió su existencia. La gran condesa de Worcester, Grace Chaworth...

Solo era una prisionera en un matrimonio donde no había amor, amistad, afecto, intimidad.

Y justo cuando tomó su capa y su ridículo para salir por la puerta hacia su compromiso social, Worcester la detuvo llamándola por su nombre.

—¡Grace! —Fue un grito ensordecedor.

—¿Worcester? ¿Suced algo?

—¿Adónde crees que vas?

—Voy a Primrose Palace, a una fiesta del té. —Sí, el humor del conde era variable. Y tuvo que soportarlo año tras año. A veces era generoso; otras, déspota. Dependía de la intensidad de sus frustraciones.

Sabía que tenía una amante, una que había jurado curarlo de su mal. No obstante, tampoco

pudo conseguirlo, por más artes de cama que dominara. Al principio, él quiso culpar a Grace del problema que lo aquejaba. Según el conde, ella era demasiado fría como para avivar su libido. Eso le dijo una noche tras su enorme decepción, al comprobar que nada surtía efecto. Convencido de que el problema era de la condesa, buscó a una experta meretriz y se jactó restregándoselo en la cara. Pero los resultados fueron idénticos, lo que lo volvió más irascible.

Grace ya no aguantaba a Worcester. La tensión era desesperante. Su único aliento era «él», conocerlo le devolvió la esperanza.

—Mientes. ¡Ayer mandé a seguirte! —la encaró Worcester, un hombre cercano a los setenta años, de alta estatura y complexión corpulenta. En su juventud fue aficionado a los deportes—. Tenía mis sospechas, solo necesitaba la confirmación. Tu sonrisa bobalicona dedicada a la nada debía tener una explicación —masculló con rabia—. Sin embargo, el inútil de mi secretario no ha podido ver el rostro del hombre. Se le ha escurrido entre las sombras de la noche. —La atrapó por la muñeca y apretó con rabia—. ¿Vas a encontrarte con ese malnacido? ¡Dime quién es, lo haré pagar en el campo de honor!

Grace palideció ante las acusaciones del conde. Los latidos de su corazón comenzaron a acelerarse. ¿Debía negarlo? Él no la soltaba, a pesar de sus años era un hombre muy fuerte.

—No soy tu esposa, tu reclamación no es válida.

—¡No te comportes como una mujerzuela! Eres mi condesa, lo asumas, de una maldita vez o no. Te di la oportunidad durante muchos años de enmendarte y comportarte a la altura del título. Pero sigues tratando de huir de tu obligación. Has presionado tanto, hasta topar con mis límites. No seré un cornudo para todo Londres. ¡Así que tienes prohibido salir!

—¿Con qué conciencia reclamas? Mantienes a tu amante. Lo repites una y otra vez con el propósito de humillarme. Pero no puedes herirme porque para mí, nosotros no somos nada.

—Me debes respeto. No me retes como una desvergonzada.

—Te casaste conmigo con engaños, en contra de mi voluntad. No respetaré un vínculo que no acepto y no reconozco. Si no quieres que se burlen de ti, déjame libre... No te amo. —No rogó, habló con un tono de voz firme—. Nuestro matrimonio no ha sido consumado. ¿Por qué te aferras?

—¡¿Pretendes volverme el hazmerreír de quienes me conocen?!

—No es mi intención, pero ya tengo veintinueve años. Estoy amarrada a ti desde los dieciocho. ¡Ya no resisto más! —También gritó—. Si me dejas ir, prometo cerrar la boca y jamás perjudicarte con mis palabras. Dame la anulación, desiste de interferir en mis intentos de

conseguirla. Entiéndelo, no eres Dios, no tienes poder sobre otro ser humano. No puedes condenar mi paso por el mundo más de lo que ya lo has hecho, sin hijos, sin amor. Solo porque quisiste tenerme, porque te resulté bonita... —Forcejeó para soltarse, sin conseguirlo—. Me trataste como a un adorno que ves en una vitrina y decides llevarlo a la casa. Ni mi padre, ni tú debieron ignorar mis sentimientos, es una injusticia brutal.

—Veintinueve años. ¿Cómo crees que será tu vida si pierdes el título de cortesía que ostentas por estar casada conmigo? ¡No obtendrás nada! ¡Grace Peasly! Volverás a tu nombre de soltera. Ya no tienes edad para casarte. ¿Qué harás con tu vida? Solo serás una carga para tu padre, para tu familia. ¡Y te convertirás en mi vergüenza!

—¡Suéltame! —Continuó batallando para escapar de su agarre y con tanta fuerza que cayó de rodillas. Worcester también trastabilló, pero logró mantener el equilibrio, dispuesto a volver a la carga—. No me importa quedarme con las manos vacías, me elevaré como una mujer libre y será suficiente. En mi libertad solo veo oportunidades, no deshonor.

—Manda a preparar tu equipaje. He comprado una propiedad campestre de tamaño decente en Northumberland. Estarás a muchos kilómetros de mí cuanto antes. No tendrás que verme de nuevo para tu regocijo. Lejos, lo suficientemente lejos, no dañarás mi reputación.

La tomó por el antebrazo y ejerció más presión, trató de llevarla hacia las escaleras. Grace hizo fuerza para zafarse de su agarre, sabía que si la mandaba lejos estaría perdida. Worcester buscaría la forma de no permitirle regresar jamás. Lo empujó hasta que pudo librarse y corrió hacia el exterior. El carruaje ya estaba listo para llevarla a su compromiso, si era más rápida que el conde, aquel no tendría tiempo de alertar al cochero y detenerlo. Y así lo hizo, sin mirar atrás.

Cerró la puerta en cuanto estuvo dentro de la cabina del vehículo y dio la orden certera de partir. Se llevó la mano al corazón cuando los caballos comenzaron a galopar y las enormes ruedas se pusieron en movimiento. En su huida, no tuvo tiempo de buscar a su perro, el pequeño Darcy, y tampoco de avisar a su doncella. Lo único que deseaba llevarse consigo de Worcester House era a los dos.

Cuando llamó con su puño en la enorme mansión de Mayfair del reconocido banquero, su corazón latía desbocado. Grace estaba arriesgando todo, incluso lo único que su esposo le ofreció para cubrir su vergüenza, una propiedad de campo, lejos de todos sus allegados. Estaba hecha un mar de lágrimas, pero cuando vio a Bill, la esperanza de salvarse volvió a emerger.

Todo iba a mejorar, ahí estaba Bill Wyatt, un afamado banquero de treinta y cinco años que se volvió el protegido del conde de Worcester. Lo conoció un año atrás cuando el conde se lo presentó, para encomendarle a Grace que guiara a Bill en la misión de encontrar una esposa entre las hijas de la nobleza inglesa. Pasaron más tiempo juntos —con el beneplácito de Worcester— que el bien visto por la sociedad.

Y, mientras se conocían cada vez más, él descubrió los secretos de la condesa: la nula vida íntima con su esposo, la soledad que arrasaba su alma, los dolores que callaba, su personalidad avasalladora, sus ideas sobre el progreso y la pasión adormecida que recorría sus venas. Grace fue un reto maravilloso para él, un diamante en bruto, un volcán latente, un eclipse de sol total a punto de dejar en penumbras su vida.

Para ella, el hombre fue un escape. Bill era complejo, libre, de mente brillante, había viajado por casi todo el mundo y podía hablar de cualquier sitio por recóndito que se ubicara. No poseía título y era económicamente independiente, acaudalado y poderoso. Para alguien como Grace, que deseaba con fervor correr, él era lo más parecido a la libertad.

Wyatt estaba en Londres para hacer un matrimonio ventajoso, capital le sobraba, pero ambicionaba emparentar con la aristocracia. A medio camino de su búsqueda comprendió que la mujer que anhelaba la tenía delante de sus ojos. Grace poseía todos los atributos para robarle el corazón, y ella estaba tan necesitada de afecto...

Sentía que con la dama, todas las puertas se abrirían ante su paso. No solo por ser una condesa, la dama poseía un encanto irresistible. No se trataba de belleza —aunque era bonita— era un don invisible a los ojos, uno que requería de una percepción más profunda.

El rico y perspicaz banquero solo necesitó brindarle su brazo, su calidez y un poco de fe. Ella se aferró a la esperanza, al color que traía consigo un hombre lleno de vitalidad a su gris presente.

Bill era portentoso, elocuente, desafiante. No se dejaba pisotear por caballero alguno, aunque ostentase un rango mayor al suyo. Grace creía que junto a él nadie podría lastimarla. No quería ser infiel, pero se dejó seducir. Después de todo, decidió que no era infidelidad. El matrimonio no fue consumado y ella había unido esfuerzos con su prima, la marquesa de Bloodworth, para conseguir la anulación por encima de los obstáculos interpuestos por su padre y el resto de la familia, que se unieron para impedirlo.

Solo sus primos, hijos del fallecido Leonard, la apoyaban en su enorme deseo de conseguir la anulación: Rose, Jacob y Daisy. Pero era un trámite difícil, más con el resto de la familia maquinando en la oscuridad para que ella no pudiese conseguirla.

Y a medio camino apareció Bill.

Cuando el mayordomo la hizo pasar, la condujo con el mayor secretismo hasta un salón reservado. El hombre se comportó como si entendiese que su presencia no era apropiada, pero que sería consentida por su señor.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Bill Wyatt al reunirse con ella, sin comprender por qué tomaba tal riesgo de visitarlo en su hogar. Jamás se citaron en la casa de él, era demasiado peligroso.

—Oh, Bill. Worcester lo descubrió todo —le soltó de golpe. Nunca se refería a él como su esposo, no lo consideraba como tal. Las lágrimas de Grace cayeron, empapando sus mejillas. Se lanzó a los brazos del hombre que la había adulado con dulces palabras de amor, quien le causó un arrebato de optimismo, con el único que se sintió amada. Él era su refugio, se lo aseguró muchas veces.

Bill la rodeó con sus brazos y ella sintió consuelo. Pero la sensación comenzó a extinguirse cuando el abrazo no fue tan largo, cuando los labios de él no fueron al encuentro de los suyos, como cada vez que podía huir de su esposo.

—¿Y se te ocurrió que este era el mejor sitio para refugiarte? —preguntó preocupado, aún estaba planeando cómo salir del embrollo.

—Me mandará al campo sin fecha de retorno. No podremos volver a estar juntos. Tu vida está aquí en Londres.

—No hay imposibles para mí, si quiero encontrarte lo haré hasta debajo de las piedras. Fue una pésima idea, que justo en un momento como este, hayas corrido a mi casa, mi hogar... —Reforzó la negativa con el gesto.

La frialdad del tono de Wyatt le causó un nudo en la garganta a Grace. El miedo la recorrió, pero desechó rápido esos pensamientos. Tal vez, él solo estaba tan asustado como ella.

—¿Dónde más iba a buscarte, Billy? Habría sido más descabellado acudir al banco. ¿No lo crees?

La mirada que Wyatt le lanzó, dejó claro que no era bien recibida.

—¿Una nota no era suficiente?

Ella respiró hondo, había huido como un perro magullado tras el escarmiento que estuvo a punto de recibir de su marido, del que por fortuna salió ilesa, gracias a su juventud. Y Bill, en vez de curarle las heridas, de besarle cada moretón en sus rodillas, por la caída que sufrió en su

escapada, ¿le estaba reclamando?

—¿Qué sucede, Bill? —Fue directa, Grace jamás se dejaba humillar por nadie.

—¿Él sabe quién es tu amante? —Si Worcester se enteraba de que, quien estaba rondando a su esposa era Wyatt, este último podía ir despidiéndose de su ambición de emparentar con la nobleza inglesa.

—No, no sabe que eres tú —respondió, y detestó la sensación de soledad que comenzó a recorrerla. El ardiente Wyatt se estaba comportando más frío que una roca de hielo...

—¿El escándalo te persigue, te pisa los talones y lo más inteligente que se te ocurre es llamar a mi puerta? —Negó con la cabeza—. Sabes cómo son todos esos aristócratas estirados... Retirarían sus fortunas de mi banco si conocen que estoy involucrado con la adúltera esposa de un par.

—¿Adúltera? —Casi se atraganta con la palabra. Comenzó a limpiarse a manotazos las lágrimas, no le dejaban ver con claridad, y necesitaba observar a la perfección cada uno de los gestos que Wyatt estaba realizando. No los había registrado antes, al menos no dirigidos a ella.

—Es la realidad —dijo sin filtro alguno—. No nos pongamos sentimentales. Seamos prácticos. Es como ellos lo verán, aunque haya ciertas aristas en este complejo romance.

—¿O cómo tú me ves a mí, amor mío? —Usó a propósito, con ironía, la forma cariñosa que él utilizaba para referirse a ella—. ¿Estás renunciando a mí? ¿Ya no quieres estar cerca de la fruta que ha caído del árbol, la que se está comenzando a pudrir?

—No, no seas dramática. No voy a dejarte. Eres mía, y siempre lo serás.

—No, aún no lo soy —enfaticó y después agregó casi en una exhalación—: Gracias a Dios, no lo soy. —Su frialdad emulaba con la del hombre. Escucharlo y contemplarlo sin velo alguno, borraba de golpe todas las cualidades que su ceguera le confirió.

Por más intentos de seducción que desplegó Wyatt, Grace nunca llegó hasta el final con él. Lo único que tenía a su favor para conseguir la anulación de su matrimonio era su virginidad, la prueba de su pureza, de que el casamiento no fue consumado... Por temor a perder su virtud, no lo dejó ir más allá de los besos.

—Es temporal, pero has prometido entregarme tu virtud. Serás mía y no te he presionado porque te quiero —insistió, ella dudó de su afirmación—. Para todo hay un momento, ahora nadie puede vernos juntos. Lo nuestro debe seguir clandestino, y en este instante, más que nunca. Tu esposo no puede saber que soy yo —agregó con dureza—. Regresa a tu casa o refúgiate con tu padre.

—No sabes lo que me costó huir. Y mi padre es el hombre más estricto que conozco, jamás me daría refugio, menos cuando se entere de lo que he hecho. Me dejará a merced de Worcester.

—Pues es donde debes estar, solo es un viejo tonto. Ni sé por qué hace tanto aspaviento. Ni siquiera te puede desvirgar. ¿No puedes engatusarlo para que te perdone? Tenemos más oportunidades si sigues representando tu papel.

—¿Qué demonios estás diciendo? —¿Cabía más indignación en el saco donde arrojaba toda la que estaba sintiendo por el comportamiento de Bill?

—Que te esfuerces, que no actúes como una mojigata porque no eres una, solo eres virgen por el infortunio de tu marido.

Él trató de abrazarla y ella se desembarazó del cerco que se cerraba en su derredor.

—¡No! No quiero seguir así, ya no aguanto más. —Su llanto estalló cada vez más sonoro, con quejidos e hipidos. ¿Cómo Wyatt podía ser tan cruel? Lo desconocía—. ¡Para mí, vivir en esa casa es un infierno! —Más sollozos, se recriminaba por no poder controlarlo—. No soporto tener que mirar cada día a los ojos a un hombre que no amo, que solo me da asco.

—¿Y qué pretendes que haga yo?!

—Me prometiste que tenías contactos, que podrías conseguir la anulación de mi matrimonio.

—Grace, no seas tontita. Lo intentaste por años. Tu padre y sus parientes con altos cargos en la iglesia fueron convocados por la autoridad eclesiástica y juraron que el matrimonio se consumó...

—Y te he dicho que mienten.

—Lo sé, pero tenemos las manos atadas. Para la sociedad ya no eras virgen cuando llegaste a mí. Nadie creerá que un hombre como yo, ha sostenido un romance con una dama y la ha respetado. Da igual que seas pura o no, la opinión pública sigue el curso del cotilleo más jugoso.

—Dijiste que tus conexiones me ayudarían, que la ley tiene mil entresijos de los que un buen abogado podía valerse para encontrar un motivo para anular mi casamiento. Tan solo te aprovechaste de mi desesperación, me engañaste.

—No es tan sencillo.

—Entonces pídele al abogado que me divorcie... —lo interrumpió desesperada, aferrándose a su necesidad de librarse de Worcester.

—Necesito a Worcester para alcanzar mis objetivos y mis ambiciones. Para continuar teniendo fortuna preciso de mi reputación, y esa se verá revocada por el barro cuando sepan que estoy en amores con una...

—Adúltera —completó la frase muy decepcionada.

—Iba a decir mujer casada —se defendió, pero fue inútil. La desidia era tan evidente. No solo por el contenido de sus palabras, también en su mirada, en la forma en que exhalaba, en su piel que la repelía como si de la peste se tratara.

—¿Me estás abandonando, Bill? Porque deseo escucharlo con todas sus letras. Sé un hombre y escupe la ponzoña que tienes adentro, maldito infeliz —demandó angustiada, si iba a desecharla que lo hiciese sin contemplaciones.

—No he dicho que voy a abandonarte. Grace, te amo, siempre estaremos unidos...

—Pero en las sombras, cuando nadie nos ve...

—¿Acaso podría ser diferente?

—Solo te intereso como la condesa de Worcester... —Entendió y fue como si una flecha envenenada la atravesara—. Viniste a Londres para rodearte de nobles, no te bastaba con el oro amasado al otro lado del mar. Tu ambición en fortuna ya ha sido colmada, ahora necesitas un tipo distinto de poder... Eres bienvenido en cada casa de la aristocracia. ¿No es suficiente para saciar tu hambre de grandeza?

—Quizás si dejas de comportarte como una loca, y tratas de salvar tu matrimonio, el tiempo pase y suceda lo que estoy esperando. Ese viejo no será eterno. Algún día tendrá que morir. También necesito casarme, pero todavía puedo esperarte. Aguardar y mantener lo nuestro como lo hemos tenido hasta ahora es todo lo que puedo ofrecerte. Cuando él muera y completes tu luto, entonces nadie te señalará por casarte conmigo. Tu reputación está a tiempo de no verse perjudicada. Aún no es público. Si eres lo suficientemente hábil, harás que el viejo te perdone y le callarás la boca. Saldrás indemne.

—¿Así como estoy, no soy digna de ser tu esposa? Soy una tonta, sí, ¡una completa idiota!

—No me alces la voz. —La trató de aplacar sujetándola por las muñecas.

—¡Suéltame, Wyatt! ¡Suéltame!

—Estás ofuscada, lo verás con frialdad cuando te serenes. Ve a nuestro lugar secreto. Allí podremos conversar con calma. Aquí no es seguro para la reputación de ninguno de los dos...

—Aquí me sedujiste, ¿o acaso lo olvidas? En esa fiesta ostentosa a la que nos invitaste.

Worcester mordió el anzuelo, se dejó deslumbrar por ese brillo cegador que te envuelve. Un brillo que en este momento me asquea.

—Grace —la reprendió por el uso de sus palabras.

—¡Y ahora no soy digna de pisar tu... hogar! ¡No me encontraré contigo ni aquí, ni en ningún otro sitio! —Sus lágrimas parecían un manantial que emanaba sin control. Lo único que deseaba era que pararan de una vez. Pero solo conseguía secarlas con sus manos, y después, otras ocupaban el lugar de las que retiraba. Era un desastre.

El dolor que las frías palabras de Wyatt le causaron, no se comparaba con nada de lo que experimentó en el pasado. Estaba perdiendo la cuerda de salvación a la que pensaba aferrarse, mientras caía por el abismo. Lo que le daba esperanza de librarse del infierno que vivía era ese hombre, al que entregó su fe. Bill le prometió una vida de amor, de respeto, de protección. Era el mismo que estaba huyendo en franca retirada al sentir que su reputación podía verse afectada, y con ello su enorme fortuna.

—Gracie, ve a nuestro lugar secreto —imploró bajando la voz—. Tenemos que conversar.

—Aquí estamos hablando... Pero no, lo que quieres es llevarme allí para seducirme una vez más. ¿Me deseas? ¿Es eso? ¿Crees que ahora como estoy tan inestable, tan vulnerable, me convencerás de llegar hasta el final?

Wyatt se le acercó y la envolvió en sus brazos, y ella lo repelió.

—Pequeña oveja descarriada... —murmuró y Grace lo miró con horror. Era un monstruo.

—No te atrevas a llamarme así. —Aun sabiendo que odiaba que su padre se refiriera a ella de esa manera, él no se tocó el corazón y la llamó de la misma forma. A propósito, para desestabilizarla más.

—Es lo que eres, Grace, tu padre en eso tiene razón. Eres esa oveja perdida, que no encuentra el camino de regreso a su hogar. Sin embargo, no sé qué poder ejerces sobre mí. No puedo renunciar a tu amor.

—El que ama se entrega por completo —lo desafió—. Yo dejé todo por ti. Si me amaras de verdad, me ofrecerías empezar de nuevo en otra parte, en América... Si me quisieras, en cuanto aparecí frente a tu puerta habríamos huido juntos. Un hombre enamorado conseguiría mi divorcio, se casaría conmigo y mandaría la sociedad al demonio. Tú no vales nada.

—¿Por qué lo haría siguiendo tus reglas?

—No son mis reglas. ¿Acaso no ves que es mi única vía de salvación?

—Tú eres mía y obedecerás cada una de mis órdenes si deseas conservarme. ¿Por qué arriesgar mi fortuna si resolveremos esto? Eventualmente, el viejo morirá... Solo tienes que... — Iba a decir «esperar», pero ella no lo dejó terminar.

—¿Aguantar humillación un tiempo más? —Escuchó en su mente las campanas repiqueteando muy fuertes, todas las alarmas estaban sonando para que saliera corriendo de ahí.

—Seguir mis instrucciones y comportarte como una dama respetable...

—Una que comparte tus besos, tus caricias...

—Pero no mi cama y eso te mantiene pura. Si tu esposo duda de tu palabra, solo tienes que decirle que busque a un médico y comprobará que nadie te ha profanado. Asunto resuelto, no hay infidelidad que probar.

—No lo hará. Sería confesar lo que se ha empeñado en ocultar, que sigo siendo virgen. Jamás me dará la anulación, jura que prefiere verme muerta. Ya no es siquiera por amor o deseo, es poder, lucha de voluntades.

—Nadie tiene que saber que tus besos son míos. Tu marido cerrará la boca, no querrá quedar como cornudo.

—Me va a refundir en el campo... Es un castigo que no merezco. Ni siquiera es mi esposo, para mí jamás lo ha sido.

—No te comportes como una niña malcriada. Es tu única oportunidad, ¿no lo entiendes? — Hizo un gesto de suficiencia. Se notaba tan fastidiado—. Solo hasta que ese viejo inútil estire la pata. Buscaré el modo de planear nuestros encuentros, seguirás siendo...

—¿Tu amante? ¡Oh, por Dios! ¿Cómo pude ser tan ciega? Solo quieres ser mi amante.

—¿Y qué pretendías cuando te acercaste a mí? No eres inocente, también sabías a lo que te arriesgabas.

—No, no sabía a lo que atenerme, fui inconsciente y estúpida. Busqué refugio en ti, Bill, y creí que había un futuro honorable para nosotros. Ya veo que no. Me niego a vivir mis días deseándole la muerte a alguien, ni siquiera a Worcester. Solo había una salida para nosotros. Me aceptabas y te quedabas conmigo, sin importar lo queuviésemos que enfrentar o dabas un paso atrás, como has hecho. Decidiste no tomar mi mano, así que aléjate de mí, para siempre.

Wyatt se rio muy fuerte, dudando en extremo que Grace consiguiese cumplir sus amenazas.

—Inténtalo —la retó el hombre de modo desafiante—. Grace, no durarás nada, correrás a mi puerta de nuevo suplicando amor. No sabías un demonio de la vida cuando te conocí esa

noche del brazo de tu esposo. Alimenté tu pasión y tu espíritu. Sin mí, tu corazón se irá secando poco a poco, olvidará cómo latir. ¿Qué edad tienes? El único amor que has conocido es el que te he entregado yo.

Quiso besarla, obligarla a rendirse al poder que creía ejercer sobre ella.

—¡No! —lo empujó con fuerza—. Tienes razón, soy una pequeña oveja descarriada... Por ti estoy a punto de perder todo lo que tengo, lo quiera o no, la única realidad que conozco. Pero, esta ensoñación en la que hemos vivido, mi esperanza aferrada a promesas vanas, ya se acabó.

—No seas quisquillosa, ¿me querías sin dinero? Adorabas los regalos costosos, te atrajo mi poder. Entiende que no puedo arriesgarlo todo.

—Regalos que acepté como muestra de tu supuesto amor y que jamás me he atrevido a usar en público por no saber justificar su procedencia. Están en la caja fuerte de «tu» banco, te los devuelvo, no los quiero.

—Son tuyos, Grace. No los aceptaré de regreso. Estemos juntos o no. Si no puedes llevarlos puestos, empéñalos, véndelos, úsalos para ayudar a tus necesitados. Entiende que no es falta de cariño, la sociedad es implacable. No daré un paso en falso.

—Ahora eres tú el que no ve claramente la situación, sé que la sociedad es implacable, pero eres un astuto y duro hombre de negocios. Sobrevivirás a cualquier tempestad. Nadie va a pisotearte, sabes cómo mantenerte a flote. Solo no quieres arriesgarte por mí. La anulación o el divorcio son las soluciones más viables, pero entiendo que ya no sería suficiente para ti. Sin el estatus de viuda honorable, estaría manchada y ya no resultaría apropiada para tus intereses. Ya no podríamos asistir a eventos de la alta nobleza tomados del brazo. Esos que alimentan tu ego. Oh, Bill. Debes mantener tu reputación, hazlo. Pero yo no puedo seguir atada a un hombre que no se entrega por completo. ¡Olvídate de mí, Bill Wyatt!

—Si es lo que deseas, no voy a rogarte —aceptó con ingratitud, sin luchar y eso la desgarró todavía más por dentro. Pero comprendió que era lo mejor. Ese hombre era un lastre en su vida, desde que lo conoció cometió un sinnúmero de errores que eran imperdonables—. ¿Sabes que sin mi amor no eres nada? Cuando dejes de hacer esta rabieta volverás a buscarme. Por favor, no lo hagas aquí, en mi morada. Nuestro nido de amor es más apropiado. Sus puertas siempre estarán abiertas para ti.

—Te quedarás esperando, idiota arrogante. No he padecido tanto en la vida para ahora conformarme con un ser nefasto, que no me valora. Ahora te veo, tal como eres, y me doy cuenta de que estaba muy desesperada. Tenía que estarlo para pensar que alguien como tú podría hacerme feliz.

Lo miró con desprecio, desilusión y sin soltar otras palabras que se agolpaban en su garganta. Sin embargo, ya no deseaba gastar su aliento en él. Se abrazó a sí misma para calmar el dolor punzante de las agujas envenenadas que se clavaban en su corazón. Abandonó la impresionante mansión en el área más exclusiva de Londres y fue a buscar donde refugiarse. Primrose Palace le pareció apropiado, allí encontraría a su prima Rose, ella iba a ayudarla.

Capítulo 2

Lady Abbott era una de las invitadas a la fiesta del té en Primrose Palace, organizada por Marybeth Everstone, la vizcondesa viuda Sadice, para sus sobrinas nietas. El sitio era una de las residencias más espectaculares de Londres, con jardines llenos de primulas, las primeras flores en abrir al arribar la primavera, a las que el palacio debía su nombre. En mayo, las peonías y las rosas abrirían sus pétalos sumándose a la fiesta de color. Los interiores eran amplios, confortables y lujosos. Ventanales blancos con cortinas en tono pastel, ofrecían unas vistas increíbles hacia el jardín o el invernadero, que estaba adosado a la casa.

Las asistentes eran damas de sociedad cercanas a la familia y sus pequeños hijos. La mayoría estaban dispersas por el salón, conversando entre ellas y contemplando a las niñeras que cuidaban a los pequeños.

Lady Abbott y la anfitriona estaban sentadas en uno de los enormes sofás, cercanos a la mesa del té. La primera lucía pensativa. Jamás creyó que sus dotes de casamentera serían solicitados por Su Majestad la reina de Inglaterra. Frotó sus manos enguantadas sin dejar de mirar a su objetivo: Desmond Howard, duque de Norfolk, el dueño del palacio y padre de las criaturas festejadas. Suspiró profundo y continuó escribiendo en el cuaderno que siempre llevaba en su ridículo, donde hacía anotaciones sobre los candidatos y tenía listas de posibles pretendientes o jóvenes casaderas. Pero, ante la convocatoria real dejó de lado sus otros proyectos.

Reconocía que ella misma deseaba ver casado al duque, y que le estuvo insistiendo por iniciativa propia; pero desde que la reina la hizo acudir al palacio para plantearle la situación, sintió un nudo en la garganta. Hubiese deseado que le encomendaran la tarea a cualquier otra dama. ¿Por qué a ella? Juraría que por su reputación, logró en el pasado excelentes enlaces y, también, por la cercanía a la familia de Norfolk.

Con discreción se volvió a Marybeth, la tía por vía materna de Norfolk, para hablar a solas con ella. Necesitaba una aliada. Y suponía que nadie influía tanto en Norfolk como aquella respetable dama.

—Estimada, necesito que unamos esfuerzos para convencer a su excelencia de casarse. ¿Cómo puede conformarse con dejarle el ducado a un primo?

La interpelada dejó su taza sobre la mesa.

—También me gustaría que hallara esposa. No solo por el heredero, si Desmond está tranquilo al respecto, legándole el título al siguiente en la línea sucesoria, no es problema para mí. Pero, mi sobrino aún es joven y puede disfrutar de la compañía de una buena mujer.

—Coincido. Tiene cinco hijas pequeñas que cuidar. La candidata debe amar a las criaturas.
—Hizo una pausa para escribir en su libreta.

—¿Está tomando notas, lady Abbott?

—Es imprescindible. Debemos hacer una gran elección.

—¿Debemos? —Se sorprendió por la pluralidad.

—Necesito su ayuda. He intentado con creces abrirle los horizontes a su excelencia, pero no le da importancia a su estado civil.

—Desmond tiene muchas responsabilidades encima —enfaticó Marybeth—. Por un lado, es el cabeza de familia, ya sabe cómo se preocupa por su hermano, lord Normanby y su esposa embarazada. También por mi hijo, su vizcondesa y mis nietos. Además, está el ducado, sus negocios y el compromiso de lealtad absoluta con la Corona. Su Majestad cuenta con él para las tareas más importantes. Como él refiere, su vida ya está hecha y lo último que desea es complicársela todavía más.

—Un hombre con tan enorme carga, necesita una esposa, un remanso de paz al llegar a su hogar. Además, para las niñas sería estupendo. El amor maternal reconforta. Tendrían a alguien que las guíe mientras crecen y se convierten en señoritas, que las presente delante de la reina cuando llegue la hora de sus puestas de largo.

—Falta mucho para eso todavía.

—¿Me ayudará o me dará las mismas evasivas que su excelencia? —presionó lady Abbott a la tía del duque.

—He tratado de colaborarle, pero él no es dócil. Desmond es difícil.

—Se lo revelaré sin irme por las ramas y cuento con su absoluta discreción.

—Me asusta. Hable de una vez.

—Su Majestad sabe que su duque favorito se ha resignado a la viudez, y a no volver a contraer nupcias para engendrar un heredero. Como es de esperar, desaprueba su resolución.

—¿Cómo es de esperar?

Omitió que la reina decidió no enfrentarlo en persona para hacerlo cambiar de opinión y que resolvió que la astucia era su mejor arma.

—Me ha dado la real encomienda de emparejarlo antes de que termine la temporada. ¿Sabe lo que significa? Ya estamos en abril. —El rostro de lady Abbott reflejaba temor, jamás nadie de palacio le encargó tarea alguna. No deseaba defraudar a la máxima autoridad. Empezaría su relación con la realeza con el pie izquierdo. Sería debut y despedida.

—¿Con emparejarlo se refiere tan solo a que se comprometa o que termine casado? Queda tan poco tiempo. Qué suerte he tenido. Se lo pidió a usted y no a mí. Sería un conflicto de intereses. Detesto contrariar a mi sobrino. —Suspiró aliviada.

—Si no lo consigo, estaré en problemas. ¿Me va a ayudar? ¿Cuáles son las preferencias de su excelencia? La difunta duquesa era hermosa, una mujer de carácter.

—Lady Abbott... No lo sé. Desmond se casó con quien su madre y su padrastro eligieron para él. Jamás hubiese contrariado a sus mayores. Siempre ha sido muy propio en su manera de conducirse. En realidad, nunca ha revelado sus intereses en cuanto a las damas.

—Tendremos que averiguarlo. —Volvió a escribir otro apartado. «Descubrir qué tipo de mujer le atrae al duque. Asunto de vida o muerte... Para mí». Después exhaló con más fuerza de la habitual—. Si no desea casarse debemos encontrar su talón de Aquiles. Consideremos la situación. Duque, treinta y ocho años, un hombre en su mejor momento... Por muy recto que sea es humano. La tentación será nuestra aliada. ¡Oh, sí! Bendita sea la dulce tentación. Si Norfolk desea con ansias a una dama respetable, tendrá que hacerla su esposa.

—Lady Abbott —susurró asombrada por su despliegue de palabras, llevándose una mano a la boca para que nadie la escuchara—. Creo que la misión de la reina le ha trastocado la cabeza. Cálmese. —Marybeth se abanicó profusamente.

—No lo dude. Estoy en un sinvivir. Además, también deseo ver casado a ese duque escurridizo. Por lo menos sé que a su excelencia le gustan los cisnes.

—¿Y eso qué puede significar o importar ante la búsqueda de una esposa? —Marybeth tuvo que aguantar las ganas de reírse frente a su contraparte.

—Bellos, blancos, elegantes, puros —enunció y después desplegó una sonrisa de suficiencia, emocionada.

—Escandalosos —objetó para explotar la burbuja de lady Abbott. No quería que se hiciera falsas ilusiones. Si el duque se oponía a la idea del matrimonio, ni aunque la reina le diese un ultimátum, iba a ceder.

—Puros —repitió Abbott y sonrió con picardía, sin dejarse desanimar—. Quiere a una debutante, jamás tocada por otro hombre. Borrará a las viudas de mi lista.

—Norfolk no soporta a las debutantes. De eso estoy segura, querrá a una mujer madura —ratificó la tía del caballero—. Milady, espero que de una vez olvide la cacería particular en la que participa. Norfolk no va a desposar a dama alguna.

—¿Por qué está tan segura?

—Volvamos a los cisnes. Fieles, los cisnes son muy fieles. Solo tienen una pareja durante su vida, si esta muere, no vuelven a buscar otra.

—Usted sí que es aguafiestas. ¿Acaso no quiere ver casado a su sobrino?

Ambas miraron en dirección del antes mencionado. Su piel blanquísima relucía como el brillo en la superficie de los diamantes, dándole un aire etéreo o angelical, pero de un ángel vengador, no uno misericordioso. Alto e inalcanzable, y lo parecía más por la gelidez en su mirada. Cabello negro como las alas de un cuervo, y ojos que combinaban con el capricho del tiempo. Del color exacto del cielo en una mañana de invierno, justo a la mitad del camino entre el gris y el azul. Pero otras, resplandecían como el cielo sin nubes, completamente azul y despejado, de una mañana de verano.

¿Por qué se encerraba en su caparazón? ¿Por qué tan serio, tan inaccesible, tan glacial?

Desmond agradeció con el gesto a su hermano, Edgar Payne, marqués de Normanby, y a su primo, Kilian Everstone, vizconde Sadice, por acompañarlo en aquella fiesta del té organizada por la tía Marybeth para sus hijas. Al principio, pensó oponerse a la celebración. Jamás estaba de ánimos en los eventos ajenos, menos en los propios. No quería sacar cuentas y constatar cuánto tiempo pasó desde que su amada esposa, a quien aprendió a querer porque así se lo propuso, abandonó este mundo, dejándole un regalo de inmenso valor: su hija más pequeña, a quien llamaron Gwendolyn, en honor a la hermana de él. Le hubiesen puesto, Rebecca como la duquesa, pero ese nombre ya lo tenía la cuarta hija. Page, Susannah y Mary eran las tres primeras.

Cada una era una raíz que lo ataba a la tierra, él era el árbol que ellas mantenían con vida. Por las niñas, y por verlas sonreír, se dejó arrastrar por su tía al evento ideado para que celebraran la primavera. No necesitaban invitar a todo Londres, era una reunión privada. Solo vinieron los hijos de la familia y los de sus mejores amigos. Las criaturas llegaron acompañadas

por sus madres porque sus progenitores estaban muy ocupados.

Además de su familia, los honraban con su presencia la marquesa de Bloodworth, la condesa de Allard, la duquesa de Weimar y la condesa de Pembroke. Pero no tuvo que preocuparse de atenderlas acorde a sus rangos, solo les dio la bienvenida, su tía se encargó de todo.

Al recordar a Marybeth, miró en su dirección y la vio conversando con lady Abbott, la tía de la condesa de Allard.

«Por Dios, esa dama», pensó al recordar su acoso. La mujer de más de cincuenta y seis años se esmeró por encontrar esposos para casi todas las damas ahí presentes, incluidas las esposas de su hermano y su primo. ¿Por qué las señoras de cierta edad enloquecían ante la idea de ver a un varón soltero o viudo?

Recordó lo que esa mujer se atrevió a decirle el día del inicio de la primavera, mientras admiraban a los cisnes en el Serpentine. Lo desafió mirándolo a la cara sin nada de respeto. ¡Era un duque!

—Cisnes en Londres, señal de buen augurio, tendremos prosperidad. Si los cisnes llegan todo estará bien —había opinado Norfolk muy serio, era lo que afirmaba la Corona, a quienes pertenecían los animales.

—¿Su excelencia, le gustan los cisnes? —había preguntado lady Abbott y tuvo toda la atención del interpelado, porque en realidad, esas aves le parecían fascinantes al duque—. ¿Sabe que tienen una sola pareja durante su existencia y que la lloran el resto de sus días cuando la pierden? —El duque asintió por toda respuesta—. Por suerte, los cisnes no tienen un título a su cargo y la obligación de engendrar herederos.

—Por suerte, los cisnes no tienen un título a su cargo y la obligación de engendrar herederos —rumió muy bajo, imitando el sonido molesto de la voz de la mujer. Porfió, resuelto a quitársela de encima. Si se atrevía a retomar el tema en la recepción de sus hijas, iba a ponerla en su lugar. No le daba permiso a nadie a entrometerse en su vida privada.

Por otro lado, era la fiesta de las pequeñas, no podía permitir que ninguna invitada se fuese con cierto disgusto por sus palabras, las mereciera o no. Prefirió alejarse hasta el área de la casa más distante a la dirección de la casamentera, para evitar un encuentro.

Mientras caminaba apurado, seguía pensando y despotricando en contra de las matronas entrometidas.

A sus treinta y ocho, recién cumplidos, no sentía la necesidad de volver a caer en las mieles

del romanticismo. La sola idea de imaginarlo lo hacía sentir ridículo. Él se casó cuando correspondió, tuvo los hijos que Dios quiso concederle. Rebecca fue una mujer que poco a poco fue ablandando su corazón, hasta quedarse alojada en una parte muy especial. Ella fue como el fuego, cuando tenía un propósito incineraba todo a su paso con tal de conseguirlo. Nadie pudo oponerse a sus designios, ni siquiera él, que era una muralla enorme, el único capaz de contener sus arrebatos. Pero lo que más anheló su esposa, fue lo que jamás pudo obtener.

Continuó huyendo, dobló a la derecha cuando se terminó el pasillo, y avanzó con la mente envuelta en mil ideas.

Rebecca, pensaba en Rebecca.

La duquesa alcanzó cada uno de sus sueños: el esposo, su afecto, la riqueza, el poder, el palacio, las hijas. Todo le llegó en ese orden, excepto un heredero para el título. Y la obsesión de tenerlo la hizo desafiar, incluso, las indicaciones del médico de la familia, el doctor Emerson. Tras el nacimiento de su cuarta hija, Emerson le prohibió embarazarse otra vez. Y más, pronto. Su cuerpo no lo resistiría, sin embargo, ella se creía invencible. Desafió la recomendación del galeno, y la negativa de su marido, quien se ausentó del lecho una larga temporada. Desmond era un hombre fiel, y su mujer lograba encenderlo. Privarse de ella también fue duro para él, pero resistió como un titán, porque Rebecca se negaba a disfrutar del lecho conyugal si la finalidad no era procrear.

Ella usó todo su encanto e ingenio para engatusarlo, emborracharlo y llevarlo al lecho hasta que consiguió quedar embarazada de nuevo. Y tal como el médico previno, el final fue desastroso.

Para Desmond era suficiente, todavía se culpaba por dejarse arrastrar por la audacia de Rebecca.

Una puerta le cerró el paso, la abrió y se introdujo sin siquiera procesarlo. Su mente seguía recordando a su duquesa, y sus piernas avanzaban, enfrascadas en buscar un lugar muy lejos de la casamentera.

Continuó rememorando. Después de ella, del luto que llevó por su esposa, no miró con interés a ninguna mujer. No importaba si era bella, atractiva o adecuada. Se concentró en sus negocios, en el ducado, en la familia. Y para él bastaba.

Lo último que pensó encontrar ahí fue a una de sus hijas. Era la mayor, Page, su risa tierna era inconfundible. ¿Desde cuándo no la escuchaba reír de esa manera? Una de las damas de la fiesta la acompañaba. En medio de su turbulencia, se percató de que se encontraban en la biblioteca, justo al final estaba una sección diseñada para las niñas, con lecturas adecuadas para

sus edades. Page leía y le gustaba bastante, pasaba varias horas, escondida tras una montaña de libros.

En silencio, se acercó sigilosamente. Quería ver qué la hacía reír de esa manera y entonces oyó a la dama leer, produciendo voces y contándole la historia, como Page jamás la había escuchado.

¿Cuál de todas las mujeres era?

«Oh sí, es la condesa de Worcester. Esa pobre criatura que está casada con ese viejo infeliz», pensó. «No sabía que era tan graciosa». Y él también sonrió.

Capítulo 3

En la enorme biblioteca, cubierta de robustas estanterías abarrotadas de libros, Grace estaba sentada frente a la hija mayor del duque. La fiesta de té de las hijas de Norfolk era el compromiso ineludible, adonde corrió a refugiarse tras la discusión con Wyatt. Leía una historia a petición de la pequeña. De pronto, se sintió observada y buscó en la dirección hacia la que percibía la presencia dominante de alguien. Un hombre la contemplaba, era el duque de Norfolk.

La niña fue al encuentro de su padre y lo rodeó con sus brazos delgados. Grace percibió cómo esa criatura indefensa, depositó todo su amor y su confianza en ese abrazo. El aristócrata siempre le inspiró respeto y temor. Era la primera vez que quedaba como espectadora de una escena íntima y familiar de su excelencia. No importaba cuán poderoso y despiadado podía parecer el duque, la niña lo miraba como a su mayor protector. Un refugio seguro.

Él apenas sonrió, solo curvó la comisura derecha de la boca. Le acarició la mejilla con el pulgar y le indicó ir con sus hermanas. Page corrió al salón, donde sus invitados disfrutaban de las galletas y el juego.

La media sonrisa del duque se extinguió y Grace no le quitaba la vista de encima. La invadía la curiosidad. El hombre se veía tan distante, aunque estuvieran tan cerca. Su piel blanquísima y lustrosa como el mármol, era cortada por la oscuridad de unos mechones negros que cruzaron su rostro. Él no tardó en confinarlos en su estricto peinado.

Se sintió juzgada por la penetrante e inquisidora mirada gris, como una mañana de tormenta. Tenía que abrir la boca y proferir lo que fuera.

—Lo siento, su excelencia, no quise pasar a un área más privada del palacio. Lady Page deseaba enseñarme su rincón en la biblioteca. Tenemos algo en común, a ambas nos gusta leer.
—Grace se puso de pie con el libro en una mano. Trató de esforzarse para que no se notara su tristeza.

Primero, la discusión con Worcester cuando la encaró para notificarle que descubrió que mantenía un romance con otro hombre. Después, el desengaño sufrido al comprender que Bill Wyatt no era la persona que creía. No tuvo a donde correr, y en su agenda estaba esa invitación que le hizo la vizcondesa viuda Sadice, la que aceptó porque desconocía que una avalancha de nieve iba a sacudir su vida ese primero de abril.

Así que, mientras pensaba qué hacer, acudió a Primrose Palace, la residencia del duque. Su querida prima Rose, a quien le iba a pedir que le dejara pasar la noche en su casa, también fue convocada.

—No tiene que disculparse, milady. Agradezco que tenga una atención con mi hija. Con todas —se corrigió con el entrecejo arrugado, siempre parecía muy serio. Carraspeó. Lo percibió incómodo. Daba la impresión de que odiaba la situación en que ella lo dejó; aunque sus palabras, sin gota de emoción, intentaban sonar generosas—. No pude agradecerle antes por haberlas cuidado hace meses atrás.

—No fue difícil. Agradezco que haya confiado en mí para esa tarea. Me lo pidió mi prima, lady Bloodworth, y haría lo que fuera por ella. —No fue nada, solo ayudó a lady Abbott a cuidar a las hijas de Norfolk, debido a unas circunstancias por las que atravesaron.

—¿Volvemos a la recepción? —Se aclaró la voz—. No creo que nadie se atreva a pensar mal de nosotros o imaginar que hemos quedado en una situación comprometedora. Pero estamos solos en la biblioteca y...

—Estamos rodeados de amigos, no hay nadie desleal —se aventuró a decir para restarle importancia a los celos del duque. Estar en su presencia le causaba tensión y era palpable. Su voz no brotaba con la gracia habitual. Quería correr, pero trataba de comportarse. Inspiró con fuerza y se recompuso con rapidez. Era solo otro noble más de los que pululaban en los salones que solía frecuentar. ¿Por qué este en particular la ponía tan nerviosa? ¿Sería porque todos lo trataban con excesiva deferencia y casi no se mostraba en público?

—No recibo a nadie que tenga segundas intenciones. Soy muy selectivo.

—¿Oh, entonces debo sentirme honrada? —inquirió y elevó el rostro hasta encontrarse con sus ojos. Se arrepintió de inmediato. Lamentó su curiosidad por detallarlo de cerca. Siempre tan escurridizo, tan inalcanzable. Nunca tuvo oportunidad de memorizar sus rasgos. Jamás conversaron tanto, ese intercambio ya era un exceso entre los dos.

El duque siempre la había intrigado, tan formal. Frío, era la primera palabra que le venía a la mente cuando lo miraba. Hermético, era la segunda. A veces dudaba de que tuviese alma, lucía tan poco humano. Como una estatua de hielo, nada fuera de lugar, ni una hebra de cabello... Y después, estaba el gélido color de sus ojos. Sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo, se congelaba en primavera.

No se engañaba, verlo de cerca la ponía nerviosa, no solo por su personalidad contenida e inescrutable. Si no también, porque de haber tenido la oportunidad de elegir esposo, habría sido él. No podía ignorar que ese hombre siempre le atrajo, lo que provocaba un caos todavía mayor

en su interior al tenerlo tan cerca. Pero era una atracción inocente, porque a Grace le arrebataron la posibilidad de escoger con quien casarse. Además, su excelencia jamás se dignó a mirarla, como si ambos estuviesen en planos distintos y paralelos, donde nunca podrían cruzarse.

Bill, por otra parte, fue su escape, una persona del mundo real, un hombre de carne y hueso en quien depositó toda su fe. Uno que la notó en medio del abismo donde estaba perdida y que le lanzó una mano para ofrecerle esperanza. Creyó que la rescataría de su infierno y terminó siendo una enorme decepción.

—Advierto un atisbo de reclamo en su voz. No soy un engreído, solo estoy de luto —aclaró Norfolk tan distante.

—No quise sonar descortés —se defendió, no era un reclamo. No obstante, Norfolk parecía molesto. Había pasado el tiempo prudente para el luto en un hombre, pero él declaraba que aún guardaba el duelo. No era usual—. ¿La amaba? —«¡Por Dios!, Grace», se recriminó. ¡Qué pregunta tan inapropiada! Era evidente que el duque no deseaba hablar, solo escurrirse. Era tolerante porque era una invitada de su tía y la etiqueta exigía cierto comportamiento, de lo contrario, ni la hubiese contemplado en la lista de asistentes.

—Con el corazón —reveló cuando Grace temió que le daría la espalda y la dejaría con la palabra en la boca—. Rebecca puso mi mundo de cabeza. Logró sacudirlo. —Su discurso no encajaba con su expresión. Era una frase que desnudaba el alma; en cambio, su rostro permanecía impávido.

—¿Tiene corazón? —soltó intrigada. Al darse cuenta de que sus pensamientos escaparon de su boca, la piel se le erizó por completo. ¿Cómo se le ocurría? ¿Qué pasaba por su cabeza? Ese hombre era poderoso, implacable. Podría aplastarla como a una fastidiosa mosca si se sentía mortificado. Jamás era cercano con nadie que no fuese de su familia. ¿Y ella se atrevía a pasar a un plano tan personal? —Per-dón —titubeó. Atribuyó el desatino a su desastrosa situación: sorprendida por su esposo, rechazada por el amante.

El duque la miró, impertérrito. Lucía tan rígido como el hielo. Más bien era un *iceberg*. Todo lo que no quedaba al descubierto pesaba significativamente más. Estaba muy serio, concentrado en lo que iba a responder. Quizás el silencio que alargó se debió a su contrariedad, por tener que soportar visitas tan inadecuadas.

«¿Por qué abrí la boca e hice semejantes comentarios?», pensó Grace, medio aturdida.

Entonces, los ojos de Norfolk la miraron de verdad... Hasta ese minuto la tuvo en frente, pero actuaba como si no le importara. Grace, incluso creyó que, posiblemente, aquel olvidaría su rostro una hora después. Sin embargo, tras aquella pregunta, la estaba contemplando a

conciencia. Estudió sus reacciones, sus rasgos, como si memorizara cada detalle.

—Debo volver al salón —insistió Grace muy avergonzada por su pésimo proceder. Se justificó para sí misma, adjudicando su desacierto a los acontecimientos sufridos, los que sacudían su vida, dejándola patas arriba. No estaba en su sano juicio. Rogó porque su excelencia pudiese olvidar ese mal rato. Ella se encontraba en el hogar del duque, gracias a Rose. De lo contrario, no habría sido convocada. Era un círculo muy reducido al que aún no había entrado por completo. ¿Y se comportaba con tan escasa propiedad?

—¿Se siente bien, milady? —preguntó con la voz calmada Norfolk, como si no diese importancia a las frases desacertadas de Grace.

—Por supuesto que no, fui imprudente, excelencia. No acostumbro a comportarme así.

—No me refiero a nuestra conversación. No se crucifique por preguntarle a un gélido duque si tiene corazón. No es la primera persona que osa cuestionarme al respecto. Claro que elijo a quien permito escapar indemne.

—¿Va a vengarse? —titubeó.

—Digamos que, hoy correrá con suerte porque no tiene público. —Enarcó una ceja tras hablar de modo mordaz—. Tengo una reputación que cuidar. Primero lady Abbott insistiendo en buscarme una esposa y ahora usted juzgándome sin siquiera temblar. «Por suerte, los cisnes no tienen un título a su cargo y la obligación de engendrar herederos» —masculló repitiendo las entrometidas palabras de lady Abbott que aún no olvidaba—. Comprenderá que no puedo quedarme cruzado de brazos ante tanta impunidad, u otros se sentirán envalentonados e imitarán tal atrevimiento.

Grace sí que temblaba, pero se esforzaba por reprimirlo. ¿Por qué le atrajo Norfolk alguna vez, si ese hombre causaba pavor? ¿Acaso estaba demente?

—No suelo ser impertinente, no me disculpo solo porque usted es un duque. Me refiero a que soy prudente con la mayoría de las personas. —Las palabras salían rápidas y atropelladas de su boca. «Oh, por el Altísimo, lady Abbott está en la lista negra del duque, y parece que estoy por hacerle compañía», pensó. Debía enmendarlo de inmediato.

—No siga justificándose, estaba bromeando. Entiendo que un resbalón lo tiene cualquiera. —Hizo una mueca que Grace no supo cómo interpretar. «¿Bromeaba?», se preguntó ella. Pero, no sonreía, ni con la mirada. El hombre le generaba mucha confusión—. Tampoco me roban el sueño las insinuaciones de lady Abbott. Solo estoy sorprendido. Nadie suele meterse conmigo y ya van dos personas en muy poco tiempo. Espero no estar dando la impresión de que me estoy

ablandando. —Y él exponía esa preocupación sin un mínimo de vergüenza. Le gustaba intimidar.

—Tiene razón, no me siento bien —aceptó al fin. Era difícil negarlo y seguir enfrascada en disimular lo contrario—. Por eso he hablado de más.

—Me di cuenta desde el principio, aunque intenta esconderlo. Trae la mirada abatida. ¿Puedo hacer algo para ayudarla, milady?

«Oh, por Dios, se nota en mi aspecto que estoy acabada. Qué terrible», se quejó para sus adentros.

—No es necesario.

—¿Segura?

—Completamente.

—Después de todo, parece que sí tengo corazón —agregó el duque, entrecerrando los ojos con suficiencia. Norfolk adoraba ganar una discusión. Eran esos pequeños momentos de gloria que no desmerecían a las victorias de las grandes batallas—. He intentado ayudarla, pero usted ha rechazado mi apoyo.

Las pupilas de ambos se encontraron, y ninguno bajó la mirada. ¿Ese diálogo había ocurrido? ¿O era parte de la confusión de Grace? Tragó en seco y reflexionó. Ninguno bajaba la mirada.

—Se le da muy mal bromear, excelencia. En serio, es pésimo.

—Y lo dispara sin nada de compasión. —Norfolk volvió a curvar la comisura derecha. Dos veces en un mismo día, contra toda una vida de verlo serio, huraño.

—A su favor añadiré que le agradezco no ser un desalmado e interesarse por mi estado de ánimo. Me disculpo si fui ofensiva en algún momento. No quise juzgarlo en cuanto a sus sentimientos, excelencia. Cualquier palabra al respecto fue inapropiada.

—Por supuesto. —Negó para restarle importancia—. Gracias por leerle a mi hija. ¿Puede hacerlo más a menudo? Claro, si sus obligaciones se lo permiten. Page no sonreía con tanta plenitud desde hacía bastante tiempo.

—Será un placer. —¿Podía excusarse de regresar a Primrose Palace y leer?

—Le pediré a mi tía que lo organice. ¿Se adelanta al salón? Aunque estamos en un círculo de extrema confianza, tengo el deber de proteger su reputación. Prefiero que no nos vean llegar juntos.

Grace hizo una reverencia y se escurrió llena de incomodidad. Aunque las niñas le agradaban, sería un consuelo que la tía del duque no acordara ninguna visita a las pequeñas. No deseaba volver a cruzar palabras con Norfolk, jamás. La relación de ambos fue perfecta hasta un día antes, con mucha distancia entre los dos.

Grace agradeció a su prima por acogerla. Si ella no le hubiese abierto las puertas de Bloodworth House habría estado perdida. Lo que más le dolió fue descubrir que el hombre por quien arriesgó su posición, no se mantuvo a su lado y no respondió ante su desgracia. No importó cuánto le rogó para que cumpliera todas sus promesas.

—¿Te entregaste a él? —indagó Rose, preocupada. Se arrepentía por incitarla a explorar, enamorarse, encontrar el verdadero amor.

—No.

—Gracias a Dios. —Suspiró profundo—. Aún podemos luchar por la anulación.

—Ya no sé si vale la pena. Estuve a punto de arriesgarlo todo por él. ¿Y si mi padre tiene razón? ¿Y si la pasión es efímera y lo único que importa es la seguridad que brinda un matrimonio arreglado? El amor lo echa todo a perder.

—No, mírame a mí, Grace. No dejes que Ferdinand arruine lo que está bien en la vida. El amor existe. Solo tienes que encontrar al hombre correcto. Worcester no lo es. Wyatt, menos. Pérfido infeliz.

—Tú y Oso son la excepción, querida. ¿Cuántos tienen la dicha de estar enamorados de su pareja?

—No. Tengo muchas historias de éxito que prueban lo contrario. Los Weimar se aman, estoy segura de que se desean como la primera vez. Solo tienes que fijarte en la forma en que el duque contempla a su esposa, como si no existiese mujer capaz de despertarle igual incendio en su corazón.

—Otro caso de suerte. No es la norma.

—Los Allard, los Sadice, los Normanby, los Peasly —agregó para referirse a Jacob Peasly, su hermano y primo de Grace, quien estaba a punto de ser padre por primera vez.

—Y los Pembroke —dijo llevándose las manos al corazón. Daisy, la condesa de Pembroke, y hermana de Rose, su querida prima, también tenía la dicha de gozar de un matrimonio exitoso

—. Entonces, yo soy la excepción, la minoría, quien no tiene en su destino escrito que algún día conocerá el verdadero amor.

—Grace, no te entregaste a Wyatt, ¿no lo ves? Está muy claro. Consideras más importante conservar tu virginidad, la única salida para pedir la anulación, que Wyatt. Si no fuiste capaz de arriesgarlo todo por ese hombre, es que en el fondo de tu alma sabías que no era el indicado.

—Pero yo lo quería.

—Tal vez no lo suficiente.

—Solo sé que no le daré otra oportunidad. Me mostró su verdadero rostro. Me asusta. Si lo hubieses escuchado hablar, me entenderías. Fue tan manipulador, insensible, interesado, egoísta.

—No tienes que extenderte, te creo. Te apoyo con los ojos cerrados. Te conozco, Grace. No mereces a ese sinvergüenza arribista.

—Deseaba arriesgarlo todo por amor y encontrar a alguien que sintiese lo mismo, que se comprometiera en igual medida. No me gusta mi vida, la detesto. Y si voy a abandonar a Worcester, lo único que pido es encontrar a alguien por quien merezca la pena luchar, alguien que no me haga sentir arrepentimiento si al final perdemos demasiado.

Grace no pudo agregar más, pero Rose lo hizo.

—También deseo que conozcas al hombre adecuado. No a la momia que tienes por esposo, que por tener título y poder, piensa que puede poseer, encerrar y condenar a vivir sin amor a una mujer en los mejores años. Te mereces a un caballero de noble corazón, de palabra y de honor. No un patán arrogante que, por acumular fortuna, se crea con el derecho de aprisionarte como a otra más de sus propiedades.

—Prima querida, doy gracias al cielo por tenerte.

—No mereces ni a Worcester, ni a Wyatt. Repúdalos a ambos y no sientas culpa por ninguno. No aceptes migajas de nadie, Grace. Eres hija de la luz. Brota de tu interior con una fuerza que aún no has comprendido que tienes. Solo deja que esa luz te recorra, te domine y te haga brillar, hasta el máximo de tu potencial; para que ese hombre que también debe deambular por el mundo buscándote, te encuentre.

Grace se permitió sollozar en los brazos de Rose, sintiéndose contenida en todo momento. Tal vez, su prima tenía razón.

¿Cuántos años llevaba ya de casada? La viudez era algo que no la alcanzaba todavía. Tampoco la añoraba, significaría desear la muerte de una persona y Grace no podía lidiar con esa

carga en su conciencia.

Fue por lo que, aburrida de su insulsa vida y sin el apoyo de su padre, quien le exigía quedarse al lado de su marido, se dejó seducir por el primero que no se intimidó por su condición de dama casada y le regaló una sonrisa. ¿Cómo pudo ser tan poco exigente?

Agradeció por tener una prima como Rose, quien era contemporánea consigo y que podía ofrecerle buenos consejos, gracias a que gozaba de un matrimonio por amor. Creía que era la única que la entendía. En el fondo, eran muy parecidas: rebeldes. Solo que a Grace le faltó voluntad y valor para oponerse a su padre.

—Gracias por tus sabias palabras, Rose.

—Solo fuiste tentada por un joven y apuesto banquero que prometía darle a tu vida la pasión que jamás conociste. No es el fin del mundo. No tienes que arrodillarte y darte golpes en el pecho. Celebra que este sinsabor te dio la oportunidad de conocer la verdadera cara de Wyatt.

—Todavía no sé cómo me atreví a llegar tan lejos. Más que pasión, en Wyatt buscaba un consuelo, un refugio, un aliado, un compañero. Creí que le importaba, que de verdad iba a rescatarme de las garras de Worcester. Solo me estaba utilizando.

Recordó cómo se dejó conquistar. Al inicio tuvo miedo, pero la curiosidad y el exceso de tiempo libre, sin más ocupación que la de ser una excelente anfitriona, la hizo sucumbir ante el hechizo del hombre. Hasta que su esposo, la sorprendió en flagrante amorío, y amenazó con refundirla en la propiedad de campo. Por fortuna, su falta no fue de conocimiento público. Se preguntó cuánto tiempo seguiría siendo así.

—Sígueme, yo misma te conduciré a una habitación para que descanses. Sé que no pudiste traer equipaje y no te preocupes por eso. Buscaré ropas y todo lo que necesites. Le pediré al ama de llaves que te lo lleve enseguida, en cuanto pueda reunirlo.

—Te agradezco por recibirme en tu hogar, Rose. Estaba perdida.

—Eso sí que no permito que lo pienses. Tienes a Daisy, a Jacob, a mí. Las puertas de las tres casas siempre estarán abiertas para ti y tus hermanas.

—Gracias a Dios mis hermanas están felices con sus esposos. Pero sé que en sus hogares quedaré a merced de mi padre, quien me llevará de vuelta con Worcester. Son más jóvenes, ninguna se atreverá a contrariarlo por más que me quieran.

—Ellas son buenas personas, lo desafiarán de ser necesario. Te adoran. Tú las defendiste y no permitiste que mi tío las casara a la fuerza, como hizo contigo. Pero, no es preciso inquietarlas. Estás en el lugar correcto. No necesitas ir a ningún lado, te quedarás aquí. Worcester

no se atreverá a desafiar a mi esposo. —Lord Oso tenía una reputación que hacía que los enemigos reconsideraran dos veces antes de lanzar un ataque. Era un hombre duro, poderoso y con fuertes aliados, tanto o más influyentes que él.

—Tengo miedo por Darcy, en mi huida tuve que dejarlo atrás y me siento miserable por eso. Sé que mi doncella lo cuidará bien, pero...

Darcy era un perro de talla diminuta y dorado que Jacob le obsequió a Grace hacía menos de un año, para que no se sintiera tan sola. Desde que llegó a sus manos se convirtió en su pequeña adoración, dejarlo atrás fue una dura decisión que tomó apresurada, con tal de escapar.

—Rescataremos a tu perro y pronto volverá a estar contigo. Sé cuán importante es para ti. Darcy también tiene un lugar en esta casa. Cambia esa carita, Grace. Voy a cuidarte.

—Prima, yo puedo...

—Has cargado una enorme cruz desde que Ferdinand cometió la injusticia de casarte sin respetar tu opinión. Hoy te has rebelado y lo aplaudo. Estoy contigo. Levanta la cara. Vamos a darle guerra a esa momia y a Wyatt también. Aplastaremos como cucarachas al que se interponga en nuestro camino. Y a tu padre... Uhm, ese igual recibirá su merecido.

—Es mi padre, no puedo... —Tragó en seco.

—Tranquila... —No insistió, no quiso preocuparla más.

Capítulo 4

Desmond estiró el nudo de su corbata, para que dejara de asfixiarlo. La vela se extinguió, mientras trabajaba revisando sus libros de cuentas, y antes de cambiarla, decidió terminar. Se dejó abatir sobre la silla de su escritorio. La cabeza estaba ligeramente hacia atrás. Se pasó los dedos por el hoyuelo del cuello, con la mirada perdida en los recovecos oscuros de su estudio. Recordó cómo se sentía ser acariciado y retiró los dedos de su piel antes de volverse presa de la necesidad.

Unos labios rebeldes y atrayentes no lo dejaban concentrarse en nada más que su recuerdo. Una boca imprudente preguntándole: «¿Si tenía corazón?», en la soledad de la biblioteca, sacudió su mundo, como nada lo había sacudido antes...

Grace Chaworth, condesa de Worcester. ¿Por qué tenía que estar casada? La conocía sin conocerla en realidad, como al resto de los aristócratas que pululaban en los eventos de temporada. Sin embargo, hacía un año aproximadamente su presencia fue más notoria para él. Coincidieron en un concierto al que tuvo que asistir porque su tía le hizo una encerrona. Lady Worcester estaba ahí con su esposo, llegaron tarde, como él. Se notaba que habían discutido en el carruaje antes de arribar al teatro, porque ella se bajó con los ojos hinchados y enrojecidos.

Desmond recordó la sensación de impotencia que lo embargó al ver la mirada de desdén del conde sobre su esposa. El hombre se adelantó a su palco, la dama se excusó para acudir al servicio a retocarse o arreglar el desastre. Él tuvo que aguantarse para no intervenir, pero la siguió discretamente con la vista. Detestaba las injusticias. Que esa mujer llena de vitalidad y belleza estuviese sometida por un hombre como Worcester, despertaba en él los más oscuros deseos de justicia.

En la soledad de su estudio, recordando esa escena, volvió a sentir el mismo deseo que en el pasado: alguien debía hacer justicia para esa dama. Se creía con el derecho, como si fuese Dios y pudiese arreglar lo que estaba mal en el mundo.

Grace con Worcester estaba mal. Y él tenía el poder para poner a cada persona en el lugar que le correspondía.

Solía mirarla con disimulo cuando coincidían, pero sabía dónde estaban los límites. Jamás se permitió profundizar en la atracción y menos flirtear con ella porque no era una mujer libre.

Además, las marcas de la culpa que dejó la pérdida de Rebecca, aún le hacían mucho daño.

Lady Abbott lo atormentaba con el asunto del matrimonio, y él detestaba la idea de casarse de nuevo. Pero, de haber existido la más remota posibilidad, elegiría a lady Worcester. Era una lástima que estuviese casada.

Suspiró temiendo que la situación se le saliese de control. Era Norfolk, jamás jugaba con una dama prohibida. No obstante, en ese instante, en que esa mujer lo desafió, con esa melancolía en la mirada, se sintió vulnerable.

¿Cómo pudo atreverse a retarlo esa avecilla temblorosa, a veces nerviosa, a veces valiente, pero siempre perdida? Como si la represalia de un poderoso duque fuera su última preocupación. Se veía decepcionada, triste, confundida... El abismo que halló en su mirada removi6 algo que estuvo dormido en su interior. Sintió deseos de atraparla entre sus brazos, de besarla hasta que olvidara su nombre y hacerle el amor como jamás lo hizo con mujer alguna.

Su entrepierna reaccionó contrayéndose ante las imágenes de su generosa imaginación. Desabotonó los tres primeros botones de su camisa y sintió la tentación ardiendo en su hombría. Una gota de sudor se escurrió por el centro de sus pectorales.

«La condesa de Worcester», pensó de nuevo. Tenía esas imágenes llenas de lujuria en su mente. «Es una mujer casada. Quizás es hora de redirigir mis necesidades a un objetivo menos cuestionable». Exhaló con fuerza, la realidad era que nadie lo dejó jamás en un estado tan alterado. Sabía que estaba solo, incluso el servicio ya se había retirado, pero ni así contempló la posibilidad de autocomplacerse. Norfolk no podía curarse a sí mismo, sus emociones estaban muy reprimidas, como amarradas por la gruesa e irrompible cuerda de la culpabilidad.

En un parpadeo, el tiempo transcurrió tras quedar viudo y descuidó todo lo relacionado con su intimidad.

Los sentimientos de culpa y la rabia por no haber podido salvar a su esposa lo atravesaban como una daga. El recuerdo de la fatídica escena del parto le aceleró los latidos del corazón. Aún recordaba cómo se le escapó la vida a su mujer. Se quedó con otra niña en brazos, y cuatro más pidiendo a su madre en el área infantil.

Todavía se recriminaba por ser débil. Si él no hubiese sucumbido ante los deliberados actos de seducción de Rebecca, ahora estaría a su lado. El médico fue muy específico, ella no podía volver a procrear o sería fatal. Y, ambos contravinieron sus indicaciones, como dos irresponsables. Arañó la madera del escritorio hasta causarle estragos y destrozarse las uñas. Sangraba.

Ocuparse hasta el agotamiento era su medicina. Le hacía olvidar que en un arrebató de pasión, mandó su apacible vida al demonio.

La extenuante jornada que había tenido ese día le martilleaba en la sien. Hacía malabares para lidiar con sus deberes. Y, sin embargo, reservaba un par de horas cada día para sus hijas. Al inicio, cuando su esposa se fue, sintió que velar por las pequeñas era una responsabilidad gigantesca. Temió no estar a la altura de las exigencias, debía pensar en todo. Elegir a las personas que quedarían al cuidado de las niñas fue sumamente difícil: institutriz, niñeras. Influirían en su educación y en cómo desarrollarían sus personalidades. No podía dejarlo al azar.

Marybeth fue un soporte invaluable, quedaría en deuda con su tía por siempre. Los familiares de Rebecca terminaron tan destrozados con su precoz partida, que no podían visitarlos sin caer en brazos del más desgarrador dolor. Necesitaban tiempo para aceptar que la duquesa no iba a regresar. Y Desmond era incapaz de demandarles apoyo. Ellos tenían sus propias batallas que luchar.

En ese momento de su vida, se sentía orgulloso y satisfecho con su progreso en la paternidad. Al principio, se desesperaba. Le faltaba paciencia y mano firme cuando eran más necesarias. ¿Cómo ser exigente con las criaturas que habían perdido a su madre? Pero, después encontró el equilibrio entre la firmeza y el amor que se requería para ser padre. Estaba seguro de que iban por un buen camino.

Se puso de pie y se dirigió hasta sus aposentos. Al llegar se desvistió, quedando solo en los pantalones de su ropa interior. Con la mente ofuscada se metió a la cama. Ahuecó la almohada, pero la sentía incómoda. Su cuerpo estaba pesado, como si no le perteneciera. Nada lograba aplacarlo. Se puso de pie muy molesto, se cubrió con una bata y bajó a las caballerizas por una de sus hachas. Afuera estaban los troncos que nadie tenía autorización de tocar, los que usaba como desahogo personal.

Dos de sus hombres merodeaban. Lo observaron de lejos, no tenían órdenes de interceder. Salvo que el duque diera la señal. Mientras, debían comportarse como si fuesen invisibles, aunque Norfolk sabía que estaban ahí. Eran muchos los que servían bajo su mando, los suficientes para que el duque no dejara de ser intocable en todas las circunstancias.

Golpeó con el hacha el resistente tronco, una, dos, tres... Las veces que su furia precisó desahogar la bruma enorme que tenía en la mente. Hasta que sus músculos quedaron engarrotados. Escupió furioso la saliva que se apelmazaba en su garganta. Cansado, volvió a sus habitaciones. Se dejó caer en el lecho para esperar la mañana. El sueño terminó por vencerlo. Su mente consiguió aquietarse y dejar de pensar. Sabía que al día siguiente, olvidaría esa maraña de

turbaciones y se reactivaría. Como una máquina que se encendía al levantar el alba, una máquina que solo recordaba su humanidad cuando su familia lo necesitaba.

Capítulo 5

Rose y Daisy, la condesa de Pembroke, estaban encerradas con Grace en el estudio del marqués de Bloodworth, esposo de la primera. Esperaban al barón Peasly, el hermano de las dos. Jacob, el gallardo joven que asumió, desde hacía pocos años, el título tras el fallecimiento de su padre, así como todas las demás responsabilidades.

Los Peasly de origen tenían un asunto familiar que tratar.

Jacob tardó más de lo esperado. Las mujeres estaban impacientes. Pero sabían que, faltaba muy poco para la regata de botes en el Támesis. Jake defendería el uniforme Dark Blue de la Universidad de Oxford, de donde era estudiante. Los entrenamientos eran arduos y era imposible ausentarse cuando estaban en la recta final.

En cuanto por fin arribó, todas suspiraron y se lanzaron a interrogarlo. Él alargó el silencio lo más que pudo.

—¿Entonces? —preguntó Daisy, a punto de sacudir a Jacob para sacarle las palabras.

—El doctor Emerson ha decidido ayudarnos. Revisará a Grace y emitirá su juicio sin dejarse coaccionar por la contraparte —les informó sobre sus pesquisas.

Todas celebraron, muy agradecidas con el doctor. Sin embargo, Jacob seguía muy serio, así que continuaron interrogándolo.

—¿Estás seguro de que lo sostendrá aunque Worcester y mi padre presionen? —inquirió Grace y Jacob asintió.

Las mujeres volvieron a exhalar de alivio.

Los familiares con altos cargos en la iglesia de apellido Peasly, por evitar el escándalo, secundaban a Ferdinand a la hora de poner todas las trabas posibles. Por lo anterior, Grace nunca pudo obtener la anulación del matrimonio. La mayoría de los médicos terminaban por ceder ante la presión, nadie quería revisarla y enfrentarse a oponentes poderosos.

Sin embargo, el tiempo se convirtió en aliado de Grace. En los últimos años, muchas cosas cambiaron. Ahora la balanza se inclinaba a su favor.

En primer lugar, dejaron de contar con el apoyo más poderoso. Leonard Peasly, el padre de Jacob, Rose y Daisy había fallecido. Y, por lo tanto, Ferdinand se quedó sin su importante

soporte. En su lugar, el nuevo barón, era partidario de la causa de su prima. Jacob dejó de seguir los consejos de su tío antes de que también se entrometiera en su vida, y lo hiciera tan desdichado como a Grace.

En segundo lugar, Daisy y Rose dejaron de ser dos damas casaderas sin influencia alguna. Ambas hicieron estupendos enlaces con dos exponentes de la nobleza que las respaldarían en cualquier empresa. Como marquesa de Bloodworth y condesa de Pembroke poseían contactos y estatus que no debían menospreciarse.

El conde de Worcester tenía sus propias conexiones, pero frente a la hermandad de los Peasly, Bloodworth y Pembroke, estaba en clara desventaja.

Y por Dios, que si en algo estaban muy unidos Rose, Daisy y Jacob, era en liberar a su amada prima Grace de las garras de Worcester.

—Grace, las circunstancias han cambiado —enfaticó Rose para que entendiera que ya no se hallaba en una posesión desfavorable. No existía la forma de no salir victoriosos—. El tiempo en que Worcester y Ferdinand encontraron un aliado en mi padre, y por ende, en el resto de los pudientes Peasly ha finalizado. Ahora tenemos nuestras propias conexiones. Les interesará mantener los lazos con el nuevo barón Peasly, con Bloodworth y Pembroke. El poder está de nuestro lado y no nos querrán de enemigos. No se arriesgarán a prescindir de los favores que podríamos concederles.

—Es cierto —aceptó Grace—. Las circunstancias han cambiado. Es mi oportunidad y voy a tomarla. Pero no nos engañemos, no apoyan mi decisión, ellos comulgan con las ideas de mi padre y el difunto tío Leonard.

—No importa que no sean tus abanderados —apuntó Jacob con una madurez que superaba sus años—. Sé que no apoyarán nuestra causa; pero tampoco seguirán metiendo las manos al fuego por Worcester y tu padre.

—No estorbarán —precisó Rose—, eso nos dejará un amplio margen de acción. Será ganancia. El querido conde de Allard es cercano al rector de St Stephen Walbrook. Por su intermediación hemos conseguido un acercamiento importante con el religioso. Eso cree que puede ayudarnos.

—¿Te da miedo que el doctor Emerson te examine? —preguntó Daisy, solidaria—. Pasar por la vergüenza de que te exploren y las incomodidades que conlleva ha de ser molesto. Aunque el doctor Emerson es respetable, resultará perturbador.

—Créeme que por librarme de Worcester, ese será el menor de mis problemas —respondió

Grace.

—Si es lo que deseas, prima, no te soltaré de la mano hasta que vuelvas a ser Grace Peasley y tu vida como la esposa de Worcester quede en el pasado —sostuvo Jacob.

—No descartemos que Worcester también tiene aliados, más allá de nuestros familiares. No dudará en usarlos. Será una dura lucha de voluntades. He pensado que antes de pedirnos las cabezas, quiero ofrecerle un trato, primo. A él le preocupa su reputación, que su hombría sea cuestionada —añadió, Jacob la escuchaba con atención—. Si Worcester acepta la anulación sin poner más impedimentos en el camino, puedo prometerle no revelar ante nadie la causa: que continúo siendo virgen.

—No estoy de acuerdo —protestó Jacob tras analizar las implicaciones de la propuesta—. Reforzar que eres virgen es la salida más honorable para ti. Vivimos en Londres, pertenecemos a un círculo hipócrita y voraz. De lo contrario, tu vida se tornará muy complicada. ¿Sabes a lo que te enfrentarías? Cuando dejes de ser la condesa de Worcester no recibirás invitaciones a las grandes casas. Será similar a estar condenada al ostracismo social. A nadie le importará tu inocencia en cuanto a los motivos de la disolución matrimonial. Si callas lo único que te dará cierta reivindicación ante la sociedad, te verán como... —No pudo continuar.

—¿Mercancía dañada? ¿Apestada? ¿Cuestionarán mi valor? —indagó Grace, pero conocía la respuesta—. Es que ya no me importa. ¿Bailes, conciertos, cenas con la *crème de la crème*? No me roba el sueño.

—Las puertas de la familia siempre estarán abiertas para ti —afirmó Rose.

—Por supuesto —sostuvo Daisy.

—Pero qué sucederá si de pronto te enamoras de un caballero de reputación incuestionable. Su familia podría oponerse a la unión por considerar que el posible compromiso es desventajoso —prosiguió Rose.

—Si él no lucha por mí, entonces no valdrá la pena que le quiera —resolvió Grace.

—Sabes que no es tan simple —rebató Rose—. ¿Por qué aceptar quedarte con la reputación salvada a medias, cuando puedes terminar en una mejor posición? ¿Por Worcester y su terror a que sospechen que es un impotente? No me parece justo. Él no fue amable cuando decidió elegirte de la vitrina como si comprase un adorno. No tuvo corazón para truncar los sueños de una joven y tierna señorita y obligarla a convertirse en su esposa.

—¿Te imaginas cómo habría sido tu vida si al conde no le hubiera aquejado ese «problema» y hubieses tenido que yacer con él cada noche? —intervino Daisy—. Prima, creo que mis

hermanos tienen razón. Eres tan buena que, incluso, no quieres perjudicar a ese viejo libidinoso.

Jacob carraspeó y añadió:

—En la vida hay instantes que nos marcan, y en los que debemos decidir si seguimos adelante cueste lo que cueste. No aceptes felicidad a medias. Consigue la anulación, limpia tu nombre, enamórate, elige al mejor partido de Londres, despósalo... ¿Por qué, demonios, no? Grace, tú lo vales. Por el maldito infierno, tú lo vales.

Las tres mujeres estaban acostumbradas a los arranques de Jacob, a ninguna le sorprendió que maldijera en presencia de las damas. No prestaron atención a los impropiedades, solo al mensaje subyacente y lleno de verdad. Grace tenía que arriesgarse para ganar lo que merecía.

—Conviértete en madre... Ser madre es tu gran sueño —expuso Daisy.

—Tus hijos te agradecerán que luches por rescatar tu reputación, lo más que puedas —insistió Rose—. Además, serás ejemplo para otras mujeres como tú, que tal vez viven oprimidas por un marido abusivo.

—De acuerdo... —titubeó Grace, pero en su mente iba calando hondo la intención de las palabras de sus primos. Necesitaba luchar, en el fondo era lo que más ansiaba. Quizás su fuerza mermó debido al fracaso que tuvo con Bill. Él le hizo perder la fe en el amor, no lo dijo en voz alta. Solo Daisy y Rose sabían de las ilusiones que puso en el banquero y cómo pisoteó sus sentimientos. No podía revelarlo a Jacob, era impetuoso y llamaría a Bill Wyatt a responder. No deseaba complicarle la vida a su querido primo. Menos, en ese momento, en que disfrutaba de su matrimonio y de la espera de su primogénito.

—Es todo lo que necesito escuchar. Ahora vamos a hacer trizas a ese viejo ególatra —manifestó Jacob muy decidido.

—Lo único que me gustaría hacer, antes de tomar alguna acción, es sacar a Darcy de Worcester House —reveló su temor—. Mi doncella vendrá en cuanto le escriba una nota, sé que es leal a mí. Aunque ya no sé si será un trato justo para ella, perderé mi solvencia.

—Pelearé por tu dote. Ese canalla tendrá que devolverla —comunicó Jacob—. Es lo justo, además, siempre tendrás mi soporte. No estás sola. Quizás cuando Ferdinand te obligó a contraer matrimonio con Worcester, yo era demasiado joven y carecía de poder para disuadirlo de lo contrario. Pero, ahora, como ha dicho Rose, es nuestro momento.

—Gracias, queridos primos. —Extendió los brazos para encerrarlos en ellos y los otros tres se aproximaron. Los cuatro se abrazaron fuertemente.

—Buscaré a Darcy ahora mismo. Tendrás a ese cachorro en tus brazos, donde pertenece —

aseguró Jacob. Solía ser impetuoso, cuando se proponía algo lo conseguía, y lo hacía de inmediato.

—No te confíes, Jake —lo previno Grace—. Si Worcester comprende cuánto lo deseo recuperar, se interpondrá. Es especialista en truncar cada paso que doy o sabotear mis anhelos. Ve y solicítalo con el mayordomo. Si Worcester no se entera, mejor aún. Calma esos ánimos, que no perciba tu impulso.

—Aún tengo los papeles de su propiedad a mi nombre, no podrá oponerse.

El perrito fue traído del otro lado del mar con la intención de ser perro faldero de la esposa de un noble criador de Cavalier King Charles Spaniel. Trataron de integrarlo a una camada de cachorros. Esta raza era muy noble con otros animales y humanos, así que el dueño creyó que Darcy se adaptaría.

Sin embargo, no hubo manera de que se acoplara con los perros de la casa donde vivía, ni siquiera con los Cavalier que eran de ánimos tranquilos. El can seguía gruñendo en señal de advertencia frente a los demás perros. Así que para darle un hogar, Jacob se lo obsequió a Grace, quien estaba necesitada de compañía y tendría la paciencia para adiestrarlo.

Y ella, lo acogió con tanto mimo, que se volvió parte de su familia. Jamás había visto una criatura tan curiosa. Guardaba más similitud con un pequeño zorro dorado o hasta con una rata que con un perro. Y ella era buena con los zorros. Con el tiempo, investigó y supo que era una raza muy antigua que moraba con tribus de tierras muy lejanas. Su instinto era más salvaje que el de un perro faldero. Su valentía no le hacía medir la real fuerza de un enemigo, podía enfrentarse a un perro diez veces de su tamaño sin titubear. Frente a extraños, se volvía un experto ladrador. Pero, ante estímulos insignificantes, como una palangana llena de agua para su baño mensual, temblaba más que una ardilla.

—Darcy es complicado de cuidar —puntualizó Rose, quien lo conocía bien y le había tomado cariño—. Sus patas son tan frágiles que ante un pisotón se podrían quebrar como ramitas delgadas. Y es un inconsciente, se enfrenta a cada perro que ve sin medir sus fuerzas reales.

—Prefiero tenerlo a mi resguardo. —Grace suspiró, dándole la razón.

—De paso, traeré a tu doncella conmigo, y tus pertenencias —continuó Jacob—. Ese malnacido de Worcester no te hará huir como una delincuente. Si se niega...

—Nada de duelos, Jake —lo reprendió su hermana mayor.

—Rose... —intentó defenderse el barón y dar argumentos. Pero las mujeres no lo dejaron salirse con la suya.

—Tu esposa está al traer al mundo a tu primer hijo, en unos días —le recordó Daisy—. Annalise te necesita a su lado. Un duelo no está en discusión.

—Lo sé —concedió y su rostro se iluminó—. Me comportaré por mi esposa y mi hijo. Voy por el diminuto saco de pulgas —bromeó y las otras negaron ante su osadía.

Jacob se despidió de las tres con una mirada resuelta. Si el primer paso a dar, para que el plan de liberar a Grace se pusiese en marcha, era rescatar al perro, él iba a traerlo cuanto antes.

Las hermanas esperaban ansiosas, Jacob aseguró que llegaría con Darcy. Y, tras ese reencuentro, ya nada pararía sus esfuerzos por darle un escarmiento a Worcester. Nadie se pasaba de listo con los Peasly y salía sin rasguños.

Emerson estaba citado para unos días después en Bloodworth House, donde se iniciaría el protocolo, y haría su examen en cuanto la iglesia lo solicitara. Lord Oso, el esposo de Rose, recibió la petición de acercarse al rector amigo del conde de Allard. El plan para la solicitud de la anulación había comenzado a moverse.

El barón no tardó en estar de vuelta un rato después. A simple vista percibieron que venía con las manos vacías. Ni las pertenencias, ni la compañía de la doncella y menos la mascota de Grace. A esta última se le aceleró el corazón, muy angustiada.

—Habla, por favor... —lo instó ante el silencio alarmante del barón—. ¿Se negó? ¿Quiere retener a Darcy para hacerme volver? ¿Al menos pudiste ver a mi perro? ¿Sabes si está bien? ¿Te dejaron entrevistarte con la doncella? —Preguntas eran lanzadas en tropel. La angustia casi la paralizaba.

—Las noticias son inquietantes, no sé si nos favorecen...

Todas envararon el talle, se miraron las unas a las otras y sus latidos galoparon desbocados. ¿Qué estaba pasando?

—Tu silencio me tortura. Dispara lo que sea que te tiene con esa cara de susto —suplicó Grace.

—Indudablemente se ha precipitado la consecución de nuestros propósitos. —Hablaban lento, como si nada lo sacara de su asombro. Se veía más pálido que de costumbre—. Creo que la intervención del doctor Emerson ya no será necesaria. No lo sé. No quiero divagar, pero es inevitable un cambio de estrategia en nuestra ofensiva.

—Jacob, no lo dilates más —pidió Daisy tan inquieta como Grace.

—Es que no sé por dónde empezar. —Se llevó las manos a la cabeza.

—Por lo primero que te venga a la mente. Concreta, no te andes por las ramas que me pone nerviosa —exigió Rose.

—Worcester ya no respira. Está muerto. Eres libre, Grace.

Un silencio brutal se extendió como un manto sobre ellos. Las mujeres se quedaron impávidas. Ninguna emitió palabra durante tres minutos. Los engranajes de sus cabezas se movían, tratando de poner en funcionamiento sus mentes. La pausa, que parecía interminable, fue cortada por los pasos lejanos del ama de llaves, que se escuchaban en el pasillo, y por el chirriar del manojito de llaves que siempre llevaba sujeto a su delantal.

Jacob fue a buscar a Darcy, y a su regreso todo el plan que minuciosamente habían preparado ya era inservible.

—¿Qué le sucedió a Worcester? —preguntó Rose sin entender nada.

—No me dieron explicaciones —esclareció Jacob aún pensativo—. Supongo que solo se las darán a Grace. Imagino que ya no corres peligro, prima, si vuelves a la residencia. Podríamos acompañarte para asegurarnos de que vas a estar a salvo.

—¿Y si es una trampa? —Sospechó Daisy—. ¿Y si Worcester ha fingido ante ti su propia muerte para capturar a Grace en cuanto pise la residencia?

—No, hermana. —Jacob desestimó el supuesto—. Esas novelas que lees exacerban tu imaginación. Los sirvientes están enfrascados en los preparativos del velorio del conde.

—¿Cuándo sucedió? —preguntó azorada Grace. Se llevó una mano al corazón.

—Esta mañana. Fue lo único que me comunicaron. Tuve la osadía de indagar por el perro —añadió antes de que le cuestionaran al respecto—. El mayordomo casi me incinera con la mirada por lo inoportuna de mi pregunta. Creo que está al tanto de las desavenencias entre el difunto y tú.

—Es un buen hombre —les comentó Grace, todo el personal era amable con ella—. ¿Darcy? —balbuceó.

—Me dijo que lo enviaron a Worcester Manor. Órdenes del difunto de un día antes. Traté de entrevistarme con tu doncella, pero me confirmaron que viajó con Darcy, que no quiso dejarlo solo.

—Pobrecito. Gracias a Dios no lo abandonó.

—El mayordomo me pidió que te comunicara que en un par de horas arribará tu hijastro. Creo que trató de advertirte, darte una ventaja, para que estés en la casa antes de su llegada. Es lo que se espera de una viuda, pero aún no sé si te conviene.

—Los sirvientes son leales a mí. Sé que estarán de mi lado. Además, dudo que sepan la verdad sobre el motivo de mi ausencia. El secretario es el único al tanto de por qué hui. Fue él, quien usó Worcester para seguirme la pista y espiarme... —Grace se llevó una mano a la boca, delatando su culpabilidad.

—No entiendo. ¿Qué descubrió el secretario? —Jacob sentía que algo le estaba pasando por alto.

Las mujeres tragarón en seco.

—Lo lamento, primo. Quizás debí contarte mi situación con lujo de detalles desde el principio.

—No, Grace. No te sientas culpable —intervino Rose.

—No tienes que explicarte —reforzó Daisy.

—¿Están confabuladas? ¿Me guardan un secreto? Por Dios, ¿por qué no me asombra? Las mujeres Peasly son criaturas difíciles —añadió en tono mandón—. Pero no podemos estar del mismo bando si omiten parte importante de la historia.

—Lo siento, Jake —se lamentó Grace con sinceridad.

—Si no fueras tan volátil, no temeríamos que salgas a batirte con cada sujeto que... —se le escapó a Daisy.

—¿Se refieren a un hombre? —Su tono fue más autoritario aún.

—Involucré mis sentimientos con alguien a quien creí digno de mi afecto —reveló Grace—. Resultó ser un patán. Pensé que me ayudaría a conseguir la anulación y que se casaría conmigo. Pero cuando Worcester descubrió mi *affaire*...

—¿Tu *affaire*? —la interrumpió Jake sintiendo que los calores le subían por todo el cuerpo. Sí, las Peasly eran de armas tomar.

—¿La dejarás continuar? —pidió Rose tratando de sonar compasiva con la paciencia de su hermano.

—Cuando Worcester descubrió mi romance amenazó con mandarme al campo... Y yo corrí

a refugiarme en Bloodworth House.

La expresión de Jacob causó piedad en las tres mujeres, era más de lo que el joven de incorruptibles valores podía soportar.

—Supongo que si estás dispuesta a someterte al examen de un médico para conseguir la anulación es porque no... —Abrió mucho los ojos y tragó, esas mujeres le hacían hablar de temas íntimos en su presencia. Ya era demasiado. Pero debía soportarlo. En ese momento, deseaba ser menos recto, y más desinhibido como su cuñado, lord Oso. Ese hombre no se inmutaba ante cuestión alguna.

—No, no estaba lo suficientemente enamorada para arriesgar su único boleto a la libertad —lo calmó Daisy—. Así que olvidémonos de ese sinvergüenza y concentrémonos en...

—¿Quién es? —preguntó Jacob, deseando ajustar cuentas con el atrevido, pero no lo dijo en voz alta o las tres se le lanzarían a la yugular.

—Es secreto y lo seguirá siendo, porque tú, hermanito, no conoces lo que es la medida —continuó Rose—. Y te queremos lo suficiente para evitar con nuestro silencio, que termines en un problema con grandes consecuencias. Worcester se llevará el secreto a la tumba.

—¿Olvidan al secretario? —Jacob hizo hincapié.

—¿Por qué se metería en asuntos de sus señores? —observó Rose—. El conde ya no puede reclamar nada.

—¿Y ahora tendré que perder otros dos años de mi vida guardándole luto a Worcester? —Entendió Grace lo que sobrevendría—. Tampoco quería que se muriera. ¿Qué debo hacer? ¿Aún puedo conseguir la anulación después de muerto? —Miró a Jacob dubitativa—. Odio tener que volver a esa casa. Mi hijastro jamás ha sido amable conmigo, su prometida tampoco. Ahora es el conde. No puedo quedar a merced de él.

—Como viuda de Worcester tienes las de ganar. Si lo del romance con ese hombre sale a la luz, como señorita Peasly te caerá todo el peso del escarnio social y no tendrás un título de cortesía que amortigüe el golpe. Una anulación siempre trae susceptibilidades, todos respetan a una viuda joven. Recuperarás tu dote, tendrás una compensación. El camino estará allanado para ti. Recomendando que intentes tomar esa digna salida que te ofrece el destino. Ya eres libre de Worcester, sin tantos esfuerzos.

—Debo regresar a Worcester House —dijo Grace—. Bastará una orden de mi parte para que traigan de vuelta a Darcy. A mi hijastro lo único que le interesa es la herencia, no se interpondrá en mis deseos de recuperar al perro. Ni siquiera le da importancia.

—Entonces, te acompañaremos para recibir a tu hijastro —expuso su plan Jacob—. Aclaremos las cosas con él. Te quedarás con Rose hasta que los trámites correspondientes a tu viudez sean realizados. El nuevo conde tendrá que entenderlo. No creo que se oponga. ¿Qué ganaría?

—Por supuesto, te quedarás con nosotros —apoyó Rose el comentario de su hermano—. Nadie se atreverá a perjudicar tus intereses, mientras estés bajo la protección de Oso —agregó para referirse a su esposo.

—¿Entonces? ¿Acudimos de una vez? —preguntó Daisy—. Es mejor llegar antes de que arribe el nuevo conde. Así alejaremos cualquier sospecha del distanciamiento actual entre Grace y el que pasó a mejor vida. No complicaremos la situación.

—Me parece prudente la observación de Daisy. Vamos —dijo Rose.

Capítulo 6

Norfolk escuchó con mucha atención las palabras de la reina. Tras el discurso de la monarca asintió con la cabeza sin espetar, solo agregó:

—Como ordene.

El duque era de pocas palabras en su presencia, pero su eficiencia estaba garantizada. Por eso era perfecto para esa misión.

—Algo más, Norfolk, hay detalles más delicados que no digo en voz alta por temor a que el viento esparza su contenido. Vienen en esta misiva, sabe lo que tiene que hacer cuando la lea.

Tomó el papel e hizo una reverencia, antes de dar media vuelta y abandonar el salón privado donde lo recibió Su Majestad. El asunto compartido era muy particular, tanto como para que ella no hiciese partícipe a ninguno de sus colaboradores cercanos, excepto él.

Hasta que abandonó el palacio y subió a su carruaje, se permitió exhalar fuerte, mortificado, por la nueva misión que tenía en sus manos. Odiaba que le endilgaran la tarea de niñera de un noble con suficientes años, como para responsabilizarse de sus propios problemas. Pero gozaba de los favores de la reina, y negarse no era una opción. Siempre se las ingeniaba para cumplir con sus órdenes, por descabelladas o difíciles que fueran. Y eso tenía su recompensa.

Pocas veces vio a la monarca tan enfadada, un caballero estaba a punto de arruinar uno de los títulos más antiguos de la aristocracia. Justo al que deseaba desposar con una de sus damas más queridas. Y, simplemente, la reina odiaba ser desafiada hasta por la adversidad.

Convocó a Norfolk para pedirle un favor personal. Pero, en realidad, él lo sintió más como un mandato: «resuélvelo». ¿Debía rehusarse? Su Majestad era bastante deferente con los miembros de su familia, gracias a la incapacidad del duque de fallar. Básicamente, su cercanía con la reina lo volvía intocable, y él había trabajado mucho para ostentar ese poder. Disfrutaba de cierta impunidad ante los protocolos que el resto de la aristocracia debía seguir. Disponía de una libertad de acción que era envidiable.

Su cabeza ya estaba trabajando en cómo solucionar el dilema.

Los caballos trotaron y las ruedas giraron sobre los adoquines de Grosvenor Square hasta la residencia del implicado. Iba a tomar al malnacido por las solapas y sacudirlo hasta que

reaccionara. Su pecado era el juego. Las apuestas eran responsables de que un patrimonio rico menguara. El oro en sus arcas estaba a punto de extinguirse. Y supondría el cataclismo para el título. En tan penosa situación, dejaría de ser un buen partido y el compromiso tendría que disolverse. La dama de la reina adoraba a ese truhan, y tenía la suerte de que Su Majestad la apreciara y se creyera todopoderosa, como para buscar una solución.

A Norfolk no solo le correspondía reformar al jugador empedernido, también guiarlo para que no quedara en la ruina. Pero en su fuero interno, lo único que deseaba era mandar a sus hombres para que le dieran una paliza al infeliz, por hacerle perder su valioso tiempo.

Cuando dejó de bufar y renegar se dignó a leer el contenido de la carta. Enarcó una ceja más perturbado. Sí, al llegar a Primrose Palace, quemaría la nota hasta que se convirtiera en cenizas. Pero antes, ajustaría cuentas con el responsable de su malhumor.

Capítulo 7

Grace llegó a Worcester House en un carruaje con el emblema del marquesado de Bloodworth. No sabía con lo que se iba a encontrar. Venía escoltada por sus primos, quienes se negaron a dejarla atravesar sola por ese momento.

El mayordomo los recibió y casi pudo leerse la expresión de alivio en su rostro, había muchas decisiones que tomar y sin nadie de la familia, la situación se volvía más complicada. Grace tuvo que encargarse de inmediato de las responsabilidades que le concernían como condesa, pero su cabeza era un abismo. Era el último lugar donde quería estar.

—Clarke, ¿llegó T...? —Iba a referirse al hijo de su esposo por su título de cortesía. Entonces reflexionó, era el nuevo conde. Pero no podía llamarlo «Worcester» mientras el difunto no fuese enterrado—. ¿Mi hijastro ya arribó?

—No, milady.

—¿Le avisaron?

—De inmediato, pero aún no ha dado razones.

—Quizás le pesa demasiado la noticia, seamos comprensivos. No tardará en arribar. Preparen sus habitaciones, tal vez ya no use su casa de soltero. Ahora le corresponde... —No pudo terminar, entendió que ella sobraba. ¿Debía afectarle abandonar la casa que habitó durante más de una década, de la que ya había huido?

Ni siquiera pensó en su complicada situación. No tenía a quien darle explicaciones, ni le convenía. Saldría más rápido de sus problemas si se comportaba como se esperaba de ella. Tampoco quiso cobrar viejas deudas. Worcester ya descansaba, y donde quiera que estuviese su espíritu, lo único que deseaba era que la dejara en paz.

Jacob y Daisy fueron con el mayordomo, él para atender los asuntos legales. Ella para encontrar al ama de llaves e indicarle lo que su prima decidió: cubrir los espejos y las ventanas con sedas negras, preparar los jarrones para los cientos de rosas blancas que vendrían de los invernaderos de Bloodworth, acondicionar las estancias para recibir a los familiares de Worcester que llegarían para rendir honores.

Grace se sentía como una hormiga obrera, tanto por hacer... muchas decisiones que

tomar... Cartas que escribir, telegramas que mandar... Todo iba avanzando. Y de pronto, se dejó caer en el amplio sofá del salón para recobrar el aliento.

—¿Tendré que vestir luto? —le preguntó a Rose, que tomó asiento a su lado, cuando los sirvientes no la escuchaban.

—Creo que es lo más razonable —le sugirió Rose dubitativa—. Detesto mantener las apariencias, pero no sé qué más puedes hacer.

—¿No será como condenarme? Si me visto de negro declararé que soy una viuda y como tal resultará más difícil conseguir una anulación.

—Entiendo tu punto. ¿Pero no es más sencillo que cumplas con tu tiempo de viudez y después sigas con tu vida? —Suspiró indecisa de si su recomendación era la más acertada. El escenario frente a Grace era tan complejo.

—Se iría con ello mi honor —masculló.

—Prima, comprendo tu sentir; sin embargo, tu reputación saldrá intacta. —Exhaló con fuerza, trató de sonreír al final para reconfortarla, pero fue inútil.

—Para todos seré, quien se casó con un hombre mayor con el único propósito de conseguir un estrato conveniente. Una escaladora social. —Se puso de pie y reforzó el planteamiento con un ademán de los brazos.

—Es despreciable, lo sé. —También se levantó a su encuentro—. Pero socialmente es aceptable para una dama. Nadie pensará que tus deseos eran mezquinos. Al contrario, sentirán pena por ti. Creerán que fue un matrimonio arreglado y que como hija obediente, no pudiste hacer otra cosa que obedecer.

—Qué horrible la suerte de una mujer... Oh, Rose, te admiro tanto. Tú te opusiste como una guerrera contra los designios de tu padre. ¿Por qué no fui más fuerte?

—Ferdinand es bastante convincente. Su trabajo empezó desde antes de que tuvieses uso de razón, te crio como a una oveja obediente que sigue al rebaño, al pastor.

—Oh, mi padre. No se conformará con mi nuevo estatus. En cuanto mi «hijastro» despose a su prometida seré la condesa viuda de Worcester. Mi poder se verá reducido, al igual que mi fortuna. Seguro papá buscará un esperpento más decrepito con el cual unirme.

—Ya no eres la muchachita de años atrás. Veo la resolución en tu rostro, solo no escuches sus consejos. Guíate por tu mente, por tu instinto, por tu corazón.

—Te juro que haré el papel de la maldita viuda lo más que pueda tolerarlo, y después seré

dueña de mi porvenir. Cueste lo que cueste, pese lo que pese... Ningún hombre volverá a regir mi destino.

Rose la abrazó con fuerza, mientras le susurraba palabras de ánimo.

Un carraspeo hizo que se pusieran en alerta y buscaran de donde provenía el sonido.

Dalton Chaworth, nuevo conde de Worcester apareció frente a ellas y las miró con desdén. Aunque vestía de luto, llevaba el chaleco desabotonado, el nudo de la corbata era un caos y la camisa lucía desaliñada. Parecía que su ayuda de cámara se había dado a la fuga.

—¿Se han reunido para tramar algo en mi contra? Parece que quieren llevarme ventaja. — Fueron las primeras palabras que emitió al presentarse delante de las damas.

—Dalton, ¿estás bien? —Solían tutearse desde que se volvieron familia. No parecía estar en su mejor momento. Los ojos estaban muy enrojecidos e inflamados, y el olor etílico proveniente de la sustancia con la que aplacó su ánimo, podía percibirse desde donde estaba Grace.

—Adorada madrastra —perfiló cada letra con cuidado—, lady Bloodworth. El sarcasmo era su mejor arma. Algo que Grace detestaba, jamás sabía lo que en realidad pasaba por la cabeza de Dalton. Era un hombre joven, dos años mayor que ella, muy parecido a como debió lucir su padre a esa edad. Ojos amarillos que brillaban con insolencia, labios delgados, alto, pero no corpulento.

—¿No prefieres recostarte un rato, previo a que llegue el resto de la familia? —le sugirió.

—Tengo asuntos ineludibles de los que ocuparme, antes de que los buitres arriben en busca de la carroña. Será muy divertida la lectura del testamento. Todos esperando un mordisco... — Era completamente inapropiado.

Rose dio una excusa para alejarse. Se reunió con Daisy para ayudarla en sus esfuerzos por allanarle el camino a su prima, con los molestos trámites que se requerían en esas circunstancias. Si seguía en presencia de Dalton Chaworth iba a darle una bofetada en ese rostro pomposo y petulante que tenía.

Cuando estuvieron a solas, Grace no pudo evitar sermonearlo. Reprobó su tono irrespetuoso frente a su prima.

—¿Pretendes acompañar a tu padre a la brevedad? Si continúas así... —No terminó la frase. Él era adulto y ella detestaba ponerse en un papel de una edad superior a la suya.

—Ni siquiera llevas luto y es tan reciente...

—Como dices es reciente, cuando lo lleve lo haré del modo apropiado. —No dijo más, pero

Dalton entendió que se refería que no luciría tan desaliñada como se presentó él.

—Creo que me mudaré a la mansión. Me corresponde. Ahora será tu turno de recibir las migajas. Tendrás que instalarte en mi casa de soltero. Mi padre no dudó en deshacerse de mí para quedarse a solas contigo en su nidito de amor. Es entendible. —Rio de modo burlesco con cierta lascivia que Grace aborreció—. Salvo que prefieras compartir el espacio, no tendría reparos...

—Te comunicaré mis planes cuando sea pertinente. Ahora me despido, hay mucho qué hacer.

Las carcajadas del hombre precedieron los pasos de Grace, quien se aguantaba para no maldecir en voz alta. Lo escuchó llamar a un lacayo y pedir una copa de brandy. Rogó para que se comportara de forma decente, cuando la casa estuviese llena de las personas que vendrían a ofrecer sus respetos.

Clarke interrumpió su huida para informarle que un aristócrata acababa de arribar. Eran muchos a los que esperaba, su padre, sería uno de los primeros. Por lo que, cuando el mayordomo informó la identidad del recién llegado, se quedó sin habla.

—Su excelencia, el duque de Norfolk —pronunció cuando salió de su sorpresa—. ¿El duque? —repitió en tono interrogativo. ¿Qué podía querer el aristócrata? ¿Se habría enterado de su infortunio y acudió a ofrecer sus condolencias? Pero, Norfolk no era amigo del fallecido Worcester. Menos de ella o de Dalton.

—¿Cómo procedo, milady? Aguarda en su carruaje y se ve impaciente —suplicó—. Su sirviente llamó a la puerta para preguntar si lo pueden recibir, ha pedido verlo a él. —Miró en dirección a Dalton—. En su casa le informaron de su paradero.

—¿Por Dios, hemos dejado al duque en su carruaje? —Era una práctica bastante habitual, pero no con alguien como su excelencia. Sin embargo, Clarke actuó con criterio, ella y Dalton seguían en el salón de recibir.

El eficiente mayordomo no solía titubear ante sus responsabilidades. Grace entendió por qué le consultaba, el estado de Dalton era inconveniente. Tampoco se trataba de un bebedor empedernido, tan solo era un bellaco. Supuso que la muerte de su padre lo tenía perturbado.

—Sigo aguardando sus órdenes, milady.

—Será mejor si el duque vuelve otro día, uno en que pueda tratar el asunto que lo trajo sin previa invitación. Comunícale nuestra pérdida, quizás eso lo disuada.

—Fue mi primera reacción. Se quedó asombrado, pero no cedió ni un ápice. No lo veo dispuesto a esperar. Parecía que iba a incinerarme con su intimidante mirada.

—¿Conspiran a mis espaldas? —los interrumpió Dalton.

—Buen Dios, Dalton. ¿Ahora crees que todos tenemos motivos para hablar a escondidas de ti? —reclamó Grace—. ¿Qué tienes en la conciencia que te hace desconfiar hasta de tu sombra? Su excelencia, el duque de Norfolk, está en la puerta, desea verte. Pero se llevará la peor impresión, si te ve en ese estado. ¿Podemos dar una excusa para que lo recibas cuando estés en mejores condiciones? Clarke y yo solo tratamos de ayudarte.

—Grace, el conde de Worcester ahora soy yo. No necesito tus sermones ni tu piedad —espetó recolocándose la ropa para verse decente, aunque no lo logró—. Clarke, no haga esperar a su excelencia.

El mayordomo, aturdido, no se movió. ¿A quién debía obedecer? La lógica le indicaba cuál de los dos estaba al mando, pero no lo veía en su sano juicio esa mañana.

—Clarke, dígle a su excelencia que pronto será atendido —indicó Grace. Y cuando el mayordomo se marchó a cumplir con lo encomendado, se volvió a su hijastro para contestarle como se merecía. No le temía en absoluto, ni por su rango, ni por quedar a merced de sus decisiones. Pronto se libraría también de él—. Mientras seguías sin aparecer, Dios sabe dónde, mi familia y yo acudimos a encargarnos de tus responsabilidades. Por favor, respeta la memoria de tu padre.

Caminó y se sentó en el amplio sofá para esperar la entrada del duque de Norfolk.

—¿Qué haces? —la desafió Dalton.

—No voy a dejarte en esas condiciones con su excelencia, podría ser contraproducente. —En realidad, tenía curiosidad por la razón que trajo a Norfolk a Worcester House.

—Como sea —respondió, tampoco tenía idea para qué venía el duque. Lo único que se le ocurría era que había acudido a darle el pésame.

Capítulo 8

Los planes de Norfolk, de sacudir a Dalton Chaworth por las solapas, debían esperar. Al hombre se le había muerto el padre. Sin embargo, los asuntos que lo traían ante su presencia eran urgentes. No solo debía rescatar al infeliz de las manos de su vicio por el juego, y ayudarlo a salvar su patrimonio, también era necesario cerrarle la boca. Así fuera de un puñetazo o tomando medidas más drásticas. No podía darse el lujo de esperar a que concluyeran los ritos funerarios.

Toda su ofuscación dio un vuelco cuando una cabellera rubia y unos ojos brillantes, como la lava de un volcán, le dieron la bienvenida. «Oh, es cierto. Es la condesa de Worcester, la viuda», pensó, rectificando para sus adentros el recién adquirido estatus de lady Worcester.

—Milady, lamento irrumpir en su morada esta mañana y en medio de tan penosa situación. Mis asuntos no pueden aguardar. No solo me competen a mí, son de interés para toda su familia. Espero que no me considere irrespetuoso. Reciban mis más sentidas condolencias —pronunció con una cortesía extrema, que no compaginaba con el desdén con que miró de reojo a Dalton.

—Su excelencia, ¿qué lo trae con tanta prisa a nuestro hogar? —indagó Grace con propiedad. Para que el duque pasara por alto una pérdida, las circunstancias debían ser graves.

—Milady, n... —Comenzó a explicar, pero no lo dejaron acabar.

—Su excelencia. —Dalton se atrevió a interrumpir al duque, quien no se mostró cómodo con su intromisión—. Si el asunto que lo trae es de índole importante, no inquietemos a mi madrastra con los pormenores, menos en nuestra difícil situación. Acudamos a mi estudio —añadió para referirse al de su padre y Grace lo observó molesta, no mostraba respeto por nadie. Entrar a ese recinto debió significar algo para un hijo que recién perdía a su padre. Y Dalton se mostraba indiferente. Para contrarrestar la reacción de la dama, aquel continuó—: No es necesario que se lea la Carta Patente con el Sello Real para saber quién es el nuevo conde de Worcester.

—Creo que la dama debe enterarse —prosiguió el duque—. En pocas horas no será un secreto para nadie, si no hacemos algo al respecto. Milord, espero que su padre se haya ido de este mundo sin estar al corriente de sus desaciertos...

—Su excelencia, no le permito que me hable en ese tono en mi propiedad. —Volvió a interrumpirlo.

—Por si no lo sabe, estoy aquí para salvarlo de la ruina y la vergüenza —masculló Norfolk ante la estupefacción de Grace—. No soy responsable de su estupidez. Es afortunado de estar comprometido con una dama de la reina, y que esté al corriente de sus errores y falta de liquidez. —Dalton trató de decir algo para obligarlo a callar, mas Norfolk no se lo permitió—. No ose interrumpirme otra vez o ya no seré tan paciente. La suma que debe es cuantiosa. Dudo que los bienes desligados del título puedan seguir en sus manos, al final de esta semana, sin mi intromisión en sus asuntos. Y, créame, no necesitaré de la lectura del testamento para saber qué recibirá de la herencia que se dedicó a dilapidar.

Grace se llevó la mano al pecho.

—Espero que mi dote no haya corrido con la misma suerte del resto del patrimonio —se le escapó, contaba tanto con ese dinero para dejar atrás sus días tristes, de prisionera de Worcester—. Tu padre confiaba demasiado en ti, jamás te restringió el acceso a sus arcas. ¿Qué has hecho, Dalton?

—No te entrometas —bufó el interpelado sin nada de respeto hacia la viuda.

—Discúlpese ahora mismo con la dama, milord. O me verá obligado a persuadirlo de un modo que no será de su agrado. —El tono del duque escarmentó a Dalton.

—No quise expresarme así. Es que todavía no sé por qué sigues en nuestra presencia, Grace, son temas de caballeros. Te angustiarás más. Solo quiero ahorrarte el mal rato.

Norfolk no le creyó nada, más bien deseaba que ella no se enterara de cada falta cometida y sus terribles consecuencias.

—¿Tu padre lo sabía, Dalton? —inquirió Grace llena de dudas.

El aludido carraspeó, se llevó una mano a la boca, se le veía muy afectado por la simple, pero contundente pregunta.

—Por supuesto que lo supo. Era imposible ocultárselo.

—¿Cuándo? —insistió ella.

—Ayer —respondió en tono cortante—. Puedo responderte todo lo que desees más tarde. Atendamos a su excelencia. Ha venido a a-yu-dar-nos —titubeó al final.

Norfolk comprendió que las preguntas de lady Worcester no eran al azar. Quizás ella sospechaba que el colapso que terminó con la vida del conde estaba relacionado con el impacto de la noticia de la inminente ruina económica.

—La suma es considerable —repitió el duque—, nadie en su sano juicio puede hacerse

cargo.

—Lo tengo cubierto —se justificó Dalton.

—Y he ahí nuestro principal problema —blandió el duque como impartiendo una lección al inexperto conde—. ¿En manos de quién ha dejado su destino?

—Un amigo de la familia. Todavía no entiendo por qué está aquí, su excelencia. Menos cómo está al corriente de nuestros asuntos familiares, económicos, privados...

—He dicho que su prometida ha suplicado ayuda a la reina, pero no escucha. Su compromiso pende de un hilo. Sin recursos ya no será elegible. Para su fortuna ella asegura que lo quiere.

La dama de la reina no solo abogó por el rescate de su inservible prometido, su lealtad a la corona estaba por encima de sus sentimientos y su propio honor.

—Un respetable banquero me ha ofrecido su respaldo a cambio de garantías. En cuanto tenga la próxima cosecha en mis manos...

—¿Bill Wyatt? —preguntó Norfolk sin dejarlo terminar, era un hecho que conocía la respuesta. Con el rabillo del ojo notó que la condesa tembló ante la mención del poderoso apellido—. Sería una mala decisión, los intereses van a asfixiarlo.

Siempre había un ardid en cada transacción y negocio en las altas esferas, más si estaban ligadas a la monarquía. Y todo venía en aquella misiva muy bien explicado, la que Norfolk quemaría en cuanto arribara a su hogar. La reina le dio información e instrucciones precisas. Norfolk tenía carta blanca para tomar las decisiones pertinentes, con tal de resolver el problema que tanto disgustaba a Su Majestad.

La dama de la reina, una joven viuda respetada, comprometió su honor al entregarse a Dalton. En el ardor de la pasión, compartió secretos inherentes al reino que debía guardar con más celo. El temor de la reina era claro. Dalton, desesperado, ante la presión que iba a ejercer Bill Wyatt cuando decidiera cobrarle, podría cometer un acto de traición con tal de salvar el pellejo. Y eso sucedería si soltaba ante el banquero todo lo que sabía, cuando este le exigiera saldar las deudas. Un negociador experto como Wyatt, sabría a quién venderle tan interesante información.

—Muy a mi pesar, estoy de su lado, milord —comunicó Norfolk—. No puedo permitir que quede en manos del banquero. A cambio, solo exigiré que mantenga la compostura y la boca cerrada. Espero que entienda a qué me refiero. No soy conocido por mi clemencia.

—¿Y va a ayudarme a salir de la posible ruina si cierro la boca con respecto a esos

secretos? —preguntó. La expresión de Dalton le dio a entender a Norfolk que comprendía a lo que se refería. Incluso, cuando respiró hondo, creyendo que esa información que guardaba, por ser cercano a la dama de la reina, lo ayudarían a vencer los obstáculos que enfrentaba.

—No me queda otra opción. Agradezca que su prometida lo ama, y que Su Majestad le tiene un aprecio importante a la dama.

—Estoy dispuesto a colaborar —accedió—. Ahora permítame despedir a mi padre—. No tenía otra opción que aceptar. Ya hablaría con su prometida para acomodar todas las piezas del rompecabezas.

—Milady... —En medio de la turbulencia necesaria para hacer entrar en razón al nuevo conde, recordó a Grace. La valentía que demostró era otro elemento que sumaba a lo poco que conocía de ella. Primero percibió la dulzura con que trató a su hija, después su tristeza cuando sostuvieron esa conversación en la biblioteca. Por último, la valentía. «Pobre mujer, ha quedado en manos de ese bueno para nada que tiene por hijastro»—. ¿Podemos hablar a solas? Es sobre mis hijas.

Ella pareció quedar sin aliento, sin embargo, Norfolk no se retractó de su solicitud.

—No estoy seguro de si una dama debe quedarse a solas con... —Dalton trató de negarse.

—Si termina esa frase es hombre muerto —masculó una amenaza con la paciencia agotada hacia aquel oportunista, que no perdió la ocasión de sacar las garras.

—¿Escuché bien? —Estaba entre envalentonado y confundido, se notaba por como temblaba su labio inferior—. ¿Acaso se cree con completa impunidad como para ordenar quién debe vivir o morir?

—¿Necesita que se lo diga más despacio? —Su voz fue un susurro filoso y metálico—. Ni la dama está en posición de requerir carabina, ni su honor es cuestionable. En cuanto a mi persona, ¿se atreverá siquiera a formular un juicio sobre la decencia de mi proceder?

—Me retiraré a ocuparme de los muchos asuntos que he heredado —espetó Dalton. Algo vio en los ojos del duque que lo previno de seguir desafiándolo.

Norfolk podía ser correcto y mantener una imagen impecable ante la sociedad. No obstante, la fuerza de su mirada podría erizar la piel de la espalda de cualquiera que tuviese la mala fortuna de volverse un obstáculo, un estorbo, para la consecución de sus planes. La expresión de Dalton le confirmó al duque que estaba comprendiendo que lo veía de esa forma, y que la tolerancia no era su mayor rasgo de virtud.

Lo vio huir con la cola entre las patas, pero no se engañaba. El conde no era un cobarde, era

de los que esperaban su momento y saltaban a la yugular. A él no lo tomaría desprevenido.

Cuando quedaron a solas, ella suspiró. Ese sonido fue agradable para Norfolk, lo ayudó a liberarse de la exasperación que lo corroía por culpa de la ineptitud del nefasto heredero.

—¿Qué necesita de mí, su excelencia?

—Quería quedarme a solas para brindarle mi apoyo. Su hijastro es un estúpido, pero uno peligroso. —La vio sofocarse ante el lenguaje usado por él, así que trató de moderarse. Esa tarea impuesta, tener a Worcester como un peso sobre su espalda sacaba a la luz su furia—. No solo dilapidó su dote, si la recuperara volvería a derrocharla. Me encargaré de que sea lo primero restaurado.

—¿Por qué se toma tantas molestias? —Ella lo miraba a los ojos, sin temor. La mayoría de las mujeres bajaban el rostro en su presencia, como si no pudiesen lidiar con la fuerza de su expresión.

—No lo sé. Supongo que porque les agrada a mis hijas. Ellas desean que usted les siga leyendo cuentos, y si termina en la calle, quizás eso ya no sería posible. Tendría otras prioridades de las que ocuparse. —Fue terriblemente esquivo, no podía revelar que se preocupaba por ella. Le costaba mostrarse vulnerable o solidario. Percibió la desilusión en los ojos de la mujer. ¿Esperaba otra respuesta? La vio tomar aire y él contuvo la respiración hasta que los pulmones de ella estuvieron llenos. Casi se le olvida inhalar, hasta que lo abrumó la necesidad. Y se sintió perturbado por eso; sin embargo, jamás iba a demostrarlo.

—Entonces debo estar agradecida con las pequeñas.

—No descansaré hasta que su hijastro le devuelva hasta el último penique y lo ponga en sus manos.

—Gracias, excelencia. —Estaba muy seria, parecía que algo le desagradó por completo. Tampoco esperaba que se echara a sus pies a besarlos con devoción por tratar de salvarla de la ruina, pero definitivamente no previó tanta hostilidad en su semblante. ¿Qué hizo para que ella dejara de parecer estar de su lado, como al principio, cuando la puso al corriente de la situación financiera de su familia?

—¿Lo echa de menos? ¿Está triste por la partida de su esposo? —Resolvió que quizás la embargaba la pena. Como ella lo abordó en el pasado sobre sus sentimientos por la duquesa fallecida, creyó que podía hacer lo mismo. De lo contrario, jamás se habría atrevido a tratar un tema tan personal.

—¿Yo? —Se mostró confundida—. No disfruto con la muerte de ningún ser vivo, pienso

que todos deberían tener una segunda oportunidad. Pero el conde y yo... —Tragó en seco—. Él y yo no éramos de ese tipo de parejas. No era mi esposo. —Se puso tan roja como el granate.

—¿No era su esposo? —Le lanzó una mirada escrutadora, como si estuviese dispuesto a descifrar lo implícito en sus palabras—. Hasta donde sé usted es la condesa de Worcester y para toda la sociedad.

—Quise decir que solo era un matrimonio arreglado. —Carraspeó nerviosa, arrepentida en el acto de hablar más de la cuenta.

—Como tantos. Pero la mayoría, al final, aprenden a amar ciertas cosas. A tomarse cariño. —Quizás sería el caso de lady Worcester, ella no abrió la boca para confirmarlo, tampoco lo negó. No se creía el cuento de que esa joven mujer estaba perdidamente enamorada del difunto, aunque en el amor, la edad no era una barrera.

Hicieron silencio cuando dejaron de estar solos. No obstante, ambos se quedaron con interrogantes.

La marquesa de Bloodworth y la condesa de Pembroke se reunieron con ellos, no ocultaron su asombro por la presencia del duque. Él no reveló los motivos de su visita. Las mujeres asumieron que venía a mostrar sus respetos, pero les sorprendió la rapidez con que fue notificado. Norfolk se limitó a saludar. No quería dar explicaciones de la razón de su presencia en Worcester House, nadie debía saberlo. Tampoco dijo nada cuando Jacob Peasly apareció con lo relativo a los trámites legales del fallecimiento ya resueltos.

—Estimado Peasly, usted también aquí —dijo Norfolk. Peasly era el esposo de Annalise, la hija de su querido primo Trevor. Trevor Everstone, hubiese sido vizconde Sadice, pero falleció muy joven mucho tiempo atrás, dejándole la tarea a su hermano menor Kilian, el actual poseedor del título.

—Excelencia. —Jacob hizo una reverencia—. Acompañando a mi querida prima Grace en sus desafortunadas circunstancias.

—Igual nosotras —ratificó la marquesa de Bloodworth y su hermana asintió para reforzar que ella estaba ahí por el mismo motivo.

—Una familia unida, como debe ser. —Era algo que el duque valoraba—. Ahora me marchó, no quiero importunar más. Pero tenemos que hablar, Peasly, en mi estudio, hoy mismo.

El barón asintió.

—Jamás es inoportuno, excelencia —murmuró Grace y sus primas la miraron, como si notaran algo inusual en su proceder.

No dilató su estancia. Volvería. No estaba en discusión. Se fue menos irritado de lo que llegó. Le agradó saber que la condesa de Worcester no se quedaba sola, que tenía a alguien más que velara por sus intereses, alguien más allá del inepto de Dalton Chaworth, conde de Worcester.

No entendía por qué, pero cambió de opinión sobre la encomienda de la reina. Ahora quería enderezar la vida de ese crápula. Más si la protección de esa dulce criatura de piel y cabellos dorados, lady Worcester, recaía sobre las ineptas manos del conde.

Capítulo 9

Durante los honores al conde de Worcester, sus familiares y amigos estuvieron presentes. Los padres de Grace no fueron la excepción. A pesar de que la madre no se opuso al matrimonio concertado por su esposo para su hija, Grace ya había perdonado a la señora Peasly. Entendió que su crianza y las herramientas que tenía a la mano, no le permitieron reaccionar de otro modo.

La condesa se mantuvo estoica a los pies del sepulcro de Worcester. Los asistentes comenzaron a partir, tras despedirse de ella y de Dalton —que estaba a su lado—. Cuando solo quedaban Grace y los señores Peasly, Dalton la observó desafiante y también a Ferdinand, quien le devolvió la mirada al nuevo conde. Ambos se retaron, pero Grace no les prestó mucha atención. Seguía aletargada, con la mente casi en blanco.

La madre la abrazó con fuerzas y ella enterró el rostro en el pecho de Nora.

—¿Quieres quedarte con nosotros en casa, querida? —preguntó la madre compadecida—. Al menos hasta que pasen unos días y tengas mejor ánimo para lidiar con...

—No, mujer —interrumpió Ferdinand—. Grace aún es la condesa, debe estar en sus dominios. Todavía no se ha leído el testamento.

—Padre... —Grace lo miró extrañada, trató de prevenirlo—. No espere demasiado...

—Hija mía, ya estoy al corriente de tus circunstancias financieras —le dijo Ferdinand para alivio de ella. Algo menos de qué preocuparse, si él ya estaba enterado—. No desesperes, no te soltaré de la mano.

—¿Cómo lo sabe? —Le dio curiosidad. Ni siquiera informó de su precaria situación a sus primos, no deseaba angustiarlos por un asunto que solo le competía a sí misma. Bastante incómodo fue mediar entre su padre y Jacob durante los honores fúnebres, quienes se lanzaban miradas tensas a cada rato. Ambos hombres deseaban diferentes destinos para Grace, y se sentían con el derecho de apoyarla según sus expectativas.

—Me acerqué a tu hijastro para recordarle los términos del contrato matrimonial con el conde. Cuando firmamos el acuerdo, garanticé que en tu viudez quedarías en una posición económica ventajosa. Tendrías tu dote, una compensación muy generosa y una propiedad en Londres acorde a tu rango. No vivirás bajo la sombra de tu hijastro y su inconsistencia. Gracias a Dios, soy previsor —se jactó de su acierto—. ¿Quién iba a sospechar que Dalton iba a resultar un

jugador compulsivo?

—¿Que hizo qué?! —Se sorprendió. ¿Hasta dónde llegaba la osadía de su progenitor?

—No me creerás un irresponsable. Tu esposo era mayor que tú de un modo considerable. Si no hubiese tomado esa medida, ¿qué tipo de padre sería? ¿Uno que cierra un mal trato para su hija? No consentiré que quedes desamparada en tu viudez.

Para él su vida era una transacción comercial.

—Le parece si hablamos después, por favor, padre. Ahora mi cabeza es... —Ferdinand tenía un extraño modo de querer. En el fondo, tomaba decisiones según sus rígidos conceptos del bien y del mal. Si de él dependía, Grace quedaría protegida de la pobreza y con la reputación intacta. Techo, solvencia, honor, para él todo lo anterior era más importante que el amor.

—¿No estás agradecida? —Su tono era autoritario, decepcionado, demandante—. Creí que vería otra expresión en tu rostro. Alivio, tal vez.

—¿Alivio? —Exhaló con fuerza, cansada de moderarse para evitar una discusión. Con su padre siempre debía medir sus palabras, para que no las sintiera ofensivas—. No pedí casarme con un hombre mayor y quedar viuda a los veintinueve años, sin hijos. Mientras todas mis hermanas disfrutaban de sus familias, yo estoy sola. —Las más jóvenes eran felices gracias a que ella intervino y no consintió que su padre les arruinara la vida.

—Tú eres condesa, recibirás una fortuna que te permitirá vivir sin limitaciones. Tendrás una casa digna que te dará orgullo. Cuando pase el luto, podrás recibir a lo más selecto de la sociedad.

—¿Y acaso eso es más importante que el amor?! —No pudo contener el grito que le salió de las entrañas—. Se ha muerto mi esposo y ni siquiera puedo llorarle porque no lo amaba, ¡nunca lo amé! —enfaticó desgarrada. ¿Por qué él no podía entenderla? Era tan frío y calculador—. Estoy vacía por dentro.

—Vamos, Ferdinand. Respetemos su dolor —intervino Nora. Grace y su padre eran como agua y aceite, si no mediaba a tiempo la discusión se saldría de control y su hija ya tenía bastante—. No es momento de discutir esos temas. Dejémosla a solas para despedirse de Worcester.

—Es que no importa cuánto me sacrifique por Grace, jamás veo agradecimiento en su rostro —protestó el hombre convencido de sus palabras.

—¿En serio cree que ha sacrificado algo en esta situación? —reclamó Grace consternada. Ferdinand la miraba como a la hija rebelde, cuando ella lo único que hacía era no dejar que la siguiese asfixiando.

—Si tanto te pesa la soledad, podrás volver a desposarte cuando el luto pase —sugirió como si su consejo fuera el más acertado. Hasta abrió los brazos para reforzar su planteamiento—. Tendrás una posición privilegiada, eres una viuda joven. Escogeré para ti a un caballero que pueda darte los hijos que tanto desees. Con tu patrimonio serás una opción muy conveniente.

Grace tuvo que reír a carcajadas, pero de rabia. Nora se llevó la mano al pecho, angustiada.

—¿Qué patrimonio?! ¿Aún confía en que Dalton me dará todo lo que según usted me debe? Oh, padre, no lo creí tan ingenuo. Ni, aunque le sobrara o no hubiese derrochado la fortuna familiar, habría desembolsado suma alguna en mis manos. Jamás estuvo de acuerdo con mi matrimonio.

—Tu padre no se quedará de brazos cruzados.

—Si tanto quiere mi agradecimiento, lo tendrá si deja de preocuparse por mí y mi futuro. Puedo ocuparme de mi persona. Y, por el amor de Dios, no se atreva a buscarme otro esposo. No permitiré que nadie, absolutamente nadie, vuelva a decidir por mí en un asunto tan personal y delicado. Para su información, quiero disfrutar de mi soltería, es una condición muy poco valorada. Para mí ahora mismo es una bendición.

—¡No blasfemes, Grace! Estás hablando de esa forma irrespetuosa a los pies del difunto.

—¿Y usted ha hecho lo contrario? A los pies del difunto —resaltó—, ya está buscando remplazarlo.

—Pequeña oveja descarriada —sermoneó Ferdinand molesto—. No has aprendido nada. Nunca sabes cuándo te conviene callar.

Nora negó compadecida por Grace y abogó por ella. Tomó a Ferdinand del brazo y casi lo sacó a rastras de ahí, mientras el hombre iba rumiando un sinfín de frases motivadas por el disgusto.

Y allí, delante del hombre que la compró sin garantías, pues al final no recibió la suerte de privilegios que su padre negoció para su viudez, juró que no iba a dejarse nunca más pisotear por nadie.

Con una mirada, se despidió de la tumba y antes de avanzar vio que alguien se acercaba. Se llevó una mano a la frente y se quedó paralizada al ver quien arribaba.

Bill Wyatt...

Pensó que no lo vería más, sin embargo, Londres era un pañuelo. Él la contempló a los ojos, mientras se acercaba. Ella le sostuvo la mirada sin olvidar cómo la despreció cuando corrió a sus

brazos, sin sacar de su mente las palabras de su excelencia: la deuda de Dalton estaba en manos de Wyatt.

—Mi estimada condesa —saludó con formalidad—, mis condolencias. Es una terrible e inesperada noticia.

—¿Qué haces aquí? No apareciste cuando todos estaban presentes, Bill, hubiese sido más apropiado.

—Ofrecí una disculpa al nuevo conde. Preferí pasar cuando todos se hubiesen marchado y presentar mis respetos en privado. Es una casualidad encontrarte aún aquí.

—No creo en las casualidades, menos si están relacionadas contigo.

—Te lo dije, ese viejo moriría. Hiciste un gran aspaviento por gusto. En dos años pediré tu mano, y tres meses después estaremos casados. Es una pena que no estés embarazada, podrías ser la orgullosa futura madre de un conde. Pero podemos ponerle solución, nadie sospechará si te embarazas durante este mes.

—Dalton es Worcester ahora. Si yo tuviese un hijo no heredaría el título y lo sabes.

—No le auguro muchos años de vida a Dalton con esa conducta libertina. Deudas aquí, deudas allá. Si no paga a sus acreedores no tardarán en retarlo a duelo y no tiene espíritu vencedor, su puntería es pésima.

—Como sea, el título pasará a la rama de la familia que corresponda. No tengo intenciones de esforzarme por perpetuar semejante engaño, menos contigo.

—¿Sigues enfadada, mi adorada Grace? ¿Qué tengo que hacer para que todo vuelva a ser como antes?

—Nada volverá a ser como antes, Bill. Es una suerte que mi viudez haya llegado después de desenmascararte...

—¿Por qué me hablas en ese tono? Siempre fuiste una oveja dulce y sumisa... Y ahora, vas por la vida con aires de...

—No, solo me respeto y exijo que los demás también lo hagan. No te atrevas a llamarme oveja nunca más.

—¿O qué?

Quiso abofetearlo, pero estaban en un sitio público y si alguien la veía a lo lejos, iba a tener que dar explicaciones. La forma más sabia de desligar su nombre al de Bill para siempre era

mantener la distancia. Ignoró su provocación.

—Ahora me marchó, rinde los honores o lo que sea que has venido a hacer en privado.

—¡No me dejarás hablando solo! —La agarró por el brazo con toda su fuerza y apretó más cuando ella forcejeó para liberarse—. Me darás lo que me prometiste y no esperaré los dos años de luto. Ya nada se interpone entre nosotros. Me tuviste como un idiota aguardando para meterte en mi cama, ya no necesitas la anulación.

—Jamás quisiste la anulación, solo te interesaba escalar...

—¡No lles mi paciencia al límite, Grace! Basta ya de jueguitos, eres mía y ya no está ese viejo para seguir interponiéndose. Tu inepto hijastro está en mis manos, te casarás conmigo y yo manejaré a Dalton como un títere si desea seguir gozando de los lujos a los que está acostumbrado. Eso sí, no solventaré sus vicios.

Forcejearon y casi cae al suelo tras perder el equilibrio. Una mano la sostuvo antes de aterrizar. Alguien que no vio venir. Era un hombre de cabello oscuro, alto y fornido, que llegó acompañado de otro de pelo más claro, de estatura mediana y complexión delgada. Ambos vestían de negro, con sobriedad.

—¿Milady, el señor la está molestando? —preguntó con seriedad el moreno. Se veían peligrosos.

El hombre de confianza de Wyatt, que había permanecido a distancia, no demoró en acercarse y llamar a su segundo para hacerle frente a los recién llegados con cara de matones a sueldo.

Grace se dio cuenta de que no debió quedarse a solas, su cochero no estaba tan cerca. Agradeció con el gesto al desconocido, sin embargo, tampoco le inspiró confianza.

—Debo irme, me esperan. —Dio una excusa para desembarazarse de cada uno. Y salió caminando a toda prisa.

Wyatt intentó seguirla, pero los extraños no se lo permitieron. Lo detuvieron, mientras discutían, en lo que Grace emprendió su huida hasta su carruaje para escapar de la peligrosa situación.

Sus pies se movieron ágiles sobre el pasto, su cabeza estaba llena de bruma y sus ojos puestos en el camino. Sabía que aquello que acaba de vivir no iba a terminar ahí, lo que en un inicio le atrajo de Wyatt, ahora la paralizaba: su determinación. Esos desconocidos no aparecerían de nuevo, como convocados por el Altísimo, para detenerlo cuando ella volviese a estar en aprietos.

Se introdujo en la cabina del vehículo sin siquiera avisar al cochero de su arribo, tampoco encontró a los lacayos, pero una vez adentro daría la orden para que la sacaran a toda prisa de allí. El testamento se leería en breve en Worcester House y debía estar presente para averiguar en qué situación iba a quedar.

Unos ojos azules como el hielo la hicieron sentir un frío desconcertante, uno que la recorrió lentamente hasta hacerle olvidar que estaban en primavera.

Capítulo 10

Los ojos de la condesa parecían los de una asustadiza gacela, pero no tardó en recomponerse de la sorpresa y enfrentarlo llena de interrogantes.

—¿Qué hace aquí, excelencia? ¿Cómo se atreve a...? —Lo abordó de inmediato, tomando asiento frente a él.

—Pregunto lo mismo, milady. —Se humedeció los labios y la miró expectante—. Ni siquiera me dio tiempo a...

—¿También llegó tarde al entierro? —No lo dejó terminar—. ¿Le parece educado sorprenderme así? No lo apruebo. Salga de una vez. —Finalizó con un mohín. Primero su padre, después Wyatt, no soportaría otro mal rato.

—Sus modales —insinuó en tono autoritario tratando de corregirla, las mejillas de ella se ruborizaron de inmediato por el comentario.

—No consiento que me hable así, ¿se cree Dios en la tierra? —Juzgó envarada desde su lado de la cabina.

—No, pero soy consciente de mi alcance —pronunció muy cómodo en su posición.

—No es educado irrumpir en los carruajes ajenos, sin el permiso correspondiente —continuó la frase que cortó un poco antes.

—Coincido. —Carraspeó, pensando qué más añadir, pero ella no le permitió continuar.

—No es decente colarse en el coche de una dama respetable. ¿Qué sucedería si alguien nos sorprende a solas? Pensarían que usted y yo... —Se ruborizó más y él la observó con una creciente curiosidad, el color de sus mejillas y el motivo para que se encendieran con tanta rapidez lo tenían cautivado por completo—. Ni siquiera vale la pena mencionarlo. Baje de inmediato, debo llegar cuanto antes a casa. Mi futuro se debatirá en breve. —Su voz volvió a tranquilizarse.

—Justo por eso estoy aquí, por su futuro. He venido a llevarla. —Exhaló por fin, al tener la oportunidad de explicarse sin ser atacado.

—Por supuesto que no, su excelencia. —Se enardecía de pronto, confundiéndolo. La dama le pareció todavía más interesante al duque—. Reitero, terminaríamos en una situación

comprometedora, sin estarlo, por supuesto. ¿Qué dirán de tan indecoroso proceder?

—¿Alguna vez ha escuchado mi nombre involucrado en un rumor, milady?

—Nunca —respondió tras hacer memoria.

—¿Por qué lo cree?

—Supongo que será porque es un caballero que cuida su reputación. Jamás daría de qué hablar. Por eso no entiendo que se arriesgue ahora de esta manera.

—Nadie en su sano juicio osaría despegar los labios para hablar a mis espaldas. —La frase tomó un matiz concluyente, y ella abrió la boca para decir algo, pero las palabras no encontraron el camino. Se mostró desconcertada por lo que acababa de deducir—. No solo descubriría a la fuente, también a los que se atreviesen a cotillear. Y no sería inteligente estar en los zapatos de los desafortunados.

—¿Se siente orgulloso de hablar así, amenazando a medio mundo? Me hace olvidar que es un duque. La imagen que tenía de Norfolk no coincide con la forma en que se muestra ante mí.

—Sin máscaras. Así me muestro ante usted. No todos tienen tal privilegio.

—¿Y le parece admirable infundir miedo, terror? —Cruzó los brazos, sus ojos eran justo del color de la lava ardiente que brotaría de un volcán en erupción.

—La reputación es algo que cuesta mantener. No tolero la petulancia, la hipocresía, ni la frivolidad. Y que los demás lo sepan me evita tener que soportar muchos momentos incómodos.

—Anotado en el libro de: «Todas las excentricidades de su excelencia el duque de Norfolk». Gracias por abrirme los ojos una vez más y advertirme de cuidarme de sus represalias, si llegase a ofenderlo de alguna forma. Estoy avisada. No cometeré tal atrevimiento. Trataré de cambiar de senda cuando nos encontremos en un evento social para no ofenderlo ni con el pensamiento.

—¿Me ha ofendido con el pensamiento alguna vez? —masculló más intrigado que molesto. ¿Por qué la dama haría tal cosa, si él solo pretendía ayudarla?

—Ahora sí, necesito seguir con mi vida. ¿Podría bajarse del carruaje, por favor? —El sarcasmo le asentaba muy bien, era la faceta de ella que más le favorecía.

—He dicho que la acompañaré de regreso. —Enarcó una ceja. Estiraría esa situación todo lo que pudiese, le resultaba entretenida.

—Y le agradezco su intención, pero no sucederá por muy duque que sea, no es quien para

darme órdenes —indicó abriendo mucho los ojos, sorprendida por las rarezas del hombre—. No lo necesito. Puedo ir perfectamente cuidada por mi cochero y mis lacayos. No preciso de la escolta de un caballero tan importante y ocupado —moduló con ironía—. Supongo que tendrá sus propios medios para acudir a la lectura del testamento, tomando en cuenta que considera tener el derecho de entrometerse en los asuntos de mi familia.

Norfolk no pudo evitar gruñir bajo, había destruido a otras personas por ofensas más inocentes que las que salían disparadas de la boca de aquella mujer. Sin embargo, la situación estaba a punto de cambiar, y terminaría por resultar divertida.

—El derecho no, la autoridad moral.

Ella ignoró su comentario. Se dignó a abrir la portezuela y le señaló con la mano la salida.

—¡Fuera! —atacó casi feroz y cambiando el tono añadió—: No olvide su sombrero y su bastón. Adiós, su gran, elevadísima e inalcanzable excelencia —canturreó llena de júbilo por ganar la contienda.

Él, simplemente, negó con la cabeza. Se reacomodó cuan largo era sobre el asiento sin intenciones de complacerla. Se limitó a dar una orden certera dirigida al conductor, sin dejar de clavar el azul hielo de su mirada en las dos brasas encendidas de Grace.

—¡A Worcester House, a toda prisa!

Ella inspiró con fuerza, con la boca abierta, totalmente indignada ante tamaña ofensa. Y explotó, ya sin nada de contención.

—¡Nunca había compartido el espacio con alguien tan soberbio, baje de una vez! —Su tono no fue respetuoso. Pero entonces sus ojos, que estuvieron centrados y eclipsados por la figura del duque, exploraron el interior de la cabina. Notó el color azul oscuro de los asientos, el dorado de los detalles y se mostró más sorprendida aún.

—Sí, es mi carruaje. —El hombre saboreó cada palabra muy pagado de sí mismo.

La condesa lo miró como si quisiese pegarle con su retículo, pero no se rebajó a tal comportamiento. A él le pareció muy hermosa la soberbia que se apoderó de sus facciones. Los puños enguantados, la nariz engurruñada y el color rojo de su rostro eran prueba de ello.

—¿Qué hizo con mi carruaje?! ¿Por qué el suyo ocupa el sitio donde dejé el mío?! ¿Por qué demonios no me dijo desde que subí que no era mi maldito coche?! ¿Le divierte verme hacer el ridículo?!

La dama respiraba con dificultad ante la encerrona que Norfolk disfrutaba, dejó al ratón

atrapado y jugó con ella desde el principio. Empezó a sentirse mal consigo mismo. ¿Por qué omitió el dato? Ella le resultaba tan tentadora. Dejarla escalar en la confusión, volvía más interesante conocer su reacción ante la caída, cuando por fin comprendiera que el carruaje era del duque. Se amonestó por su comportamiento, al lado de la condesa le afloraban emociones que, con la cabeza fría, hubiese considerado indignas de él.

—Milady, no le pagaré con la misma moneda, ni la obligaré a caminar hasta Worcester House. Seré más hospitalario, ahora que se ha dado cuenta de que está en «mi» carruaje —enfaticó el «mi». ¡Oh, por Dios! Estaba arrepentido, pero no pudo dejar de ser irónico. La forma en que ella lo miraba, llena de furia, lo atizaba como un tronco de leña en el fuego—. Le he repetido mil veces que vine a escoltarla a la lectura del testamento.

—Pero no era necesario, tenía como regresar.

—Despedí a su cochero.

—¿Con permiso de quién?

—Paciente, sumisa y callada, milady, ¿le parece que soy de los que piden permiso? —La castigó con su ironía.

—No me hable en esos términos, no le he dado tanta confianza.

—Le devuelvo la atención, puesto que me enalteció el ego con sus cortesías: «gran, elevadísima e inalcanzable excelencia» —le recordó—. Solo pido permiso para cuestiones más íntimas, sigo siendo un caballero.

—Buen Dios, lo que debo soportar. —Se abanicó con la mano, perdiendo la elegancia—. No me concierne lo que sucede en su intimidad, no sea tan explícito. Lléveme de inmediato a casa, por lo visto no tengo otro remedio que tolerarlo. Y por favor, sea discreto, he cuidado mucho mi reputación como para arruinarla con una persona a la que no me une absolutamente nada.

—Eso está en discusión.

—Por supuesto que no. ¿Qué insinúa? ¿Qué algo me liga a usted?

—Me refiero a lo cuidadosa que ha sido con su reputación. —Carraspeó y ya no se veía que disfrutaba retarla—. ¿Por qué mis hombres tuvieron que intervenir cuando ese señor la trataba sin respeto alguno?

Ella quedó pálida de inmediato. Parecía que iba a desvanecerse en cualquier momento, pero logró recomponerse del impacto.

—¿Sus hombres? —Ya no lucía tan sorprendida de descubrir que quienes la salvaron de Wyatt obedecían al duque, estaba más preocupada por borrar la sombra de la duda del rostro de Norfolk—. Un malentendido no tiene nada que ver con mi reputación.

—Espero que no mienta. Llegaré hasta el fondo del asunto. Si tuviese que ver con su reputación me decepcionará.

—¿Por qué? ¿Ya no estaría a la altura de compartir «su» carruaje? —lo retó recobrando el empuje que le daba su dignidad—. No lo obligué a raptarme.

—No la he raptado, la rescaté de ese...

—Usted me ha secuestrado, por motivos que desconozco. ¿Por qué su grandísima excelencia se interesaría en mi persona? —Volvió a pegarle en el ego—. ¿Soy alguna pieza clave, en su plan de conseguir que Dalton se enmiende, para que usted pueda cumplir con la tarea encomendada por Su Majestad?

—Es interesante cómo desconfía de las intenciones de quienes la rodean. ¿Tanto la han traicionado?

—Algunos, en eso no se equivoca.

—¿Nombres?

—Aún no somos tan cercanos para revelárselos. —Entornó los párpados y volvió a clavarle las pupilas. Norfolk sintió que iba a derretirle el azul de su mirada con la intensidad de sus brasas encendidas.

—Su primo y yo somos cercanos. Le revelé su situación, hablamos sobre usted y noté que la aprecia, que desea ayudarla.

—¿Por qué le dijo? No quiero darle más responsabilidad.

—Cuestión de honor, Peasly y yo somos familia. No podría guardarme una información que la perjudica sin ponerlo al corriente. Tiene derecho a velar por su seguridad.

—Puedo valerme por mí misma.

—No lo dudo, pero no es pecado aceptar ayuda de la familia. Le expliqué a su primo mi posición con respecto al nuevo Worcester. Me pidió cuidar sus intereses y se ofreció a pagar el monto de la deuda de Worcester que corresponde a su dote, su casa y su compensación, milady. Su hijastro tendrá que redimir un pagaré después con Peasly, le dio un plazo considerable.

—¡Por Dios, no! Mi primo no puede ver afectado su patrimonio por mi culpa. —Se veía

angustiada, más por darle tal molestia a Jacob que por quedar en la ruina y a merced del inepto conde.

—No sé si se percató que el barón tuvo que irse del sepelio antes de tiempo...

—Sí, ni siquiera se despidió y sus hermanas también lo acompañaron —reconoció Grace.

—Él me confesó que iba a estar en la lectura del testamento.

—¿Por qué lo haría? Ni siquiera se lo permití a mi padre.

—Sabe cómo es Peasly, tendrá que preguntarle a él. Pero supongo que para asegurarse de que Worcester cumpla con lo pactado. Su hijastro es sagaz y taimado. Peasly temía que no cubriera la deuda y que terminara jugándose la cantidad entregada.

—Jacob es... —Suspiró dedicándole una mirada amigable al duque—. Muy típico de Jake. Espero que Dalton no sea tan deshonesto, mi primo es volátil. Lo retaría a duelo. Todo terminaría en tragedia. Odio tener que darle tantos dolores de cabeza.

—Dudo que en este momento sea lo que más le preocupe al barón. Peasly y sus hermanas se marcharon de prisa, y sin despedirse, porque recibieron una misiva. Su hijo está por nacer, si no es que para este momento ya lo tiene entre sus brazos.

—Por todos los cielos. Señor, cuida a Annalise y al pequeño.

—El doctor Emerson es su médico de cabecera.

—Y todavía mañana es la carrera de botes. Imagino cómo estará mi primo, su cabeza debe ser un caos en este instante.

—Peasly me pidió que ocupara su lugar en la lectura del testamento y que me cerciore de que Worcester cumpla con su palabra.

—Al final, parece que le debo una disculpa, su generosa y desinteresada excelencia. Me porté como una...

—No necesito sus disculpas. —Le evitó tener que juzgarse a sí misma—. He disfrutado con su puesta en escena, valiente y retadora dama. Ha valido la pena cada minuto que he pasado en este carruaje a su lado.

—¡Qué ha disfrutado! Excelencia, eso es... Me he enfadado, me he ofendido, y hasta me he sonrojado...

—Esa fue la mejor parte, creí que una mujer de su edad no se sonrojaba por quedarse a solas con un caballero, un muy respetable caballero.

—Uno que no levanta susceptibilidades porque le temen tanto, que nadie osaría abrir la boca en su contra o señalarlo con el dedo.

—¿Ve lo que digo? Cada minuto ha valido la pena. Adoro conversar tan amenamente con usted. Pone a prueba mi ingenio cada vez que tengo que responderle.

Ella tragó en seco y volvió a ruborizarse. Bajó la mirada llena de vergüenza, podía enfrentar los ataques directos o sarcásticos del duque, pero no un simple elogio.

Él lo entendió en el acto. Eso aceleró su pulso de un modo que no solía ocurrir. Pocas circunstancias lo sacaban de su mesura, y el sonrojo de la condesa era una de ellas, así como sus respuestas desafiantes y cada una de las formas en que se comportaba en su presencia.

Norfolk ya no tuvo reparos en aceptar que estaba irremediablemente hechizado por esa mujer. El matrimonio de ella ya no era un impedimento y no sintió culpa alguna por ese pensamiento. La condesa de Worcester le atraía de un modo inquietante. Incluso vestida de negro le parecía la criatura más hermosa de Inglaterra.

Debía poner distancia entre ambos o terminaría diciendo o haciendo algo que revelara sus sentimientos.

Él estaba en un momento donde lo último que podía desear era complicarse con un romance clandestino. —Porque casarse era algo que no estaba en sus planes y nada lo haría cambiar de opinión—. Había una culpa lacerante que sí era imposible manejar: la partida de Rebecca.

No había compartido su cama con dama alguna, no quería que lady Worcester fuese la excepción. Debía mantenerse como hasta ese día: solitario, penitente, íntegro. Su autoimpuesta soledad era el castigo que merecía. Por su culpa Rebecca se fue de este mundo. No era justo que él reanudara su vida, como si la huella de su esposa se hubiese esfumado.

Capítulo 11

Grace y Norfolk llegaron tarde a la cita, se lanzaron una última mirada antes de dirigirse a la puerta. Todos estaban impacientes en el estudio aguardando por ellos. El mayordomo los instó a unírseles de inmediato.

Dalton lucía altivo con una piel de zorro enroscada en el cuello, lo que era absurdo, ni estaba a la moda ni en temporada. Pero Grace entendió la indirecta, gracias a ella y su influencia, el conde suspendió la cacería del zorro en las tierras de Worcester Manor, y el primogénito siempre estuvo en desacuerdo. Su atuendo era evidencia de que revertiría la decisión de su padre, y sobre todo, que disfrutaba desafiar a Grace de esa manera. Ella simuló no sentirse afectada, no tenía poder para cambiarlo.

La lectura del testamento aconteció de manera rápida y discreta, en cuanto la condesa tomó asiento. Dalton se quedó con las deudas, además del título y las propiedades ligadas a este, todo lo anterior en ciernes de terminar arruinado.

Ella, no obstante, no dejó de sorprenderse. A pesar de que el duque la puso al corriente de la ayuda brindada por Jacob, no estaba segura de que su situación se resolvería tan fácil. Sentía vergüenza, por su comportamiento en el carruaje con Norfolk, cuando él solo trataba de ayudarla.

Creyó que Dalton daría más guerra. Tras la lectura, su hijastro firmó los documentos que avalaban la posesión de la dote a nombre de Grace sin protestar. Así como de una casa en Londres —la misma que Worcester usó antes de heredar el título—, y la compensación pactada por Ferdinand con el fallecido conde durante los arreglos previos al matrimonio. La casa ubicada en Belgravia no era tan grande como la mansión, pero para Grace estaba perfecta. Lo mejor era que estaba desligada del título y podría hacer con ella lo que quisiera.

No solo el duque estuvo de pie dando fe del acto, también Ferdinand Peasly que, como le prometió a Grace, acudió para cerciorarse de que su hija no quedara en desventaja. Pero, este último no tenía idea de quien otorgó el préstamo a Dalton para cubrir la cantidad que cedía a su hija.

Cuando Dalton, con reticencia, alargó la mano para entregarle los papeles a Grace, Ferdinand se adelantó para tomarlos.

—Entréguelos a la condesa, no a su padre —ordenó el duque ante la mirada de Grace y la sorpresa de Ferdinand, quien apretó la mandíbula muy mortificado.

—Velaré por los intereses de mi hija —dijo sin soltar los documentos.

Worcester presionado por la imponente presencia del duque, tampoco los soltó. Sabía que le convenía obedecer a Norfolk, estaba dispuesto a sacarlo del atolladero donde se había metido.

—La viuda puede velar por sus propios intereses —espetó su excelencia—. Worcester, sea generoso con su madrastra y entréguele lo pactado.

—¡No es mi madrastra, casi tenemos la misma edad! —protestó Dalton con deseos de desafiar a Norfolk y dejar la modesta fortuna en manos del señor Peasly, solo con el afán de contrariar a la dama. Sabía que la relación entre padre e hija era tensa.

—Tampoco eres mi hijastro, solo el hijo del antiguo Worcester —alegó Grace, adelantándose para tomar su herencia. No iba a volver a quedar bajo el dominio de su progenitor, no en ese momento que representaba su libertad.

—Lo siento, señor Peasly, mi lealtad ahora está con el duque. —Dio un leve tirón y despojó al padre de Grace de los papeles.

—Como sea, mi hija me obedecerá —alegó Ferdinand confiado—. ¿Por qué sería diferente? Grace siempre ha hecho mi voluntad.

La condesa tomó la herencia en su propia mano, incluida la robusta llave de la puerta de entrada de su nuevo hogar y —aunque no estaba de acuerdo con la decisión de Jacob— sonrió. Jamás en toda su vida se sintió tan poderosa y dueña de su destino. En cuanto a su padre, decidió ignorar sus comentarios. Ya aclararía sus nuevos términos con él.

—Suerte, Dalton. Espero que puedas salir del atolladero donde te metiste —agregó Grace reflejando en el rostro cierta plenitud—. Hoy mismo abandonaré Worcester House.

—Tu casa no está preparada aún para recibirte. Mis pertenencias aún están allá.

—Haré que te las empaquen con sumo cuidado y las traigan en el carruaje.

—Ni siquiera hay criados y me temo que los carruajes se quedarán en Worcester House. —No iba a admitir que el servicio renunció por atraso en los pagos.

—Me llevaré a algunos de mis sirvientes más leales, te aliviaré el peso de tener que pagarles. En cuanto al carruaje...

—Puedes usar el mío, hija. —Se adelantó Ferdinand—. No estoy de acuerdo con que

abandone Worchester House, pero este barco está por hundirse, así que será mejor que zarpe cuanto antes de él.

—Usted, señor Peasly, siempre tan certero —atacó irónico Dalton—. Pero no es necesario que intervenga, son mis cosas, mandaré un carruaje a buscarlas. Deberíamos hacer la transición con cierta calma. También necesitas empacar, Grace. No puedes meter una vida en un arcón. ¿Cuántos años viviste con nosotros? Aún tienes demasiadas pertenencias en la casa de campo. Por otro lado, no puedes irte sin entregarme las joyas del condado. Las necesito.

—Están resguardadas en Worchester Manor, ahora serán de tu futura esposa. Me desligo de ellas.

—Grace, acabas de enviudar y te ves muy feliz —la confrontó Dalton azorado—, como si te hubieses librado de... —Trató de atacarla, no podía disimular su enfado.

—No te atrevas a terminar esa frase. —Lo detuvo Norfolk y Dalton se mordió la lengua.

—Como sea, señor Peasly, Grace, los invito a marcharse y dejarme llorar la muerte de mi padre en paz. Ya me desplumaron como a un ave de caza —se quejó sin dar más razones, ante la mirada implacable del duque—. Con respeto a usted, excelencia, acepto su ayuda para salir de mis dificultades. Estaba renuente a considerar su gestión, pero tomando en cuenta que no puedo oponerme porque las órdenes vienen de arriba, no perdamos más tiempo.

—Yo le diré cuándo. Por lo pronto, ni se le ocurra tocar las joyas del condado —le previno. Grace negó irónica, Norfolk era sagaz—. Le he dado órdenes al administrador para que realice un inventario de todos los bienes, si no sigue mis recomendaciones se lamentará por ello. No me gusta que me hagan perder el tiempo. El administrador y el secretario ahora seguirán mis órdenes. Venderemos las tierras no productivas y desligadas del título, así como todo lo que solo le sirva para alimentar el orgullo. Las maquinarias de Worchester Manor son de las más modernas, no necesitan cambiarse. El problema no está en la producción de sus tierras, su padre tenía muy bien sujetas las riendas de su patrimonio, hasta que decidió que era momento de dejarlas en sus manos.

—Siga torturándose si es lo que desea, nombrando a mi padre y lo mal hijo que he sido. —Orquestó todo un teatro que no era creíble en un hombre de su edad. Grace ya lo había visto en semejante tesitura, cuando discutía con su progenitor para salirse con la suya, logrando convencerle para que pagara sus deudas—. Ya sé que no he actuado bien. Si me ayuda a salir de esta pesadilla, juro no volver a pisar un salón de juego, ni apostar en las carreras de caballos, ni en las peleas, ni en absolutamente nada que me deje en una posición vulnerable. Deseo devolverle al condado la fortaleza que siempre tuvo en tiempos de mis predecesores.

—Esa es la actitud que se espera de un aristócrata —sentenció Norfolk y el filo de su voz casi corta el aire.

Grace suspiró ante la última frase de Norfolk. Al contrario del duque, ella no creía en la honorabilidad de la nobleza. Pocos eran dignos ejemplos de entereza. Su excelencia le daba demasiado valor al linaje.

—Madrastra —la llamó Dalton por la palabra de la que renegó momentos atrás, el sarcasmo era notable en su voz—, espero que tengas un poco de piedad y me ayudes a pagar algunos sueldos, o me veré en la penosa misión de despedir a más de la mitad de los sirvientes. A fin de cuentas, viviste aquí hasta hoy.

—No sea descarado, Dalton. Usted heredó el título, la responsabilidad es suya, no de mi hija —acometió Ferdinand.

—Habla mañana, Dalton, con los ánimos más sosegados —dijo Grace, apiadándose de los leales criados que no tenían por qué pagar los platos rotos.

—Otra cosa más, antes de que vaya a reunir sus pertenencias y saltar por la borda —masculló el conde, clavándole la mirada a Ferdinand, no lo soportaba—. Espero que guardes el luto que merece mi padre durante el tiempo correspondiente. Ahora que eres una viuda rica, muchos se acercarán para intentar atraparte.

Ella no se dignó a responder ni dar explicaciones. Sin embargo, cuando pasó por el lado del duque, este le susurró, sin que nadie más se percatase.

—Guarde muy bien el dinero y el título de propiedad. No me fío de ese infeliz.

Ella se limitó a asentir, agradecida por el gesto. Cuando abandonó el estudio, su padre le borró la sonrisa que se iba a formar en su rostro antes de que surgiera.

—Hija, debemos hablar. No me gusta nada la actitud de Dalton. Será una carga que no lograrás quitarte de encima.

—Padre, no quiero dormir esta noche en Worcester House, si me sigo demorando oscurecerá. Tengo prisa, debo reunir un equipaje decente para sobrevivir en la casa de Belgravia hasta que llegue el resto de mis cosas. Quién sabe en qué estado habrá quedado la propiedad.

—Es más sensato que vayas a nuestro hogar, ahí está tu madre. Mañana haremos una inspección. Hasta que no asegures un personal de servicio confiable, no debes estar sola en ese lugar. Quizás no sea seguro para ti.

—Agradezco, padre, su intención —cedió un poco para no llevarle la contraria, era la forma

más rápida de terminar la discusión—. Pero no es necesario que se preocupe en exceso —se mantuvo sin provocarlo—. Usted tomó decisiones por mí hace muchos años y no estoy feliz con el resultado. Ahora es mi turno.

—Al menos déjame guardar lo que has heredado, hija.

—Estaré bien, confíe en mí. —Le sonrió tratando de ser paciente, Ferdinand nunca iba a cambiar y seguiría siendo su padre.

—Jamás te dejas guiar. ¿Quieres que envíe a mi ama de llaves para que te haga compañía y te ayude a administrar la casa hasta que consigas un personal decente? Ni siquiera está tu doncella contigo, no me quedo tranquilo.

—Me llevaré a un par de mucamas y a algún lacayo. Padre, Dalton no tiene como llegar a fin de mes con los salarios. No pondrá reparos en cederme al personal que desee seguir a mi servicio. No estaré sola.

Ferdinand ya no tuvo otro argumento qué replicar, y Grace por fin pudo subir a sus aposentos con el propósito de empacar lo más importante. Daría órdenes a los sirvientes para que prepararan el resto, lo trasladaría en los días subsecuentes.

Al entrar a la habitación se quedó pasmada. Sobre su cama, en un perfecto círculo, permanecía durmiendo su diminuto perro.

—¿Darcy? —El perrito paró las orejas de inmediato al escucharla y comenzó a mover la cola con efusividad.

Ella no tardó en extenderle los brazos, y atraparlo cuando se lanzó hacia arriba con la intención de ser capturado.

—Oh, mi bebé, mi pequeño bebé. —Los lametones sobre la mejilla de Grace le robaron una sonrisa—. ¿Cómo llegaste? Estaba a punto de viajar para buscarte yo misma.

Unos toques en la puerta precedieron la entrada de su doncella.

—¿Agatha? Qué bendición. ¿Cuándo arribaron? —le preguntó emocionada, al fin una noticia feliz en medio de la turbulencia.

—Usted estaba todavía en la despedida de su señoría.

—Claro, llegué directo al estudio. Clarke no pudo avisarme, porque todos aguardaban impacientes por mí. Tuve un inesperado retraso. ¿Cómo hicieron para regresar?

—El barón Peasly mandó a buscarnos, y aunque el conde dio órdenes de que Darcy no

podía abandonar Worcester Manor, con la noticia de la pérdida, todos estaban tan confundidos que no pusieron reparos. Además, allá la aprecian, fue duro para ellos cumplir las órdenes del conde.

—Gracias por no abandonar a Darcy.

—Temí que la criaturita se perdiera en la travesía, o le pasara algo en el campo. Sé que lo adora.

—Fuiste muy valiente en acompañarle, fue la decisión más acertada. También debo agradecerle a mi primo, prometió que los traería a ambos de regreso conmigo y cumplió muy rápido. A pesar de la competencia que tiene mañana y el nacimiento de su hijo...

—¿Ya nació?

—No me han avisado, pero si no ha nacido estará por hacerlo. En cuanto me asiente en la casa de Belgravia, mi casa —añadió tras suspirar, debía comenzar a llamarle así, pues ahí viviría —, me comunicaré con los Peasly para saber qué ha sucedido.

—¿Suya?

—El conde me ha legado la propiedad de soltero de su hijo. Ahora viviremos ahí. Esta mansión le corresponde a Dalton, su futura esposa y descendientes, cuando los tenga.

—Entiendo. Siento la pérdida de su señoría. —Titubeó al pronunciar esas palabras, pero eran las esperadas en un caso de ese estilo y no podía ser descortés.

—Gracias, Agatha —dijo, tampoco sabía cómo responder. Pero jamás una muerte iba a alegrarla, ni siquiera la que representaba su libertad.

—Aunque era de esperarse. El estado en que se encontraba antes de que abandonáramos Worcester House, era alarmante. Es comprensible que se detuviera su corazón.

Grace se llevó una mano al pecho, la culpa le caló hondo. ¿Era responsable de su deceso? Se lo estuvo preguntando desde que le comunicaron su partida.

—¿Se puso muy mal cuando se dio cuenta de que hui? —Tuvo que indagar.

—Sí, pero no fue eso lo que lo llevó a la tumba. Y si no me cree, pregúntele al señor Clarke. Fue la conversación que sostuvo con su hijo. No sé de qué hablaron; sin embargo, cuando dio la orden de que llevaran a Darcy a la finca familiar, había discutido con el heredero.

Grace supuso que sería conocer la noticia de la inminente ruina. Un golpe muy fuerte para quien se esforzó toda la vida por mantener el patrimonio consolidado. Dalton le dio muchos

dolores de cabeza a su padre, no era la primera vez que se enfrascaban en una ardua discusión. Pero nunca las arcas se vieron tan azotadas por la negligencia del primogénito.

—Me quiero ir hoy mismo —comunicó Grace.

—¿Hoy?

—Manda a unas doncellas para que me ayuden a reunir lo que deseo trasladar ahora y ve a preparar tu equipaje. Hoy nos despedimos de Worcester House.

No podía llevarse a todos los sirvientes, la casa no era tan grande. Muchos desconocían la situación del condado y le eran fieles al título, generaciones de sus antepasados les sirvieron, y ya sea por lealtad o costumbre decidieron quedarse. Sin embargo, el ama de llaves, un lacayo, dos mucamas y su doncella personal accedieron a irse con Grace. Para ella estuvo excelente. No necesitaba más, y de ser indispensable lo solicitaría más adelante.

Le fue difícil dejar a Clarke, pero entendió que un mayordomo de su experiencia debía servir en una propiedad acorde a su rango.

—Siento dejarle sin ama de llaves —le dijo antes de despedirse y agradecerle por su fidelidad y eficiente servicio durante todos esos años.

—Y yo, no acompañarle, milady. Su bondad con los sirvientes de aquí y de Worcester Manor, así como con los arrendatarios ha dejado una huella imborrable en mi corazón. Siempre tendrá un aliado en mí, pero no puedo marcharme. Siento que si abandono al joven, le costará más esfuerzo reponerse de la pérdida de su padre. Ya tiene bastante con la culpa.

—Oh, Clarke, usted es una gran persona. Se preocupa por Dalton a pesar de... ¿Sabe por qué falló el corazón de su señoría? —Se atrevió a preguntar, dado que insinuó que se debía a Dalton. Pero quería saber si, también supo de su aventura con Wyatt. Los mayordomos se enteraban de los secretos de las mansiones donde trabajaban, aunque se esforzaran por ser discretos.

—Nada lo revivirá, ¿de qué sirve sacar conclusiones? Supongo que cualquier disgusto podía causar una mella en un corazón frágil. Algo aquejaba la salud de milord, de lo contrario, nada lo hubiese podido derribar.

—Usted es muy generoso. —Supo que si Clarke estaba al corriente o no, jamás iba a repetirlo, tanto en el caso de ella, como en el de Dalton. Ojalá no se llevara una decepción con él,

o que no lacerara también su corazón.

Con su pequeña comitiva y Darcy en brazos, el carruaje con el emblema de Worcester arribó a Belgravia después de la hora de la cena. Ella no había probado bocado, pero no quiso limitar a sus acompañantes.

La casa estaba en completa oscuridad, no sabían con que iban a encontrarse. En ese momento, la sugerencia de su padre se le hizo muy lógica, un viaje de exploración antes de mudarse habría sido atinado. Pero no reconocería ante Ferdinand que cometió un error. Dalton vivió allí hasta la noticia de la pérdida de su padre, la casa debía tener condiciones óptimas para recibirlos.

El lacayo introdujo la llave en la cerradura del amplio portón de herrería y dio paso a los caballos. Grace seguía azorada mirando por la ventana, pero no se amedrentó. Cuando al fin bajó del carruaje, pidió el manojito de llaves, deseaba abrir ella misma la entrada principal. El reducido grupo se movió a tientas para encender algunas velas, que por fortuna trajeron consigo, en lo que buscaban otra fuente de luz dentro de la casa.

—Tal vez debió pedir un inventario del mobiliario, milady —espetó el ama de llaves, la señora Adams, con discreción para que no la oyese los demás.

—No creo que alguien haya tenido tiempo de saquear la propiedad —comentó Grace, pero dudó de sus propias palabras—. Mi hijastro me entregó las llaves tras la lectura del testamento, ni siquiera ha sacado sus pertenencias.

—Pues el salón de recibir parece que fue asaltado —musitó el ama de llaves.

Grace elevó la propia palmatoria que traía en su mano, se percató de que la señora Adams estaba en lo correcto.

—Busquen candelabros, traten de iluminar lo más posible —indicó—. Necesitamos preparar los dormitorios para descansar esta noche, ya mañana nos organizaremos y compraremos todo lo que haga falta.

Mientras más se introducía, más vacío sentía, no había muebles ni en el salón de recibir, ni en el vestíbulo. Los demás espacios que recorrió se veían en similares condiciones. En el pasado, cuando Dalton terminó sus estudios y su padre le acondicionó la casa para que viviese —ya que no estaba de acuerdo con la boda de su progenitor—, visitó la propiedad varias veces.

No quedaban rastros de las alfombras persas, de la enorme araña del salón principal, de los candelabros de plata, de los costosos jarrones de porcelana china, de los sofás, de los elegantes muebles del comedor. No quiso revisar a fondo la platería, las vajillas y la cristalería. Con lo visto se iba haciendo una idea de lo que podía encontrar a la luz del siguiente día. Tan solo, eligió uno de los cuartos de invitados para pasar esa noche.

Sin atreverse a soltar a Darcy por miedo a que se perdiera en la oscuridad, lo sostuvo con un brazo y con la mano libre desempacó lo necesario.

—Milady, la ayudaré a cambiarse.

Grace asintió mientras se preguntaba si hacía lo correcto. No se trataba solo de ella, arrastró a otras personas consigo.

—Cierra muy bien el dormitorio, para que el perro permanezca dentro. Será mejor que explore mañana. No sabemos si hay algún peligro. —Rogó para sus adentros que no fuese así.

—¿Desea que me quede en ese sofá? —se refirió a uno que había en uno de los rincones—. No me atrevo a dejarla sola. Hemos cerrado bien la casa, pero... Todos estaremos muy cerca allá arriba y usted dormirá sola en esta planta.

Grace entendió que el temor de la doncella era válido, algo que no había considerado.

—Si te acuestas en ese sofá, mañana no podrás levantarte y hay mucho qué hacer. Al lado de esta habitación hay otra vacía, puedes reposar ahí.

—Pero no es para sirvientes...

—Estaremos cerca. Nadie tiene por qué saberlo y descansarás mejor que en el sofá. Tendré a Darcy, no podrá defenderme de un intruso, pero al menos dará la voz de alarma. En medio de la quietud de la noche será suficiente para despertar a todos.

—Qué fe le tiene a ese animalito, milady. Pero sí, al menos hace buen escándalo. Hasta mañana. Con la luz del día, todo se verá más bonito.

—Seguro que sí. Cierra bien tu puerta.

—Usted también.

Cuando se quedó a solas con Darcy, lo abrazó y se fueron juntos al lecho tras pasar el cerrojo. Al menos los dormitorios poseían las camas y los guardarropas, y algún que otro mobiliario.

—No importa cómo esté la casa. Soy libre y he soñado tanto con esta libertad que estoy

muy segura de lo que tengo que hacer. Mañana comenzamos a vivir, mi querido Darcy. Tal vez cometa errores, pero voy a aprender de ellos. Si termino en casa de alguno de mis familiares, será como declarar que no soy suficiente, que una mujer sola necesita de un marido o un padre para valerse. Lo único que no me deja respirar y llenar los pulmones a plenitud es saber que tengo esta casa y el dinero gracias a Jacob. Si Dalton no le paga me sentiré terrible, tendré que buscar la forma de multiplicar la cantidad que ha puesto en mis manos para entonces pagar yo. De lo contrario, me sentiré salvada por los míos, y no es que no agradezca ser rescatada por Jake, el buen Jake. Sin embargo, no me parece que él tenga que cargar con el estropicio causado por otro, más ahora que es o será padre.

Poco a poco los párpados se le hicieron más pesados cuando se dio cuenta de que hablaba sola. Hacía rato que Darcy se había dormido arropado por su calor.

Lo que sentía era una mezcla de valor, de lucha, de voluntad, y aunque quedaba un espacio menor para el miedo, no se permitió sentirlo.

Capítulo 12

Norfolk estaba a punto de perder la paciencia, mientras intentaba convencer al conde de Worcester de lo que debía hacer para resolver el embargo inminente.

—Inútil de todos los demonios —masculló por lo bajo para intentar aplacar su rabia. Worcester arrugó el entrecejo, pero no replicó, sabía que lo merecía—. Me llegaron con la información de que anoche lo vieron apostando en la magna pelea de boxeo que se celebró en un club clandestino.

La mirada de Norfolk era fiera. Cada segundo lo asfixiaba más, tener que sacar al conde del hoyo donde él mismo decidió enterrarse.

—Solo fui de espectador, pero creí tener una oportunidad de salvarme de mis deudas si apostaba por el irlandés. —Las justificaciones comenzaron a brotar de la boca de su interlocutor—. Debió ver cómo el dinero se movía, excelencia. ¿Quién iba a imaginar que ese hombretón tan alto como una montaña iba a caer derribado por su oponente? Todo por culpa de las estúpidas reglas de boxeo, le contaron diez segundos y como no se levantó sin ayuda, le declararon nocaut.

—Las reglas son necesarias en todas partes, sino en vez de celebrar peleas habría entierros de continuo. Gracias a las normas de boxeo ese irlandés sigue vivo.

—Y mis bolsillos saqueados por su ineptitud. Maldito farsante, pensé que ganaría.

—Usted prometió que estaría lejos de los sitios de apuestas. El dinero de las joyas del condado era para abonarlo a pagos vencidos, no para perderlo de una estúpida forma. ¿Está seguro de querer casarse con su prometida? Ya dejó de considerarlo un buen partido. Solo porque ella sigue encaprichada con usted, estoy aquí tratando de sacarlo a flote.

—Lo siento, excelencia —se disculpó llevándose ambas manos a la cabeza. Reconoció que tenía un problema grave ante sí. Sin su padre para intentar conducirlo por el recto camino estaba perdido, no sabía controlarse.

—Y luego pasó por esa casa de citas de baja reputación y dejó allí otro enorme saldo por pagar. No entiendo cómo todavía le fían. Maldición, Worcester —volvió a mascullar.

—Quizás aún vale ser un conde.

—Hasta que todos conozcan su estado financiero.

—Lo resolveré antes. El señor Wyatt está dispuesto a ayudarme y otorgarme un préstamo en su banco que servirá para saldar todas mis deudas. ¿Por qué demonios considera que no es una buena idea? Tendría más tiempo para recuperarme.

La mención le resonó en la memoria, era el mismo que sus hombres vieron discutir con la condesa de Worcester. Hacía poco, Douglas dio con la identidad del sujeto y le reportó el nombre. Sacó conclusiones. Dedujo que el hombre tal vez la presionaba por las deudas del hijastro. La necedad de Dalton se lo reafirmaba.

—Sería una insensatez. Los intereses lo corroerán por el resto de su vida y quedará en las manos de Wyatt. ¿Eso quiere? El banquero se adueñará de todo lo que posee. Pasará a la historia como el conde que arruinó el título.

—¡No! —refutó envalentonándose. También se notaba bastante harto de Norfolk.

Desmond apretó los puños para no tomarlo por la camisa y asestarle un puñetazo en el rostro. Aunque el instinto violento lo recorriese entero, no era una persona que acostumbrara al contacto físico. Lo evitaba lo más posible. Para eso tenía a sus hombres, no se ensuciaría por quien no valía la pena. La preocupación de Su Majestad quedaría resuelta si el infeliz de Worcester desaparecía de este mundo. Pero la dama de la reina terminaría desecharlo y Norfolk tendría algo más que reprocharle a su conciencia.

—Escúcheme bien y siga instrucciones. Venderá Worcester House y las tierras que no son productivas. Solo sirven para dar cuenta de su poderío y le acarrearán gastos. Es la solución inmediata. Dejará de pagar intereses y podrá esforzarse para recuperarse.

—¡Por supuesto que no! La medida no la contempló ni mi padre antes de morir. Jamás venderemos tierras, menos nuestra mansión en Londres. Todos creerán que estamos arruinados.

—La reina ha pedido mi consejo para ayudarlo y es lo mejor que puedo recomendar. Tras el inventario del administrador me he dado cuenta de que esas ventas pagarán el setenta por ciento de las deudas. Para las restantes pediremos un plazo y la irá saldando con las ganancias de los cultivos y los otros negocios menores a su nombre.

—No soy una marioneta en sus manos, excelencia. Pareciera que moviese mis hilos.

—¡Me temo que sí! —gritó y asestó un puñetazo sobre el escritorio. La rabia le hacía mella por los cuatro costados. Worcester lo miró bastante contenido y se tragó sus palabras, pero en sus ojos se notaba su disgusto—. Esta misma tarde debo dar respuesta a Su Majestad de nuestros avances y no pretenderá usted que llegue sin nada. La noticia dibujará una sonrisa en los labios de la reina y mi reputación de cumplir con las gestiones que me encomienda quedará intacta.

—Mi padre se revolvería en su tumba —murmuró apenas audible. El miedo era notable en su rostro, pero era miedo a terminar cumpliendo las órdenes de Norfolk y enfrentar los chismorreos de la sociedad, cuando fuera evidente que perdía gran parte del legado de la herencia—. Esas tierras se han pasado de generación en generación.

—Pues eres muy afortunado de que no estén vinculadas al título.

—La casa de Londres es uno de los emblemas del condado, fue una de las primeras que se construyeron en la calle. —Intentó razonar—. Yo quedaría en vergüenza si cambia de dueño, justo cuando estoy al mando del patrimonio.

—La perderá de todos modos si se queda de brazos cruzados.

—¿Dónde voy a vivir durante la temporada? Debo cumplir con mi nuevo escaño en el Parlamento y mi casa de soltero la tiene ahora esa... —Contempló con recelo a Norfolk y este casi lo fulmina con la mirada, persuadiéndolo de que usara palabras gentiles para referirse a la condesa—. Mi madrastra.

—Tendrá que pedir refugio a alguno de sus conocidos hasta que mejoren sus finanzas. Imagino que tiene amistades, ¿no? A mí ni me mire, no soy la beneficencia, menos con ineptos como usted. Bastante ya hago. Si en el pasado fue amable con su madrastra, quizás ahora ella le brinde abrigo.

—¿Quedar a merced de Grace? Solo se casó con mi padre para obtener una mejor posición.

—Su madrastra —carraspeó— me parece una dama decente, vuelva a ofenderla en mi presencia y conocerá mi lado menos amable. No se lo recomiendo. —De nuevo la fría calma se reflejó en sus facciones. Inhaló lento, ese espécimen de libertino no iba a agotarle la paciencia.

—¿No se cansa de insultarme? Solo porque estoy en una posición desventajosa se cree con la potestad de sobajarme continuamente, excelencia.

—¿Ofendido? —Casi se ríe en su cara por semejante descaro. Negó irónico. Worcester era todo un personaje. La noche anterior se dedicó a despilfarrar un dinero que no podía y a la luz de la mañana se mostraba digno con quien trataba de rescatarlo de su irresponsabilidad—. No me gusta que me hagan perder el tiempo, y mientras intento salvarlo en contra de mi voluntad, se empeña en hundirse a toda costa. Digamos que entre los dos, solo uno hace algo por ayudarle, a pesar de los insultos. Usted, en este momento, no está resultando de utilidad para sí mismo.

Worcester bajó la cabeza, como si aquellas palabras le hicieran reaccionar.

—Es muy duro, su excelencia. Agradezco a Dios no ser su hijo, no imagino cómo trataría a un hijo varón de haberlo tenido. —Le dio un golpe bajo, poniendo cara de santurrón. ¿Quién no

sabía que la esposa de Norfolk falleció intentando darle un heredero? Nadie ignoraba que el duque se encerró aún más en su caparazón desde que la duquesa partió.

—No tengo paciencia para su cursilería. Espero noticias pronto —lo retó y elevó los ojos al cielo con soberbia. Por supuesto que notó el aguijonazo que Worcester le lanzó, y sus intentos de disimular su verdadero propósito—. No se moleste en tratar de fastidiarme. Un hombre de mi posición está acostumbrado a recibir ataques velados o directos, sus esfuerzos por atravesar mi coraza son muy débiles. Esfuércese más. Le aconsejo que emplee esa energía en algo más productivo; como, por ejemplo, sacar el trasero del estiércol de vaca donde se ha caído, milord.

Dejó a Worcester con la palabra en la boca y salió para reunirse con su cochero, quien debía llevarlo cuanto antes a su siguiente cita. Ni siquiera le dedicó un pensamiento al conde, ya había perdido mucho tiempo con aquel.

Esa mañana su agenda estaba muy ocupada y detestó malgastar aquellos valiosos minutos con semejante desagradecido. Subió al carruaje para ser conducido a toda prisa hacia Chiswick Bridge. Era 4 de abril y tenía una cita en el Támesis. El esposo de Annalise se batía en la regata representando a la Universidad de Oxford, ocupando su posición de *stroke* o golpe en el bote de los Dark Blues.

Lamentó no presentarse desde el arranque, pero tenía la cita ineludible con el conde. El cochero apresuró a los caballos. Rogó para arribar lo antes posible. Annalise no estaría apoyando a su esposo. Los hombres de la familia acordaron ir para demostrarle a Jacob Peasly —en ese instante especial— la estima que le tenían, y que era uno más de ellos.

La baronesa no acudió a la regata porque aún se reponía de una jornada agotadora. La noche anterior, Norfolk recibió una misiva de Peasly House con la emocionante noticia de que Annalise y Jacob ya eran padres de un saludable varón. Así que, si Peasly ganaba la carrera de botes iba a tener doble motivo para celebrar.

Llegó justo a tiempo, cuando los vítores a favor de Oxford amenizaban el ambiente. Suspiró de alegría al saber de la victoria.

No tardó en acercarse para felicitar a Jacob.

—Excelencia —le dijo el joven de modo ceremonioso, acompañando su saludo con una reverencia.

—Es usted un orgullo para la familia, Peasly.

—Me honran sus palabras.

A su lado estaba lord Oso, cuñado de Jacob con una sonrisa mordaz. Se le veía muy contento al marqués por la victoria del equipo, al cual representó durante sus años de estudio, justo en la misma posición que Jacob ocupaba. Kilian, su primo, también estaba ahí, felicitando al vencedor. Normanby, el hermano de Norfolk igual había asistido.

—Agradezco mucho que hayan venido, ahora que las damas me han abandonado. Supongo que todas acompañan al pequeño Trevor. No veo el momento de terminar los festejos y cabalgar a casa, para volver a tomar sus deditos entre los míos. —Se veía tan emocionado.

—Por eso remaste como si no hubiese un mañana, estabas desesperado por volver a casa —comentó Oso—. Te entiendo, el nacimiento del primer hijo es inolvidable. Pero, te aseguro, que con cada retoño sentirás los mismos nervios.

—Has tenido un varón. Yo tuve esa suerte hasta el cuarto intento —aclaró Kilian—. Veremos cómo le va a Edgar —se refirió a su primo, el marqués de Normanby. Él y su esposa Laetitia estaban en la dulce espera.

—Niño o niña da igual. Los amarás a todos de la misma forma —intervino Norfolk, a quien la falta de un heredero no le preocupaba. No solo porque ya se había resignado, sino porque el amor que profesaba a sus hijas era tan inmenso que no sentía vacío alguno por lo que la vida le negó.

—Lo que llegue será bienvenido, hasta hace poco era un solterón, ahora tengo posibilidades —confesó Normanby.

—¿Me acompañan a Peasly House? —preguntó Jacob—. Allí están sus esposas. Creo que dejaré la celebración para el resto del equipo. Van a tener que perdonarme por abandonarlos. No puedo esperar para ver de nuevo los ojitos de Trevor, son como los de Annalise.

—Y los de su padre. Mi madre dice que es idéntico a mi hermano y yo que lo he visto seguro que tiene razón —atestiguó Kilian y disimuló cuando los ojos comenzaron a humedecerse. Respiró hondo para que nadie lo notase, los demás simulaban que no advirtieron nada. El recién nacido tenía los iris azul hielo como Annalise y su fallecido padre.

—¿Le has puesto Trevor? —Norfolk aún no terminaba de asimilar esa información. Trevor no solo fue su primo, también su mejor amigo. La imagen risueña de aquel, tras una travesura en común, le vino a la mente. Su mirada azul, un poco parecida a la suya, aunque no cambiante como la propia. Un rasgo muy característico de la familia, casi todos poseían ojos muy claros, salvo Normanby que los tenía verdes más oscuros.

—Annalise insistió y, por Dios, no iba a oponerme. Se me hizo muy apropiado que honrara a su padre poniéndole el nombre a nuestro primogénito.

—Gracias —dijeron los tres hombres de la familia al unísono, algo melancólicos, y Jacob sonrió agradecido, y conforme por darles esa pequeña alegría. Lord Oso le palmeó el hombro a su cuñado, a quien llamaba hermano porque lo quería como tal. Con ese gesto, le reconoció que había hecho muy bien—. Ahora sí, ¿nos vamos a Peasly House? Tengo un *whisky* excelente que destaparé para celebrar que soy padre... y que Oxford ha ganado de manera consecutiva otra vez.

Todos accedieron considerándolo una estupenda idea. Norfolk todavía más, quería conocer al nuevo integrante de la familia y felicitar a Annalise.

—Les alcanzo allá —les informó lord Oso—. Voy a molestar un poco a Allard que ha perdido otra vez. Es una vieja rivalidad entre ambos, aunque él sabe que es amistosa. —Se refería al conde de Allard, Evander, otro de sus grandes amigos y que conformaban el estrecho círculo de sus amistades.

—Dale las condolencias de mi parte a mi cuñado —bromeó Kilian—. Allard debe estar muy decepcionado de Cambridge, no se merece una derrota así del equipo que representó durante tantos años. Tengo entendido que financia la carrera.

—Sí —aclaró lord Oso—. Justo como yo y como Weimar —dijo para referirse al duque de Weimar—. ¡Qué tiempos aquellos! Y pensar que conocí a Allard en el Támesis siendo rivales, ocupábamos la misma posición. Y ahora somos amigos. Seguro Weimar ya está con él, Allard no pierde la esperanza de que Cambridge remonte.

—¿Invitas a Allard y Weimar también a mi casa? —pidió Peasly—. Tengo entendido que sus esposas estarían hoy visitando a Annalise. Tu esposa ha tomado el mando de Peasly House y está allá con sus amigas, encargándose de todo lo que acarrea un nacimiento.

—Rose está muy feliz con Trevor —dijo lord Oso, pero hablaba en realidad por sí mismo—. Si no la haces madrina, se decepcionará. Aunque no deseo presionarte, sé que tienes muchas buenas opciones, Jake.

—¿Oso, me estás pidiendo sutilmente ser el padrino de Trevor? —preguntó el nuevo padre.

—¿Yo? —Lord Oso carraspeó, varios de los presentes eran muy cercanos a Annalise y Jacob, y merecedores de tal honor.

—Oh, pensé que el tío de Annalise tenía preferencia —opinó Kilian.

—Ustedes dos van a matarme —espetó Jacob—. Estoy seguro de que sus esposas se pondrían de acuerdo más pronto. Espero que Dios me dé muchos hijos para que ninguno se

sienta menospreciado. Lo cierto es que ya hemos elegido y no ha sido fácil. Pero este no es el momento de revelarlo.

—Entiendo —aceptó Oso con gravedad.

—El que quede fuera puede pasarse a mi bando. No es tan terrible —manifestó Norfolk, tratando de no sonar interesado—. Las hijas de Kilian las apadrinó Edgar, sin discusión. Entiendo que mi hermano tiene un rostro más afable que el mío, y más paciencia también. Y cuando nació el pequeño de mi primo, el hermano de lady Sadice era el indicado para el puesto.

—Norfolk, no fue personal —se lamentó Kilian, apreciaba a su primo y no pensó que le afectaría—. Edgar es más paternal. Solo quería evitarte más responsabilidad, bastante tienes con tus niñas. Tú mismo elegiste a Edgar para las tuyas.

—Sí, no puedo competir con Edgar y ya me he resignado. Es el que cae bien de los dos —manifestó Norfolk con la voz grave.

—Tal vez tengas esa cara de duro, hermano. Pero estarás ahí cuando haga falta y no necesitas ningún documento o ritual que lo ratifique. —Normanby trató de aplacarlo—. Si te complace saberlo, Laetitia y yo hablamos al respecto, y concluimos que esa enorme responsabilidad la dejaremos en tus manos. Así que, primero el Altísimo, no seguirás invicto durante tanto tiempo. Queríamos decirlo en un momento más apropiado, pero la sorpresa no es lo mío.

—Celebremos juntos, y acompañemos a Allard en su dolor. Es el único entre nosotros de los Light Blues. Tal vez eligió mal su bando —bromeó Peasly para aligerar el ambiente.

Pero todos notaron la emoción en la mirada de Norfolk, la que se esforzó por disimular. Sería el padrino de los hijos de su hermano.

—Nos vemos en Peasly House —aceptó el duque.

—Iré a comunicarle a mi otro cuñado que nos vemos en mi casa, está felicitando a nuestro equipo —agregó para referirse a Pembroke.

La mayoría asintió y caminaron a sus carruajes, salvo Oso que se dirigió hacia sus amigos y Jacob que fue hasta donde el equipo de Oxford celebraba para despedirse e informarle a Pembroke, el esposo de su hermana Daisy, y antiguo remero Dark Blue, que estaba listo para retirarse. Ambos llegaron juntos a la carrera y juntos se marcharon.

Norfolk fue el último en abandonar el sitio. A veces se sentía fuera de lugar. Todos eran muy amables con él, le agradaban. Pero fue el último en integrarse al grupo de nobles. La mayoría estaban emparentados y los que no, tenían lazos sanguíneos o políticos por matrimonio, habían entablado amistades tan sólidas como la familia. Pero, todos estaban casados. Sus mujeres eran las mejores amigas y verlas compartir o sonreír le recordaban la almohada vacía a su lado. ¿Y si no asistía? Podía mandar una carta disculpándose. Lo entenderían, un hombre tan ocupado como él, siempre había algo importante que hacer.

Se acomodó el cabello, sintiéndose un cobarde. Incómodo o no, tenía una cita para conocer al hijo de su entrañable primo Trevor, ese pequeño que había recibido el mismo nombre. No iba a privarse de conocerlo, en ese momento, porque todos estaban casados. Iba a acudir, aunque tuviese que conformarse con la compañía de su tía Marybeth o con la de lady Abbott, para no desequilibrar el número de hombres y mujeres en la recepción.

Negó y se llenó de valor. No podía seguir encerrado en su caparazón. Su primo y su hermano siempre buscaban la compañía de sus amigos, y a él le gustaba rodearse de Kilian y Edgar. A Jacob lo consideraba familia, le agradaba el muchacho. Lo más aconsejable era que se presentara, que se abriera un poco más a Allard, Oso, Weimar, Pembroke, eran parte del círculo de aquellos dos. Aunque no era afecto a reunirse, tener amigos y pasar el rato, lo cierto era que le simpatizaban. Ninguno era hipócrita, endeble o traicionero, rasgos que no aprobaba y no iba a tolerar.

Ser el único viudo era su más importante reparo. Eso, y no considerarse tan abierto para bromear como hacían los otros o mostrar lo que había en su alma. Se sentía a veces fuera de lugar, pero odiaba más quedarse con la sensación del hubiera: ¿qué hubiera sucedido si...? No tardó en dirigirse a su carruaje con destino a Peasly House.

Capítulo 13

Grace le entregó la criatura a la bisabuela Marybeth, quien estuvo todo el día anterior con Annalise durante el parto y tras el nacimiento. Esa mañana la dama durmió más de lo acostumbrado para reponer fuerzas, a diferencia de la nueva madre, que casi no podía cerrar los ojos de la emoción. Pero, cuando entró a los aposentos, reclamó en sus brazos al niño.

—Es precioso, Jacob se merece toda esta felicidad —dijo Grace y las dos mujeres asintieron.

—Es igual a mi querido hijo Trevor. Se parece demasiado —expresó Marybeth.

—Te dejaré descansar, Annalise —propuso Grace—. Estaré un rato con las demás que celebran abajo el nacimiento. La compañía no me vendrá mal. Volveré en dos o tres días para verlos.

—Gracias, Grace. Te agradezco mucho tus atenciones. ¿Estás segura de que no deseas pasarte una temporada en Peasly House con nosotros? —sugirió Annalise—. Ahora que atraviesas por esa situación...

—No sé por qué Jacob te ha puesto al tanto, no quiero preocuparte. Toda tu atención debe estar ahora en recuperarte y cuidar del bebé.

—A Trevor le vendría muy bien tenerte aquí —insistió.

—No me tientes, Anna. Por ese pequeñín sería capaz de quedarme. Pero tienes a tu abuela que no te deja ni un minuto. Y mi querida tía Aurora ya debe estar viajando de regreso para conocerlo y llenarlo de mimos. —Se refirió a la madre de Jacob, quien el nacimiento la sorprendió en uno de sus viajes.

—Jacob me ha dicho que te has cambiado de casa —continuó angustiada Annalise—. Quédate al menos hasta que termines de acondicionarla.

—De verdad no hace falta. Necesito tomar las riendas de mi vida cuánto antes. Pero los visitaré a menudo, tanto que terminarás por echarme de Peasly House. Ya verás.

Ambas rieron. Marybeth les sonrió. Grace se despidió y bajó para reunirse con las demás damas y encontró que tenían compañía. Sus esposos habían arribado y todos estaban muy animados, celebraban la victoria de Oxford en el Támesis y la llegada del heredero Peasly.

Los hombres en un área del salón, cercanos a la ventana, departiendo alegres y festejando con champán y emparedados de carnes frías. Las mujeres en los sofás degustando té de rosas y tartaletas de cerezas recién horneadas.

Lejos de la algarabía, la seriedad de Norfolk contrastaba con las risas y las bromas pesadas de los demás caballeros. Estaba recostado al alféizar de la ventana, parecía que se cuestionaba si su presencia era requerida. Le costaba integrarse, sus responsabilidades no lo dejaban relajarse un rato. Como el duque estaba distraído Grace pudo escudriñarlo a detalle, mientras se desplazaba hasta su primo.

Al llegar ante Jacob, Grace aprovechó para felicitarlo, por la carrera y por su reciente paternidad. Jacob trató de ponerse al corriente de su posición, pero ella aseguró que estaba bien, que podían hablarlo en otro momento.

—Rose me comentó que deseas quedarte en la propiedad de Belgravia. ¿Por qué tan pronto, Grace? ¿Es adecuada para vivir? Aquí tienes tu casa, tu familia —insistió el joven barón.

—Lo sé, Jake. Sé que cuento contigo, con Rose, con Daisy. Mis padres también me ofrecieron alojarme con ellos.

—Eso sería una locura. Mi tío enloquece al más cuerdo de los mortales —aseguró él.

—Prefiero seguir en Belgravia. No te preocupes por mí. Es la primera vez que puedo hacer algo por mí misma. Puedo salir adelante...

—Promete que si tienes dificultades, pedirás mi ayuda, Grace.

—Ya has hecho demasiado por mí. Pagaste esa suma exorbitante para que Dalton me entregara mi herencia. No debiste. —Se mostró llena de vergüenza.

—¿De qué hablas? Es mi intención prestarle tal suma al libertino de Worcester, pero esperaba hacerlo mañana. Le pedí a Norfolk que me representara porque salí a todo galope. Le indiqué que dejara los detalles listos con mi secretario. La cita es para mañana —reiteró—, la tengo en mi agenda.

—No. —Entrecerró los ojos, confundida—. Entendí que el monto ya estaba cubierto. Dalton me entregó hasta la última libra, así como los documentos de la propiedad.

—Voy a averiguar qué ocurrió de inmediato. Su excelencia y yo no hemos podido hablar al respecto. Pero, no te atormentes con los pormenores, disfruta con tus amigas. Deja ese asunto en mis manos.

—Jake, no quiero dejar mis problemas en tus manos. ¿Me aclararás qué sucede en cuanto

tengas toda la información? Pretendo ser responsable de mis asuntos.

—Por supuesto —le aseguró y ella se alejó en dirección a sus primas.

Con la seguridad de que así sería continuó hacia donde reían y conversaban las damas. Daisy y Rose estaban sentadas en los enormes sofás con la duquesa de Weimar, Angelina, y la condesa de Allard, Elizabeth. Hablaban de un tema que le interesó.

Estaban planeando una subasta a favor del proyecto de Isabelle Everstone, vizcondesa Sadice. Lectura, comida y abrigo para niños de familias humildes. Tomó asiento junto a Laetitia, la cuñada de Norfolk, quien tenía en sus brazos a un pequeño perro peludo, al que acarició. Y, enseguida, el celoso de Darcy —que retozaba en la alfombra con una fresa más grande que su hocico—, volvió para reclamar su atención.

Al lado de Elizabeth estaba sentada su tía. A Grace esa dama le agradaba, habían compartido en varias ocasiones. Notó que la mujer de mediana edad miraba con insistencia en dirección de Norfolk.

—Tía, ¿sigue enfrascada en buscar una candidata para su excelencia? Debería desistir —dijo Elizabeth.

—No quito el dedo del renglón —aceptó lady Abbott—. Hoy cada caballero tiene a su dama y Norfolk está tan solo, es un desperdicio.

—Eso lo vemos todos, pero mi cuñado se aferra a su soledad —aportó Laetitia acariciando a su can—. No creo que vuelva a casarse, me ha asegurado que aprecia su libertad.

—Eso sería mi ruina. —En pocas palabras, lady Abbott puso al tanto a todas las damas acerca de la encomienda de la reina y les compartió su lista de aspirantes—. Debo buscarle una señorita adecuada esta temporada.

—No lo conoce, lady Abbott, mi cuñado no es de los que necesitan casamentera —continuó Laetitia—. Si Norfolk quiere una esposa la encontrará sin ayuda de nadie. Y, conociéndolo bien, no pierda el tiempo presentándole a ninguna de sus candidatas. Con tal de llevar la contraria desairará a cada una. Al duque no le gusta que le digan qué hacer. Solo él tiene el mando de su destino.

—En ese caso, lady Abbott, debería cambiar la estrategia y ser más sutil —le recomendó Angelina, la duquesa de Weimar—. Usted es muy directa y eso espantará al futuro prometido.

—Angelina, das por un hecho que lady Abbott logrará casar al primo de mi esposo. Creo que Laetitia tiene razón. Es una batalla perdida —bromeó Isabelle, lady Sadice—. Mejor busque otra víctima, hay tantos hombres deseando casarse, deje en paz a Norfolk. Creo que ama su

soledad. Jamás lo he visto mirar en dirección de mujer alguna, desde que vivía la duquesa.

—¿Piensas que aún no la puede olvidar, Belle? —preguntó lady Abbott preocupada, contra eso sería imposible luchar.

—No lo sé, tampoco la menciona con frecuencia —contestó Isabelle—. Norfolk solo piensa en sus responsabilidades, en la familia, en sus hijas.

—¿Y tú, Grace, no opinarás al respecto? —indagó Rose—. Todas tienen algo que decir y estás tan callada.

—Pensativa, más bien —opinó Daisy—. ¿Te agobiamos con nuestros asuntos?

Los semblantes de todas se ensombrecieron al recordar la reciente viudez de Grace. Para ninguna era un secreto que ella no fue feliz en su matrimonio, y que no había llorado a mares tras el deceso, pero su situación no dejaba de ser lamentable.

—No se preocupen por mí, me entretengo con sus apuestas sobre el estado civil de su excelencia. —Levantó a Darcy, que estaba recostado en dos patas en su amplia falda, y lo acunó en sus brazos.

—¿Y tú qué crees? ¿Logrará lady Abbott encontrarle una esposa? —indagó Rose.

—Coincido con Angelina, el duque parece de esas personas que saben lo que quieren y que no doblegan la cabeza ante nadie —analizó Grace en voz alta y lady Abbott prestó oídos—. Se casará si así lo decide. Lady Abbott, está muy ocupada buscando candidatas, pero al que necesita volver su aliado en esa contienda, en primer lugar, es a su excelencia. Use su encanto para convencerlo de por qué debe desposarse. Solo así, alguna de las mujeres de ese listado, podrían tener oportunidad.

—Eso de que Norfolk no levanta los ojos para mirar a una dama no es cierto —apuntó Elizabeth, quien era bastante observadora y confiaba en el ingenio de su tía.

—¿A qué te refieres? ¿Dónde? ¿Cuándo? —indagó Abbott, la más interesada, mientras trataba de analizar en qué evento ocurrió tal milagro y el interés del duque le pasó desapercibido.

—No sé si debo delatar a su excelencia. —Elizabeth no podía revelar lo que percibió. No solo era discreta, también era compasiva. Dejaría a Norfolk en evidencia, pero igualmente a la dama, y no era justo con la segunda.

—Aquí y ahora —aclaró lady Abbott, sin la misma atención para el duque y la persona a la que miraba.

Todas, menos Grace —que estaba absorta sonriéndole a Darcy— voltearon al mismo

tiempo en dirección a Norfolk, y buscaron el objeto de su interés.

—Por favor, sean discretas —suplicó Elizabeth, llevándose ambas manos a la boca, para tapar la risita nerviosa que amenazaba con escaparse.

—No parece buena idea —se adelantó lady Abbott poniendo cara de suplicio—. Lo sería si tuviera uno o dos años para completar mi misión. Oh, por Dios.

—¿Y qué hará? —indagó con una sonrisita pícara Isabelle, lo que Elizabeth descubrió le encantaba.

Rose negó compadecida de lady Abbott, pero tan fascinada por lo descubierto como su amiga.

—Supongo que terminaré en la horca. Es una del grupo, Su Majestad tendrá que esperar —afirmó lady Abbott que era leal a las amigas de su sobrina.

Grace sintió, de pronto, que los ojos de las damas se posaron en ella. Estuvo entretenida mirando al perrito, pero escuchó a la perfección. Las palabras fueron cobrando sentido y percibió que un calor comenzó a sofocarla. El corazón le latió más aprisa y se notó confundida.

—Ha sido maravilloso acompañarlas, pero ya tengo que irme —susurró, apenas audible Grace. La idea que pasaba por las mentes de esas mujeres la abrumó por completo. Una posibilidad que ni siquiera se planteó para sí misma, una que habría deseado no saber.

—No huyas, Grace —la sermoneó Rose, aliándose al plan que la mente de la casamentera comenzaba a entretejer—. Es un hallazgo maravilloso.

—Estoy de luto —reafirmó Grace desesperada por escapar de allí. Se puso de pie con Darcy en brazos.

—Ni siquiera te vistes de luto. —Le hizo ver Daisy también emocionada. Grace pasó la mirada de manera rápida por su atuendo. Un vestido lila muy pálido, con el que trató de escabullirse del negro riguroso que le correspondía.

Buscó con la vista a Norfolk y sus ojos se cruzaron un segundo que la hizo temblar, hasta que ella le rehuyó. El duque ya había notado que las damas se traían algo, tenían cierto alboroto que no podían disimular. Así que sus pupilas como dos flechas se clavaron en dirección de aquellas, tratando de dilucidar qué tramaban.

—Me voy. Le pediré a Jacob que me envíe en su carruaje. —Ella no poseía uno, no vino con su herencia. Llegó esa mañana porque sus primas tuvieron la delicadeza de pasar a buscarla.

Grace se despidió de cada una, las que se desbordaban en sugerencias para que se quedara.

También notó los ojos del duque sobre sí una vez más, en cuanto abandonó el área de los amplios sofás.

—¿Qué opina, lady Abbott? ¿Se avecina una tormenta? —preguntó Angelina preocupada—. ¿Cómo podemos ayudar?

—La reina dijo «esta» temporada. Esa muchacha no se encuentra lista, necesita más tiempo. Y hay otro asunto. La razón por la que Su Majestad quiere que Norfolk busque esposa es para que engendre un heredero. ¿Cuánto tiempo estuvo casada tu prima, Rose? —Lady Abbott suspiró al finalizar la frase.

—No creo que sea culpa de mi prima que aún no tenga hijos —contestó la aludida sin profundizar en la delicada e íntima verdad.

—Grace se lo merece, la reina tendrá que aguantar —sostuvo Daisy tomándole la mano a Isabelle, ambas eran dos románticas perdidas y sus imaginaciones ya estaban volando. Las damas la miraron para tratar de disuadirla del último comentario. Si alguien fuera del círculo cercano la escuchaba, podría susurrarlo a la monarca y su observación no sería bien recibida. Aunque los criados eran fieles, era mejor precaver.

—Quizás ella no sea una joven casadera, pero Norfolk jamás desposaría a una debutante. Me lo ha dicho con todas sus letras —reveló Laetitia. Su cuñado lo dejó muy claro una vez que hablaron al respecto.

—Tal vez no sea la joven casadera que quiere la reina, pero una muchachita ingenua la pasaría mal en manos de Norfolk —continuó Elizabeth—. Para nadie es un secreto que el carácter del duque es un tema muy reservado. Y, aunque aparenta ser tolerante, su paciencia siempre parece estar a punto de reventar. Sus ojos dicen más de lo que calla su boca. ¿Qué harás, tía? ¿El interés de su excelencia te dejará margen para hacerlo cambiar de idea? Grace no se veía a gusto con nuestro descubrimiento. Tal vez el duque no le simpatiza.

—No me opondré a lo que pueda surgir entre ellos —sostuvo lady Abbott, casi a punto de morderse la lengua, por fallarle a Su Majestad—. Tal vez me equivoqué porque buscaba en el lugar erróneo. Grace es perfecta para el corazón de su excelencia. Creo que podría hacerle reconsiderar su soltería. Pero Su Majestad es muy estricta con el tiempo que debe seguirse el luto. Será un obstáculo que no se puede minimizar, junto a su edad y al hecho innegable de su falta de hijos tras estar casada durante tanto tiempo.

Grace no escuchó lo que hablaban, se alejó con el propósito de solicitarle a Jacob el carruaje. Sin embargo, para conseguirlo debía acercarse a donde se reunían los hombres. Norfolk estaba un poco retirado, pero la escucharía y el descubrimiento de las damas la comenzó a poner

nerviosa. Ella no daba crédito a las aseveraciones, se convenció de que tergiversaban los acontecimientos. El duque era la persona más fría que conocía, no sentiría el menor atisbo de atracción por ella. En su trato previo fue distante.

Tras un breve barrido notó que Jacob no estaba con los demás caballeros. Con discreción preguntó por él al mayordomo, que se acercaba con un servicio, y el hombre le explicó que el barón subió un momento con su esposa. Lo que le pareció maravilloso, iría en una dirección opuesta a Norfolk a pedir el carruaje. Y cuando se disponía a dirigirse a las escaleras Rose la interceptó.

—No seas cobarde, Grace. —Sus brazos en jarra.

—¿Cobarde? —se defendió—. Creo que están confundidas. Él no me contemplaba a mí.

—Te contemplaba embobado y es mucho viniendo de Norfolk.

—¿Y por una mirada lo sentencian? —bufó—. Quizás me observaba, pero no por las razones que imaginas. Debe haber una explicación.

—Descubre el verdadero motivo, sea cual sea —masculló retadora.

—No, es el duque de Norfolk. No me atrae, en lo absoluto. En realidad, me da miedo. Es la última persona de la que me enamoraría.

—¿Por qué? Horrible no es. Lo dices como si tuviésemos en frente a la Bestia o al Lobo Feroz, pero incluso un lobo o una bestia pueden ser muy atractivos.

—Voy por el carruaje, ¡no insistas! —Pocas veces se enfadaba con Rose, era una de esas.

—Si de verdad deseas marcharte puedes llevarte el mío, solo dile al cochero que después vuelva por Daisy y por mí. —También estaba mortificada—. Pero, si él te atrae, aunque sea un poquito... —Tomó aire y volvió a la carga—. Si crees que vale la pena explorar lo que ese hombre perseguía con tanta atención al mirarte, no te vayas. Es un estupendo partido.

—¿Y desde cuándo que sea o no buen partido es relevante para mí?

—Olvida que es un duque, es un hombre atractivo, interesante. Por Dios, tiene suficientes atributos para que una dama soltera desee conocerlo. Te mereces una oportunidad con alguien que valga la pena. Por todos los santos, él vale la pena.

—Estoy de luto. No me pondré en esas tesituras, lo único que deseo es que corra el tiempo, que acabe el duelo y no sentirme amarrada al título, al apellido de Worcester.

—Grace, a mí no me engañas. Tú y yo sabemos que, aunque no celebres la pérdida del

anterior Worcester has recuperado tu libertad y que, al menos, en tu corazón, no hay ningún luto que guardar. Fue solo una miradita, tampoco es como que tengas la obligación de casarte con Norfolk. Vamos, relájate un poco. ¿No deseas explorar un coqueteo sin malicia? Date la oportunidad de vivir diferentes experiencias, con él o con quien tú decidas. Pero por amor a ti, no te encierres, no te marchites... Creo con firmeza que te gusta Norfolk.

—Por supuesto que no. Acabo de enterrar a Worcester, estoy curándome del desprecio del otro infeliz. ¿Por qué querría a un hombre cerca de mí?

—Jamás te pusiste nerviosa ante caballero alguno, ni siquiera cuando debutaste. Al saber que Norfolk te miraba tu expresión cambió por completo. Te mostraste afectada y te conozco. Dime la verdad, soy yo. No es pecado. ¿Te parece atractivo?

—No es horroroso —confesó y se humedeció los labios—. Pero me confunde. Por Dios cómo me confunde. —Exhaló con fuerza.

—No huyas. —Rose la tomó de la mano.

—No me iré aún. Sin embargo, necesito estar a solas al menos unos minutos. Quizás tenga suerte y cuando vuelva con las damas, hayan encontrado otro tema de entretenimiento.

—Reconozco que son intensas, pero sus intenciones siempre son las mejores. —Sonrió con complicidad—. Para todas sería increíble si dos corazones solitarios encontraran alivio.

—Como lo dices suena sanador, pero yo no deseo casarme otra vez. Recuperé mi libertad y es muy valiosa. No quiero a un hombre a mi lado, creyendo tener el derecho de decirme qué hacer. Norfolk se ve que le gusta tener el control. Hasta me siento mal de conjeturar, tal vez solo malinterpretaron una inocente mirada.

—Por un lado, su mirada es todo menos inocente. Y, bien lo sabes. No creo que sea la primera vez que te contempla de esa manera. No te acaba de conocer. Solo que ahora estás disponible. Por otro, si eliges al hombre adecuado no tiene que ser un matrimonio desigual donde él tenga la última palabra.

—¿Y Norfolk es tu ejemplo de igualdad? No me río porque estoy bastante tensa —alegó llena de ironía.

—Jamás vi a la duquesa de Norfolk bajar la cabeza ante su esposo. Rebecca era fuerte y Norfolk se veía a su par. Los dos altivos, compenetrados, suficientes el uno para el otro. Si se casó con ella, no creo que busque sumisión en una dama, quiere a su lado una guerrera.

—Tal vez Rebecca fue todo eso, y quizá Norfolk lo descubrió después de casados. Lo único que sé del matrimonio es que los hombres siempre buscan demostrar su superioridad,

exceptuando a un grupo muy reducido, entre los que está tu esposo.

—Tuviste una mala experiencia previa por culpa de la decisión tomada por mi tío, pero si tú eliges, seguramente será diferente.

—¿Olvidas a Bill? Yo elegí a Bill y resultó peor incluso que Worcester. Lo he meditado, no deseo volver a unir mi vida a nadie. Valoro tanto mi libertad que la alternativa del casamiento así sea con un rey está por completo descartada. Me duele cortar las ilusiones de nuestras amigas, pero no cambiaré de opinión. Por favor, dile a lady Abbott que no se detenga por mí, que siga adelante y que cumpla con la tarea que le ha encomendado la reina. Debe encontrar una esposa para su excelencia.

Capítulo 14

Seguía recostado a la ventana y vio a lady Worcester dialogar a lo lejos con su prima, parecían bastante acaloradas, como si estuviesen discutiendo. ¿Podrían tener una desavenencia? Al final, las vio abrazarse y se envaró confundido. Daría lo que fuera por averiguar sobre qué diferían y se reconciliaban.

Cada momento compartido con lady Worcester desde que quedaron a solas en la biblioteca de Primrose Palace agudizaba la necesidad. Un dolor en medio de sus pectorales lo estaba matando. Quería obligarse a no sentirlo, pero era imposible. Mirarla le aceleraba más el corazón, dejar de contemplar su candidez no aminoraba el efecto del encanto que le causaba esa mujer.

La marquesa de Bloodworth volvió con las damas y Grace caminó apresurada en otra dirección, hasta que se perdió por las puertas francesas que daban al invernadero de los Peasly. Ese que estaba repleto de rosas y era el orgullo de la casa.

Él no podía dejar de seguirla con la vista.

La esposa de lord Oso poseía el imperio de las rosas de invernadero y su pasión nació en su hogar de origen, al lado de su padre, un ávido estudioso de la botánica. Con él aprendió a injertar los esquejes, y con el tiempo creó sus propios ejemplares. ¿Era suficiente incentivo caminar hacia el invernadero para ver en persona dónde inició todo?

¿Por qué se engañaba? Su único objetivo era seguir disfrutando de contemplarla.

Ni siquiera pidió permiso. También atravesó las puertas, nadie se dio cuenta de que abandonó su lugar.

Se detuvo en seco cuando la observó con su vestido lila en medio de dos arbustos repletos de silvestres peonías, sentada en un banco de mármol y con el rostro cubierto por sus palmas. Su pequeño perro tampoco advirtió su presencia, estaba absorto e inquieto por su ama.

De haber tenido la habilidad de su primo Kilian para el dibujo, habría inmortalizado esa imagen y la colgaría donde pudiera contemplarla día y noche. Ella ejercía un poder invisible que le asustaba, ¿podría hacerle reconsiderar los planes que tenía para su vida? ¿Existía en la faz de la tierra una mujer capaz de ponerlo de rodillas?

Con Rebecca nunca cedió, era aguerrida y siempre la consideró una fuerte contrincante en

una discusión. Jamás bajó la cabeza, no había necesidad. Pero, lady Worcester poseía un encanto perturbador para alguien como Norfolk. La creciente necesidad de estrecharla entre sus brazos, probar el sabor de su boca y calmar su ardoroso deseo le obnubilaba los sentidos.

Trató de convencerse de que eso sucedía, la autoimpuesta restricción de desahogo se estaba rebelando. No era ella, ni siquiera era él. Culpó a las ganas. Un impulso natural de su hombría, que se descontroló frente a la femineidad de una atractiva mujer.

Decidió que pondría remedio a su mal. Hacía meses, mientras compartía una copa con Kilian, su hermano y sus demás amigos, su primo indagó acerca de su soledad. Los detuvo antes de que siguieran adentrándose en un tema en el que solía ser muy reservado. Le pasó por la mente la posibilidad de buscar una amante. Pero la culpa volvió más fuerte, más opresora, más cruda y desistió.

Una querida lo libraría del insomnio, de quedar vulnerable frente a una dama como lady Worcester cuando estaban a solas. No era justo que analizara qué le hacía sentir esa mujer, con el peso de las ganas aplastándolo. Porque cualquier juicio emitido no sería fidedigno, solo un reflejo de su abstinencia.

Estuvo a punto de retirarse, pero escuchó un sollozo y olvidó sus reflexiones, sus pies se quedaron sembrados al suelo. Respiró hondo, el perrito seguía tratando de secar las lágrimas de su dueña, que se escurrían entre los dedos.

Gracias a la atención fija del perro en la condesa, no se dio cuenta de la presencia de Norfolk, hasta cuando ya llevaba un par de minutos ahí. El can lo miró tembloroso, pero no se atrevió a ladrar, como si la presencia del duque fuese menos importante que contentar a su ama.

Norfolk caminó hasta la mujer, y manteniendo una distancia prudente, intentó averiguar qué le sucedía.

—Lady Worcester, yo...

Ella se descubrió el rostro empapado y se mostró avergonzada. Se secó la humedad con las manos y se puso de pie, liberando al perrito que comenzó a olfatearlo.

—Perdón, excelencia, no... —susurró apenas audible.

Apretó sus puños, se sintió indigno de estar en su presencia por la lujuria con que la contempló antes, mientras ella sufría.

—Soy yo quien pide perdón. Fue imprudente seguirla, es claro que buscaba algo de intimidad. —Si supiese los oscuros deseos que lo consumían, iba a condenarlo sin clemencia. Caminó hasta la maceta con las flores más llamativas del invernadero y tomó una peonía del

color exacto de las mejillas de la dama—. ¿Me acepta una flor?

—Oh, no la corte, es un crimen. —Agobiada trató de impedirlo, demasiado tarde. Sabía que esa planta tardó dos años para dar botones y era muy preciada por los Peasly—. Ya es un milagro que hayan florecido en abril, suele tardar hasta mayo.

—Perdón, solo quería alegrarla.

—¿Me siguió? —Se veía confundida. De todos modos tomó la flor y la llevó a su nariz—. Sería el aroma perfecto si tan solo se pudiese extraer su esencia de modo natural. Los perfumistas lo intentan imitar, lo recrean usando rosas, frutos. Qué maravillosa profesión. Mi abuela paterna pagó una fortuna por lo más parecido a este olor.

—¿Y no es mejor, simplemente, perfumarse con agua de rosas? —preguntó observando el surco de humedad que dejaron sus lágrimas.

—Oh, su excelencia, eso es, en verdad, un gran acierto. Adoro las rosas, creo que son la realeza entre las flores. Pero las peonías, son más difíciles de reproducir, de dominar. Si no me cree, pregúntele a mi prima Rose, ella es la experta. La rosa se da más al hombre, sería como un caballo, un gato, un perro. La peonía es como un zorro salvaje.

—Con esa explicación me ha quedado clarísimo.

—Aún no me contesta, ¿me siguió?

—¿Puedo hacer algo para aliviar su dolor? —insistió sin responder.

—¿Mi dolor? —repitió confusa, perdida.

—Está llorando —observó, acercó su dedo y limpió una lágrima. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza para no temblar al rozarla. Su corazón era un tambor a punto de delatarlo. Y, aunque en el exterior se viera más imperturbable que de costumbre, en su interior estaba en plena erupción.

—Sí, qué vergüenza. Yo...

Se sintió miserable al verla tan desamparada y él ardiendo por dentro. Grace suspiró profundo y a Norfolk se le hizo un nudo en la garganta. La vio tan vulnerable que sintió el impulso de abrazarla. Pero se contuvo porque sus brazos parecían de hierro, rígidos e inamovibles. Tampoco sería apropiado.

—¿Quién la ha lastimado? Dígamelo y lo traeré a rastras a exigirle que repare el daño.

—Wor-ces-ter...

—¿Su hijastro la ha ofendido?! —rugió y ella se sobresaltó. Apretó otra vez los puños, lleno de furia, pero al verla temerosa trató de serenarse y bajó la voz—. Ese insoportable ser lleva toda la semana agotando mi paciencia. Esta es la gota que desbordó la copa —masculló—. Lo obligaré a disculparse...

—No, Dalton no es responsable de mi tristeza.

—¿Entonces llora por su esposo? Qué idiota soy. Claro, su duelo es tan reciente. ¿Le quería? —Le realizó la misma pregunta que ella le hizo en la biblioteca de Primrose Palace, cuando indagó sobre si había amado a Rebecca.

—Worcester es el culpable de mis lágrimas. Me ha preguntado y le estoy respondiendo. No es necesario que lo saque de la tumba para que corrija el daño causado, ya no tiene solución.

Norfolk se quedó sin palabras un par de segundos. La condesa lo golpeó con su sinceridad abrupta. En las esferas sociales en las que Norfolk se movía, dos personas con el nivel de confianza que tenían ellos, jamás habrían tocado un tema tan privado.

—¿Qué le hizo ese infeliz? —No le importó que fuese inapropiado, se recompuso de la sorpresa e indagó, necesitaba saber con urgencia. Cargaba con esa duda desde tiempo atrás.

—Casarse conmigo, volverme la condesa de Worcester, arruinarme la vida.

—Lo lamento, milady. —No sabía qué decir más que eso. Era como si miles de ideas se agolparan en su mente y todas pugnaran por salir, pero ninguna lo consiguiese. Las interrogantes sobre cómo, dónde y cuándo el difunto la había lastimado cada vez eran más.

Algo tiró con cierta violencia del dobladillo de su pantalón y bajó el rostro para investigar. Encontró al amigable perrito exigiendo un saludo. No le disgustaban los perros, pero tampoco era un ferviente adorador de mascotas, de esos que se echaban sobre la alfombra a jugar con sus animales. Además, estaba tan concentrado en la dama que decidió ignorar al can, pero seguía tirando de la tela, era endemoniadamente insistente.

—Perdónelo, es dulce en exceso, como un caramelo. No es su intención molestar.

—No me desagrada, pero más que dulce parece mimado, exigiendo toda la atención. —Remató la frase con un leve gruñido.

Vio al perro alejarse mientras jugaba con algo que lanzaba al suelo para después atraparlo, como si él mismo se arrojara un juguete.

—Creo que le ha robado un trozo del pantalón.

—¿Qué? ¿Cómo? Si es tan pequeño como una rata, ni siquiera parece un cánido.

Ella no mentía. El perrito le arrancó un pedazo de la tela de los bajos de las perneras. Ahora tendría que pasearse por Peasly House con un desperfecto en su atuendo. Le lanzó una mirada de pocos amigos al diminuto espécimen.

—No lo mire así. —Por supuesto, a ella no le gustó.

—¿Para contentarla debo tolerar las malcriadeces del perro?

—Oh, ¿malcriadeces? —La vio secarse las últimas lágrimas con brusquedad y comenzó a llamar a Darcy para que volviera a sus brazos.

—A la pequeña rata no le hace bien que usted le permita desvestir a medio mundo. Debe ponerle reglas. El mimo en exceso le causará problemas de conducta y será más difícil que conviva en entornos civilizados. Mi comentario solo busca ayudar.

—No llame rata a Darcy, por favor —soltó lo que la fastidiaba. Ella sabía que estaba mimado en exceso, no era la primera persona que se lo decía. Pero no lo podía evitar, sus ojitos tiernos la desarmaban cuando intentaba corregirlo. Además, la falta de hijos ocasionó un vacío inmenso en su alma, uno que Darcy no llenaba, pero que lograba aplacar.

—¿Nadie le ha dicho que parece una rata? Perdón, me retracto. —Carraspeó y pensó que la condesa había sido timada—. Con tantas razas de porte elegante que combinan con la aristocracia, le tocó conformarse con ese perro raro y nada agraciado. ¿Dónde lo compró? —indagó sin exponer algo más sobre la apariencia del can porque ella estuvo a punto de fulminarlo con la mirada.

—Mi primo Jacob me lo regaló para que me hiciera compañía. Lo trajeron de América. El propietario anterior le dijo que es una raza antigua, de origen muy interesante. Para los indígenas de otras culturas podría ser una deidad, un ente espiritual, algo con mucho simbolismo —exageró porque estaba realmente irritada por el tono del duque.

—Dudo que cultura alguna pueda adorar a Darcy —bufó solo para verla enardecer—. Tal vez era el platillo del desayuno, aunque no tiene mucha carne donde hincarle el diente. —Se atrevió a rematar el comentario con una carcajada. Ella tomó aire para evitar ponerlo en su lugar y él comprendió que debía calmarla o aquel encuentro iba a terminar en desastre. Al darse cuenta de que llegó muy lejos, intentó cambiar el tema y no hacer más hincapié en lo negativo de la imagen de la mascota—. No lo juzgaré más, tiene ciertos atributos rescatables como sus dientecillos afilados como agujas y su peso. Es portable, puede llevarlo a donde sea. Mi hermano no puede hacer eso con su lobero irlandés. También está su nombre, es agradable. Darcy —repitió—. ¿Darcy? ¿Cómo el personaje del libro?

—¿Conoce de literatura para mujeres? —cuestionó perpleja. ¿Hasta dónde llegaba ese duque en su afán de molestar?

—Me gusta estar bien informado.

—Como sea. No me agrada que le hablen a mi perro de modo despectivo. No voy a tolerarlo.

Desmond se recriminó por dentro. ¿Por qué demonios no controló su boca? Estaban en un momento importante, ella se abrió ante él como no lo hizo jamás. Y, tras la intervención de la rata y los calificativos que el duque emitió, volvió a cerrarse.

—No fue mi intención compararlo con un roedor, aunque su cuerpo y su tamaño... —Se obligó a guardar silencio antes de pronunciar otra estupidez. Jamás fue tan poco propio y careció de dominio sobre sí mismo. ¿Por qué se comportaba como un idiota? Lanzó otra mirada despectiva en contra del diminuto ratón, pero se arrepintió con rapidez, cuando ella abrió los ojos desmesuradamente, irritada y ofuscada por la actitud del duque—. Lo siento.

—Si mi primo no le prestó a Dalton la cantidad necesaria para que yo pudiese recibir mi herencia, ¿quién fue?

El cambio abrupto de tema lo sorprendió. Primero compartían confidencias, después el perrito entrometido lo hizo decir esas palabras desafortunadas y ahora, ella volvía a usar su coraza de siempre.

—¿Importa eso, milady? Peasly y yo nos arreglaremos.

—¿Qué insinúa? No se habrá atrevido a... Solo le permito a Jacob ocuparse de mis asuntos personales porque es mi familia.

—El monto es una insignificancia. Peasly me lo devolverá cuando se libre de sus responsabilidades. Uno de los dos le cobraremos al conde. Qué importa. Lo único relevante es que usted no tiene que sufrir privaciones por culpa de un jugador empedernido e irresponsable. Worcester House se venderá, las deudas serán saldadas y todos felices. Mientras tanto, usted ya tiene un nuevo hogar.

—¿Llama insignificancia a mi casa, mi fortuna? —Parecía molesta.

Él analizó sus palabras en retrospectiva y entendió el punto.

—No fue mi intención ofender... —repitió. Pedir disculpa parecía su nueva consigna. ¿Cuántas veces se había disculpado ya?

Se le complicaba hablar con las mujeres y más con la condesa. Rebecca era diferente, su

lado racional dominaba sobre el emocional, por eso tuvieron una perfecta comunicación durante el matrimonio. Hasta que su esposa se obsesionó con darle un heredero y la convivencia pasó por momentos devastadores y llenos de tensión.

—Pero se le da tan fácil ofender. Solo abre la boca y deja helados a los presentes. Para algunos es tan simple ser arrogantes.

La boca de Norfolk se quedó abierta antes de soltar la frase que había formulado. Ella hablaba de frío, pero la realidad era que él se estaba incendiando. Su olor a perfume de mujer, su vulnerabilidad, la temperatura de su piel cuando limpió aquella lágrima... Todo amenazaba con volverse un infierno.

Entonces comprendió que no eran las ganas producto de su abstinencia. Estuvo en presencia de otras damas y su naturaleza no reaccionó de ese modo. Su detonante era ella. La deseaba a ella.... Ninguna querida saciaría su apetito, porque tenía hambre de Grace. Su nombre de pila le dio vueltas en la cabeza y le gustó como sonaba.

El anterior Worcester no la hizo feliz, ella fue clara. Y él comenzó a detestar la idea de llamarla por el título de otro hombre, por el apellido de otro hombre, aunque estuviese muerto y fuese improbable que regresase para reclamarla.

—Peasly tenía la intención de pagar —se explicó muy serio, detestó ser juzgado. No podía permitir que se formara una pésima opinión de su persona—. Pero tuvo que salir a toda prisa porque Annalise se puso de parto y su hijastro no tenía ni una libra para responderle. Solo me hice cargo de las cuentas de Peasly, al fin y al cabo, el barón y yo somos familia —zanjó—. No es una insignificancia, es un monto importante, pero puedo permitírmelo. Lo hice por Peasly.

—Continúe.

—Su primo me pidió que preparara las bases para hacer la transacción a la brevedad posible y que defendiese los intereses de usted hasta que él pudiese volver a responsabilizarse del pago. Se me hizo fácil responder de otra forma, adelantarme a los hechos. Yo estaba al corriente de la situación financiera de Worcester. Incluso, estoy trabajando para sacarlo de sus deudas. Él ya sabía del contenido del testamento. El anterior conde siempre fue claro respecto a lo que usted heredaría.

—Mi padre lo sabía, era parte de los acuerdos prematrimoniales. También le exigió a Dalton. Jacob igualmente estaba enterado. Mi padre y mi primo eran cercanos antes, hasta que esa relación se fracturó con el tiempo. Papá es muy dominante y tras el fallecimiento de mi tío ha querido regir los destinos de mis primos, de mis hermanas, el mío. Volviendo a mi reclamo... Excelencia, pudo hacerme partícipe o preguntarme si estaba de acuerdo con su intervención. Yo

podía esperar por Jacob.

—No quise importunarla, recién había enviudado. Worcester estaba a punto de ser embargado. También yo tenía mucha presión para salvar al nuevo conde. La muerte de su padre fue imprevisible, complicando más el revés.

—No para mí —se le escapó y se tapó la boca de inmediato—. No quise decir... No deseaba su muerte...

—No voy a juzgarla. Fue un matrimonio arreglado, supongo.

—Creo que a estas alturas no es un secreto para nadie. Si Dalton no le paga, yo me haré cargo.

—No, milady.

—Usted no tiene ninguna obligación conmigo.

—Quizás desee tenerla. —Sus ojos se volvieron más grises que azules, como si su pupila se dilatara y abarcara gran parte del espacio del iris—. Deseo tenerla, Grace —repitió envuelto en un hechizo que lo obligaba a revelar lo que incineraba, atormentaba y consumía su corazón—. Usted me atrae... mucho. De un modo que no puedo explicarme, menos controlar. Es la verdadera razón por la que vine al invernadero. Necesito descubrir por qué me siento idiotizado. Ahora mismo estoy conversando de la manera más civilizada que puedo, pero lo único que se repite en mi mente una y otra vez, es: «deja de hablar, maldito Desmond, y bésala de una endemoniada vez».

Hasta él se sorprendió de lo que acababa de confesar. Fue como si su boca le jugara una mala broma, como pensar en voz alta lo que le convenía callar.

Se humedeció los labios, sediento; como si esperara que ella se lanzase a sus brazos, a su boca, con la intención de saquearla...

—Es deshonesto lo que me propone. —Ella enrojeció por completo, pero no titubeó y él sintió aquel rechazo como una fuerte bofetada—. ¿Pretende que me vuelva su amante porque ha rescatado mis finanzas?

—No quise dar a entender eso... —Tomó una amplia bocanada de aire y trató de arreglarlo. Era una dama decente y él se lanzó sin nada de pudor. Debió tantear el terreno, prepararla, seducirla, hablar de sus intenciones de manera decorosa... Pero la realidad era que no podía. La urgencia lo azotaba de modo cruel—. Peasly me mataría y dicen que es excelente tirador.

—¿Entonces no me volvería su amante porque un caballero de mi familia podría defender

mi honor? ¿Me besaría aquí y ahora si no me quedara nadie que respondiese por mí? —Cruzó los brazos en el pecho—. Darcy, ven de una vez, hora de irnos. Su excelencia, toda la sociedad lo considera honorable, incapaz de profanar a una dama. Me desconcierta. Me ha seguido al invernadero y sin nada de pudor intenta comprometerme.

—No me malinterprete, solo fui honesto...

—Honesto fui yo que le hablé de mi mayor tormento. Usted únicamente sucumbe ante la lujuria.

—Aguarde. —Se atrevió a tomarla de la mano, ella se quedó paralizada por el contacto, él sentía una flecha ardiente clavándose en su corazón—. No sé por qué las palabras más torpes se aferran a salir de mi boca cuando estoy en su presencia. Pero no puedo permitírmelo. No soy de los que dan pasos en falso, siempre estoy seguro de cada palabra o acto... Con usted pierdo los estribos, la cordura... Una dosis tan alta de su presencia me ha hecho desvariar. Nada de lo que he dicho fue con la intención de sonar ofensivo.

—¿Volverá a disculparse? —insistió y él daría lo que fuera por conocer sus pensamientos. ¿Le era por completo indiferente? Juraría que ella se sentía de la misma forma que él. ¿Le falló el instinto?

—Si la hace feliz, lo haría. Déjeme conocerla más, explorar lo que siento y si esto es real... —No dio marcha atrás. Había destapado su sentir y no iba a actuar como un cobarde. Seguía deseando besarla.

—No propone cortejarme con serias intenciones... Solo saquear mi boca...

—Sí, necesito saber si lo que siento es real. —Su piel vibraba de deseo, todo en ella lo avivaba, lo encendía. Si Grace le abría los brazos, mandaría su restricción y el castigo autoimpuesto al demonio.

—Entienda que es ofensivo para una dama lo que me sugiere. ¿Cómo me exploraría? ¿Con sus manos?

Él asintió. «Con mis manos, con mi lengua», pensó obnubilado y rápido recapacitó antes de que su boca lo traicionara otra vez y lo dijera en voz alta.

—No me malinterprete. Me gustaría saber si lo que siento es real —repitió— antes de cortejarla. No puedo permitirme errores. Si después resulta una vana ilusión no podré soportarlo. Me he planteado no casarme otra vez. Pero, desde que conversamos en la biblioteca no la saco de mi mente. Y me pregunto mil veces al día si será un interés genuino o solo... O solo consecuencia de mi soledad. No quisiera dar un paso motivado por la falta de compañía, debo

antes cerciorarme de que mi atracción es auténtica.

—Su excelencia, suelte mi mano, por favor. Le ahorraré el largo escrutinio de si soy idónea o no para tener serias intenciones conmigo. No es correspondido.

—Grace...

—¡Lady Worcester! —le recriminó indignada.

—Sé que no le soy indiferente. ¿No le gustaría probar? ¿Tan egoísta e inhumano es lo que pido?

—Sucede que usted no ha tomado en cuenta mi opinión, desde su nube ducal manda y pretende que los demás obedezcamos. Tampoco deseo volver a casarme. Los hombres me han demostrado que estoy mejor sola que acompañada de un esposo. Menos desilusiones, cero ataduras.

—¿Los hombres? Solo estuvo casada con Worcester. ¿O antes de él estuvo comprometida con alguien más? Necesito saberlo, ¡ahora! —¿Tenía derecho a enardecer de celos ante tal mención?

Entonces fue él quien abrió mucho los ojos. Se dio cuenta de que no sabía nada de Grace, de su pasado, de sus heridas, de sus luchas, de sus amores... Se perdió repasando la sensualidad de sus labios y el brillo de sus melancólicos iris. Quizás había muchas capas que aún cubrían lo esencial e invisible.

—Su excelencia, usted está demente, completamente loco y exijo que no vuelva a acercarse a mí o tomaré serias medidas. ¿Cómo se atreve a abordar así a una dama respetable, proponerle indecencias sin siquiera mostrar un mínimo de consideración? No seré la querida de nadie. ¡Y la suya menos!

—No le propuse ser mi querida...

Ella inhaló fuerte por el atrevimiento del duque.

—No siga —lo interrumpió sin permitirle explicarse—. ¿Ni esposa, ni querida? Pero sí debo besarlo y sucumbir ante sus apetitos... ¿Quién demonios se cree que es?

Grace se soltó de golpe, tomó a su perro en un brazo y con una reverencia lo dejó con la palabra en la boca.

Capítulo 15

Cuando Grace volvió al cálido interior, varios pares de ojos se posaron sobre ella, incluso los pertenecientes a los caballeros. Se acercó a las damas para volver a despedirse y la abrumaron a preguntas.

—¿Y bien? —la asaltó Daisy emocionada, hasta tenía una mano sobre el corazón.

—¿Y bien qué? —inquirió sobresaltada, aún trataba de escapar del abismo de emociones que la recorrieron durante el encuentro con Norfolk. Ellas percibieron que estuvo todo ese tiempo a solas con el duque. Se sintió tan irresponsable, aunque las apreciaba y confiaba en cada una, no podía permitirse que se formaran un juicio equivocado.

—No seas tímida, niña. ¿Y esa peonía? —intervino la casamentera con suspicacia y Grace recordó la flor que aún sostenía—. ¿Su excelencia está interesado? ¿Se ha declarado? ¿O ha sido sutil por respeto al luto? ¿Te está cortejando? Por favor, sácame de la duda que estoy en ascuas. ¿Firmo mi sentencia ante la reina de una vez? Vamos, que por ti valdría la pena la condena. Habla, me va a dar un soponcio —la apremió.

Barrió con la vista a los presentes. Hasta los hombres estaban más exaltados que de costumbre, como si también estuviesen esperando lo mismo que las damas.

—¿Por qué los caballeros ríen por lo bajo? —preguntó.

—Lo siento, Grace —se atrevió Elizabeth a dar la cara—. Quizá todas estábamos revoloteando como mariposas en primavera y se notó nuestra emoción.

—La verdad es que susurramos tanto debido a nuestro entusiasmo desmedido, porque ambos tuviesen una segunda oportunidad en el amor, que... —Suspiró Angelina sin poder terminar la frase.

—Nuestros esposos son tan suspicaces, que se olieron que hay cortejo en el ambiente —aclaró Isabelle.

—¿Qué? Buen Dios, no. ¿De dónde han sacado tal cosa? —Sintió el aire atrapado en sus pulmones, con dificultad para respirar.

—No te preocupes por mí, mi boca permanecerá sellada, como la de cada miembro de este selecto club. —Lady Abbott trató de tranquilizarla—. Todos queremos un final feliz para su

excelencia y para ti. La nueva duquesa de Norfolk.

—No, no. Solo hablábamos de mi reciente viudez, de mi herencia, de la lectura del testamento.... —No supo qué más agregar para borrar las sonrisas esperanzadas de las damas. No podía contarles que su corazón latía precipitado porque el duque la asaltó en el invernadero haciéndole la petición más descarada. Norfolk, justo Norfolk, de quien menos esperó un comportamiento así. Del duque imaginó otro proceder, una proposición honorable si estaba interesado.

¿Por qué no podía sacarse de la cabeza el rostro del varón bañado por el deseo? ¿Por qué mientras más se escudaba, cada fibra de su ser se estremecía, deseando estrecharlo y besarlo tanto como le proponía él?

Gracias a Dios su orgullo era fuerte y la salvó de caer en la tentación.

Entonces el duque regresó al salón. Jamás lo vio tan serio. Ninguno de los hombres se atrevió a preguntarle nada. Sabían que bromear con su excelencia no era buena idea, menos con la cara de pocos amigos que traía. Se veía tan hermético e inalcanzable. Frustrado, no recibió el beso que esperaba.

Solo los dos guardarían el secreto de las palabras con las que mutuamente se castigaron.

Lo escuchó poner una excusa para marcharse y ella hizo lo mismo. Necesitaba con urgencia desaparecer. De haber tenido una varita mágica la hubiese agitado para aparecer de inmediato en su casa. Se juró que en lo adelante preguntaría por la lista de invitados para evitar acudir a eventos donde Norfolk asistiera.

Jacob no tardó en aparecer y los miró a todos con un gesto intrigante.

—¿Sucedió algo en mi ausencia? —preguntó.

Nadie se atrevió a contestar. Si Peasly sospechaba lo acontecido no le iba a agradar. Aunque fuera Norfolk el implicado en la conversación del supuesto cortejo con Grace no daría su aprobación. Si confió en el duque hasta ese instante para mandarlo a buscarla al cementerio y conducirla a Worcester House, fue porque tenía fe ciega en la honorabilidad de su excelencia. No sospechaba de la atracción que torturaba a Norfolk.

Jacob era celoso del honor de la familia y defendía a los suyos con fiereza. Además, de que tenía un temperamento impetuoso, no se detenía a pensar y reaccionaba.

—¿Debo repetir la pregunta? —insistió el barón—. Noto un aire raro en el ambiente. ¿Pasó alguna cosa que deba saber durante mi breve ausencia?

Lord Oso, tomando la iniciativa, negó con el rostro dos veces.

—¿Qué iba a suceder, hermano? —pronunció Oso con su vozarrón, tratando de sonar fastidiado. Le gustaba llamarle así, aunque eran cuñados. Jake también se dirigía a él del mismo modo. La fraternidad entre ellos era palpable. El marqués fue el único que se atrevió a responder, pero todos apoyaron su comentario.

Jacob volvió a desplazar la vista por los presentes y aceptó la respuesta de su cuñado. De pronto, la celebración se enfrió y a todos les pareció que el anfitrión necesitaba descansar y volver con su esposa e hijo.

Tras las despedidas, Grace agradeció subirse al carruaje con sus primas, sus esposos se marcharon como mismo llegaron.

—Ahora estamos las tres. Habla, Grace —suplicó Daisy.

—No hay nada que confesar, solo que Norfolk es un duque arrogante, que cree que todos los demás le debemos pleitesía. —La mención del encuentro desbocaba los latidos de su corazón, con más fuerza que el trote de cien caballos.

—Eso ya lo sabíamos —aguijoneó Rose—. Suelta algo más jugoso. Entendemos que en el fondo Norfolk no es tan duro como se esfuerza en aparentar. Annalise me lo ha revelado, lo adora. Norfolk admiraba a Trevor, el padre de Anna. Ella guarda con mucho aprecio y respeto cada uno de los consejos que su excelencia le ha dado. Él la exhortó a casarse por amor, y no por un mediocre amor, sino por un amor arrebatador, de esos que te deja sin aliento.

—¿Y acaso hay amores mediocres? —intervino Daisy.

—Tienes razón, gracias por corregirme, hermanita —concedió Rose—. Me refiero a que alguien que exalte ese sentimiento no puede ser un petulante sin corazón. Tal vez, Norfolk solo se esfuerza en aparentar lo contrario. Un caballero de su posición tiene cierta imagen que mantener.

—Como sea, olvídense de su excelencia y dejen de relacionarlo conmigo. Ya es muy evidente que no habrá cortejo, ni intenciones de pretender.

—¿Cómo estás tan segura, Grace? —Daisy no podía creer lo que oía, daba a entender que quedaba más por develar.

—Me lo dijo sin remordimientos.

—¿Cómo? ¿Por qué salió el tema a relucir? —preguntó Rose, las dos hermanas casi dejan de respirar por el aturdimiento.

—Ha reconocido que le atraigo.

—Eso es maravilloso —expresó Daisy, recuperando el aliento.

—¿No tiene serias intenciones? —Rose comprendió a dónde quería llegar y casi se paraliza de la impresión—. Jamás esperaría algo así de Norfolk.

—Entre tanta palabrería sin sentido que dijo, confesó que le atraigo, pero que no desea casarse.

—¡Maldito infeliz! —se le escapó a Daisy—. Debiste exponerlo para que Jacob lo pusiera en su lugar. ¿Pensará que ahora que has enviudado estás disponible para sus bajos instintos?

—Calma, Daisy, escuchemos —pidió Rose—. Y sé razonable, si Jake se entera de las intenciones del duque, causaría un fuerte agravio entre él y Annalise. Bajo circunstancia alguna le informaremos.

—Entonces Brad u Oso deben darle su merecido, sin que Jacob sepa al respecto —siguió Daisy exasperada.

—No necesitamos a un hombre para darle su merecido a un duque. Creo que somos más temibles las tres juntas. Déjanos terminar de oír, para valorar cómo le damos un escarmiento a Norfolk. ¿Te pidió ser su amante, prima?

—Tampoco, solo quería besarme en el invernadero para explorar lo que le hago sentir —se mofó ardiendo de rabia—. Dejó muy claro que no busca una esposa, pero tampoco una amante, al menos no en mi persona.

—Ahora sí que tomaré cartas en el asunto. Le pediré al cochero que nos lleve de inmediato a Primrose Palace, ese duque escuchará lo que tengo que decir. —Rose se veía ofuscada.

—Nadie enfrentará a su excelencia —la detuvo Grace—. Solo reveló que se siente atraído por mí, pero que en este momento de su vida... —No pudo repetirlo—. Mejor les haré un resumen. Él no desea casarse, yo tampoco, así que asunto resuelto. Nadie ha resultado ofendido.

—¿Lo intentas justificar? —cuestionó Rose.

—Solo pretendo que lo olviden, por favor —rogó Grace desgastada—. Me he propuesto pensar que ese encuentro nunca sucedió. Ningún honor u orgullo ha sido lesionado. ¿Pueden dejar de preguntar?

—Si consideras que es lo mejor —resolvió Rose.

—Además, le debo un enorme favor a su excelencia. Recibí mi herencia gracias a su

intervención. Por favor, no mencionemos más su nombre. He dejado muy claros mis límites. No creo que al duque le queden deseos de hablarme de sus sentimientos, o lo que sea que lo atormenta.

—¿Atormenta? —Daisy repitió.

—Para él es un tormento o una tortura la atracción que siente por mí. Algo así pude entender de su retahíla de frases desatinadas. Si deseara tomar un amante o aliviar con mis favores a un caballero. Sería la última persona de mi lista, es soberbio, petulante, un maldito esnob que se cree que está en la cima del mundo. Podrá ser hermoso, pero su fría belleza no causa ni el más mínimo rasguño en la templanza de mi orgullo —continuó y se detuvo cuando se dio cuenta de que pensaba en voz alta.

—Oh, por Dios, Grace, también te resulta atractivo... —concluyó Rose, cubriéndose la boca con ambas manos, asustadas por las consecuencias de esa fascinación.

—Por supuesto que no.

—Te conocemos, Gracie. Así reaccionaste con Wyatt justo antes de caer rendida ante sus promesas —recordó Daisy muy preocupada, estaba enterada de cómo terminó ese asunto.

—Wyatt y el duque son diferentes, el otro fue un mentiroso y caí porque confié en que lo que prometía algún día sería realidad. De lo contrario, jamás lo habría aceptado —protestó en negación.

—Tienes razón, son diferentes —advirtió Rose—. Norfolk ha venido de frente, con la verdad en sus manos, por sórdida que sea.

—Marcaré mi distancia con el duque. Y no hablemos más de ese tema. No coleccionaré decepciones, menos patanes engreídos en mi haber. Le he puesto un punto final a «su soberbia excelencia». Por favor, acéptenlo y respétenlo.

—Como desees, cuenta con nosotras —aseguró Daisy.

—Haremos lo que consideres mejor para ti. Pero, por lo que más quieras, duerme esta noche en mi casa —pidió Rose—. Quédate hasta que termines de acondicionar la propiedad de Belgravia a tus necesidades.

—Estaré bien. Es mi hogar, mi lugar seguro, mi nuevo refugio.

Capítulo 16

Las palabras compartidas en el invernadero una semana atrás le daban vueltas en la mente, sumiéndolo en un despiadado insomnio. Tuvo que sentarse y ahuecar la almohada para encontrar la comodidad, pero terminó asestándole puñetazos, lleno de frustración.

—Me he comportado como un idiota. —A veces no podía controlar lo que salía de su boca, aunque fuese frío y cruel. Pensó en Grace, en cómo había herido sus sentimientos.

Una mujer que desbordaba ternura. El trato que recibió de él fue rebajarla a la posición más baja, ni siquiera la de amante. Eso interpretó ella, pero no fue lo que él quiso decir. La deseaba, no era mentira. Y, lo soltó sin tapujos. Grave error.

—Maldito Desmond, debiste aguantar las ganas que te incendiaban si no habías tomado una decisión.

Después estaba el asunto de Peasly. El barón se molestó porque Desmond no quiso aceptarle el dinero.

No pudo dormir. Se puso de pie y comenzó a vestirse, ni siquiera le pidió apoyo a su ayuda de cámara. Sabía que los caballeros se reunirían en White's y, aunque lo invitaron y él se negó, necesitaba hablar con alguien.

Los hombres que estaban de guardia, de aquellos que trabajaban para él, le ensillaron el fuerte y enorme caballo blanco que solía montar cuando no iba en carruaje y lo escoltaron. Jamás salía sin su escolta.

Al introducirse al club, divisó a sus amigos. Tomó asiento, mientras lo saludaban. Se sorprendieron de verlo ahí, había rechazado la invitación.

—¿Cómo están Annalise y el bebé? —le preguntó a Kilian, quien estaba justo frente a él, con una mano sosteniendo su bastón.

—Muy bien cuidados, mi madre no se mueve del lado de ambos —contestó el interpelado—. Y la suegra de Anna ya está en casa. Mi sobrina extraña a su esposo, pero en cuanto pueda viajar se reunirá con él en Oxford. No había otra opción, Jacob tuvo que partir a cumplir con sus responsabilidades.

—Espero que a la vuelta podamos arreglar un pequeño malentendido que tenemos. Odio los

disgustos familiares. Para mí la familia es sagrada —masculló Desmond.

—Que usted haya pagado lo que a él le correspondía no se considera pequeño, excelencia. Tal vez el muchacho tiene razón —replicó Oso, siempre en defensa de Jacob.

—Lo sé. No pude evitarlo —se lamentó—. Creí que ayudaba. Quizás no debí entrometerme en los asuntos de su familia. Como sea, Worcester pagará pronto, y así las asperezas entre Peasly y yo quedarán saldadas. De verdad, aprecio a ese muchacho.

—Mi esposa está tan inquieta con ese pendiente como su hermano. Piensa que no es prudente que una dama honorable como lady Worcester tenga una deuda con un caballero —dijo Bradley Montagu, conde de Pembroke, el marido de Daisy, mirando fijamente a Norfolk—. Y, con todo respeto, excelencia, no me gusta que nada altere la tranquilidad de mi esposa.

Kilian carraspeó cuando los dos hombres se retaron con la mirada, hasta ese instante Bradley y Desmond se habían llevado excelente. Compartían la misma afición por los cisnes que llegaban en primavera al Serpentine, así como por debatir fuera de sesión los temas expuestos en el Parlamento, fieles defensores del progreso. Pero, a pesar de que tenían una buena conexión, Brad no le perdonaría a Norfolk robarle el sueño a su amada esposa.

—¿Usted también va a reclamarme algo, lord Oso? —Norfolk encaró al marqués de Bloodworth.

El aludido, Emery Osborne, exhaló con fuerza, mientras cavilaba sobre cómo responder. Jamás tomaba un desafío a la ligera, y lidiar entre la familia de su esposa y el duque más poderoso del reino, lo era. Pero, por supuesto, que estaba del lado de los Peasly. Rose también se veía inquieta por su prima y la negativa de Norfolk a aceptar el dinero. ¿En qué posición quedaba entonces Grace?

—¿Qué motivos tiene usted, excelencia, para hacerse cargo de ese gasto? —inquirió Oso.

—He sido claro al respecto. En el justo momento en que Peasly iba a pagar, se presentó el parto de Annalise y, además, al otro día tenía la carrera. Me pidió mediar y no dejar a lady Worcester a la deriva. Tengo la solvencia para cubrir ese monto. Lo hice con el propósito de ayudar al barón. —Afiló la mirada, no dejaría espacio para el juicio en contra de su persona, no iba a permitirlo. Lord Oso y Pembroke estaban tanteando el terreno, siendo respetuosos, pero marcando los límites y él lo comprendió *ipso facto*. Norfolk no era de los que perdonaban un ataque o desplante. Si se mostró gélido y cauteloso fue porque sabía que no era del todo inocente. Su propia conciencia le recriminaba la forma en que abordó a Grace.

—¿Por qué cuando Jacob intentó pagarle, usted se rehusó, exacerbando el humor de mi

cuñado? —indagó Pembroke, seguía decidido a hacer lo que fuera para que nada inquietara a Daisy—. Pudo aceptar el dinero, y Jacob habría viajado a Oxford sin un peso más atormentándolo.

El hermano, por parte de madre, de Norfolk, el marqués de Normanby, Edgar Payne, permanecía con los codos sobre la mesa y el mentón recostado encima de sus manos cerradas y juntas. Observaba sin atreverse a intervenir, analizaba los motivos de Desmond, lo conocía mejor que el resto, al igual que Kilian. Este último también dejó de hablar, solo escuchaba.

—Worcester me pagará en tres o cuatro días —siguió Norfolk—. Estoy a cargo de sacarlo de su situación financiera, la que me gustaría que se tratara con reserva. Esa información no puede salir este círculo.

—Es tarde. Worcester le debe a medio Londres —exageró Pembroke un poco, para dar a entender su punto.

—Eso se resolverá con mi ayuda. Por eso, consideré que aceptar el dinero de Peasly era un trámite innecesario. Lo recuperaré en breve —insistió.

—Sé que es una persona honorable, excelencia. Espero que Worcester le pague de inmediato. Cualquier tema que desee tratar con la lady Worcester, con respecto a la herencia o su economía, le agradecería que lo haga conmigo, si Jacob no se encuentra en la ciudad. Con ese punto aclarado, creo que podemos tomar el brandy que aún reposa en nuestras copas. ¿Está de acuerdo? —Oso trató de restarle contundencia al asunto, llamando a uno de los lacayos para que le sirviera a Norfolk, era el único que no tenía bebida, puesto que acababa de llegar.

Pembroke aún lo miraba fijamente.

—No es necesario —detuvo a lord Oso—. No he venido a beber, además mi permanencia será breve. Tengo asuntos que atender.

—¿A esta hora? —preguntó Normanby, inclinando la cabeza. Norfolk solía dormir temprano, era bastante ordenado y meticuloso en sus rutinas. Ya que estuviera ahí era bastante inusual, solo lo hacía cuando era importante para sus intereses económicos o de la monarquía.

—¿Visitarás a una dama para aliviar la soledad? —bromeó Kilian, intentaba que el ambiente dejara de estar tan tenso. Sabía que Desmond no era de los que frecuentaban burdeles. Así que, si tenía una cita a deshoras, debía ser con alguna dama con la que sostenía un acuerdo.

—No —atajó Desmond con la voz tan cortante como una daga—. Es un mal momento para tus bromas o tu sarcasmo, Kilian. No tientes a la suerte.

—Creo que los ánimos se han exacerbado innecesariamente —intervino el duque de

Weimar, Jason Ayers, con una ceja enarcada—. Confiemos en la palabra de Norfolk, no ha dado muestras de tener segundas intenciones. El duque es la persona más honorable que conozco, más con la familia, y Peasly es parte de los suyos. Estoy convencido de que hay una razón loable para que haya ofrecido su ayuda económica a lady Worcester.

—De verdad, espero que sí —confesó Oso. Norfolk le agradaba y la camaradería de ese grupo de caballeros era formidable. No quería renunciar a ella.

—También confío en su buen juicio y su honor, excelencia —aceptó Pembroke.

Pero en los rostros de ambos se leía con claridad que si Norfolk daba un paso en falso con respecto a la honorabilidad de Grace, los esposos de Daisy y Rose, apoyarían a la dama, y por supuesto a Jacob.

—Enmendaré el malentendido lo más pronto que pueda, mañana mismo visitaré a Worcester —resolvió Norfolk—. Si toda esta tensión se alivia aceptando mi dinero de vuelta, le mandaré un telegrama a Peasly para que su secretario se ponga de acuerdo con el mío y zanjemos el asunto. Buenas noches, caballeros.

—¿Era tan difícil ceder? —preguntó Normanby a su hermano con una mirada comprensiva. Desmond por toda respuesta exhaló con fuerza y se puso de pie para retirarse—. Te acompaño —le ofreció. No podía darle la espalda.

—Por favor, quédate con tus amigos, Edgar. No pretendo arruinarte la noche.

—No veo compartir un rato con mi hermano como sinónimo de arruinar mi noche. Además, si regreso temprano a casa, mi esposa estará feliz y me encanta contribuir a su alegría.

—Como desees —aceptó de buen grado. Se sintió bien escuchar que persistía, la compañía de su hermano era justo lo que necesitaba.

—En ese caso, la familia llama. Iré con mis primos, si no les molesta que me retire temprano, caballeros —compartió Kilian.

—En serio que no hace falta —indicó Norfolk que se sentía incómodo por dar tantas molestias.

—Insisto —dijo el vizconde.

Terminaron a las afueras de White's dialogando. Normanby propuso reunirse en el salón para caballeros de Primrose Palace. Percibió que su hermano tenía mucho que decir y con los únicos que se abría era con ellos.

—¿Cómo arribaron? —preguntó Norfolk cuando estuvieron de acuerdo.

—Normanby y yo llegamos en mi carruaje —respondió Kilian.

—Yo vine a caballo.

—Tus hombres pueden guiar a tu corcel —sugirió Edgar—. Vamos en el carruaje y así conversamos de lo que sea que te tiene con esa cara de...

—No —le previno Norfolk de terminar la frase. Solía tolerar el humor de su primo y su hermano, pero ese día su paciencia era más exigua de lo habitual—. Adelántense en el carruaje, me demoraré unos minutos nada más en llegar. Odio dejar asuntos pendientes para el siguiente día, así que de camino a casa me sacaré una espina que tengo clavada.

—¿Qué demonios está pasando, Desmond? —inquirió Normanby inquieto.

—Prefiero no hablar, no hasta estar seguro.

—Primo, somos nosotros. No hay secretos —arguyó Kilian.

—Para qué quieren que hable, para que me juzguen como los demás. Quizás lo merezco. —Sintió la presión de los dos hombres que le demandaban develar de una vez qué lo tenía en ese estado.

—No te comportas como usualmente eres. Y me preocupas. —Normanby fue sincero y solidario.

—Comparto la preocupación —externó Kilian.

—Es la viuda. Pensé que estaba bien, que mi vida ya estaba arreglada. Pero con cada encuentro con ella, hasta yo me desconozco.

—¿Estás pensando en volver a tomar esposa? —preguntó Normanby.

—El matrimonio no está en mis planes. Solo porque esa dama ha enviudado y su presencia me enloquece, no tengo por qué cambiar de idea. Siempre me pareció hermosa, pero no suelo obsesionarme con lo que no puedo tener. Era una mujer casada. No la miraba dos veces. Pero, cuando la vida nos puso más cerca y se le ocurrió abrir la boca provocó en mí deseos de... Deseos de... Y lo peor es que cuando quedamos a solas, en vez de decir algo inteligente, suelto las frases más idiotas.

—¿El frío intelecto de Norfolk vencido por el amor? Es bueno saber que te unirás al club de los casados —concluyó Normanby.

—No pretende casarse con ella, la quiere de amante —concluyó Kilian, temiéndose lo peor. Sabía que cuando Norfolk se obsesionaba con algo lo conseguía al precio que fuera—. No

puedes poner tus ojos en ella y proponerle ser tu querida. Te echarás a Peasly como enemigo. Pembroke y Oso han esclarecido su postura. Weimar es amigo de Oso desde la infancia, son inseparables, no lo dejará solo en la contienda. Incluso Allard, mi cuñado, estará en contra de nuestra familia. Para él, el honor y la justicia son inquebrantables, y esos están con las exigencias de Jacob. Debes respetar la honorabilidad de la dama. Algo más, el padre de lady Worcester es endemoniadamente fastidioso.

—Cálmense los dos. Iré a disculparme con lady Worcester. Las palabras que le dije en el invernadero de Peasly House fueron desacertadas.

—¿Has perdido el juicio? —Kilian negó perplejo. Desconocía a Desmond. Un hombre cabal y práctico que no dejaba de cometer errores—. No son horas para visitar. Podrías comprometerla.

—Sé tomar mis precauciones.

—Es mejor que vayas mañana y que lo hagas con una chaperona. Aunque sea una viuda es lo más aconsejable —persuadió Normanby—. O harás que Peasly regrese de manera anticipada de Oxford. Desatarás los rumores. Piensa en Annalise. No la pongas en una situación tan angustiante, menos ahora que acaba de ser madre.

—Iré...

—Entonces tendremos que acompañarte para garantizar que el honor de ambos quede intacto —ofreció el hermano.

—Ni se les ocurra seguirme. No necesito niñera.

Capítulo 17

Cuando Desmond desmontó vio un carruaje alejarse. ¿Venía de visitar a la condesa? Quizás alguien de su familia, pero no alcanzó a ver si el vehículo tenía blasón.

No tuvo reparos en acercarse para llamar a la puerta. Ni siquiera titubeó por el hecho de aparecerse a deshoras. Estuvo una semana dándole vueltas a la discusión que tuvo con lady Worcester. La única forma en la que podría dormir sería si le pedía perdón, si le decía que ella tenía la razón, que él se comportó de manera poco honorable y le aseguraba que haría lo necesario para restaurar el disgusto ocasionado.

Dominaría sus ansias, se alejaría de ella y buscaría contentar sus afectos en otra parte. Entendió que ya había penado mucho tiempo por Rebecca, pero que existían necesidades que debía satisfacer, como las carnales, pues le estaban jugando en contra. Hallaría a una dama que no estuviera emparentada con ninguno de los caballeros de su círculo, una que aceptase de buen grado un arreglo de mutuo acuerdo. No podía seguir ignorando los apetitos de un hombre sano, y el cariño de una buena mujer. Viuda o solterona, una que se sintiera tan sola como él.

Pero, cuando llamó a la puerta, esta chirrió y se abrió impulsada por su mano. Hizo gesto de sorpresa. Con una señal advirtió a sus hombres, que siempre lo observaban de lejos y entró sin esperar que se acercaran.

Un lacayo permanecía en el suelo, con sangre manándole de la frente y el ama de llaves tratando de ayudarlo. Recordó el carruaje que vio en la entrada.

—¿Qué ha sucedido?! —preguntó alarmado.

—Excelencia. —El ama de llaves comenzó a llorar, y los quejidos no le permitieron darse a entender.

La doncella de lady Worcester apareció con el perrito en brazos, quien le ladró en cuanto lo vio. La mujer trató de calmarlo, para poner al duque al corriente.

—Eran ladrones, como no encontraron qué robar se llevaron a la condesa. —Lucía tan asustada o más que la otra señora.

Norfolk miró alrededor, la residencia se veía casi completamente vacía.

—Pero, si parece que han arrasado con todos los bienes de esta casa.

—Así estaba desde el día que llegamos. El nuevo conde se deshizo de la mayoría —explicó nerviosa.

Norfolk ató cabos, seguramente Dalton comenzó a vender cada mueble o artículo desde antes de abandonar la morada. Típico de las deudas de juego.

—¿Ella está herida? —El corazón latía tan fuerte en su pecho que parecía que lo partiría en dos.

—Salió de aquí ilesa —informó el ama de llaves.

—¿Hace cuánto tiempo? —Estaba seguro de que se trataba del mismo carruaje, pero necesitaba cerciorarse.

—Acaba de suceder, menos de cinco o diez minutos. Iban en un coche —agregó el lacayo con las pocas fuerzas que le quedaban. Se veía que trató de defender a la condesa de los atacantes.

—Mandaré a uno de mis hombres a buscar al doctor Emerson para que ayude al lacayo. Traeré a lady Worcester de regreso.

Una orden certera bastó para que sus hombres lo siguieran por donde se perdió el vehículo.

Capítulo 18

Grace pateaba muy asustada, pero furiosa también. Un hombre que no conocía le tapaba la boca con una mano y la sujetaba con la otra, mientras un segundo bandido le amarraba las muñecas.

—No sufrirá un rasguño si se mantiene callada y tranquila —masculló ejerciendo presión para que dejara de moverse—. Parece un endemoniado tornado, ¿no es usted una dama? —Quizás los secuestradores no esperaron encontrarse con tanta oposición.

A ella no le importó el comentario, siguió resistiéndose, con los ojos muy abiertos y el corazón desbocado. ¿Quién? ¿Por qué? ¿Para qué? Se preguntaba llena de temor.

El nudo aún no estaba hecho, pero cuando lo terminaran, tendría menos oportunidades de escapar. ¿Debía dejarse someter o seguir luchando? El segundo hombre estaba frente a ella, intentando mantener el equilibrio en el carruaje en movimiento.

Grace tomó aire y lanzó una patada con toda su fuerza hacia las partes pudendas del malnacido. Con tanta furia que lo dejó fuera de combate. El agresor se encogió sobre sí mismo a los pies del carruaje emitiendo alaridos. El ruido previno al conductor y aminoró la marcha. Posiblemente, para ayudar a los que permanecían en la cabina.

Ella siguió peleando con ahínco con el otro secuestrador que la aprisionaba por el talle con sus fuertes brazos.

—¡Suéltame! —le gritó mientras forcejeaban.

—¡Maldita! ¡Te las verás conmigo! Deja de gritar. —Volvió a taparle la boca para obligarla a guardar silencio.

Ella entendió que el sujeto quería impedir sus alaridos porque alertarían a alguna persona que podría servir de ayuda.

—¡Socorro! ¡Aquí! ¡Estoy aquí! —se desgañitó, segura de que su única oportunidad radicaba en que alguien se percatara de lo que sucedía y corriese en su auxilio.

Aunque se batía con todas sus fuerzas, no podría ganar si el cochero entraba para echarle una mano al canalla. Cuando la portezuela se abrió, las esperanzas de liberarse comenzaron a debilitarse. Sin embargo, no dejó de batallar. Mordió la mano del hombre con fiereza, y el

hampón la retiró de la boca, a la par que maldecía de dolor.

Grace estaba convencida de que debía dejarlo fuera de combate antes de que ingresara el otro villano, o ya no tendría oportunidad.

En medio de la bruma causada por la disputa, un individuo se coló por la puerta, agarró al atacante mordido por las solapas y lo arrojó fuera del carruaje. Fue un movimiento violento que no previó.

«¿Era él? ¿El duque de Norfolk? ¿Qué hace aquí?», se preguntó. El miedo terminó de recorrerla entera, lo sintió como un escalofrío por su espina dorsal. «¿Él dio la orden de capturarla?», temió.

Estaba en el interior del carruaje y nadie la detenía. No podía perder el tiempo en analizar de quién debía protegerse. El hombre del suelo intentaba pararse sin éxito, privado por el dolor en su entrepierna.

Sin pensarlo dos veces abandonó el encierro, decidida a correr. La casa no podía estar muy lejos. No anduvieron más de diez cuerdas, podía regresar si era lo suficientemente rápida.

Afuera se encontró efectivamente al duque, pero en una escena que jamás imaginó. Con dos puñetazos contundentes desmayó al sujeto. Sus hombres ya se habían ocupado del tercero y fueron por el que continuaba en el carruaje.

—Este rufián ya recibió su merecido, la dama le dio un escarmiento —bufó Mark, uno de los hombres de confianza del duque.

Norfolk la miró intrigado, como si midiera de qué fibra estaba hecha la mujer. Ella elevó la frente llena de dignidad.

—No importa —siseó Norfolk—. Muéstrale nuestra hospitalidad, para que se le quiten las ganas de volver a irrumpir en casas ajenas.

—Será un placer, excelencia.

Grace tragó en seco con las piernas sembradas al suelo. Ya no deseaba correr. Sus sospechas estaban mal dirigidas. Norfolk era inocente, la había rescatado.

—Milady, ¿la han lastimado? —preguntó el duque con una angustia genuina.

—Estoy bien —soltó en un gemido. Intentó tranquilizarlo, jamás lo vio tan alterado.

Norfolk deslizó los dedos alrededor de la boca de Grace, el área estaba enrojecida, al igual que sus antebrazos y sus muñecas. Ella no llevaba guantes, y en vez de los lujosos vestidos que

solía lucir, la cubría una bata de seda con holanes de encaje, tan blanca que contrastaba con la luna. Las mangas estaban hechas jirones. Con ternura, acarició las lesiones de sus brazos.

—Quedarán marcas, pero desaparecerán en dos o tres días, milady.

El aristócrata se quitó la chaqueta y la usó para cubrir a Grace del frío nocturno y de la vergüenza de andar por las calles de Londres en la ropa de dormir. Fue arrancada de su cama cuando los intrusos asaltaron su hogar. Se subió la camisa hasta los codos dejando al descubierto brazos blancos como el nácar, tersos y musculosos.

Ella tomó las manos gruesas y aún tensas del varón, repasó los nudillos magullados en busca de lesiones, pero se veían saludables.

No supo cómo él abrió los brazos de modo protector, menos por qué ella se refugió dentro de la calidez de aquellos. Un largo suspiro brotó de los labios de la condesa cuando se sintió protegida. Era su salvador. Sin pudor, descansó la cabeza en el pecho varonil, mientras trataba de serenarse y olvidar las imágenes de esos horrendos atacantes, intentando subyugarla. Era un acto de confianza, de sobrevivencia, el deseo no jugaba un papel preponderante. Estuvo a punto de sufrir un trágico desenlace, el alivio que sentía la inundaba por completo.

—Gracias, gracias, su excelencia. No puedo siquiera imaginar cuál habría sido mi destino si usted no aparece. ¿Cómo supo que yo lo necesitaba?

—Acudí a su hogar para... Justo el carruaje salía. Me advirtieron de lo que ocurría. Imaginé los peores horrores... Gracias al Altísimo usted está a salvo... —Se veía afectado ante sus funestas conclusiones de lo que habría podido suceder.

—Qué suerte, qué bendición —musitó aún agitada, sin indagar más a fondo en la razón por la que la visitó a deshoras. Ya no importaba, agradecía al cielo por la presencia del duque cuando más precisó ayuda.

Norfolk también suspiró y apoyó sus labios sobre el cabello de la dama que olía a peonías. Ninguno dijo algo más. Ella necesitaba un momento para recomponerse y él se lo otorgó.

—¿Qué hacemos con los criminales? —preguntó, interrumpiéndolos uno de los hombres del duque de nombre Douglas, el que parecía tener más jerarquía.

Norfolk gruñó, lamentándose por la irrupción. Ella volvió a ser consciente de la cercanía con el caballero y se apartó al recordar que no estaban solos.

—Ya sabes qué hacer. —Otro gruñido, no le gustó que irrumpieran en el justo momento en que él y la dama lograron una conexión. Douglas bajó la cabeza al comprender su error.

—Como ordene, excelencia —dijo y se apartó para hacer su trabajo, antes de que se llevara otra reprimenda.

—También el carruaje. —La voz de Norfolk sonó tan gutural que Grace sintió el frío recorrerla entera. Siempre parecía que le quedaba mucho por descubrir de Norfolk, y cada nueva información que recibía sobre su persona, le asombraba más.

—Aguarde, excelencia... —Volvió a introducirse en el carruaje y Norfolk la siguió con una ceja enarcada—. Traía un perfume muy antiguo, regalo de mi abuela en una de mis manos, pero tuve que soltarlo para defenderme. No quiero perderlo.

El olor dentro de la cabina era más fuerte, a peonías, almizcle y especias. Ambos descubrieron a la par, un frasco de cristal tinturado de rojo, roto en pedazos, el que aún conservaba la tapa de plata.

Ella extendió la mano para tomar los trozos filosos.

—¿Qué hace? —la previno.

—Era lo único que me quedaba de mi abuela, me gustaba olerlo antes de dormir, me recordaba a ella. Ahora ya no queda nada. —La furia que le sobró para luchar por su vida minutos atrás, se vio reducida ante la rotura del recuerdo. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

Norfolk sacó un pañuelo de la chaqueta que ella portaba, para recoger los pedazos.

—Van a pagar por esto —aseguró con un gesto tan despiadado que ella temió lo peor.

—¿Va a matarlos? —soltó temblorosa, llena de intriga y recelo al mismo tiempo.

Él entrecerró los ojos ante la frase de la mujer.

—¿Debería? —masculló, mientras respiraba profundo para recobrar el aliento. También estaba agitado después de la corta carrera a caballo y la pelea cuerpo a cuerpo. Ella negó asustada. Detestaba a sus atacantes y desearía toda clase de mal para ellos, pero que Norfolk fuese capaz de ajusticiarlos por su propia mano la aterrizzaba todavía más. ¿Hasta dónde se creía impune el duque? Tembló—. No lo haré porque aún tienen que confesar quién ordenó secuestrarte.

—Tiene que conducirlos a la policía.

—La policía es ineficiente.

Grace tiritaba, ya no sabía si era el frío o la situación de riesgo. No quería seguir dialogando, menos sobre esos endemoniados individuos que perturbaron su paz.

—Necesito volver a casa. Mi lacayo está herido y las mujeres deben estar asustadas. Por Dios todo ocurrió tan rápido. En medio de la revuelta perdí de vista a Darcy, si escapó y se pierde no podría soportarlo. Es tan pequeño e indefenso.

—El lacayo sobrevivirá, su herida no es grave —le informó para calmarla—. El perro está a salvo, la doncella lo cuida. Las mujeres están asustadas, pero mejorarán cuando sepan que usted fue rescatada.

Dos lágrimas bañaron el rostro de Grace. Cuando supo que la situación estaba controlada y que esos malvados no iban a hacerle daño, se permitió sollozar en silencio.

—¿Por qué? ¿Quién? ¿Para qué? —repitió esas preguntas que la atormentaban, en voz alta y en dirección a él.

—No lo sé —se sinceró en una exhalación—. Pero no descansaré hasta averiguarlo.

El duque le extendió una mano, ella no entendió con qué propósito. No obstante, la tomó sin dudar. La condujo afuera del carruaje y hasta su caballo.

—¿Sabe montar? —le preguntó y ella asintió—. Es un potro bravo, pero respeta a los jinetes que lo guían con seguridad.

La alzó por la cintura y la trepó a la montura. Después se subió de un rápido movimiento tras ella. El olor al perfume los envolvía a ambos en una magia floral, almizclada y terrosa. Aquel momento sería inolvidable para ella. Las barreras con respecto a su reticencia en contra del duque habían sido derribadas. Ahora sentía una mezcla de refugio, intriga y magnetismo de la que no se podía librar.

El duque se puso en marcha y con cada movimiento sus cuerpos se acoplaban el uno al otro como si fueran pareja, amantes, compañeros. Se sentían tan reconfortados.

—Mi casa es en la otra dirección, excelencia —le advirtió extrañada. Él sabía la ubicación.

—No volveremos a su hogar. No es seguro.

—Pero nadie de mi familia vive hacia allá. ¿A dónde me lleva?

—Ya es tarde para llamar a otra puerta. Pernoctará en mi casa...

—No es apropiado, daremos de qué hablar. ¿Pretende arruinarme?

—Solo si alguien se entera, e incluso, de existir esa posibilidad, estoy dispuesto a callar a quien se atreva murmurar.

—¿Callará a medio Londres cuando el rumor se esparza? —refunfuñó.

—Confíe en mí. La noche será nuestra aliada. Y mis hombres disuadirán de hablar al que encontremos en el camino. Sé que suelo salirme con la mía.

—Estoy por pensar que no se equivoca.

Una semana atrás, Norfolk le pidió un beso y ella se negó a la defensiva. Y en ese momento estaban mecidos por el trote suave del caballo, con su espalda recostada a los pectorales del duque, sintiéndose agradecida.

Grace no supo por qué se dejó conducir sin poner reparos, quizás fue suficiente que la hubiese rescatado de las garras del terror, tal vez fue un gran incentivo que ganó su confianza. Y, aunque las palabras que el duque le confesó en el invernadero de Peasly House aún no se borran de su memoria, le entregó una parte de su fe.

Recorrió las calles poco iluminadas y casi vacías de Londres, con ese hombre protegiéndole las espaldas como un escudo humano. Uno de apariencia gélida, pero cuyo abrazo era cálido, reconfortante, embriagador.

—Ya no importa por qué, pero cómo es posible que apareció en el momento que más lo necesitaba —dijo al ritmo del avance.

—Venía dispuesto a disculparme por las palabras proferidas en el invernadero, solo pretendía desnudar mi corazón. No le ofrecí cortejarla porque apenas estoy aceptando abiertamente, que la atracción que siento por usted no desaparecerá mañana, ni pasado mañana, ni una semana después... Por eso abandoné mi cama cuando el insomnio estaba volviéndome loco, necesitaba decírselo...

—Bendito impulso. Si hubiese esperado a mañana, ¿qué habría sido de mí?

—Tampoco le ofrecí ser mi querida, porque jamás le propondría un trato tan indignante. Pero usted reaccionó como una guerrera y no me permitió poner en orden mis ideas y expresarme apropiadamente. Prefirió creer que le proponía un trato humillante.

—¿Entonces solo es un idiota, no un desagradable engreído?

Él gruñó bajo y se aguantó la estocada sin replicar. No deseaba discutir así que la dejó ganar. Continuó explicando lo que Grace le hacía sentir.

—Por Dios, milady, fui el hombre más feliz de la tierra cuando supe que usted era libre de nuevo. Y no siento remordimientos al decirlo en voz alta. Me encanta la idea de que esté disponible para matrimonio.

—¿Fue feliz? ¿Y por qué fue un idiota arrogante en el invernadero? —De nuevo, él solo

exhaló fuerte. Ella siguió bajando la voz, también preguntando desde el corazón—: ¿Por qué no fue honesto?

—No supe manejar lo que me hace sentir, milady —se sinceró—. Mis palabras fueron torpes. Entienda que no suelo ofuscarme o confundirme. Siempre sé lo que quiero. Pero hace tanto tiempo que no pretendo a una dama que he olvidado las reglas del cortejo. Primero esposo, después viudo. Me porté como un joven imberbe, que no sabe controlar sus pasiones.

—¿Y después de la duquesa? ¿No ha entregado su corazón?

—No. Nadie provocó un sentimiento en mí lo suficientemente importante como para sentirme fascinado. El matrimonio fue fácil al principio. Después la búsqueda incansable de un heredero llenó de tensión mi vida conyugal. Más, cuando el médico le dijo a mi esposa que no debía seguir intentándolo. Y, entonces, nos volvimos enemigos. Ella quería seducirme a toda costa para procrear. Yo la evitaba porque no era de piedra, la deseaba. Pero para mí era más importante mantenerla con vida.

—¿Y no podían cuidarse para evitar un embarazo? Sé que hay métodos para hacerlo.

—Métodos que pueden fallar, más cuando mi esposa iba a conspirar en mi contra para quedar en estado de buena esperanza. Justo como sucedió. No podía permitírmelo. No solo era mi mujer, era la madre de mis hijas, no quería dejarlas sin su amor. Fue una madre excelente. Pero, Rebecca obtenía lo que se proponía, jamás creyó que el final iba a ser devastador. Pensó que se saldría con la suya, que burlaría incluso a la muerte.

—Puedo entenderla hasta cierto punto. Tal vez era muy parecida a usted.

—Sí —susurró y el suave aire que salió de sus labios le rozó la oreja. Grace se estremeció entre sus brazos—. ¿Sucedo algo?

—Nada, siga, por favor. —Trató de disimular. Jamás sintió un estremecimiento tan fuerte, como el que la cercanía del duque le estaba causando.

—Después estaban sus celos. —Él siguió como si necesitara desahogarse—. Como no compartía su cama creía que tenía amantes y no, jamás fui infiel. Aun después de su partida, he continuado cumpliendo mis votos matrimoniales.

—¿Tanto la amaba, excelencia, que nadie ha despertado su interés?

—Culpa. No he podido porque me ha castigado la culpa. Yo sabía que no debíamos, y aunque ella me sedujera, debí mantenerme fuerte.

—Si tanto le tortura recordar el pasado, ¿por qué no lo deja donde se encuentra? ¿Acaso no

puede mirar hacia adelante? ¿Por sus hijas?

—Mis hijas son felices y no les falta ni una gota de mi amor, me cercioro de ello.

—Pero, verlo feliz es importante también para ellas. Si no es pleno, cuando crezcan lo notarán. Debe esforzarse más. Sonreír más a menudo.

—Lo intento. Lo intento. —Su voz se escuchaba como alguien que estaba sonriendo. Ella tuvo que voltear ligeramente la cabeza para encontrarse con una media sonrisa, que favorecía con creces el rostro níveo y rígido. Relajarse un poco le daba luz en el rostro que lo favorecía.

Antes de darse cuenta ya habían llegado a Primrose Palace por la parte de atrás. El duque se apeó primero y después la tomó de la cintura para hacerla bajar. Sus torsos quedaron muy juntos, él ya no sonreía.

—No sé si está bien que me quede aquí —susurró nerviosa, con las manos de él todavía en su cintura.

—Con usted siento que, tal vez, tengo la posibilidad de cambiar mi historia. ¿Me da otra oportunidad, milady? Ahora que hemos pasado por esta situación tan lamentable, me he dado cuenta de que me falta mucho para llenar mi corazón. Si le hubiese pasado algo jamás me lo perdonaría.

—No fue su culpa.

—Igualmente no lo habría soportado. Estoy dispuesto a esforzarme, solo si usted también quiere intentarlo. —Ella lo seguía mirando entre impresionada y llena de fascinación. Hacía una semana, creía que nunca escucharía esas palabras saliendo de la boca del duque—. Deseo cortejarla. Hablaré con su familia, dejaré mis intenciones muy claras —enfaticó—. Seguiré todas las reglas.

—Bésame —le suplicó Grace, impulsándose en puntillas para llegar a su inconmensurable altura.

—¿Segura? —Lo tomó desprevenido. Aún trataba de elegir las palabras para no dar un paso en falso, ya conocía su temperamento.

—Bésame, Desmond —repitió sorprendiéndolo todavía más. Nadie que no fuese de su familia inmediata se atrevía a tutearlo y ella rompía con todos sus esquemas—. No pienso besar a un hombre y llamarle por un acartonado «excelencia». Desmond es tu nombre, ¿no?

—Grace, si te beso no seré capaz de parar —advirtió subyugado por el hechizo de esa mujer.

—Entonces no te detengas.

—Me enloqueces. Debes saber que desde mi viudez no he yacido con mujer alguna. Te encontrarás con la fuerza de un semental que no podrás parar. ¿Estás dispuesta a correr el riesgo? —Su abrazo era sugerente. Su voz estaba ronca producto de la excitación—. Pero tengo las mejores intenciones, lo prometo. No más titubeos después de esta noche. Voy a cortejarte, aunque no lo haga en el orden habitual.

—Antes de permitir que me cortejes necesito explorar. Debo saber si tus besos me hacen perder la razón, de lo contrario, no te daré esperanzas. Estuve casada sin amor durante muchísimos años. He repudiado a los hombres, he dicho que no volveré a casarme con ninguno. Por lo tanto, si voy a cambiar de opinión necesito alcanzar todo. No tendré un romance a medias. No solo me conformaré con un buen hombre, recto, de noble corazón. Si no haces que mis piernas tiemblen y que se obnubilen mis sentidos cuando me mires, cuando me beses, no arriesgaré mi tan ganada libertad.

Desmond no necesitó más incentivo para rodearla con sus brazos con más fuerza y estampar sus labios, con todas sus ganas, contra la seductora boca de la mujer. El cambio abrupto acrecentó el apetito que le robaba el sueño cada madrugada. Y ella estaba ahí desafiándolo para que la tomara. El hombre dejó de contenerse, dio rienda suelta a su pasión y chupó extasiado esa boca entreabierta que prometía calmar la sequía que lo asoló durante esos años.

Ella sintió que se fundía, que se quemaba en el calor que desprendía el torso masculino. Desmond le arrasó la boca, hasta dejarle los labios ardiendo y después la miró con los ojos perdidos de deseo... Grace tragó en seco sin dejar de contemplarlo. En su pecho reverberó la emoción por lo que el semblante del vigoroso duque prometía.

—Oh, Grace, vas a volverme loco. No sé tú, pero mis piernas tiemblan y mis sentidos se obnubilan cuando me miras, cuando me besas...

—Des... —Un suspiro ahogado no la dejó terminar.

—Voy a amarte, ahora.

Ella quedó atrapada con esas palabras, no solo porque él lo admitía con valor, sino porque ella también pudo sentirlo. Esos besos, ese abrazo, ese toque sería su perdición.

Desmond la alzó en brazos y sin soltarla se introdujeron en el silencioso palacio.

Capítulo 19

Al entrar a su propio hogar por la puerta trasera, al enorme palacio con ella en brazos, el deseo lo recorría entero. El deseo y la angustia a partes iguales. Norfolk aún no podía sacarse de la cabeza a los rufianes profanando ese cuerpo que él solo quería adorar.

Lo último que pensó ver al poner un pie en el salón fue al mayordomo, asegurando que no sabía nada del paradero del duque a tres personas, los Pembroke y Rose. Como sincronizados, liberó a Grace que pidió bajar y quedó de pie a su lado.

Rose y Daisy permanecían quietas mirándolos, como paralizadas. ¿Desmond llevando a Grace en brazos? Pronto salieron del *impasse* y corrieron a abrazar a su prima. La abordaron a preguntas.

—¿Estás bien? —inquirió Daisy.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —indagó Rose.

Ambas usaban capas negras sobre sus vestidos, parecían haber sido arrancadas de sus camas. Se notaba el desvelo en sus rostros, pero también podía ser debido a la preocupación.

—Alguien irrumpió en la casa. Es muy raro, y todo sucedió muy rápido —soltó nerviosa y suspiró, mirando en dirección al duque. Desmond le brindó soporte con la mirada, aunque su expresión era muy seria, lamentaba la irrupción de los familiares de la dama. Debió preverlo—. Aún no termino de entender si venían por mí o decidieron llevarme en el último minuto. Pero, su excelencia apareció y me salvó de que esta experiencia fuese peor. —Se abrazó a sí misma. Aún vestía la chaqueta de Norfolk—. Me arrancaron de la habitación con lo puesto. Su excelencia tuvo la amabilidad de...

Por supuesto que los rostros de Daisy, Rose y Pembroke mostraron asombro sobre el motivo que llevó al duque a deshoras a la casa de Grace; pero decidieron no juzgar. Por lo que hubiese sido, apareció y pudo rescatarla.

—Gracias a Dios, estás bien. La familia está en deuda con usted, excelencia —expresó Rose.

—No es necesario, no me deben nada —aseveró Desmond.

Rose se quitó su capa y se la ofreció a su prima, con la intención de que devolviera la

chaqueta a Norfolk.

—Mañana daremos parte a la policía —continuó Rose—. Ahora es mejor que vengas con nosotros. Te puedes quedar en mi casa.

—¡No! —gruñó Desmond y todos a excepción de la aludida lo miraron pasmados. Él exhaló con fuerza y decidió hablar en un tono menos ofensivo—. Grace se quedará aquí, estará más segura. —A Norfolk no le importó tutearla delante de otros, menos que su ofrecimiento fuera poco honorable.

—Excelencia, ¿insinúa que en la casa de lord Oso, mi prima puede sufrir un percance como el acaecido esta noche? —replicó Daisy recelosa, pero Rose la detuvo con una mano para que no siguiera—. Es una pena que mi cuñado no esté aquí. Sería más enfático.

—¿Podemos a hablar unos minutos a solas con Grace? —pidió Rose apelando a la prudencia, mientras escrutaba al duque.

—También considero que lo más sensato es que la condesa se hospede con mis cuñados o con nosotros —objetó Pembroke, con el gesto reflexivo.

—Lady Worcester estuvo a punto de padecer un infierno, no estoy listo para dejarla ir. Voy a cuidarla. —El duque remató la frase con un gruñido bajo, que no dejaba espacio para la discusión.

—Su excelencia me ofreció su hospitalidad y he aceptado. —Grace apeló a ese comentario para evitar hacer más grande el desacuerdo, tampoco quería irse—. Estoy exhausta, no podría dar un paso más.

Grace caminó hacia ellas, y se alejaron de los caballeros que se miraban sin hablar. Pembroke quería velar por el honor de la familia, pero sin ponerse en contra de Norfolk. La proeza del duque los sacó de una situación que pudo ser lamentable.

Las mujeres se tomaron de las manos y las hermanas volvieron a abrazar a Grace, revisando los moretones alrededor de la boca y los que vieron en sus brazos cuando ella se liberó de la chaqueta, para ponerse la capa de Rose.

—¿Te duele? —inquirió Daisy—. Debe revisarte el doctor.

—Estaré bien, solo usaré un ungüento de árnica.

—Él desea que duermas en su hogar —pronunció Rose en un tono afectuoso, esperando que Grace manifestara su posición al respecto, como no tuvo respuesta añadió—: ¿Es tu voluntad quedarte a su merced? —siguió Rose en voz baja y Grace asintió—. Pero si hasta ayer

protestabas en contra de su osadía y su desdén al proponerte algo indecoroso por completo.

—Fue un malentendido, ya no tengo la peor opinión de él. Norfolk me agrada.

—Grace, eso es maravilloso. Y se ha comportado como un héroe. Sería el pretendiente ideal; pero, ¿no crees que es mejor seguir ciertas... reglas...? —intervino Daisy cautelosa—. Un hombre como él no traería a una amante a su hogar. Sin embargo...

—Coincido —manifestó Rose prudente y seria. Era un asunto delicado, Grace no parecía notarlo. Estaba mareada por una especie de bruma: la situación de peligro, el duque protector con ese halo majestuoso que era un enigma para cualquiera. Pero su halo también sugería frialdad, peligro, hermetismo. Grace no parecía notarlo.

—Claro, no traería a una querida al sitio donde duermen sus hijas —la animó Daisy, quien parecía haber olvidado las objeciones que las tres tuvieron en contra del duque una semana atrás—. Menos Norfolk, no se le conoce amante alguna desde que murió su esposa. Sabes que esas cosas se comentan.

—Prima, apoyo cada decisión que tomes. Pero, si te quedas y alguien lo descubre, podría ser desastroso —le advirtió con mesura Rose.

—Grace ha tenido que soportar una vida inmunda al lado de un hombre al que no amaba, es justo que Dios la premie con un gran amor. Y solo tienes que ver como la mira el duque para adivinar cómo acabará esto. Se casarán antes de que algún rumor siquiera llegue a las calles de Londres. Digo, es Norfolk, quien se atreva a señalarlo con el dedo, puede esperar la ruina social. Todos le temen.

Rose suspiró.

—La vida real no es como las novelas que Belle y tú leen, Daisy. Tal vez su excelencia es poderoso, pero Grace corre un gran riesgo si da rienda suelta a su...

—Tranquilas las dos —terció Grace—. Olviden que me vieron aquí. Y descansen.

—Pembroke informará a Oso. Él, Allard y Weimar te estaban buscando. Una de tus criadas corrió a nuestra casa a avisar del rapto, y que Norfolk fue en tu auxilio. Por eso nosotras vinimos aquí. A Allard y Weimar le diremos que estás con nosotros, es mejor ser discretos. Jacob no puede enterarse jamás. No se toma el honor con el mismo romanticismo que Daisy —acordó Rose y todas asintieron—. Evitemos una desgracia. Nuestros esposos cerrarán la boca, nos ocuparemos de convencerlos. Pero si el duque te daña o te ofende de alguna manera...

—Puedo cuidarme sola —afirmó Grace llena de resolución.

—No estás sola —le aseguró Rose aún indecisa de si era buena idea solaparla. Ella también arriesgó todo por amor, pero eran circunstancias muy diferentes.

—Por supuesto que no está sola, tiene un duque interesado en protegerla y con un brío muy convincente —bromeó Daisy y todas se relajaron un poco.

Se abrazaron antes de despedirse, mientras Pembroke estaba con la boca abierta, viendo que la prima de su esposa se quedaba atrás, hasta que logró soltar lo que lo inquietaba.

—¿Por qué Grace no viene con nosotros?

—Calla, amor mío, en la casa lo entenderás —lo persuadió Daisy.

Pembroke negó con un movimiento de cabeza, interesado en que le explicaran de inmediato.

—Grace no puede quedarse —dijo Pembroke en voz alta, dudando de si lo que parecía estar ocurriendo era cierto. Jamás vio al duque mostrar interés por dama alguna. Nadie se atrevía a juzgarlo, pero no era como otros hombres, siempre ávidos ante una mujer soltera y hermosa. Norfolk era demasiado reservado, nunca se podía adivinar si una dama le resultaba atractiva. Eso hasta el incidente del invernadero, que los puso a todos a dudar. Se volteó con discreción hacia Daisy y continuó—: No soy yo, puedo ser cómplice de dos enamorados, dado el caso, pero... ¿Pretendes que Oso y Jake me degüellen vivo? —Trató de ser discreto, mas todos pudieron escucharlo.

Las tres mujeres lo miraron decididas a persuadirlo. Sin embargo, Norfolk dio un paso en dirección a ellos.

—Tiene razón, Pembroke. Hay atribuciones que, incluso yo, no puedo tomarme —concedió clavándole las pupilas al conde—. Debes ir con tu familia, Grace.

Rose extendió los brazos hacia su prima, que con solemnidad caminó hasta ella.

—Estarás bien en Bloodworth House, el duque puede visitarte cada vez que lo decida. Es mejor así, con calma. Medita bien si esto es lo que deseas —propuso la marquesa.

—La dejaré en tus manos, Pembroke, ¡pero si algún infeliz le toca uno solo de sus cabellos, te buscaré y seré yo quien te decapite! —bramó apretando los puños, le dolía dejarla marchar—. Dos de mis hombres los acompañarán y permanecerán como custodios de Grace.

—Su excelencia, ¿no cree que esté exagerando? —titubeó Daisy—. Grace se quedará en casa de mi hermana y mi cuñado. Oso no permitirá que le suceda algo a mi prima. Digo, es Oso. Ese enorme hombretón con un genio equiparable al suyo. ¿Por qué quiere arrancarle la cabeza a

mi marido? Yo estuve del lado de su romance clandestino y casi me convierto en su celestina, ¿por qué amenaza con dejarme viuda?

Sin embargo, a pesar de las objeciones de Daisy en favor de su esposo, el duque no destensó su entrecejo, ni dejó de mirar ceñudo al conde.

—Oso no está aquí para responderme, Pembroke sí.

—Pero no puede ser usted tan bruto, tan cerrado... ¿Acaso no se da cuenta de que lo único que deseamos es ayudarla? La amamos... —replicó Daisy aún inconforme.

—Nadie va a ser degollado por mi culpa. Desmond, por favor, no masacres a mi familia... Estamos del mismo lado —dijo Grace con dulzura e ironía a la vez. Se acercó al duque y acarició su mejilla. Él exhaló con fuerza y le besó el dorso de la mano, mirándola con ojos de cachorro malherido. Los demás quedaron atónitos por la expresión del duque, una palabra de ella y él actuaba de un modo desconocido.

—Respondo por Grace, su excelencia —aceptó Pembroke—. Y está de más decir que Oso y yo, uniremos esfuerzos para llegar al fondo de este asunto. Mañana a primera hora pondremos la denuncia.

—¡No! —Volvió a ofuscarse—. No involucre a la policía, Pembroke. La investigación está a mi cargo, si quieren colaborar, pónganse de acuerdo con mis hombres.

—Claro. —Lo miró de reojo—. Sus guardias son bienvenidos. Nos mantendremos en contacto.

Desmond apretó los puños, mientras cabalgaba con dos de sus hombres hasta una de sus propiedades en un sitio descampado de Layton Stone. Ella estuvo a punto de ser suya esa noche, y se había quedado con ganas de recorrer su cuerpo desnudo a la luz de las velas. Pero su honor le exigió liberarse de la bruma que lo cegaba y hacer las cosas bien. Era un caballero y, aunque la anhelaba con una fuerza embriagadora, si quería convertirla en su esposa, debía seguir las normas de la decencia.

Pero los secuestradores pagarían el precio, iba a descubrir quién se escondía detrás de sus actos viles.

Al llegar, desmontó de un salto y se introdujo a la hermética propiedad, donde manejaba sus asuntos más discretos. Entró por la puerta trasera, uno de sus hombres le abrió y lo guio hacia

unas mazmorras ubicadas en el sótano.

—¿Quién les dio la orden? —preguntó Norfolk al carcelero.

—Dicen que nadie, que actuaron por cuenta propia —respondió el interpelado—. Solo querían robar, pero como no encontraron nada se llevaron a la dama, a la espera de obtener un rescate por parte de la familia. Los hombres que los trajeron informaron que, a pesar de que en la casa no había adornos de valor, en el tocador de la condesa encontraron un alhajero con unas perlas y un collar de oro. Y en los cajones hallaron objetos como peines, cepillos de plata y concha nácar. Además, de otros artículos que un hábil ladrón no hubiese desechado.

—¿Quién rapta a una dama para exigir un rescate cuando su economía no parece estar en su mejor momento? Tras ver el estado de la propiedad debieron haber dado la media vuelta.

—¿Sospecha de alguien, excelencia?

—Sí, pero su móvil habría sido el dinero, y no sé por qué me da la impresión de que la mente detrás de este secuestro persigue algo más. No se llevaron absolutamente nada.

Se quitó la chaqueta y dobló sus mangas hasta la altura de sus codos. Sus hombres se pusieron en una posición a la defensiva, cuando el duque abrió la celda donde estaban encerrados los sujetos.

—Excelencia, no tiene que ensuciarse las manos —lo previno uno de sus hombres, pero Desmond hizo caso omiso.

Buscó al cabecilla y lo tomó del cuello, arrastrándolo a su paso hasta estamparlo contra la pared de la celda. Las puertas permanecieron abiertas, pero ninguno de los captores que quedaban libres se atrevieron a escapar o atacarlo.

—¿Quién demonios te mandó a meter en el carruaje a la dama?! ¿Dónde era el punto de entrega, cobarde!?

El sujeto enmudeció, los otros se replegaron en sus esquinas correspondientes ante la ferocidad del aristócrata. Todo en su atuendo y su porte enunció elegancia, refinamiento; pero no contrastaba con su gesto de rudeza.

—No, nadie... He dicho que nadie nos mandó.

—¿Vale la pena cerrar la boca por alguien que ni siquiera ha movido un dedo por sacarlos de este hoyo?! No saldrán libres hasta que digan la verdad. Se pudrirán aquí hasta que se fusionen con las paredes.

—¿Usted no es la ley! ¡No puede retenernos en contra de nuestra voluntad! —se atrevió a

retarlo.

—¿Estás seguro de que no puedo? —masculló lleno de fiereza y el individuo no volvió a despegar los labios, temió lo peor.

Lo soltó con desprecio y brusquedad. Salió del calabozo sin que ninguno de los tres se atreviera a atacarlo por la espalda, aun pudiendo tener una ventaja. Tan intocable se sentía.

—¿Qué hago con ellos, excelencia? —preguntó el carcelero, mientras el duque se desdoblaba las mangas, para después ponerse la chaqueta, como si nada hubiese alterado su imagen.

—Exprímelos hasta que hablen, es evidente que saben más y no lo quieren soltar. No tengas piedad.

Capítulo 20

Tres días después, Grace despertó más tarde que de costumbre. No tuvo noticias de Norfolk y estaba impaciente. El lazo que la unió al duque la noche del secuestro quedó bien atado. Un sobresalto no abandonaba su estómago. La ansiedad por verlo, y cerciorarse de que sus palabras no se las llevaría en viento, la devoraba viva.

Una gota de esperanza llegó de la boca de Oso. Le comentó que seguía en contacto con el duque. Intentaban averiguar quién dio la orden de secuestrarla y cuáles eran sus motivos. Tras el rapto, y el maremoto de emociones que la inundó, necesitó tiempo para reponerse, para abandonar la habitación sin temor a que alguien la tomara de la mano y la sacara de Bloodworth House con violencia. Pero ni ese pánico minimizó sus ganas de encontrarse con Norfolk.

Se acarició los labios y recordó las sensaciones que la recorrieron cuando él la besó. Tembló. Deseaba verlo con urgencia, pero al mismo tiempo no sabía qué decir, cómo reaccionar o qué esperar cuando volviese a tenerlo frente a frente.

¿Por qué le ofreció irse cuando ella aceptó quedarse en Primrose Palace? Aunque Rose le aseguró que era lo más sensato y que el duque lo hizo para no comprometerla, seguía anhelando que todo hubiese sido distinto. Ya no le importaba el honor. Todo su ser le demandaba abandonarse a la aventura, al calor que la quemaba por dentro al pensar en sus ojos grises azulados, en el sabor de sus labios sensuales, tersos, exigentes...

Un ladrido agudo le hizo recordar al pequeño can a los pies de su cama. Darcy ladraba para avisar que alguien se acercaba a la habitación. Dos toques en la puerta, y autorizó que la doncella pasara con una planta de peonías rosadas, sembrada en una maceta, que depositó con urgencia en el suelo. Era pesada. El aroma discreto, dulzón y a limpio inundó la alcoba. Grace se acercó e inspiró profundo. Una tarjeta se asomó entre los botones y la sacó para leer su contenido. Era de Norfolk.

«Espero que te haga soñar con los ángeles.

Desmond

—No están cortadas. No puedo creer que lo recuerda. —El duque era muy observador, y eso la conmovió.

Solo entonces vio la pequeña caja que tenía en una mano la doncella, la tomó sorprendida y

desanudó el lazo de encaje. Dentro, una réplica exacta de la botella de perfume que se rompió, solo que la tapa era de oro y el cristal era transparente. La desenroscó e inspiró el mismo aroma que su abuela le regaló tiempo atrás. Se preguntó cómo pudo lograr la imagen del frasco con tanta exactitud.

—Se parece al mío —susurró, se puso un poco en la muñeca e inspiró fuerte. La doncella asintió—. Y huele idéntico. Seguro usó la tapa para indagar su procedencia.

—Huele delicioso.

—Él se quedó con un pañuelo impregnado del líquido con los trozos y la tapa.

—Entonces mandó a comprarlo o confeccionarlo antes de que el aroma se disipara. La tapa es una obra de arte, idéntica a la de su abuela. No sabía que su excelencia era tan detallista. ¿La está cortejando, milady? —preguntó Agatha con complicidad, Grace sonrió ante las últimas palabras. Siempre soñó con ser conquistada

—Admitió que no lo hará al modo tradicional; sin embargo, creo que se ha retractado o ¿por qué se tomaría tantas molestias para darme una alegría? Sabe cuán importante era la fragancia de mi abuela para mí. —Omitió que casi termina en su cama unas noches atrás—. Supongo que así se siente ser cortejada por un caballero.

—Disfrútelo. ¿Quiere que le traiga papel para escribirle una nota?

—Aún no. Aguardaremos.

—Hay algo más. —Salió de la habitación y volvió con un cojín de plumas de ganso, forrado con una afelpada tela de lana de oveja—. También envió un regalo para Darcy.

El perrito comenzó a agitar la cola, desesperado por olfatear su nueva cama. Grace negó con una sonrisa, Norfolk se estaba esforzando.

—Trae papel, debo agradecer las atenciones del duque. Pero, antes me vestiré, después del desayuno quiero ir a mi casa.

—¿Desayunará? Es un milagro.

Grace la miró y no se atrevió a replicar. Desde esa noche, casi no podía comer. Un salto en el estómago hacía que su apetito hubiese disminuido. Pero algo tendría que llevarse a la boca para no desfallecer.

—He abandonado mis responsabilidades durante tres días. Aún debo comprar muebles, y llevarle dinero al ama de llaves para que los sirvientes puedan atender sus necesidades. Aunque yo no esté quiero que la propiedad funcione, muero por volver a mi casa.

—No teme que esos hombres regresen y hagan otra vez de las suyas.

—Temo, pero no puedo vivir a la sombra de mis primos toda la vida. Tomaremos medidas para reforzar la seguridad. Quizás necesitemos otro lacayo, con dos estaremos más protegidas, pero no sé si me lo pueda permitir. Tal vez dos perros guardianes. Un arma...

—¡Milady! —expresó asustada.

—No recobré mi libertad para vivir encerrada y menos con miedo. Debo encontrar soluciones... —Estaba convencida de que, si abandonaba la casa de lord Oso, Desmond iba a visitarla y podría volver a probar sus tan anhelados labios.

—Con respecto a la seguridad, por lo pronto, creo que el problema podría tener una solución a corto plazo. Los hombres de su excelencia, los que mandó para cuidarla, siguen en Bloodworth House y parece que tienen la orden de seguirla a donde quiera que vaya.

Grace la miró atónita, había olvidado ese requisito puesto por el duque para dejarla ir. Los guardias podrían ser útiles en la propiedad de Belgravia.

—Servirían más si regreso a mi casa. Aquí estoy protegida. Estoy en la morada del marqués de Bloodworth, por Dios. ¿Qué criatura se atrevería a saltar estos muros para confrontar a lord Oso?

—Lo sé, pero ni siquiera el marqués ha desafiado lo impuesto por su excelencia.

Dos horas después, Grace estaba en un carruaje con la doncella, el perro y su prima Rose. Dos lacayos al servicio de los marqueses, más el cochero, los acompañaban. Sin embargo, eso no persuadió a los hombres de Norfolk, quienes los escoltaban a caballo. Los reconoció en el acto. Estuvieron presentes en su rescate.

Primero acudió al banco por dinero para el ama de llaves. Previsoramente, lo guardó a buen recaudo gracias al consejo de Norfolk. De no haber seguido su recomendación, los ladrones se habrían llevado todo.

Al arribar a su residencia en Belgravia las tres se apearon. Los lacayos llevaban enseres que Rose insistió en traer, para que la propiedad volviese a ser tan acogedora como antes de que Worcester la saqueara.

El panorama de desolación en que Grace dejó la casa desapareció por completo. Unos muebles de excelente calidad llenaban las estancias, y las alacenas estaban repletas de víveres,

había nueva mantelería...

—¿Qué sucedió aquí? —indagó la dueña.

—Parece que ya no necesitarás nada de lo que trajimos. Sin embargo, lo dejaré, quizás podría servir —dijo Rose y quedó boquiabierta supervisando los detalles—. La única explicación que encuentro es que, Worcester, en un arrebato de decencia, te devolvió todo lo que sustrajo, antes de que la casa pasara a tu nombre.

—¿Y la comida? ¿También la trajo Worcester? —replicó Grace difiriendo de su supuesto—. No lo creo, es un egoísta que no piensa más que en sí mismo. Jamás tendría un gesto tan solidario.

El ama de llaves no tardó en presentarse delante de las damas con una explicación.

—Pensé que usted lo había enviado, milady.

—Norfolk, solo si fuese Norfolk —murmuró Grace.

Como invocado, el duque apareció en la puerta ante los ojos atónitos de Grace y su prima.

—Los dejo para que conversen, yo guiaré a los lacayos para que acomoden todo lo que trajimos —propuso Rose.

Ella quedó mirando al recién llegado, estaba muy serio, aunque también escrutaba a su alrededor. Vestía de negro, como casi siempre, pero a la luz del día sus ojos lucían un tono celeste muy diáfano.

—Desmond, ¿qué haces aquí? ¿Es una coincidencia? —preguntó confundida. Quería reclamarle por tomarse tantas atribuciones; sin embargo, su corazón la traicionaba, latía desbocado ante su presencia. Se sentía una debutante otra vez. Y su estómago era un mar de temblores.

Él negó.

—Mis hombres me mandaron un aviso. Ardía en deseos de verte.

Sin pudor se acercó y la enlazó por la cintura, Grace se dejó abrazar y se aferró a su duro torso. Las palabras sobraron, los dos estaban igual de perdidos. Se besaron sedientos, desesperados, como quienes tras vagar por el desierto encontraban una fuente rebosante de agua.

—Oh, Desmond —susurró entre beso y beso, pero él no la dejó terminar. Chupó extasiado sus labios, degustó la deliciosa lengua, mientras un jadeo entrecortado abandonaba su garganta. Cuando saciaron, en parte, su frenesí, pudieron mirarse a los ojos—. También me alegra verte.

Podías haberme visitado, yo... Lo anhelé —reveló sin guardarse nada, precisaba reafirmarle lo que sentía.

—Necesitaba pensar, quise poner un poco de distancia para averiguar si esto que nos está sucediendo es real.

—¿Y qué resolviste? —preguntó firme, pero por dentro temblaba ante la próxima revelación.

—Grace, yo no soy así. Siempre sé lo que quiero y cuando lo quiero. Jamás tomo decisiones apresuradas, menos irracionales. Yo... Me siento perdido desde que abandonaste Primrose Palace... —Una sonrisa tímida se dibujó en sus labios, jamás vio un rasgo de timidez en ese hombre—. No sé qué demonios me está pasando, nunca experimenté una necesidad similar.

—Oh. —Fue todo lo que pudo decir, aunque moría por revelar que se sentía exactamente igual.

—Espero que la sorpresa haya sido de tu agrado y que... Incluso, Darcy no quedó fuera. Hueles delicioso. —Sonrió más ampliamente. Pocas veces podía apreciar la sonrisa de ese hombre y estaba ocurriendo con más frecuencia de lo normal. Se propuso admirarla, disfrutarla... A él le producía felicidad que ella se hubiese perfumado con la fragancia obsequiada.

—Me sorprendiste... Diría que demasiado. El frasco es casi idéntico al que rompí. Y sí, Darcy está muy cómodo en su nuevo almohadón. Las flores son bellas. Adoro las flores. —No quería sermonearlo por los muebles, la mantelería, y todo lo demás. Se mordió el labio inferior, mientras trataba de tragarse sus palabras. No obstante, se llenó de valor. Si iba a seguir adelante con lo que sea que estaba fortaleciéndose entre los dos, era importante sentirse tomada en cuenta. Buscaba un igual, no un hombre que le recordara la superioridad que de por sí ya tenían los varones en la sociedad—. Los muebles, la mantelería, la platería, y todo lo que estaba en falta que has cubierto es un exceso. No soy malagradecida, pero me habría gustado que me consultaras. He traído dinero para ir reponiendo lo que Worcester saqueó. Era mi mérito, quería ganarlo. Ya has hecho demasiado por mí. Tengo una herencia gracias a tu intervención, déjame administrarla.

A la par que la fue escuchando, el rostro de Norfolk fue trasmutando de la serenidad al de una piedra. Grace se asustó un poco, no pensó que sus palabras lo ofenderían a tal grado que sacaran su peor humor.

—También he notado el cambio y pensé que tú o tu familia...

—¿No fuiste tú? Lo siento, no quise... —Su mente se embotó de golpe y después reaccionó, mientras se preguntaba quién podría ser.

—¿Tus primas?

—No, me lo habrían comentado. Incluso, Rose se ha quedado tan atónita como yo.

—¿Quién tendría a bien tantas atenciones?

—Estoy casi segura de que son cosas de mi madre —dijo al fin encontrando una explicación convincente para sí misma y para él—. Cuando vine a vivir aquí me suplicó que me refugiara en su casa. Es el tipo de atenciones que suele tener, ella es muy preocupada

—Tu madre... Bien —aceptó, pero se veía muy raro—. Grace, tú y yo debemos hablar. Mas no ahora. Esta noche, en ese evento que harán las damas para recaudar fondos para los niños de la biblioteca de la esposa de mi primo. Serás mi acompañante.

—Desmond, me encantaría...

Se besaron de nuevo, y después, se perdió admirando su figura, mientras abandonaba el salón.

Rose no tardó en regresar e indagar, tan emocionada como su prima.

—¿Qué te dijo el duque?

—Esta noche, será mi acompañante en la subasta.

—Oh, Grace, es maravilloso. Solo traten de ser discretos. No quiero ser impertinente, pero te recuerdo el luto y que en la galería se dará cita la *crème de la crème*, quienes adoran un cotilleo sustancioso.

—No me importa, en este instante todos pueden irse derecho al infierno. No voy a contenerme, no ahora... —confesó y Rose le tomó la mano y se la apretó con dulzura.

—¿Sabes qué? Al demonio, que se vayan al infierno como dices. Yo te apoyo.

El ama de llaves las interrumpió, venía con un pequeño baúl en las manos... Las dos damas la observaron intrigadas.

—¿De qué se trata? —preguntó Grace.

—Viene con un sobre cerrado, milady.

Capítulo 21

No era necesario abrir el sobre que acompañaba el cofre para saber quién era el remitente.

—¿Un obsequio de Norfolk? El duque está muy dadivoso, las flores, el perfume, la decoración... Y, ahora la caja... ¿Qué será? Ábrela —sugirió Rose.

—Norfolk asegura que no es responsable de la decoración de la casa, se quedó muy serio y renegó... —le informó Grace, mientras tomaba el regalo de las manos del ama de llaves.

—Perdone, milady, no sé por qué el duque le habrá dicho eso —intervino la buena mujer—. Él mismo dirigió el avance de su personal, quien trajo todo lo que ahora tenemos.

Grace y Rose negaron, atónitas, mientras el ama de llaves se marchaba.

—No te molestes —aconsejó Rose—. Seguro te lanzaste a su yugular, cuando viste las mejoras y Norfolk quiso ganar tiempo para contenerte. A veces eres muy brava, primita.

—¿Cómo se atrevió a mentirme en mi propia cara?

—Solo quiso agradarte, no le reclames. Acorrálalo hasta que confiese. Tu duque me encanta, a veces parece un león y otras un cachorro indefenso. ¿Qué has hecho con ese hombre, Grace?

—No me agrada que tomara la iniciativa sin consultarme, menos que fuera un cobarde y mintiera. Pero, no puedo castigarlo. Desmond no deja de sorprenderme. A veces es como un niño.

—Solo contigo... Reconoce que tu duque es despiadado con sus enemigos, no puedes pisar sus terrenos sin saber lo que haces. Pero, ¿recuerdas cómo miraba a Rebecca?

—Nunca tuve la oportunidad de apreciarlo, jamás fuimos cercanos. Quizás tú sí, debido a la proximidad con Annalise.

—Es correcto. Esa mujer lo miraba con devoción, se sentía amada... Creo que cuando Norfolk se entrega, lo hace sin reservas. Deseo de corazón que seas la afortunada, todo parece indicar que él siente una fuerte atracción hacia ti...

Grace suspiró y volvió a reparar en la caja. La tomó de donde la dejó el ama de llaves, y se dignó a abrirla. ¿Sería otro regalo de él? El corazón retumbó en su pecho.

Entonces vio las joyas, muchas, exuberantes, ricas... Diamantes, esmeraldas... Tragó en seco y se llevó la mano al corazón.

—No son de Norfolk, no son de Norfolk... Él tiene que parar. Tendrá que oírme.

—¿A quién te refieres?

—Wyatt, son las joyas que me regaló Wyatt para conquistarme. Las acepté porque creí que me amaba. Sin embargo, era una mujer casada, no podía guardarlas y quedar en riesgo de ser descubierta. Las depositó en su banco. Pero creí que, tras nuestro rompimiento, había sido muy clara, no las quería de vuelta. Va a escucharme...

—¿Qué vas a hacer, Grace?

—Detenerlo. En el entierro del antiguo Worcester me estuvo hostigando, si no le doy una advertencia no parará. Lo conozco. No puedo permitir que arruine lo que tengo con Desmond...

—No vayas, te lo imploro. Norfolk tiene esos hombres apostados en la entrada. Si te siguen hasta la residencia de Wyatt le van a informar. Puedes perder a un caballero que te valora, por ese malnacido de Wyatt.

—Por eso tengo que confrontarlo, no permitiré que lo arruine. Saldré por detrás, no hay guardias por la parte trasera. Regresaré a tiempo para subirme al carruaje y volver a Bloodworth House como si nada hubiese pasado. No tardaré, es cerca. Solo le devolveré sus joyas.

—Oh, Grace, no lo hagas. Además, es riesgoso que camines por las calles de Londres con esa valiosa carga encima, atraerás a ladrones.

—Tomaré un carruaje de alquiler, envolveré el pequeño baúl en unas mantas.

—¿Por qué tienes que ser tan testaruda? Oso va a enojarse, no me dejas otro remedio más que acompañarte.

—No, no voy a permitirlo.

—Ni yo que te arriesgues a tal locura. Llevaremos a la doncella.

Cuando las dos damas fueron recibidas en la lujosa casa del banquero, aquel era quien no salía de su asombro. Ellas se negaron a aceptar el asiento que le ofrecían en el amplio y acogedor sofá. Tampoco accedieron a que tomaran sus sombrillas, capas y bonetes. No era una visita formal. No tardarían.

Grace depositó sobre una mesa baja el baúl, él tuvo el descaro de no abrir la boca hasta que ellas expusieran el motivo de la presencia de ambas allí, lo que era bastante evidente.

—No quiero nada que venga de ti. Te devuelvo tus joyas, jamás te atrevas a volverte a acercarse a mí. —Fue tajante—. ¿Te quedó claro?

—Querida Grace, déjame ser hospitalario. ¿Qué pensará lady Bloodworth de mi educación? ¿Desean té, un refrigerio? —alegó con cinismo. Ni siquiera objetó una de las demandas por las que fue interpelado.

—Ya vamos de salida —contestó la interpelada. Las mujeres se dispusieron a marcharse sin despedirse.

—Espera. —Bill Wyatt la tomó por la muñeca y la retuvo—. Guardaste tu herencia en otro banco. Me siento traicionado, te di todo, Grace.

—Pues esa debió ser una clara señal de que no quiero tener nada que ver contigo —replicó ella.

—¿El duque de Norfolk? Reniegas de mí, pero aceptas sus favores.

Quiso restregarle su potencial compromiso en el rostro, a él que la rechazó cuando más lo necesitaba. Sin embargo, aún no era oficial. Aunque se habló de una posibilidad a futuro, no había una propuesta válida. Así que tuvo que callar.

—No lo involucres, Norfolk es un caballero. Y acepto la ayuda de quien decida, soy libre, no es tu asunto.

—Serás mi esposa, Grace. He dejado que ese arretrato siga creciendo, porque entiendo que tienes motivos para estar enojada conmigo, pero lo que sentimos no puedes olvidarlo de la noche a la mañana.

—Puedo, puedo y quiero. Me decepcionaste. Y lo único que siento por ti es asco. Me repugnas y me arrepiento de la confianza que deposité en ti. Ahora me doy cuenta de que jamás te amé. Estaba muy vulnerable, triste y sola cuando llegaste a mí a endulzarme los oídos con tu veneno. Caí en tus redes porque necesitaba desesperadamente un alma bondadosa que me entendiera, que me rescatara de mi insoportable cárcel.

—No, también te enamoraste.

—Si hubiese sido amor, no sentiría tanta repulsión por tu toque. Suéltame, suéltame de una vez. Jamás oses poner, de nuevo, tus manos sobre mí. —Forcejeó para que el agarre de Bill Wyatt alrededor de su muñeca aflojara y ella pudiese liberarse.

—Nos amamos, y esas joyas te pertenecen. Solo es un malentendido, cuando aclares tus ideas comprenderás que me quieres. En dos años serás mi esposa y...

—No seas iluso. En dos años no seremos nada. Busca a otra tonta a la que seducir para que tus intereses arribistas sean saciados, yo ya me libré de tus redes.

—Ahora reniegas de mí y me miras como si fuese un animal rastrero. En esa ocasión que tu amiga la marquesa de Normanby necesitaba información para librarse del asedio de la señorita Astor, ¿quién corrió en tu ayuda? ¿Quién te dio los datos que necesitaba lady Normanby?

—Solo lo hiciste para ganar mi confianza, preferiste hundir a Astor, una intrigante como tú y tenerme a buen recaudo, como aliada. Pero tu máscara ha caído. No te cruces por segunda vez en mi camino. Seamos dos líneas paralelas que nunca se encuentran. No interferiré en tus planes. Pero, por el Altísimo, no obstaculices los míos, porque toda mi bondad transmutará en venganza. Sacarás lo peor de mí, y te aseguro que no quieres verlo.

—¿Serás la amante de un aristócrata? ¿De ese duque de Norfolk? Pensé que te valorabas más.

Ella no se molestó en aclararle absolutamente nada, no caería en su juego manipulador, donde lo único que perseguía era dejarla en una posición vulnerable para manejarla a su antojo.

—No te importa. ¡Suéltame! —insistió y volvió a forcejear, el agarre de Bill era cada vez más recio sobre su muñeca.

—Déjala de una vez, vil sanguijuela —arremetió Rose con firmeza y lo golpeó en el brazo repetidas veces con su sombrilla, hasta que Wyatt soltó a Grace, profiriendo improperios—. No te inmiscuirás más en la vida de mi prima. ¿Has visto a mi esposo? —Bill asintió—. Bueno, no lo apodan Oso por manso. Si la molestas en el futuro te perseguirá como a un perro, te cazarán, te devorarán y después roerán lo que reste de tus huesos. ¿Te queda claro, infeliz?!

—Lárguense de mi casa, mujeres del demonio, o no respondo de mí. —Estaba tan furioso que sus pupilas dilatadas lo hacían lucir maligno.

Cuando Grace y Rose subieron al carruaje de alquiler se tomaron de la mano con fuerza. Después se abrazaron.

La doncella iba en frente de ambas sin decidirse a preguntar, pero solidaria. Las primas hablaban, ella escuchó como siempre, sabían que era de fiar.

—Creo que deberíamos informarle a Oso. ¿Me das tu aprobación? —le susurró Rose a su prima.

—Por favor, no. Moriría de vergüenza.

—Ese hombre luce peligroso, Grace. Quizás Norfolk deba...

—No, me caería del pedestal donde me ha situado. ¿Acaso no ves lo orgulloso que es? Si lo pierdo... Jamás me sentí tan atraída por un hombre, no quiero echarlo a perder. ¿Por qué tuve que ser débil y sucumbir ante Bill? ¿Seré tan solo una pobre pequeña oveja descarriada como dice mi padre?

—No, no lo permito. Eso es lo que Wyatt desea. Vamos, Grace, recobra la fe. La misma que usaste para desafiar a ese canalla. La misma que vi en tus ojos cuando te hablé del luto y me dijiste que no ibas a reprimirte, ni dejar de brillar esta noche del brazo de Norfolk, por más comentarios malintencionados que se pudiesen suscitar.

Ella suspiró. El resto del viaje lo hicieron en silencio. Entraron por la puerta trasera, la dueña de la propiedad cabizbaja y la otra intentando levantarle el ánimo. La doncella solo suspiró, dispuesta a apoyarlas. Pero, cuando el ama de llaves las recibió con el baúl de nuevo en sus manos, Grace sintió que sus nervios se crispaban.

—¿Qué significa esto? —El sinvergüenza de Wyatt, como una venganza o juego macabro, tomó ventaja y con algún propósito oculto, hizo que la caja llegase antes que ellas.

—Parece el mismo baúl que acabamos de devolver —observó Grace, también sin dar crédito.

—Un mozo la trajo a caballo. —El ama de llaves dio razones de lo poco que sabía.

—¿Los hombres de su excelencia pusieron algún reparo?

—Solo contemplaron el intercambio.

—Seguramente informarán a Desmond y no es ingenuo, atará cabos. Si Wyatt no se controla, si su asedio no se detiene, perderé lo único verdadero que he conseguido.

—No, no lo permitiremos. Hablaré con Oso —propuso Rose.

—No, por favor, déjame resolverlo por mi cuenta. Moriría de vergüenza si Emery se lleva la peor opinión de mí.

—Mi esposo no es ese tipo de personas, Grace, no va a juzgarte.

—Te lo suplico.

—No sé cuánto pueda callar. Ese hombre es peligroso. No creo que se detenga sin un oponente de peso. Ya lo desafiaste y solo parece haberse fortalecido.

—Tendré que ser suficiente, Rose. Yo cometí el error, yo arreglaré lo que está mal.

—¿Qué vas a hacer? Ese hombre se encuentra entre los invitados a la subasta, las otras damas no conocen tu desventura. Debemos cancelar su asistencia antes de que sea muy tarde.

—Déjalo asistir, tengo algo en mente.

—Es arriesgado, Grace.

—¿Acaso me queda otra alternativa?

—Gracias a Dios, mi hermano sigue en Oxford y Annalise de reposo, así que no puede informarle. ¿Sabes de qué sería capaz Jacob?

Grace asintió.

—Y mi padre.

—También está entre los invitados. Intenté impedirlo, es funesto cada vez que mi tío se encuentra con Oso. Pero, Elizabeth estaba a cargo de las invitaciones, creyó que por ser tu progenitor... Y me dio pena privar a mi tía del evento. ¿Qué culpa tiene ella, de que Ferdinand sea tan difícil de tratar? Es una buena mujer. Pensé que no habría contratiempos, y que te haría bien estar con tu madre y tus hermanas. ¿Cómo iba a imaginar que Norfolk te pediría que fueses su acompañante o que ese sinvergüenza de Wyatt resucitaría de entre los muertos?

—Wyatt jamás ha dejado de molestar.

—¿Qué hacemos?

—Tranquila, no me intimidaré por ese infeliz.

—Regresemos a casa, debo avisar a Daisy, la necesitamos para tratar de contrarrestar la situación.

Capítulo 22

Hubiese sido escandaloso pasar en carruaje a buscar a Grace para el evento. Acordaron encontrarse en la galería *Dance of the Starlings* de su primo Kilian Everstone, vizconde Sadice. Se ubicaba seguido de Hyde Park Corner. Desmond arribó puntual. Ella y su familia aún no habían llegado.

Los invitados comenzaron a desfilar por la entrada. Él ya estaba en el sitio asignado. A su derecha, el asiento permanecía vacío. A la izquierda se hallaba su hermano y seguido su esposa, después la tía Marybeth. Decidió prevenirlos, o se quedarían atónitos cuando Grace se integrase, al menos su tía. Kilian y su esposa atendían a los recién llegados.

—Familia, he invitado a una dama a ser mi acompañante esta noche.

—¿Estás hablando en serio? —indagó Marybeth, perpleja, deseando brincar a Normanby y la esposa para quedar junto a Norfolk e interrogarlo mejor.

—¿Suelo jugar con estos asuntos, tía? —contestó con otra pregunta.

—No, por lo que estoy tan sorprendida —reiteró Marybeth—. Me alegra que te des la oportunidad. Pero es un evento muy público. ¿Sabes que los asistentes no se quedarán callados? ¿Verdad? Habrá especulaciones. Lady Abbott estará feliz, era su propósito esta temporada. ¿Ella los presentó? ¿Y quién es la afortunada dama?

Edgar carraspeó, mientras Laetitia sonreía.

—Querida tía, ¿a cuál interrogante debe mi hermano responder primero? —bromeó Normanby risueño. Estaba feliz por Desmond, por la posibilidad que tenía, de gozar de la dicha que él había alcanzado con su compañera de vida.

—Cuñado, no seas tímido, saca a nuestra tía de la curiosidad —espoleó Laetitia.

La tía arrugó el entrecejo, aquellos dos sabían más que ella. Era lógico. Estuvo muy ocupada con el nacimiento de su bisnieto. Era la última en enterarse de los acontecimientos.

—Habla, no me hagas rogar —suplicó Marybeth.

—La condesa de Worcester... La condesa viuda —especificó, no tendría caso invitar a una dama casada.

—Oh, Grace Chaworth, la prima de la marquesa de Bloodworth... Enviudó hace... — Marybeth se reservó el resto del comentario. Nunca juzgaría o rebatiría una decisión tomada por Norfolk, lo respetaba y sabía que jamás hacía elecciones a la ligera—. Bien, supongo que lo habrás hecho por una excelente razón. ¿Qué puedo decir? Quizás es algo apresurado, pero de mí solo recibirás un apoyo absoluto. Me alegro. —Le sonrió. Como sea, su sobrino se llenó de valor para abrir su corazón y estaría de su parte.

Justo en ese momento, Grace hizo su arribo junto a los marqueses de Bloodworth. Desmond se puso de pie con la intención de dirigirse hacia ella. Lucía esplendorosa. Era una dama elegante, una elegancia natural que era muy difícil de imitar. Su largo cabello estaba trenzado en un discreto recogido. No llevaba joyas, más que unas sencillas perlas en las orejas y el cuello. Después un largo vestido blanco, sin adornos. Un blanco que según se mirara, se podría confundir con gris muy pálido. Un desafío a la norma, porque ni vestir de gris la exoneraría del riguroso luto que debía llevar. A Norfolk no le importó, su níveo rostro estaba resplandeciente, mientras ambos iban al encuentro del otro.

Cuando el duque estiró el brazo para ofrecerlo a la dama, que no debía estar allí, sino recluida llorando al anterior Worcester, todas las miradas se posaron en ellos. Un silencio ensordecedor recorrió la amplia sala, nadie se atrevió a abrir la boca, no en su presencia, era el duque de Norfolk quien llevaba a Grace del brazo.

A sus espaldas susurrarían, pero nunca correrían el riesgo de que él tuviese conocimiento de tal osadía. No obstante, muchas de las damas presentes —las que no eran amigas de Grace— apelarían a una autoridad moral superior, que frenara tal atrevimiento.

Cuando se acercaron a las sillas dispuestas para ellos, alcanzaron a oír el murmullo de Marybeth.

—Se me eriza la piel al ver a Norfolk tener tal atención con una dama. Tu hermano no lo haría si la idea del matrimonio no le estuviese rondando la cabeza. Lo sabes, ¿verdad, Edgar? No te perdono haberlo ocultado.

—Tía, le juro que no fue intencional. No me reveló que la invitó esta noche. Me habló de cierto interés, pero es discreto. Es Desmond, hasta que no lo diga con todas sus letras no lo podemos afirmar. Controle su entusiasmo, no le ha pedido matrimonio, solo la ha invitado a sentarse con nosotros. Tiene derecho a guardar en secreto sus conquistas.

Desmond y Grace contuvieron una sonrisa, decidieron fingir que no los escucharon, pero intercambiaron una mirada cómplice.

Tras saludar a sus familiares, Grace se sentó donde correspondía. Tuvo que sonreír, los

Normanby y Marybeth la recibieron con calidez. A Desmond ese soporte lo hizo albergar una ilusión que hacía tiempo no se permitía.

—Estás bellísima —la elogió sin quitarle las pupilas de encima. Los ojos de la alta sociedad de Londres estaban también sobre ellos y sus muestras públicas de cercanía.

—Gracias, excelencia —contestó, disimuló la intimidación en el trato que compartían.

—Lo que desees de la subasta, solo tienes que pedirlo, lo conseguiré.

—Si pujas a favor de una pieza para mí, las especulaciones sobre nosotros se desatarán todavía más —susurró, cubriéndose la boca con destreza con el abanico, para que nadie la escuchara tutearlo.

—Hay cuadros pintados al óleo por Kilian, no tienen desperdicio. Podrían verse hermosos en tu salón de recibir.

—Mmm —meditó—. No necesito más arte. Mi benefactor, ese que se tomó la libertad de hacer compras exorbitantes para mi casa, no dejó espacio para un artículo más. Sin embargo, si es un cuadro de tu primo podría considerarlo, pero he traído mi propio dinero. He tenido la oportunidad de ver alguna de sus obras y son maravillosas.

—Dicen que hay una colección de joyas exquisitas. No han revelado la fuente, pero supe que las donó una dama.

—¿Una dama misteriosa? ¿Tan misteriosa como mi benefactor reservado? Cuánto secretismo. Estás muy al tanto de las piezas que se subastarán.

—Soy primo de los Sadice, y sí, jamás me gusta que algo me tome por sorpresa.

—A mí tampoco y la sinceridad la valoro demasiado. —Cortó de forma abrupta el final de la frase y Desmond lo notó. ¿Qué la hizo titubear? No quería fallarle.

—Demonios —murmuró casi inaudible. Se reacomodó el perfecto nudo de la corbata y no guardó más el secreto—. Lo diré aquí porque sé que no podrás desatar tu furia.

—¿Mi furia? —El abanico se volvió su aliado.

—Vi tu mohín de desagrado cuando viste los muebles, las alfombras, la mantelería, la vajilla, la platería... Y podría seguir. —Él también era un maestro del disimulo, y bien que sabía susurrar.

—Estás muy informado de los artículos que ingresaron de manos desconocidas a mi hogar.

—A veces no sé medirme. Fui yo.

—Oh, Desmond. No haré gran aspaviento. No podría, aunque quisiera, ¿verdad? Pero tendrás que aceptar que te pague hasta el último penique. De lo contrario, no sería justo para mí. Deseo probar que puedo valerme sola, sin un hombre.

—Jamás lo pondría en duda.

Musitaban tanto, que Marybeth, tres sillas después, se lamentaba por no poder dilucidar cada palabra que aquellos dos compartían. Sin embargo, Edgar más próximo a la pareja, lo estaba escuchando casi todo.

—De acuerdo, perdóname por decorar la casa. Aceptaré el pago. También tengo mis necesidades, unas que tú puedes solventar —murmuró y Grace abrió mucho los ojos. Era consciente de que Edgar, a su lado, podía escucharlos. Negó tratando de disuadirlo de proseguir. Desmond no desistió—. Así como tú tenías una casa desolada, yo tengo tres niñas que adoran los cuentos de hadas. Ninguna de las institutrices consigue hacerlas sonreír como tú cuando les lees. ¿Aceptas el intercambio? Leer para las niñas tres veces por semana para pagar la deuda de los muebles y las demás fruslerías.

—Oh, eres un monstruo maquinador. Ya veo por dónde vienes. Si involucras a las niñas me dejas sin razones para negarme o protestar. Pero no necesito un pago por ayudar a tus hijas. Insisto en leerles sin remuneración de por medio.

—Y yo no tolero que me quieras pagar por preocuparme por tu bienestar. Sería un desalmado por dejarte vivir en esas condiciones. Solo fui solidario. ¿Ahora puedes entenderme?

—Manipulador —lo sermoneó—. Y no es justo que tratemos este tema con los ojos de toda esta gente acechándonos, no puedo desahogarme a gusto. Odio reprimirme.

Las risitas enmascaradas de Edgar, casi los distrae del verdadero asunto que debatían. Por suerte, las dos sillas al lado de Grace permanecían vacías, las ocuparían los anfitriones. Y después, estaban los condes de Allard, quienes eran amigos, y discretos en exceso.

—Si nos casamos, lo mío será tuyo y viceversa. ¿Qué importa quién haya proveído la casa de lo que precisaba?

—Si nos casamos...

—Mis intenciones son las más honorables. Al invitarte esta noche a ser mi acompañante, lo que hago es lanzar un mensaje para el resto. Tengo el corazón comprometido...

—Oh, Desmond... —La ablandó por completo—. Aceptaré a regañadientes. Comenzaré a creer que tienes razón cuando aseguras que siempre te sales con la tuya.

—No siempre —confirmó, recordando que, de ser cierto, tres noches atrás, ella hubiese dormido en Primrose Palace y ellos hubiesen podido entregarse el uno al otro. Sin embargo, apelando a las buenas costumbres, tuvo que contenerse.

Próximo a Desmond, Edgar sonrió más ampliamente, como testigo silencioso sin proponérselo. Laetitia estaba entretenida observando el podio casi listo y Marybeth no cabía dentro de sí de la emoción, aunque no escuchaba, le complacía el paso dado por su sobrino.

Los anfitriones ocuparon su lugar, y la subasta no tardó en comenzar con los cuadros al óleo de Kilian, después con unas acuarelas pintadas por Marybeth y otras por Isabelle. Se continuó con un exuberante juego de aretes, collar y anillo de diamantes de incalculable valor, cedidos por los marqueses de Normanby. Y así, piezas donadas por lo más selecto de la sociedad, fueron aclamadas por el público, que entusiasmado, pujaba elevando el valor de los artículos.

Cuando todo se hubo vendido, para cerrar el evento, se mostró un baúl de caoba repleto de joyas exquisitas, esmeraldas, diamantes. Los espectadores enloquecieron, la condición de la dama que donó tal exceso de riqueza era que se vendiera todo junto y puso un precio de inicio muy bajo. Parecía que le importaba más deshacerse del contenido de la caja que obtener una buena recompensa.

Cada concurrente quería irse a casa llevando el cofre consigo. Se desató el pandemónium en *Dance of the Starlings*. Todos ofrecían.

Desmond negó, siempre le sorprendía la ambición humana y lo que los hombres estaban dispuestos a hacer para tener ventaja. Por suerte, los miembros de su círculo cercano eran los más sensatos, no perdían de vista el objetivo de la subasta: los niños de la biblioteca de lady Sadice.

Entretenido, estudiando al resto, retiró unos instantes su atención de Grace. Cuando volvió a centrarse en ella la notó diferente. La sintió temblar a su lado. Sus brazos estaban muy cerca, como rozándose por casualidad, pero no era así. La miró para intentar entender qué le sucedía. De pronto percibió la palidez acentuarse más y más en ella; además, su piel perdió temperatura. Sus iris ambarinos parecían más cristalinos.

—Grace... Las damas han enloquecido. ¿En serio no quieres que puje? ¿Te gustaría poseer las joyas? —le preguntó y le rozó la mano, como si fuera de manera accidental. No olvidaba que muchos los observaban. Aunque las joyas del cofre les robaron protagonismo. Estaba fría hasta por encima de la tela de sus guantes. — Tienes un brillo en la mirada que no logro descifrar, si las deseas no es obligatorio que seas modesta. Puedo ganarlas para ti. —Fue sincero.

—¿He pujado por alguna joya? —Se mostró perturbada por su interrogación.

—No pregunté con la intención de ofenderte. ¿Te he molestado? No sé cómo tratarte justo ahora. ¿Qué sucede? Estábamos bien.

—Lamento si fui brusca. No pasa nada. Eres formidable, Dios. —Lo miró a los ojos, pero él seguía percibiendo que algo le preocupaba—. Solo llevaré a casa la preciosa acuarela, de ese bosque de pinos, pintado por tu tía, que yo misma pude adquirir.

—No me dejaste otra opción. Me siento mal por no obsequiarte absolutamente nada, no es justo que seas tan estricta y me prohíbas gastar mi dinero.

—Puedes gastarlo, pero no para mí. El propósito de la subasta es...

—Los niños... Y creo que será un éxito. Los niños van a tener todo lo que requieren, y más.

—Debo ir al servicio.

—¿Te acompaño?

—Necesito respirar. Solo dame un instante.

—Mi tía o Laetitia pueden acomp...

—Estaré bien, el secuestrador no aparecerá en un evento público a robarme delante de lo más selecto de la aristocracia. —Le lanzó una mirada condescendiente y se puso de pie.

A Desmond se le apretó el corazón, ella tenía razón. No era un ave que él podía enjaular. Ni siquiera poseía los cisnes que tanto adoraba, incluso cuando la reina le obsequió una pareja declinó el regalo. Prefería admirarlos en libertad. De lo contrario, perdían su encanto. Debía confiar en Grace.

Capítulo 23

Grace necesitaba ponerse de pie y huir a un sitio más tranquilo. Lo de acudir al servicio solo fue un pretexto. Caminó lejos de las personas, y se perdió en un pasaje de la galería, lleno de columnas torneadas y esculturas enormes que replicaban a los dioses griegos. Era como estar en el Olimpo.

No se detuvo, buscaba un sitio donde pudiese calmarse sin que su estado de alteración avivara la curiosidad de los presentes. Ella había arribado con la cabeza en alto, y soportó con estoicismo las miradas indiscretas de las damas y los caballeros que se sentían con la integridad necesaria para juzgarla.

Una viuda, que no vestía el riguroso luto, en un evento público, de la mano de un duque, al poco tiempo del deceso de su esposo...

Esa era ella, la oveja descarriada.

No habría despertado tanta suspicacia de haber acudido vestida de negro con su familia. Después de todo, era un evento de caridad. Pero Grace arriesgó la opinión que la sociedad pudiese formarse de ella, con tal de complacer al duque y a sí misma. Para sí, el luto que le guardó a Worcester se alargó durante los tortuosos años que estuvo casada con él.

Más que nunca se aferró a la idea de luchar por la anulación retroactiva de ese matrimonio. Así callaría la boca de cada uno de los que se creían con la moral impoluta y superior. Sin embargo, no era el motivo de que sus nervios crisanaran, pues ese reto lo asumió con resolución. Otro asunto la atormentaba hasta el punto de sentir una inquietud desbordante. Un dolor agudo se instaló a la altura de su estómago, y tenía un nudo en la garganta. Tuvo que alejarse antes, Desmond demandaba explicaciones y ella no sabía cómo abordarlo.

Grace eligió contestar al desafío de Wyatt, donando el cofre de joyas a la subasta. Creyó que, de esa forma, el banquero la dejaría en paz. Pero no contó con la profundidad de su obstinación. Ver la rabia arder en sus ojos ante la sorpresa que se llevó en la galería, la hizo pensar que había provocado a un demonio.

Desde que Grace arribó, Wyatt la siguió con la mirada inyectada en sangre. El banquero quería disimular, pero la rabia no se lo permitía. Sin embargo, cuando develaron la última pieza a subastar, el hombre casi estalla de cólera ante sus ojos. Ella trataba de no cruzar la mirada con él,

pero era tan insistente que no pudo evitarlo. En el momento que sus ojos hicieron contacto, Bill realizó una seña que Grace captó de inmediato. Clavó las pupilas en el duque, que seguía distraído con la subasta, después en Grace, y se pasó el pulgar por el cuello.

De pronto, su mundo giró. ¿La estaba amenazando de muerte? ¿Amenazaba a Desmond? Por supuesto que confiaba en el arrojo de su duque para enfrentar el ataque de un enemigo de cualquier calibre. Sin embargo, para que pudiera estar prevenido y no ser asaltado por la espalda, ella debía confesar la verdad. Callar lo dejaba en desventaja, en una injusta y cruel desventaja. Tenía que dar el nombre del infeliz y revelar los motivos del odio hacia ambos.

Y ahí, radicaba la raíz de sus temblores. Jamás se sintió tan compenetrada con otro ser, Desmond llegó a su vida despacio, lentamente, pero cuando decidieron revelarse la atracción que los consumía a ambos, sus sentimientos ya no pudieron parar de crecer. No sabía que la pasión podía meterse tan adentro, que el deseo estrujara las entrañas, y que un incipiente amor fuese tan doloroso ante la posibilidad de perderlo, justo mientras nacía y se levantaba poderoso como un fuerte roble.

Trató de mantener la compostura al tiempo que los invitados pujaban por las joyas y Wyatt desbordaba de ira, intentando recuperarlas. Cuando el banquero no pudo más y abandonó el recinto —resignado a no pagar el exorbitante precio que sus oponentes en la subasta estaban dispuestos a gastar por el cofre, más por la ambición de ganar que otra cosa—, ella se rindió a su angustia. Libre del asedio de la mirada de Wyatt, pidió huir al servicio.

Grace bajó la cabeza, y se recostó a una columna. Las lágrimas inundaron sus ojos. Su pasado, sus malas decisiones la estaban torturando. Tenía que ser honesta como Desmond. Inspiró hondo. No se sentía con la fuerza suficiente. El miedo a perderlo antes de haberlo tenido era angustiante.

El duque poseía ciertas cualidades que ella admiraba, pero tenía un lado difícil con el que aún no sabía cómo lidiar. Era orgulloso, intransigente. Grace carecía de la confianza para arriesgarse. ¿Lo que él sentía, era tan fuerte? ¿La comprendería?

Cerró los ojos y trató de respirar pausadamente para recobrar la estabilidad y regresar junto a Desmond.

No lo vio venir, una mano la atrapó por el cuello y apretó dificultándole respirar. Abrió los párpados de golpe, mientras trataba de ingresar aire a sus pulmones en un forcejeo brutal, luchando con valentía contra su adversario.

—Pretendes hacerme quedar como un hazmerreír. Te dediqué cada una de mis horas, mis días. Mientras te cortejaba, sacrifiqué mi tiempo. Podría estar ahora casado con cualquiera de las

damas que se vanaglorian pujando por las joyas que puse en tus manos y que has despreciado. Por menos que esas gemas habría conseguido un matrimonio ventajoso, con la hija de un aristócrata o una viuda.

Grace quería contestar, pero él no la dejaba hablar. Finalmente, le soltó el cuello y ella pudo inhalar desesperada. No podía creer lo que estaba sucediendo. Lo había visto irse. ¿En qué momento regresó?

—¿Qué ha-ces? —preguntó—. ¿Có-mo te atre-ves a tra-tarme así? —soltó cuando pudo proferir una frase.

—Me destrozaste el corazón al donar esas joyas, mientras observabas del brazo de tu duque. ¿Crees que aún te querrá cuando sepa que fuiste desleal a Worcester conmigo?

—Sigo siendo virgen —le recordó. Tenía una prueba irrefutable que podría jugar a su favor.

—Mía, tu virginidad es mía. No se la entregarás a ese duque arrogante, que por nacer en cuna noble se cree superior al resto de los mortales.

—Te equivocas, no es tuya. Mi cuerpo me pertenece a mí y a nadie más.

—¿Él te ofrece ser duquesa? ¿Es eso? Miserable Grace.

—Él me respeta y está a mi lado cuando más lo necesito. Tú me mostraste la espalda cuando estuve a punto de perderlo todo. Si el anterior Worcester viviera, me habría refundido en el campo, y no te tocaste el corazón para luchar por mí. Ahora no tienes derecho a reclamar nada.

—De acuerdo, su excelencia —se mofó—. Tal vez debí ser más arriesgado. Hice lo que pensé que sería mejor para los dos. Worcester iba a morir algún día, y tú ibas a ser mía de un modo honorable. El duque no se quedará con lo que me pertenece.

Le apretó con brusquedad las mejillas para intentar besarla, pero ella no lo permitió. Valiente, le escupió en el rostro. Wyatt se limpió con los dedos, lleno de indignación, decidido a no claudicar. La zarandeo para inmovilizarla. Con una mano, volvió a atraparla por el cuello contra la robusta columna, dejándole muy poco aire para respirar y no desfallecer. Con la otra, comenzó a hurgar por debajo de la falda.

—Si tu duque te quiere, será después de mí —masculló poseído por una maldad que oscurecía sus ojos.

Grace luchó valiente, propinándole golpes en los brazos y el rostro, que él no esquivaba. Parecían incentivarlo más a no detenerse.

Una mano apareció de la nada, tomó al atacante por la parte trasera de la chaqueta y liberó a

la dama. Grace respiró hondo para llenar los pulmones, mientras Ferdinand Peasly luchaba contra el agresor. El padre de Grace estaba en clara desventaja, el otro era más joven y fuerte. Ella no dudó en tomar un jarrón y romperlo en la espalda de Wyatt. Quien solo se sacudió y ya estaba listo de nuevo. De un puñetazo, el banquero dejó fuera de la pelea a Ferdinand, que cayó al suelo, tras perder el equilibrio.

El señor Peasly sacó una pistola que siempre llevaba, desde el último altercado del que no salió bien librado. La cargó aún en el suelo y la extendió a su hija que no tardó en tomarla y apuntar. Él mismo la había enseñado a disparar. La mano de ella temblaba, pero resistió.

Los ojos de Grace y los de Wyatt se enfrentaron.

Unos pasos los previnieron.

—¡Grace! —El llamado del duque alertó a todos de su arribo al pasaje.

—Si alertas a las autoridades de lo que ocurrió aquí, le revelaré a tu amante quién eres en realidad

—Y según tú, ¿quién soy? Porque de lo único que me arrepiento es de creer que eras una buena persona.

—Guarda silencio o ensuciaré tu reputación, de modo irreversible. Tu duque te desechará como a una fruta podrida.

Wyatt se esfumó por el lado contrario al que se acercaba Norfolk, llamándola a voces.

Grace extendió la mano para ayudar a su padre a levantarse. El hombre la abrazó todavía asustado.

—¿Estás bien? —Se separó y la esculcó en busca de lesiones. Era evidente que en su cuello y sus muñecas quedarían moretones—. ¿Qué significa esto?

—Después, padre, por favor. Después. Gracias por llegar a tiempo —murmuró justo cuando Desmond se presentó ante ellos, atónito, al percatarse de que su instinto estaba en lo cierto. Algo ocurría.

—Usted —arremetió el duque contra el señor Peasly—. ¿Qué le ha hecho? —Era notorio que no le agradaba.

—¿Yo?

—Voy a estrangularlo —advirtió furioso.

—Mi padre no es el responsable de mi estado. Él me ha salvado. De no ser porque vino en

mi rescate...

—No vine en tu rescate, hija. Solo aproveché que te alejaste de los demás para reprenderte. Me escandalizó que llegaras sin vestir de luto y que, además, te sentaras al lado de su excelencia.

Norfolk tensó la mandíbula, se notaba que hacía un gran esfuerzo mientras aquellos explicaban lo ocurrido.

—Un hombre me atacó, si mi padre no aparece por el motivo que fuera quizás el malvado se habría salido con la suya.

—¿Quién!? —demandó Norfolk furioso.

—No vi su rostro —titubeó, pero las palabras brotaron de su garganta, causándole una herida dolorosa en el pecho.

Ferdinand y Grace intercambiaron una rápida mirada.

—¿Usted tampoco lo reconoció?

—Huyó cuando lo enfrenté —mintió para protegerla, ya ajustarían cuentas. Jamás pensó ver con sus propios ojos a su hija en tal posición, huyendo de un hombre, engañando a otro. El corazón se le estrujaba dentro del pecho.

Desmond parecía dudar.

—¿Y qué quería el canalla? ¿Robarte? —Observó las perlas en su lugar y el ridículo desperdigado sobre el mármol, pero sin abrir.

—No sabemos la maldad oculta en ese ser siniestro. Gracias a Dios pude evitarlo y mi hija se encuentra bien —se adelantó Ferdinand—. Londres no es un lugar seguro, ni siquiera en esta parte de la ciudad. Su primo debería supervisar de modo más eficiente quién ingresa a la galería, más cuando recibe a lo más selecto de la nobleza con los bolsillos llenos.

—Me ocuparé de decirle en persona. Grace, ¿estás bien? —Se le acercó y le puso las manos en ambas mejillas para estudiar sus tristes y asustados ojos.

Ferdinand se interpuso, con el brazo alejó al duque de su hija.

—Es una dama respetable. ¿Qué pretende con las licencias que se está tomando?

—Le aseguro, señor, que tengo serias intenciones.

—No he sido informado. Un caballero, primero habla con el padre de la criatura, previo a tomarla del brazo e incitarla a desafiar a sus pares, vistiendo de modo inapropiado y aceptando sus atenciones, antes del tiempo prudente. Luto, dos años de espera... Un hombre honorable

aguardaría antes de manifestar sus intenciones en público. Grace es mi hija, no se equivoque, excelencia.

—Señor, tiene razón en todo lo que exige. Agradezco que la haya salvado, debí obedecer a mi instinto y acudir antes en su rescate; pero ya es suficiente. La llevaré de vuelta a la casa de su prima Rose.

—No, usted no irá con ella a ninguna parte. No permitiré que ponga su reputación en entredicho. Grace se irá conmigo a casa.

—¿Quién me asegura que el ataque no fue orquestado por usted para salirse con la suya, quedar como un héroe, llevarla a su morada y manipularla a su antojo?

—Solo alguien muy sórdido planearía algo tan macabro. Es mi hija.

—Quien obligó a su hija a desposarse en contra de su voluntad no merece mi respeto. Así que aléjese de ella de inmediato. Grace y yo nos casaremos, le informo para que no siga conspirando a nuestras espaldas, si es que fuese usted el lunático detrás de todo esto. Habrá boda, pero no cuando usted lo diga. Y no le pediré su mano, así que no pierda su tiempo esperando. La única respuesta que deseo escuchar es de Grace.

—Desmond... —Lo tomó del brazo para intentar sosegarlo. Él se perdió en sus ojos ambarinos y después su mirada vagó por el cuello maltratado de la mujer—. Mi padre puede ser responsable de casarme con Worcester. Pero igual tengo culpa por no resistirme y oponerme con más fuerza. Él no está detrás del ataque, sé que no. Hay límites que Ferdinand Peasly no cruzaría.

—Espero que cumpla su palabra, excelencia. No lo desapruebo, pero manténgala honorable o lo enfrentaré, así sea el hombre más poderoso de Londres —continuó el señor Peasly—. Después del espectáculo que han dado hoy la única salida es el matrimonio.

—Me advirtieron que usted era una pesadilla, no se equivocaron —blandió Norfolk, ante un Ferdinand muy ofendido.

Cuando Ferdinand desapareció, Desmond exhaló con fuerza y la tomó por la cintura para abrazarla contra su pecho. La alzó unos centímetros del suelo, y estrechó sus labios sobre los de Grace, besando con desespero, durante un par de segundos en que los dos olvidaron por completo que seguían en la galería. Y, descuidando la posibilidad de que alguien más acudiera a ese pabellón, y los encontrase en una posición comprometedora.

Al despertar sus labios, la bajó con suavidad hasta que los pies de Grace volvieron a apoyarse en el piso. Se inclinó y pegó su frente contra la de ella.

—Te irás conmigo a casa ahora mismo. No estaré tranquilo sabiendo que alguien pretende lastimarte. Pero ¿quién? ¿Por qué?

—Desmond... —Las palabras se atoraron en su garganta, se hicieron un nudo y ya no pudieron brotar. Ansiaba tanto decirle la verdad, pero temía que el incipiente amor tuviese una muerte anticipada.

Dos lágrimas se escurrieron por sus mejillas. Él las limpió con su pulgar y después las probó.

—No llores, por favor. Me vuelvo débil ante tus lágrimas. Voy a dar con el villano y le haré pagar por cada una.

—Sácame de aquí —suplicó—. Déjale un aviso a Rose, se volverá loca buscándome.

—Mandaré a notificar a la marquesa y a mi hermano de manera discreta para que ninguno se alarme. Quédate tranquila. ¿Te duele? —Se refería a la lesión de su cuello.

—Voy a estar bien.

—Me aseguraré de que así sea.

Capítulo 24

Norfolk arribó por la entrada de atrás de Primrose Palace cargando a Grace. Cuando el mayordomo se quedó observando a la mujer lastimada y cubierta con la capa del duque, que el aristócrata conducía, trató de no exaltarse.

—¿Cuáles son sus órdenes, excelencia? —preguntó con solemnidad, era un hombre discreto y muy eficiente. Antes de que su señor le diera indicaciones, él se adelantaba.

—Foster, envíe mañana al amanecer a Douglas a la casa de los marqueses de Bloodworth, por el equipaje de la dama y, sobre todo, más importante, su perro. Ese diminuto ser es especial para ella, debe ser atendido en esta casa como si fuese yo mismo. ¿Ha quedado claro?

—Por supuesto, excelencia.

—Igual traigan a su doncella. Mañana partiremos a descansar en Clearwater, me apetece pescar. —Se refirió a una casa de recreo que tenía a las afueras de la ciudad. No la soltó, ni se mostró afectado por su peso. La acunaba con devoción—. Llevaré a las niñas. Necesito alejarme del ajetreo de Londres. Dígale a mi secretario que cancele mi confirmación a la sesión del Parlamento a primera hora de la mañana. No estaré para nadie. Y, por favor, no reciban visitas en mi ausencia, ni dé razón de mi paradero.

—Como ordene, excelencia. Me permite preguntar, ¿cuánto tiempo estará fuera?

—No lo sé aún, por lo pronto me ausentaré una semana. Nos acompañarán solo dos niñas, mi ayuda de cámara y la doncella de la dama. Y, por supuesto, Darcy, el pequeño perro.

—¿No requiere mi presencia, excelencia? ¿Cómo se las arreglará sin mí? Al menos, lleve al segundo mayordomo.

—Con el ama de llaves de la propiedad bastará. Ahora puedes retirarte a descansar, Foster.

Cuando se quedaron solos, él avanzó rumbo a las escaleras.

—Qué revuelo causó nuestra llegada, Desmond. Puedo caminar.

—No me molesta llevarte en brazos, déjame al menos esa cortesía.

—¿Haremos un viaje? ¿Cuándo lo decidiste?

—Puedo controlar en Londres que tu permanencia en Primrose Palace continúe en privado

por el momento, pero no soy Dios en la Tierra.

—Oh, es bueno saberlo. Dudaba de si lo tenías claro.

Comenzaron a ascender y él no parecía afectado por el peso, su corazón palpitaba desbocado y Grace podía sentirlo, estaba muy cerca. Más que producto del esfuerzo, sus latidos se descontrolaron por la anticipación.

—Clearwater nos proporcionará refugio. Ambos nos merecemos descansar después de un susto como el de hoy.

—¿Y para una escapada debes llevar todo un séquito? —Sonrió.

—He sido comedido, has visto los reparos puestos por Foster.

Cuando se introdujeron en la habitación la depositó de pie al costado de la cama. Y se miraron unos segundos. Sabían lo que proseguía y ardían de expectación.

—¿Involucrarás a tus hijas? Y si lo nuestro sale mal, y si te arrepientes...

—Grace, he dudado y lo reconozco. Pero ya no más, la angustia que sentí cuando llegué a tu casa y me dijeron que no estabas el día del secuestro, fue un baño de realidad muy agobiante. Y ahora, cuando te encontré lastimada, hubiese matado al responsable de no haber huido antes de mi arribo. No te quiero lejos de mí nunca más.

Las manos de ella lo rodearon por la cintura y se abrazó al duque, conmovida. Él la besó en la frente y después la alzó unos centímetros del suelo alfombrado para tener acceso a sus labios, los que saqueó, sediento.

Al recuperar el aliento la abrazó con fuerzas, como si temiera que, si no lo hacía con suficiente presión, alguien pudiese arrebatarla de sus brazos. Alguien que había ordenado el secuestro y el ataque en la galería, estaba seguro. Un villano que aún no mostraba su verdadera faz, pero que si lo intentó dos veces, no descansaría hasta conseguir su objetivo. No iba a permitirlo. Por eso la llevaba lejos, para protegerla. Por lo anterior, ordenó que absolutamente nadie supiese de su paradero. Y por lo mismo, los acompañarían sus hijas, no las dejaría en Primrose Palace, donde el malvado perpetrador podía irrumpir para tratar de encontrar a Grace y lastimar a las pequeñas.

Pondría a todos los que quería a resguardo. Y avisaría solo a Edgar y a Kilian de lo sucedido en la galería, para que tomaran medidas. Grace era el blanco del maldito, por alguna razón y él la descubriría.

Debía conducirla hacia el ala de los invitados, sin embargo, ni por un segundo lo consideró.

Su lugar era ahí, en la habitación ducal, mirándose a los ojos, desbordados de deseo.

Desmond le retiró la capa de los hombros y la hizo a un lado. El blanco grisáceo del vestido de seda y encajes iluminaba de una forma especial la piel de la condesa.

Se miraron, estudiando sus rasgos a la luz de las velas, memorizándolos y ella pasó la lengua por sus labios, enloqueciéndolo más. Desmond comenzó a desatarse el chaleco y se deshizo de la prenda. Después abrió hasta el último botón de su camisa, dejando al descubierto sus pectorales, pero antes de desnudar por completo el torso, puso sus manos en ambas mejillas de Grace y volvió a robarle el aliento. La besó con un apetito voraz, introduciendo la lengua hasta sitios inexplorados.

Se despegó de su boca, y la observó mientras saboreaba su propio labio inferior, con el deseo contenido, durante años, palpitando en cada fibra de su ser.

—Grace —murmuró tratando de alejar el tormento que aún lo afligía al imaginar qué habría sucedido de haber llegado muy tarde—. Por Dios, si ese hombre te hubiese dañado, si te hubiera perdido antes de tenerte, me habría castigado una y otra vez pensando en que te quedaste con la peor impresión de mí. Aún no te he mostrado mi mejor cara.

—Ya no pienses, estoy a salvo.

—No solo soy un duque arrogante, puedo ofrecer más.

—Lo sé, por supuesto que lo sé.

Ella comenzó a desatar su vestido y Desmond la ayudó hasta dejarla en un camisón blanco perla. Una ensoñación que se convertía en realidad.

—Hace unas noches te confesé que desde mi viudez no he estado con nadie en la intimidad. Te advertí que quizás encuentres la fuerza de un semental que no podrás parar. ¿Aún estás dispuesta? Yo te deseo de todas las formas posibles, y si cambias de opinión no sé si sea capaz de refrenarme. Aún puedes dormir en el ala de invitados.

—Me quedo. Quiero que me ames como me prometiste esa noche que decidiste dar marcha atrás.

—Ven.

Desmond se acostó de espaldas y la arrastró sobre sí con un movimiento seductor, que le robó un gemido a la mujer, cuando sintió la dureza del duque presionar en su entrada. Ella quedó a horcajadas sobre las caderas masculinas.

Con una sonrisa sugerente que Grace adoró, el hombre la invitó a desnudarse.

—Hazme el amor, sedúceme —exigió con su voz varonil—. Quiero saber qué tienes guardado para mí.

—¿Qué? —Se sonrojó por completo. Nadie le pidió algo tan atrevido jamás. Por supuesto, no era ingenua, sabía lo que acontecía entre un hombre y una mujer. Pero, el duque estaba dando por descontado que ella poseía experiencia, cuando era más novata que una debutante.

Con una risita nerviosa, Grace trató de no intimidarse. Tenía a ese hombre ardiente entre sus piernas y sentía que su intimidad palpitaba. Quizás gozaba de la edad suficiente, pero nunca exploró su sexualidad, fue un tabú para ella. Primero por la nula educación de sus padres, después porque se aferró a salvaguardar su virginidad como su única salida para librarse de Worcester, e ignoró cualquier deseo que la pusiese en peligro.

De todos modos, se envalentonó e intentó complacerlo. Su memoria se inundó de recuerdos. En los bailes cuando lo veía de soslayo y se le hacía tan atractivo, tan inalcanzable y ahora estaba rendido por completo, pidiéndole que lo tomara, que lo amara... Su corazón latía desbocado.

Apretó las piernas y gimió al sentir la dureza encañonarla desde abajo... Pero la osadía que la acompañó hasta ese momento comenzó a debilitarse. Trató de deshacerse de la camisola; sin embargo, solo consiguió bajar una de sus mangas y dejar al descubierto un hombro.

—¿Qué sucede? —preguntó él, cuando la mujer se quedó congelada, contemplándolo indecisa del siguiente movimiento.

Desmond subió para acariciarle el hombro, y cubrirla con su cuerpo. La sostuvo por la nuca y detalló su hermoso rostro alumbrado por las velas. Le encantó que, aunque ya había estado casada, aún conservaba una estela de timidez. Se le hacía atrayente.

—Vamos muy rápido. —Él le susurró sobre los labios para que recuperara la confianza que en algún punto la abandonó. Lo cierto era que anhelaba correr, volar, no lograba refrenarse—. Podemos detenernos si es lo que deseas. ¿Dudas?

—El deseo que siento es abrumador. Pero, si me entrego a ti, terminaré convirtiéndome en lo que siempre predijo mi padre. Para él no soy más que una pequeña oveja descarriada...

—No, por Dios, jamás pensaría algo así de ti. Y, en todo caso, serías mi oveja descarriada. —Le tomó las manos y las besó—. Me siento viejo para cortejar una dama, soy más descarado cuando pretendo seducir a una mujer. Si necesitas que lleve otro ritmo, más delicado, házmelo saber. Solo ansío complacerte.

—No es eso. Sucede que, aunque sé de qué va el acto, me pides que tome la iniciativa y no

sé por dónde empezar, menos qué esperar o qué hacer. No podré darme cuenta si me estoy desempeñando pésimamente o...

—¿Qué quieres decir? —La estudió serio—. ¿Te refieres a que siempre jugaste un rol pasivo en la cama, y esperas que el hombre haga todo el trabajo? ¿Es lo que te han enseñado? Si te puse arriba, al mando, fue solo porque así yo podría durar más y tener mayor oportunidad de complacerte. Llevo mucho tiempo de abstinencia, no quería acabar antes y dejarte a medias.

—Oh, por Dios, eres tan directo que me sonrojas. —En efecto, sus mejillas no engañaban.

—¿Tan directo? No voy a mentir en la cama, no si quiero que esto acabe bien para los dos, que tengamos un futuro satisfactorio.

—No soy tan buena amante, como parece estar esperando —soltó al fin lo que la agobiaba.

Él sintió dolor en el pecho, quizás dio por sentado que por haber estado casada ella era experta en el arte de cama. No podía pasar por alto que su anterior esposo le triplicaba la edad, o tal vez más. O quizás, Worcester no era un amante efusivo. Tal vez las noches de pasión de Grace fueron únicamente con el objeto de procrear y él no se ocupó de darle placer.

—Solo sigue tu instinto, mujer. Yo haré el resto. —Sin soltarla, dio un medio giro y la dejó sobre el lecho, se acomodó a su lado—. ¿Así es menos abrumador?

Ella asintió, pero necesitó sincerarse.

—Debo ser honesta como tú lo has sido asegurando, que serás un semental, y todo eso... No solo soy inexperta, es más complicado, sigo siendo virgen.

Norfolk estaba cerca del borde de la cama y casi se cae por la sorpresa, fue lo último que esperó escuchar, pero se recompuso a tiempo.

—¿Prefieres parar? ¿Puedo dormir en otra habitación de la casa?

—¿Ya no me deseas? —preguntó preocupada, temerosa de haberlo ahuyentado.

—Por Dios, Grace, claro que te deseo. Ese detalle no cambiará en absoluto lo que siento por ti. Es solo que estuviste casada por años, y no me advertiste. Aunque tampoco estabas obligada a ello.

Se acercó más y la abrazó con cariño, para hacerle sentir que lo que hablaban en la cama, si era honesto, estaría bien.

—Es la única e irrefutable verdad. Soy virgen.

—Pero, si Worcester tenía reputación de una exacerbada masculinidad. Incluso se

rumoreaba que tenía una amante. Un hombre que podía satisfacer a su esposa y a su querida... A menos que solo complaciera a una. Lo siento, de nuevo mi brutal sinceridad. Tal vez no debí mencionarlo.

—Era una falsa con la finalidad de levantar su ego. Nunca pudo desflorarme, ni se acercó a intentarlo. Tenía problemas para izar velas. —No supo cómo explicarlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, risueño, por la extraña metáfora.

—Ya sabes. —Elevó un dedo para dar a entender que tenía problemas de erección.

—Oh, pobre hombre —manifestó asombrado.

—Fue una bendición para mí. No quería casarme. Mi padre y él me tendieron una trampa.

La abrazó con más fuerza y respiró el aroma de peonías que se sentía en sus cabellos.

—La vida ha sido injusta contigo y me siento un maldito por haberme comportado al principio tan arrogante. No sé por qué estaba a la defensiva, no sé por qué me resistía a entregar mis sentimientos. Pero Dios me dio una fuerte lección, casi te pierdo dos veces, y sentí tu miedo y tu dolor como propios. No podría tolerar tu sufrimiento. Ahora estás conmigo, serás mi mujer, todo eso va a cambiar.

—¿Seré tu mujer? —le reclamó su connotado sentido de posesión; no obstante, no le disgustaba. Sí, era un duque arrogante y podía usar las palabras que quisiese para sentirse poderoso, pero estaba mostrándole ternura, desafió a su familia para llevarla al palacio y le hablaba con una dulzura que una frase desafortunada, no iba a opacar—. Dices que Darcy es mimado. Creo que no solo él tuvo una educación con exceso de condescendencias. Alguien más debe buscar la humildad dentro del enorme saco de virtudes que carga en su haber —ironizó—. Quizás tengas suerte y la encuentres, te hará mucho bien.

—La humildad la encontré cuando creí que no iba a hallar ese carruaje que te arrancó de tu morada o cuando casi te pierdo hoy en la galería. Oh, Grace, no seas dura conmigo. Deseo hacer las cosas bien, pero quizás salirme tantas veces con la mía, me ha hecho un ser tan malcriado como Darcy. —Hizo una mueca de exageración que ella adoró.

La tomó de las manos y la guio para que se sentara en la cama. Se puso de rodillas a sus pies y se sacó del dedo meñique un grueso anillo de oro, con un gran rubí ovalado, custodiado por hileras de diamantes.

—¿Quieres ser mi esposa? Hazme el honor de ser tu duque.

—Desmond, yo...

—El anillo era de mi madre, es el recuerdo con más significado que tengo de ella.

—Es hermoso, es solo que...

—Es muy pronto, lo sé, pero me has pedido ser humilde y me he arrodillado ante ti.

—Te pedí ser humilde, no espontáneo y loco. Hasta hace poco defendías tu soltería con uñas y dientes. Tú mismo dijiste que lady Abbott trató de convencerte, que tu tía también lo intentó, y nadie tuvo éxito.

—Pero igual repetí delante de tu padre lo que ya dije en el pasado, que tengo serias intenciones.

—¿Por qué hasta ahora? Las casamenteras han querido atraparte en más de una ocasión.

—Jamás encontraron a una candidata que despertara la fuerza pasional dormida en mí, las ganas de reír como un tonto... Grace, has traído luz a mi vida. Entonces, ¿qué respondes? ¿Te casarías con este humilde, escarmentado y arrodillado duque, que ha aprendido su lección?

—Por todos los santos, para qué hablé de la humildad. —Rio a carcajadas y esperó no despertar a nadie de su apacible sueño.

—Tú pides y yo te complazco.

Ella sonreía, jamás pensó ver esa faceta arrebatada de Desmond.

—Quiero ser tu esposa —admitió, dejándose poner el magnífico y antiguo anillo—. Ahora ven a la cama, seguiré mi instinto y este te reclama.

Él no necesitó que lo repitiera. Volvió al lecho con Grace que apoyó la cabeza en la almohada, expectante. Desmond le levantó la camisola hasta la cintura, no quiso desnudarla por completo. Esperaría a que estuviese lista. Sus revelaciones lo previnieron de andar con cuidado. Le pidió permiso para liberarla de los calzones y ella accedió.

Y así, sin nada de ropa de la cintura hacia abajo, admiró su desnudez. «¿Cómo esa bella y joven mujer tuvo que soportar abstinencia solo por la crueldad del destino?», se preguntó. Pero ya no pensó más en el pasado, tomaría la sugerencia de ella y miraría hacia adelante.

Capítulo 25

Grace cerró los ojos cuando la tibia lengua del duque rozó sus pliegues, ya humedecidos por el deseo, que ese hombre despertaba en ella. Se concentró en disfrutar del estremecimiento que cada suave lametón provocaba en su anatomía. Aunque su intimidad palpitaba de un modo incontrolable, las descargas de fruición se desplegaban por todo su cuerpo. Algo se sobrecogió en su pecho. No podía soportar tanto placer. Casi se le escapa una lágrima, al pensar en la pasión de la que fue despojada, el día que la casaron sin su consentimiento.

Desmond podía ser un duque muy frío; pero, por Dios, su lengua era muy cálida y sabía qué hacer con ella. ¿Cómo era posible que bajo esa apariencia rígida y hermética se podía esconder un hombre tan apasionado?

Trató de recordar sus palabras cuando los lametones seguían erizándola, hasta conseguir que sus pezones se pusieran tan duros como rocas sólidas.

«Debes saber que desde mi viudez no he yacido con mujer alguna. Te encontrarás con la fuerza de un semental que no podrás parar. ¿Estás dispuesta a correr el riesgo?». Rememoró aquellas palabras. Su arrebató creció más, debido a la anticipación.

Él le prometió arder. Pero si él ardía, ella tenía acumulado todavía más fuego. La abstinencia masculina contra una vida femenina adulta sin probar las mieles de la pasión, estaban a punto de incendiar el dormitorio.

Grace gimió ante los lametones que se volvieron más enérgicos, él arreciaba su ataque al ritmo de los gemidos que la mujer ya no podía controlar.

—Más, por favor, más —suplicó, no sabía qué perseguía, pero sí que lo anhelaba con brío.

Por el Altísimo, él no era el único necesitado por culpa de la abstinencia. Ella estaba urgida, más de lo que jamás imaginó. Cuando los dientes del duque atraparon con suavidad su botón, mientras uno de sus dedos, trató de abrirse paso en su húmeda y apretada entrada, sintió que iba a desmayarse de tanto goce.

—Oh, Desmond, no sé qué haces, pero no te detengas. —El corazón seguía lanzando borbotones de sangre que recorrían de forma frenética el interior de sus venas.

Cuando el dedo estuvo dentro completo, lo dejó quieto un segundo, para que la estrecha

abertura se acostumbrara a la invasión. Pero Grace le demandó más atención, era como si estuviese a punto de tocar el cielo y le arrebatasen la posibilidad.

Norfolk sonrió sin dejar de lamer la dulce entrada, le gustó que se creciera ante el deseo y que exigiera más. Movi6 el dedo en acometidas suaves y cuando la sintió preparada introdujo el segundo. Ella gritó extasiada al sentir cómo la llenaba. No sabía hasta donde podía crecer el umbral de la sensación maravillosa que la recorría entera, pero estaba dispuesta a averiguarlo. Entonces, él los deslizó juntos, con movimientos repetitivos y candentes, de adentro hacia afuera, que la hicieron humedecerse aún más.

Grace se aferró a las sábanas blancas y las apretó muy fuerte para contener un grito que amenazaba con escapar de su garganta.

Desmond sintió que la mujer estaba cerca, quería recibir su liberación en la boca. Sustituyó los dedos con la lengua, y la probó muy adentro. El sabor llenó su paladar y puso más dura su hombría, que estaba a punto de reventar la costura de sus pantalones. Respiró hondo para calmar sus ganas y posponerlas, era la primera vez que ella estaba con un hombre, y se merecía que priorizara su necesidad.

Le abrió más las piernas y probó suavemente el nudo de nervios, después lo lamió y se embebió de su sabor como poseído. No se conformaría con poco, quería que el recuerdo de esa noche fuese excepcional.

Grace se sentó de golpe cuando un orgasmo la atravesó por completo. La sensación desconocida recorrió con fuerza toda su piel, causando pequeños espasmos en su intimidad, que se replicaron en otras áreas de su cuerpo. Suspiró profundo y mientras se recuperaba, buscó al duque y lo encontró con la boca aún pegada a su entrada. Lo tomó por los cabellos, por las mejillas y lo elevó para mirarlo a los ojos sagaces.

—Oh, Desmond, bribón. ¿Qué me has hecho? —Lo atrajo hacia sí y lo besó con desespero.

Ese hombre de apariencia glacial, pero en la intimidad más abrasador que un volcán en plena erupción, había puesto su mundo patas arriba. Lo adoraría si con eso conseguía que repitiese la experiencia. Lo abrazó con entrega, conmovida. ¿De eso se trataba la conexión entre dos corazones cuando se unían en cuerpo y alma?

—¿Te ha gustado? —Él le susurró sobre los labios. No quedaba ni un rastro de su soberbia ducal. Se veía tan complaciente, como si quisiese regalarle la luna.

Le rodeó el cuello con sus brazos y volvió a besarlo, ahora más confiada, desinhibida. Él estaba sentado sobre sus propias piernas y ella se subió encima para rodearlo por completo,

mientras asimilaba lo que lograron juntos.

—Si me ofreces esa atención cada noche, podría quedarme aquí para siempre. ¿Intentas seducirme? —jugó Grace.

—A partir de ahora, constantemente.

—Quiero darte placer, es mi turno —lo ansiaba.

—¿No estás cansada? Podemos ir más despacio. Apenas es tu primera vez...

Ella no estuvo de acuerdo, él había hablado de su necesidad de modo anhelante. Y la prueba era su virilidad, encañonándola en sus posaderas, tan rígida que parecía incómoda de mantener para el hombre.

—¿Te duele? —le preguntó y él entendió a lo que se refería—. ¿Puedo hacer algo para aliviarte?

—Grace. —Trató de negarse—. No te presionaré. Es una decisión importante, tenemos mucho tiempo...

—Sé lo que quiero y es llegar hasta el final contigo, justo en este momento. Lo ansío tanto como respirar.

Ella se liberó de la camisola, dejando sus pechos al descubierto, y él se quedó embobado admirando las dos turgentes colinas. Instintivamente, llevó sus manos a ambas y las acunó, sintiendo que la excitación cada vez era más insoportable.

Grace abandonó el cuerpo de Desmond y se recostó sobre la cama, con la cabeza en la almohada. Desnuda y sensual abrió sus piernas, invitándolo a no ser tímido... No lo era, y no tenía por qué comportarse de esa forma cuando más quería arder.

No necesitó más incentivo, se liberó del resto de su ropa, la hizo a un lado y completamente desnudo, con ese cuerpo lleno de músculos, forjado en el más rudo esfuerzo, la cubrió. La sensación de sus pieles rozándose sin nada de tela en medio fue gratificante. Grace suspiró sobrecogida. Sus pezones se endurecieron de nuevo, más cuando los pectorales de Desmond los presionaron.

Se besaron con ansias. Después, él dejó un reguero de lamidos en el cuello y, por último, dio rienda suelta a lo que más le apetecía. Involuntariamente, los labios del hombre buscaron los pechos femeninos. Emitió un gruñido cuando la lengua hizo contacto con la delicada piel del primero. Mientras acariciaba uno, el otro llenaba su boca. Lo succionó con un hambre implacable. Deleitó a ambos, amasándolos y chupándolos con frenesí. Aquello provocó que la

intimidad de Grace comenzara a palpar de modo incontrolable, aguardando la invasión, anhelando el encuentro de sus cuerpos, hasta formar uno solo.

—Ven —rogó ella con la voz afectada por la excitación.

—¿Estás segura?

—Sí, te deseo...

—Voy a tomarte —avisó con la voz ronca antes de posicionarse en la entrada y acariciarla con la punta. Ella gimió de placer por el roce—. Dolerá un poco, pero mejorará.

Grace asintió. No le importaba el dolor, quería entregarse a ese hombre y esa entrega, por sí misma, era un placer inconmensurable. No había punto de inflexión. No se iba a arrepentir, incluso si era él quien fallaba e incumplía la promesa de matrimonio. Subyugada ante su talento como amante, ante sus artes de seducción, se sintió dispuesta a amarlo hasta el fin de sus días.

Norfolk impulsó las caderas y comenzó a poseerla. Se miraron a los ojos, mientras se introducía lentamente hasta la empuñadura. Rugió cuando estuvo adentro por completo, y se quedó ahí un instante, contemplándola. Parecía que iba a confesar los mismos pensamientos que estaban inundando la mente de Grace. Sin embargo, no los puso en palabras.

—¿Estás bien? —indagó comprensivo—. Quiero hacerlo bueno para ti, pero las primeras veces podrían ser incómodas.

A Grace le agradó que se preocupara por ella, que la cuidara.

—Sí, esto es lo que quiero —reiteró y él la besó conforme.

—Voy a amarte despacio, para que no se acabe nunca.

—¿Aun si lo más delicioso es el final? —lo retó.

—Incluso así.

Empezó a embestirla dulcemente. Aunque deseaban ir a un ritmo lento y sin sobresaltos, ambos comenzaron a exaltarse. Para ella era novedoso, excitante, y ambicionaba vivir de golpe todo lo que se había perdido. Jadeó cuando volvió a sentirlo, estaba a punto de tocar las estrellas otra vez. Se aferró a la espalda de él para exigirle que arreciara el ritmo de sus acometidas... Lo rodeó con sus piernas, mientras él se impulsaba cada vez con más ímpetu. Y, entonces, percibió en su mirada que estaba a punto de suceder. Desmond iba a acompañarla, alcanzarían la cima al mismo tiempo.

En un cambio de planes que Grace no previno, el recio hombre la sujetó con fuerza para

girar hasta terminar acostado sobre sus anchas espaldas, arrastrándola en el proceso. Ella volvió a quedar a horcajadas, arriba de aquel duque desafiante, que la invitaba a vencer todos sus miedos y sus inhibiciones.

—Móntame —la retó con la mirada salpicada por el más primitivo deseo.

—Oh, Desmond, estamos como al principio. —Dudó de ser capaz de tomar el control en el momento cercano a la cúspide.

—Sigue tu instinto, mujer, sorpréndeme.

—No quiero decepcionarte —titubeó.

—Montarme hasta enloquecerme reside en tu naturaleza. Solo muévete como te indique tu cuerpo. Las sensaciones te guiarán. Busca tu placer y obséquiame el mío.

—Des-mond... —Titubeó impulsándose con timidez. Pero le urgía tanto liberarse y él no le daba otra opción.

—Hazme el amor, mujer. Necesito derramarme en ti.

Grace aceptó el desafío y trató de obedecer a su instinto, comenzó a cabalgarlo sin prisas, pero al notar que se le escapaba el inminente clímax, arreció su carrera hacia la cima. Con las manos sobre los pectorales duros como el acero de Desmond, se impulsó con más brío. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás mientras ascendía y bajaba por la rígida longitud, buscando su propio ritmo. Cuando lo encontró se aferró al movimiento y lo montó enérgica, acompañada por los jadeos del hombre que lucía eufórico, a segundos de terminar. El orgasmo la golpeó con todas sus fuerzas, desarmándola por dentro.

—Oh, por Dios, Des-mond —musitó con la respiración entrecortada, jadeando, sin dejar de agitarse sobre la férrea virilidad que tanto placer le causaba.

El duque ya no tuvo que seguir conteniéndose. Se aferró a las nalgas redondas de la mujer e impulsó sus caderas hacia arriba, para lanzar su descarga. Con esa última y profunda arremetida, se liberó con un ronco gruñido. Mientras se vaciaba, ella continuó cabalgándolo con la intención de extraerle hasta la última gota. Grace solo se detuvo cuando en el rostro de Norfolk se reflejó la más pura y plena saciedad, idéntica a la que ella sentía.

—Mi du-que-sa. Al fin te he encontrado. Eres tú, irremediablemente eres tú —soltó tratando de recuperar el aliento.

Un beso selló el pacto. Después se abrazaron, derrotados, buscando acomodarse para encajar juntos en el centro de la enorme cama. La rodeó por la espalda, brindándole un cálido

abrigo.

—No sé a qué le temías, mujer. Para ser tu primera vez me enloqueciste por completo, tanto que en cuanto recupere las fuerzas querré repetir.

—¿Aún pretendes recibir más? —bromeó. Estaba tan complacida y exhausta que los ojos se le cerraban.

—Mañana, cuando hayas descansado. —La voz adormilada del duque era muy seductora.

Grace aún no podía creer que estaba en su cama, pegada a su cuerpo y embriagada por su aroma masculino, que la haría tener sueños estupendos toda la noche.

—Quizás debí advertirte que como esposo, tengo mucho apetito. Tuve cinco hijas. Tal vez nosotros podríamos cuidarnos. Al menos el primer año, si es que hoy no quedaste embarazada. —No quiso expresarlo en voz alta, pero su emisión fue muy abundante, después de contenerse durante tanto tiempo—. Quiero hacerte el amor todas las noches. Podemos esperar para ser padres.

—¿El primer año? —repitió y entonces recordó que había un luto que debía respetar. Casarse antes de ese tiempo sería muy mal visto, sobre todo por los planes de la reina para Norfolk. Recordó que Su Majestad manifestó a lady Abbott que debía encontrar una candidata para él durante esta temporada.

—¿Sucedo algo? —inquirió aletargado—. Estabas muy relajada y ahora estás tensa.

Le besó la nuca para calmarla.

—Si me embarazo será un escándalo. Debo guardar luto por dos largos años, o en su defecto uno, o me señalarán. Mi única oportunidad de librarme de esa obligación sería demostrar que mi matrimonio jamás se consumó, pero eso ya no es viable.

—Todo Londres me vio acompañarte en la galería.

—Seguro esperan un cortejo largo y discreto, y que aguardaremos un tiempo prudente antes de llegar al altar.

—En la remota posibilidad de que en un solo encuentro quedases embarazada, no tienes nada que temer... Es raro que eso ocurra, pero si fuésemos bendecidos me ocuparé de buscar una solución. Además, no voy a esperar dos años para hacer oficial lo nuestro, ni siquiera uno.

—Aunque seas el Todopoderoso Norfolk hay normas que no podrás quebrantar. —Él no sabía lo que la reina tramaba, y si ella abría la boca y contaba hasta la última palabra estaría traicionando a lady Abbott.

—Duerme, querida. Tengo el asunto controlado. Lo único que debería preocuparnos ahora es quién dio la orden de que esos rufianes irrumpieran en tu casa y te raptaran, y quién mandó a otro malnacido a atacarte en la galería. E incluso eso lo resolveré mañana, así tenga que despellejar vivos a los sinvergüenzas que tengo cautivos —murmuró tras un largo bostezo, como si nada fuese capaz de espantarle sueño, ni de causarle el mismo recelo que Grace estaba sintiendo; principalmente, por su última frase. ¿Hasta dónde era capaz de llegar Norfolk?

Capítulo 26

Norfolk abrió los ojos y lo primero que vio en su almohada fue una alborotada cabellera rubia. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Inspiró profundo para llenarse los pulmones de su aroma. Trató de abandonar la cama sin hacer ruido, cuidadoso de no despertarla, pero ella tenía el sueño ligero. Giró entre sus brazos y se quedó mirándolo al rostro.

—Buenos días, duquesa —le dijo sin dejar de contemplarla.

—No soy tu duquesa —murmuró llena de vergüenza, como si de golpe fuera consciente de a dónde la llevó el impulso de permanecer bajo el abrigo del poderoso duque.

—Lo resolveremos pronto.

—¿Y el luto? —le recordó.

—Cada norma, escrita o por costumbre, tiene entresijos que son útiles para transgredirla y salir impunes. El poder es uno de mis entresijos favoritos.

—Desmond —lo reprendió—, no lo digas de esa manera. Sé un poco más humilde.

—Sigo trabajando en ello solo para complacerte. No sé por qué ves como una virtud la humildad —discutió—. Aprendí desde la cuna que la vida es cruel con los que no están en la cima, y que hay que esforzarse para permanecer arriba.

—El que está en la cima debe tratar de allanar el camino a quien está en la base de la montaña —replicó con voz dulce, mientras lo acariciaba.

—¿Eso te enseñaron tus padres? —inquirió lleno de curiosidad, necesitaba entenderla, conocer todo de ella.

—He llegado a esa conclusión gracias a mi propio razonamiento. No es tan difícil elegir lo correcto.

—Lo simple que lo haces ver, ese sentido de justicia lleno de bondad es lo que más me gusta de ti. Mamá y su segundo esposo eran como tú, pero creo que le legaron esas cualidades a Edgar. Yo heredé el ducado de mi padre antes de aprender a leer, tuve que luchar para que me respetaran como duque. Si me mostraba blando, nadie iba a obedecerme. Y el antiguo Normanby ya tenía mucho con los asuntos de su marquesado —explicó para referirse a su padrastro, el progenitor de Edgar—. Mi tío paterno trató de apoyarme mientras pudo, pero muy joven tuve

que hacerme cargo de mis responsabilidades. Todavía no entiendo qué viste en mí, una dama como tú tendría que sentirse atraída por alguien más generoso, repleto de ideas para servir al prójimo... Tal vez los opuestos se atraen.

—O quizás puedo ver el potencial en ti, mientras solo te empeñas en exigirte, en arrasar con otros como tú, dispuestos a lo que sea por conservar la posición privilegiada. Pero te comportas dulce con las niñas y te miran como a su todo, eres un excelente hermano y es palpable el afecto que te tiene Normanby. Annalise te idolatra, para ella estás en un pedestal y asegura que te muestras paternal y gran consejero. Y la vizcondesa viuda de Sadice, tu tía, cuando habla de ti solo puede expresar gratitud y desvivirse en elogios. Ninguno de tus amigos alza la voz jamás para ofenderte y no es porque te teman, sencillamente te admiran; consideran que eres justo.

La besó en la frente y volvió a contemplarla sintiendo la emoción que esa mujer le provocaba en carne viva.

—¿Y tú? Quiero saber qué conclusión sacas sobre mí.

—Aún no entiendo cómo un duque tan estirado, mi natural antagonico, pudo convencerme de meterme a su cama, cuando conservé mi virginidad como mi única escapatoria de mi terrible suerte —jugó con total premeditación—. Si todavía la conservara, podría deshacer cualquier vínculo que me ató a Worcester y marchar al altar cuanto antes para convertirme en tu esposa.

—Mmmmm. Un resumen muy interesante. —También quiso bromear—. Y ahora eres mía por completo. Mi orgullo se regodea en el más descarado rasgo egoísta de mi existencia. Sí, tal vez teníamos esa posibilidad, pero no me arrepiento. Soy el primero y seré el último, eso me causa mucha satisfacción, y de todos modos habrá un final feliz para los dos. Intento no ser posesivo, pero creerlo alimenta mi ego de un modo...

—Basta, Desmond. —No lo dejó terminar—. Me harás reconsiderar eso de que serás el último. Aún no estamos casados, podría retractarme y buscar a un caballero menos presuntuoso. —Abandonó sus brazos y tomó una almohada para lanzársela y él la detuvo en el aire, antes de que terminase estampada en su cara.

—Podrías intentar resistirte a mi encanto seductor —bromeó—. Te reto a que busques un candidato que me supere. Tengo paciencia, te espero con los brazos abiertos, sé que no tardarás en retornar a tu duque.

—Basta, presumido. —Le arrojó otra almohada y está sí dio en el blanco. Él se levantó de un saltó y atrapó a Grace entre sus brazos para cubrirla de besos.

—Aprenderé a mostrarme humilde por ti, pero solo con quien lo merezca. No lo seré con

los canallas que intenten pisotearme o pisotear a personas inocentes. Quien toque a mi familia podría ser hombre muerto si no pide perdón de rodillas. Y, pobre del que se atreva a lastimarte, conocerá mi lado más feroz. —La observó encandilado por completo con Grace. Era tan distinta cuando llevaba corsé y esos vestidos elegantes... Así, al natural, con el cabello suelto, su femineidad lo obnubilaba. Se sentía más atado a su corazón, y que el suyo latiese por ella le devolvía la fe en el amor, en la felicidad, en la ternura...

—Desmond, deja la justicia para las autoridades, por favor. No me gustaría que te pusieses en peligro por intentar castigar a los criminales que me raptaron. No sabemos quién está detrás, o si hay alguien detrás. —Suspiró y él entrecerró los ojos, concentrado.

—Ellos son los que deben temer.

—No me gusta que hables así, como si fueses capaz de...

—Es lo que soy, Grace. Te he mostrado todas mis caras, no suelo ser tan abierto, pero contigo no he mentido, disimulado o escondido ninguna de mis capas. Para mí la pareja es sagrada y la sinceridad es vital en una relación. Me gustaría que tampoco me ocultaras nada por difícil o vergonzoso que fuere. Pero, no creo que tengas oscuros secretos —defendió confiado—. Eres tan pura, tan bondadosa, tan espontánea, tan honesta... Eso me enamoró de ti.

—Desmond, nos estamos poniendo tan serios. ¿Estás enamorado de mí? —Suspiró de nuevo y lo miró a los ojos, como si temiese que se retractara.

—No le propondría matrimonio a una mujer por otra razón.

—¿Cómo es posible tan rápido? Hasta ayer éramos dos conocidos que siquiera podían recordar sus rostros. Aunque no hablo por ti, para mí siempre fuiste un hombre atractivo, pero jamás creí que tendríamos una oportunidad. Yo estaba casada y tú parecías no notar mi existencia.

—En eso te equivocas. Eres una pésima observadora. Me atraías y mucho, pero como dices, eras una mujer casada y jamás te habría corrompido. Puedo no tener clemencia con mis enemigos, pero tengo principios. Una mujer casada no se toca.

—Disimulas muy bien. Jamás sospeché que...

—En mi biblioteca, ese día que fuiste tan desafiante, te veías tan hermosa y te deseaba tanto. Si no hubieras estado casada te habría besado —confesó. Ella abrió la boca para decir algo, pero no pudo, se quedó sin palabras—. ¿Y ahora? ¿Qué me dices? ¿Puedo besarte?

Grace asintió y una sonrisa floreció en sus labios. Cuando ella tomó la iniciativa y lo tumbó de espaldas y se puso a ahorcajadas sobre su cintura, su hombría palpitó creciendo de inmediato.

Ya estaba listo. Ella lo encendía con solo un gesto. Subió, cubriendo el torso femenino con sus pectorales, y le saqueó la boca hasta dejarla sin aliento. Acto seguido, hambriento, llevó sus manos a los generosos pechos y tras masajearlos con maestría, se metió uno de los pezones a la boca. Adoró cuando la puso a jadear, y le dio igual atención al otro seno.

Ella comenzó a frotarse con desespero contra la dura virilidad, buscando su propio placer y él sonrió sin dejar de besar la suave piel de su escote.

—Aprendes rápido —dijo con suficiencia, con la voz ronca cargada de orgullo. Y en un movimiento inesperado, con ella en brazos, se sentó en el borde de la cama.

Los pies de él descansaron firmes sobre la alfombra, las piernas de ella flexionadas para tener mejor apoyo. Con la sonrisa ladeada, buscó el nudo entre sus piernas y lo frotó en círculos suaves hasta que Grace comenzó a jadear. Sin dejar de mover sus dedos, le atrapó el labio inferior con los suyos y lo chupó a su entero placer. Al soltarlo, su mirada azul se perdió en los ojos encendidos como llamas de la mujer, que se rendía en los brazos del placer.

La humedad femenina más abundante le advirtió que ella estaba cerca. Adoró ver como su cuerpo entero palpitaba a las puertas del orgasmo, y previo a que la boca femenina se abriera para lanzar un gemido profundo, antes de que fuera sacudida por las pequeñas convulsiones del éxtasis, tomó el miembro viril y lo condujo al interior de una sola estocada. Grace se erizó por completo y gritó desbordada de placer al sentirse ocupada. Él le cubrió la boca con la suya, para amortizar el ruido.

Dominada por el deseo, lo cabalgó desenfrenada, en busca de su propia satisfacción, de la deliciosa invasión, una y otra vez, de ese calor férreo que la llenaba y que prometía catapultarla a las nubes. La liberación la alcanzó, mientras era invadida de nuevo, lo que la obligó a impulsarse todavía más, abajo y arriba, a lo largo de ese eje que brindaba el alivio que necesitaba.

Los dos gritaron al unísono. Él por el goce que le producía enterrarse en esa apretada cavidad palpitante que lo abrasaba. Ella al desarmarse en pequeños espasmos sobre la rígida y gruesa longitud. Desmond respiró profundo para no acometer con pasión y buscar su propio alivio, quería seguir disfrutando.

Cuando Grace quedó laxa sobre sus piernas y sin el brío que la enloqueció momentos atrás, Desmond se puso de pie sin soltarla. La sostuvo con cuidado, como a una carga delicada, y la depositó en la comodidad de la cama. Se acomodó sobre su cuerpo, apoyándose en uno de sus brazos para no aplastarla. Y a la par de las tiernas palabras que le susurró al oído, volvió a enterrarse hasta la empuñadura. Ahí se quedó unos instantes, disfrutando de esa perfecta unión que le causaba tanto placer.

—Mi adorada mujer, ¿qué has hecho conmigo? —Estaba sorprendido de su propio deseo, de su obsesión por sus besos, por su cuerpo.

—Más, quiero más —susurró con la voz quebrada por la excitación.

Él tomó la pierna de Grace y la cruzó por detrás de su espalda para tener mejor acceso, necesitaba sentirla así, profundo, muy profundo. Con un suave gruñido volvió a embestirla, mientras se embebía de los cremosos pechos femeninos, de los cuales no se saciaba jamás. El efecto que esa suave, pero hambrienta succión, producía en ella lo enloquecía. Bastaba acariciar los turgentes senos o mordisquear los pezones para que Grace comenzara a jadear, con la mirada perdida de placer.

La danza inició lenta. Pero, cuando ella lo apretó por las nalgas para exigirle que arreciara la potencia de los embates, Desmond no pudo resistirse a complacerla. Él también necesitaba desahogarse, sacar todo lo que tenía guardado debido a tanto tiempo de contención. Arremetió con más fuerza. Ella le clavó las uñas y se impulsó hacia arriba para recibir su asalto.

—Oh, por Dios, creo que sucederá de nuevo —confesó Grace.

—Libérate, mujer, no te guardes nada.

—Ooooooh, Desmond...

Impulsó sus caderas a un ritmo constante hasta que ella, rendida, terminó sobre la recia envergadura, sacudiéndose de deleite. Desmond seguía duro como un hierro. Tenía la intención de disfrutarla, de hacerlo duradero y sonrió triunfal por su control mental. Le encantaba sentir ese poder que le confería verla tan excitada y rendida ante sus artes amatorias. Resistió la tentación de dejarse ir a la par de la mujer. Pero tres empujes más, cuando logró concentrarse y hacerlo todavía mejor para los dos, ella volvió a abrir la boca.

—Oh, por todos los cielos. Creo que viene otra vez. —Lo rodeó con ambas piernas y se apretó contra su sexo—. Quiero sentirlo, quiero sentirlo contigo.

—Al demonio —soltó. Si ella se lo pedía así tan efusiva, dominada por un deseo voraz, él ya no podría contenerse. Se lo entregaría todo.

Abrazados, muy juntos, acometió sin reservarse nada para después. Su virilidad se enterró por completo cuando su simiente salió disparada llenándola entera. Ambos gritaron de saciedad. Descargó hasta la última gota y buscó como un loco desesperado la boca de Grace, la besó hasta que los labios de los dos terminaron rojos e hinchados.

Ella dejó de luchar, se quedó con la expresión complacida y el cuerpo relajado, como si hubiese pasado una vida esperando ser amada con tal intensidad.

—¿Todo bien, pequeña? —le preguntó al sentirla muy callada, muy quieta.

Grace asintió, apenas. No le quedaban fuerzas ni para hablar. Respiraba agitada, intentando recuperar sin éxito el ritmo habitual de su respiración.

—No me dejes nunca, Desmond —pidió asombrada del alcance de su necesidad por ese hombre, cuando las palabras encontraron el camino. Y después de esa frase, cerró los ojos, como si se arrepintiera de su confesión.

—¿Qué pasa, Grace? Mírame. —También respiraba con dificultad.

—Es que no sé por qué dije eso. —Abrió los ojos y apenas le clavó la mirada—. No quiero parecer demandante, ni imponer condiciones... ¿A dónde demonios se ha escapado mi dignidad? Odio hacer tal declaración de necesidad.

—Son cosas que salen cuando estamos fogosos y dominados por el deseo —bromeó para que ella se relajara—. Pensarás con claridad cuando tomes un baño, desayunes y ya no me veas tan encantador. Quizás hasta te arrepientas de haber accedido a quedarte esta noche conmigo.

—No seas idiota, Desmond. No juegues. —Se cubrió el rostro con ambas manos.

—Para tu tranquilidad, me siento tan perdido como tú, Grace —reveló poniéndose serio y ella llevó sus manos a las mejillas de él. Las acarició sin dejar de contemplarlo—. Soy un hombre con más experiencia y me siento como un maldito tortolo, si lo puedo llamar de alguna forma. Rebecca no es la única mujer que he querido, en mi adolescencia, antes de sentar cabeza, casi echo todo por la borda por una dama prohibida.

—¿Tú? ¿Con lo estricto que eres? Aseguraste que jamás pondrías los ojos en una mujer casada.

—No era casada, pero no debía tocarla. Se hallaba por encima de mi posición y me correspondía asegurar las relaciones y la paz entre su reino y el nuestro, no complicarla. Ella estaba destinada para desposar a príncipes o reyes.

—¿Me dejarás con la intriga? ¿La princesa de dónde?

—Mmmm. Soy un caballero. Y mi boca cerrada es una promesa de que tu reputación está a salvo conmigo.

—Su magnífica y discreta excelencia —bromeó. Disfrutaba sacarlo de quicio, y estar los dos desnudos y exhaustos no haría que ese momento fuese la excepción.

—Sé que el deseo obnubila los sentidos. Pero no soy un hombre que tome decisiones a la ligera. Te confieso, aquí, mirándote a esos hermosos ojos, que si me dejaras tampoco podría

soportarlo. Y, además, te juro que sé que entre tú y yo, soy quien tiene más que perder.

—No es verdad, mi reputación no se recuperaría si esto sale a la luz antes de que podamos casarnos.

—¿Y quién habla de reputación? Me refiero al corazón. Grace, yo te he entregado el mío. Te observé con cautela en cada velada, cada evento del que no pude escapar. Y confesé para mis adentros que era una pena terrible que estuvieses casada, porque, a pesar de que estaba resuelto a no volver a unir mi vida con ninguna otra mujer... Si tú hubieses estado soltera, te habría llevado al altar. Sin embargo, no eras libre y yo no tenía derecho a poner los ojos en ti.

—Oh, Desmond... ¿Tanto me deseabas cuando estaba casada con él?

—¿Te sorprende?

—Dijiste que te parecía atractiva, pero no que era de un modo tan especial.

La abrazó con fuerza y enterró la cara en su pecho, se sentía tan reconfortante tenerla cerca y confesarle sus secretos.

—Me enloquecías. Solo que sé disimular muy bien. Quizás mi patética escena en el invernadero de los Bloodworth era mi deseo queriendo salir, y mi arrogancia disfrazándolo, oponiéndose...

—No voy a dejarte. Por Dios, sería una tonta si lo hiciera. Te confesaré algo... Creo que me estoy enamorando de ti —agregó con un poco de resquemor. Era un planteamiento importante. Él suspiró derrotado y ella no entendió su pesar—. ¿Qué sucede? ¿Te noto preocupado?

—¿Crees que te estás enamorando? ¿Aún no me amas? Lo sé, sé que no te sientes segura. No me aflijo, tal vez no te cortejé en el orden correcto. Pero, por Dios, mujer, que me esforzaré para que te enamores de mí sin reservas. —La besó y cuando se separó de sus labios, lo vio en sus ojos, ella deseaba más. Deseó con ahínco que Grace pudiese perdonarlo cuando supiese de todo lo que había sido capaz. Quizás fue muy honesto, salvo por un pequeño detalle... Algo que debía confesar.

—¿Me dejarás con ganas de un beso?

—Por el Altísimo que no, es solo que debemos abandonar esta cama, tomar un delicioso baño y ponernos en camino. Y me temo que jamás serán suficientes besos. —Volvió a pegar su boca con la suya y a devorarla hasta dejarla sin aliento.

—La verdad es que creo que estoy enamorada, o al menos, que no podré sacarte de adentro jamás. Y eso me aterra. Me aterra la posibilidad de perderte, ya he perdido mucho en la vida, no

lo soportaría. Me asusta lo rápido que vamos —accedió a revelar el peso de las emociones que la consumían—. Siempre me pareciste terriblemente atractivo. Mas, de ahí a todo lo que está ocurriendo, es una locura que necesito asimilar sin tantas dosis de Desmond. Es que estamos en una burbuja. No sé cómo me sentiré cuando reviente; sin embargo, no me gustaría que explote jamás. Nunca experimenté tanta dicha en toda mi vida, pero he sufrido sinsabores, y esos me recuerdan que debo ser cautelosa.

—Tampoco quiero que explote.

—Me gustas mucho, Desmond.

Él sonrió complacido.

—Vamos, hora de pararse. Los criados se deben estar preguntando si saldremos alguna vez de mis aposentos.

—No. Me niego a abandonar esta cama si antes no me revelas algo más sobre tu apasionado pasado con esa reina extranjera...

—No he dicho que es una reina.

—¡Lo sabía! Una princesa. Era lo más probable, solo quería tu afirmación. ¿Ella debía guardar su virginidad para un príncipe? Por Dios, eres tan atrevido y no sé por qué eso se me hace tan irresistible. ¿Tocaste a la princesa prohibida? ¿Pusiste tu lasciva boca sobre su...? ¿La desvirgaste? ¿Hay un secreto que podría llevarnos a la guerra con otro reino?

—En serio que tus lecturas son un alimento desbordante para tu imaginación.

—De acuerdo, llévate el secreto a la tumba. Hay cierto encanto en los hombres que mantienen su palabra. No me importa con quien ardiste en llamas, Desmond. Ahora eres mío.

Él la miró con orgullo.

—Ya lo sé, mi duquesa.

Capítulo 27

Dar la cara a los sirvientes fue terrible. Grace trataba de no enrojecer cada vez que se topaba con alguno, pero estaban tan bien entrenados que ninguno la hizo sentir incómoda. La mañana fluyó a un ritmo muy natural. Después del baño y el desayuno, se reunieron con las niñas en la entrada, quienes expresaron su felicidad al verla y conocer la mascota de Grace.

El perro fue una distracción. Ninguna indagó qué hacía Grace ahí, las preguntas giraron en torno a Darcy, querían el turno de acariciarlo.

Desmond tenía casi toda la escalerita de edades y las niñeras las habían formado por orden cronológico: Page, Susannah, Mary, Rebecca, y la pequeña Gwendolyn que ya tenía dos años. Se parecían bastante entre sí, aunque en el rostro de cada una resaltaba algún rasgo de la madre o el padre que las diferenciaba. Las cinco estaban absortas por el perrito, pero la distracción no duró demasiado. Después de tener cada una un momento para conocerlo, clavaron sus inocentes y curiosas miradas en Grace.

—Estamos de vacaciones. Partiremos en dos carruajes rumbo a Clearwater —informó el padre tratando de contener la sonrisa.

La algarabía no se hizo esperar, al parecer ese sitio les agradaba a las niñas. Tras la breve celebración, la mayor planteó una de las muchas preguntas que tenía al respecto.

—¿Y por qué lady Worcester y su perro nos acompañan?

—Querida Page, como tú misma me hiciste saber. Lady Worcester lee cuentos como nadie y adora estar rodeada de criaturas salvajes como podrían ser los niños —bromeó Norfolk con un aire teatral que a las pequeñas las hizo reír a carcajadas y a Grace la enamoró más—. Por lo tanto, he decidido que será nuestra invitada de honor y Darcy, esa rata con cara simpática, pues, no se separa de ella. ¿He respondido tu pregunta?

Todas se mostraron de acuerdo y muy agradecidas por el acierto de su padre. Grace engurruñó la nariz por el apodo de «rata». Ya ajustarían cuentas.

—Es una idea estupenda, papá. Gracias por invitarla, nos agrada mucho su compañía. Mejor que lady Abbott. —Page carraspeó—. No es que lady Abbott sea aburrida, pero tiene muchas reglas y llega a ser tan mandona. Apruebo tu elección. La pasaremos muy bien. Además, lady Abbott no tiene perro.

—¿Lady Abbott? —preguntó Desmond intrigado por la mención. ¿Qué tenía que ver la matrona?

—En otras ocasiones, lady Abbott también ha venido a leernos. Y, en realidad, no lee mal —dijo Page con naturalidad—, pero lady Worcester nos hace reír todavía más.

—Es un punto que no podemos ignorar —aprobó el duque.

—Y lady Abbott constantemente suspira, diciendo que cinco niñas no deberían ser huérfanas de madre. Eso nos pone triste —ratificó la primogénita para asombro de su padre.

—¿Que lady Abbott refiere qué? —agregó un poco exaltado y deseando retorcerle el cuello a la dama. ¿Cómo era posible que emitiera semejante comentario? Bufó—. Su preocupación podrá ser genuina, sin embargo, aclararé ese malentendido

—No la reprendas, papá. Ella no se da cuenta de que la escuchamos —pidió Susannah—. La dama también es graciosa. Nos hace cosquillas y nos explica lo que sucederá cuando hagamos nuestra presentación social. Eso es muy interesante. ¿No te parece?

—Sin duda resulta interesante, pero es algo que pasará en muchos muchos muchos años. —Desmond arrugó el entrecejo, no quería pensar en el momento en que sus avecitas abandonaran el nido. Eran todo lo que tenía.

—Quiero debutar —reveló Susannah—, y convertirme en duquesa como lo fue mamá.

—Y yo. ¿Podemos ser duquesas las dos? —preguntó Mary.

—Podría ser posible, siempre que encontremos a dos duques con todas las cualidades necesarias para merecerlas —argumentó Desmond lleno de paciencia—. ¿Page y Rebecca, también quieren ser duquesas?

—Yo, por supuesto que no —aseguró Page—. ¿Por qué ser duquesa si es más divertido leer? Además, los chicos son todos unos idiotas y para ser duquesa en este reino hay que casarse.

—Page, esos modales. ¿Qué te enseña tu institutriz? ¿Y tú, Rebecca?

—Yo no tengo ni idea de qué quiero ser, papá. ¿Puedes darme un tiempo para pensarlo? —La cuarta hija solo emitió una risita y se alzó de hombros.

—Por supuesto, mi vida, todo el tiempo del mundo. Me reservaré de preguntarle a Gwen —bromeó, era muy chiquita aún—. ¿Qué te parecen mis hijas, Grace?

—Creo que eres muy afortunado. Siempre quise tener al menos un hijo, cinco habría sido una dicha inconmensurable. —Estaba emocionada por formar parte del núcleo familiar de

Desmond, esa escapada con las niñas le permitiría explorar de cerca lo que sería su vida al lado del duque.

—Papá, la has llamado por su nombre. —Susannah se llevó las manos a la boca para acallar sus carcajadas, temiendo que el error de su padre se debía a un descuido.

—Oh, cierto. Lo he hecho. —Intercambió una mirada cómplice con Grace y ella disimuló una sonrisa. Las niñas eran muy observadoras.

—Deberías disculparte con lady Worcester —le señaló Page muy seria, analizando qué se le había escapado.

—Sucedé que lady Worcester, no lo será más por mucho tiempo. —Desmond trató de arreglar el estropicio, las niñas eran muy inteligentes, incluso las de menos edad—. Su esposo, por desgracia, ahora descansa en paz y su hijastro, el nuevo Worcester pronto se casará. Ella será la condesa viuda de Worcester, es un título taaan largo... Si es nuestra amiga y se va de vacaciones con nosotros, será más corto y eficiente si le llamamos Grace o, simplemente, milady.

—Y eso quiere decir que, Grace o milady, ¿ahora estará disponible para volver a casarse? —preguntó Page, enarcando una de sus pequeñas y bien definidas cejas.

—Eso parece —contestó el padre y volvió a mirar a Grace.

—Lamento mucho su pérdida, milady, y espero que en las vacaciones con nosotras pueda encontrar consuelo.

—Gracias, querida lady Page.

—¿Si está disponible podríamos proponerle que acepte ser nuestra mamá? —inquirió Rebecca dubitativa, se le veía insegura de si su petición sería bien recibida.

—¡Rebecca! —la sermoneó Page—. Respetemos el dolor de milady, no sabemos por lo que la pobre está pasando. Ha perdido al amor de su vida, su esposo.

—Perdón —suplicó Rebecca uniendo sus dos manos y poniendo cara angelical.

—No es necesario que se disculpe, lady Rebecca. No me molesta su consulta. Y muchas gracias, querida lady Page, por ser tan considerada —agregó Grace entrecerrando los ojos.

—Ves que no le molesta, Page. Y no disimules, seguramente también deseabas preguntarle lo mismo. Yo lo hubiese hecho, pero Becca se me adelantó —replicó Mary.

—Lady Abbott estaría feliz de saber que papá tiene a su lado una candidata muuuy disponible. Dejaría de lamentarse porque somos unas niñas huérfanas de madre —se sumó

Susannah.

Desmond tensó la mandíbula por los comentarios de lady Abbott.

—Extraño a mamá. —Sollozó Rebecca. Page, Susannah y Mary se acercaron a estrecharla, en una escena enternecedora. Gwendolyn, aún de la mano de la niñera, dio unos cortos y torpes pasos para abrazarse también a sus hermanas.

—Mamá siempre estará en nuestros corazones —le dijo Page a la menor y tras besar en la frente a Rebecca, suspiró y alzó a Gwendolyn en brazos—. La pobre Gwen no llegó a conocerla, pero le contaré todo para que también la recuerde con amor.

Grace sintió que el pecho se le apretaba al ver la fraternidad con que se trataban las hermanitas, los roles que asumían cada una y cómo sobrellevaban la pérdida sufrida. Ella solo pudo consolarse acercando más a Darcy a su corazón. Deseó ser más cercana a las niñas, poder abrazarlas y decirles que cuidaría de ellas. Pero no quiso inquietarlas más con tanta información.

—Creo que me iré en el carruaje de las niñas, si a usted le parece, excelencia. —Lo trató con deferencia, ya no quería que las hijas del duque hicieran más conjeturas

—Oh, creo que iremos muy apretados. Las niñas y nosotros dos suman siete —comenzó a sacar cuentas Norfolk—. Si no están cerca las niñeras, ¿quiénes las atenderán?

—Oh, Desmond. —Se le escapó—. Las niñeras pueden ir aparte. ¿No crees que podemos arreglarnos nosotros con ellas? Yo creo que sí.

—¿Quieres ver el infierno arder? —jugó el duque negando con una sonrisa, pero decidido a complacerla.

—Oh, «Desmond» —reparó Susannah con voz romántica.

Hasta que la niña hizo la observación, Grace se dio cuenta de que también había llamado al duque por su nombre de pila. ¿Qué explicación daría para que se justificara el trato?

—Su excelencia, el duque de Norfolk, es muuuy largo también para dirigirse a alguien con quien pasaré las vacaciones —expuso Grace—. Debemos simplificar o jamás terminaríamos una frase.

—¿Entonces podemos eludir los tratamientos en vacaciones, con el propósito de no hacerlo insoportablemente largo? —inquirió Susannah.

—No, definitivamente no. Esta es una ocasión muy especial —previno Desmond el futuro desastre.

—No seas tonta, Susannah —la regañó Page.

—No le hables así a tu hermana —atajó Norfolk el comportamiento.

—¿Susy, no ves que papá también está disponible y sonríe más de lo habitual? —continuó Page—. Ellos prescinden del título porque están en pleno cortejo y nosotras somos las carabinas.

Desmond carraspeó para llamarlas al orden y todas unieron sus manos al frente, sobre su regazo, sonriendo de manera angelical. Salvo Gwen que los miraba sin entender nada, pero sonreía en espejo porque sus hermanas lo hacían. Grace casi se atraganta con su propia saliva. Norfolk abrió los ojos muy grandes para sermonear a las niñas.

—Tendré que revalorar a la persona a cargo de la educación de mis hijas, y, muy importante, no dejarlas con lady Abbott a solas nunca más. ¿Cortejo? ¿Disponible? ¿Carabina? ¿Candidata? ¿Debut? —Se volvió a Grace que trató de calmarlo.

—Son solo niñas, en realidad me divierten.

—¿Seguro que deseas que viajen en nuestro carruaje? —le preguntó a Grace, ella asintió—. Vamos. Es un trayecto muy corto, pero sometidos al interrogatorio de nuestras carabinas, quizás se nos haga eterno.

—¿Entonces sí la estás cortejando? Dinos, dinos, por favor, papá —pidió Mary.

Desmond sonrió sin responder, mientras las pequeñas lo miraban llenas de interrogación.

—Todas al carruaje, ahora —indicó con firmeza o no subirían nunca.

—Yo llevo al perro —ofreció Mary.

—No, yo cargaré al perro —se opuso Susannah.

—Soy la mayor, Darcy estará mejor conmigo.

El pobre can paró las orejas en alerta y comenzó a temblar, como si entendiera que se libraba una batalla por el honor de conducirlo a Clearwater.

—Queridas, Darcy no es un juguete y es tan pequeño y frágil —medió Grace—. Con el movimiento del carruaje saldría disparado de sus brazos sin querer y sería lamentable. Sus delicadas patas podrían fracturarse con una caída o pasar algo más grave. Ninguna quiere ser responsable de eso, ¿cierto? ¿Qué les parece si viaja en mis brazos y se turnan estar a mi lado para ayudarme a cuidarlo?

Todas corrieron para intentar ser la primera en ocupar un sitio junto a Grace, Norfolk negó con una sonrisa ladeada. Sabía que sus bendiciones eran incorregibles. Esperaba que su futura

duquesa no desistiera de la boda antes de llegar al altar.

Al traspasar el inmenso portón que daba la bienvenida a las tierras del duque a las afueras de Londres, Grace se quedó sorprendida, el lugar era hermoso. El sendero era custodiado a ambos lados por arbustos de peonías y rosas, en sus variados colores. Aún faltaba un largo trecho por recorrer en carruaje hasta la casa. Gwendolyn estaba rendida en los brazos de su padre. Rebecca también se durmió con la cabeza apoyada en la amplia falda del vestido de Grace, muy cercana a donde estaba acurrucado Darcy. Y las mayorcitas, Mary, Susannah y Page compartían impresiones a susurros y reían mientras miraban de Grace al duque y viceversa.

Los sirvientes de la enorme propiedad los recibieron con formalidad. En el segundo carruaje también viajó la doncella de Grace, quien se le acercó para tomar a Darcy en brazos y conducirlo a un lugar tranquilo para hacer sus necesidades. Las pequeñas fueron guiadas por las niñeras a descansar.

Grace y Desmond pudieron tomar al fin un respiro, después de refrescarse y cambiarse de ropas. Se sentaron en una de las cinco salitas de forma pentagonal de lectura a tomar un respiro.

—Esto es precioso —manifestó Grace contemplando a su derredor. Tres paredes estaban cubiertas por estanterías repletas de libros, la cuarta tenía amplios ventanales de cristales, por los que se podía observar los jardines del primer piso. La quinta pared poseía la enorme puerta a dos hojas, que Desmond tuvo a bien cerrar para que nadie los molestara, y que conducía a una estancia central con mesas, amplios sofás y sitios para perderse en la lectura por horas.

—Dije que me gustaba leer y no me creíste. Aunque esta salita será exclusivamente para ti. La mía se ubica justo al lado.

—La biblioteca de Primrose Palace es absolutamente grandiosa, pero esta estancia rodeada por estas cinco salas repletas de libros es asombrosa. La decoración es alucinante. No me sacarás de aquí. —Miró hacia el techo abovedado de su salita, que tenía en el medio un gran tragaluz por donde podría admirar la lluvia caer o los copos de nieve en invierno. Estaba tan fascinada por la perfección de la arquitectura, que no reparó en el semblante de Desmond, parecía impaciente.

—Me alegra que te guste, porque no quisiera que te aburrieses la mayor parte del tiempo que estaré en Londres. Hay una sección infantil hasta el final, por si deseas leerles a las niñas. Sin embargo, no te sientas comprometida.

—Me encantará leerles, no es un suplicio para mí. Pero, ¿qué quieres decir con que te irás a

Londres? ¿No te acompañaremos? ¿Es tu idea de vacaciones? Dijiste que nos quedaríamos tal vez una semana.

Apenas comenzaban a estar juntos y él ya huía. No le gustó la sensación que la invadió. ¿Debía enfadarse tan pronto?

—No son vacaciones, Grace. Alguien quiso raptarte y después te atacó en plena subasta. Te he traído aquí para que estés a salvo. También a mis hijas. No sé qué tan malvadas son las intenciones de tu enemigo, y desconozco si de saber que estoy involucrado en tu rescate, busque herirme en mi lado más vulnerable: mis hijas. Quería quedarme, pero antes necesito investigar.

—¿Mi enemigo? —se asustó. ¿Qué sabía?

—Estarán a salvo, dejaré a mis hombres apostados. El ama de llaves ya tiene órdenes de servirte.

—¿Qué le has dicho?

—La verdad, que serás la siguiente duquesa de Norfolk y que deben obedecerte como tal. ¿Quieres compañía? Podría pedirle a mi tía que...

—La vizcondesa viuda de Sadice acompaña a Annalise, no le robemos ese tiempo tan valioso que desea compartir con su bisnieto. Además, Jacob está en Oxford. Anna la necesita.

—No quisiera involucrar a tu madre, tal vez no lo entendería. No sin que estemos casados. Y las demás damas que conocemos no son solteras, tienen hijos, responsabilidades. No sabemos cuánto tardará... Está lady Abbott, ella siempre se ofrece y es discreta, salvo por el comentario desalentador. Pero, será bueno que otra dama nos acompañe, podría resultar nuestro escudo contra los rumores. Nadie tiene que saber que pasamos la noche en Primrose Palace, ni que estás viviendo aquí. Pero si ocurre tendremos cómo defendernos. Además, seguiré asistiendo a las sesiones del Parlamento a partir de mañana. Todos me verán en Londres, alejaremos así las susceptibilidades hasta que consiga la licencia especial.

—Desmond, me angustias. No quiero estar separada de ti. Temo que algo se tuerza, y que nuestro destino termine siendo diferente a ese con que he fantaseado desde que me pediste que sea tu esposa.

Le tomó la mano con el anillo de rubí y le depositó un tierno beso.

—Oh, Grace, nadie despertó mi interés durante todo el tiempo en que volví a estar disponible. ¿Todavía no eres consciente del efecto arrollador que has tenido en mi vida?

La arrancó de su asiento y la subió encima de sus piernas. La enlazó por la cintura y su

mirada ebria de pasión se perdió en sus labios, hasta que logró atraparlos en una succión profunda. La abrazó tan fuerte que ella no tuvo más dudas. No sabía qué los había poseído, si un amor inquebrantable, el deseo ardiente de la carne o una pasión desmedida. Solo pedía a Dios que lo que sea que sintieran evolucionara hasta volverse eterno, hasta erigirse como una muralla inmensa que nadie pudiese destrozar, ni siquiera ellos mismos.

—Confiaré en ti, en tus decisiones, voy a esperarte. —Desmond era ese tipo de hombres que siempre parecía tener una solución para todas las dificultades.

Se besaron y ella perdió la noción del tiempo, del lugar... Cuando volvió a ser consciente de su respiración, él hurgaba por la abertura de sus calzones y ella estaba muy húmeda y desesperada por sentirlo dentro, muy adentro de su cuerpo y de su ser.

De una sola estocada que ella agradeció con un suspiro, Desmond se enterró en su intimidad, volviéndolos uno...

Grace gimió al sentirse invadida, llena, y comenzó a montarlo, mientras la mirada azul embriagada de gozo estaba fija en sus ojos. Se movió impulsándose con sus fuertes piernas, buscando ávida y desesperada su propia satisfacción. Él la sujetó por las caderas y embistió desde abajo, arrebatado de placer, regalándole sus jadeos varoniles que la enloquecían cada segundo más. Se veía poderoso, único y Grace ya no pudo alargar más el momento. Se estaba haciendo insoportable aguantar las palpitaciones que se extendían desde su centro de placer al resto de su anatomía.

No hizo falta palabras. Él también estaba muy cerca. Se movieron sincronizados, hasta que ella se derrumbó saciada en sus brazos. Con una dura estocada, Desmond se puso de pie, soportando el peso desmadejado de Grace y la embistió hasta que se vació en su interior con un gruñido.

Ella se aferró al torso lleno de músculos endurecidos del duque, ese hombre que la sostenía y que parecía que jamás iba a dejarla caer. Echó la cabeza hacia atrás y contempló el límpido cielo azul, que podía observarse por el tragaluz, mientras los últimos espasmos de su orgasmo abandonaban su cuerpo.

Era la vida apasionada que siempre deseó tener y la encontró en ese duque hermético y misterioso que cada segundo se abría más para ella. Desmond se estaba convirtiendo en un libro sin secretos. Como él decía: sin máscaras. Y, aunque sabía que tenía un lado oscuro... Iba de frente. No la engañaba fingiendo ser otra persona. Eso era lo más sincero y auténtico que recibió jamás. Y ella se sentía miserable por ocultarle su pasado. Pero era tan orgulloso, si le decía la verdad iba a perderlo, estaba convencida.

Capítulo 28

Desmond ya estaba en Londres acomodando las fichas en el tablero. Se llevó una mano a los labios y sonrió con descaro, cuando recordó todas las travesuras que compartió con Grace. Estaba saciado, podía respirar a sus anchas. Hacía tanto tiempo que no se sentía tan pleno y protector. Ella lo llenó de fuerza y vigor, podría detener el avance de un ejército y arrasar con los soldados más fieros. Estaba listo para la batalla que iba a luchar, y lo haría sabiendo que cuando volviese a Clearwater, una mujer maravillosa lo esperaría para curar sus heridas. Y, que unas criaturas felices —sus hijas— lo rodearían de amor. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Esas seis mujeres eran su mundo, no necesitaba más.

Estaba sentado en el amplio salón de recibir de Allard House y el conde lo atendía. Evander escuchó atento su solicitud y se mostró preocupado.

—Es una bendición que haya podido rescatar a lady Worcester de ese carruaje. Weimar, Oso y yo salimos a buscarla esa noche. Fue un alivio cuando nos notificaron que estaba a salvo. ¿Está seguro de que solo necesita eso de mí, excelencia? Mi casa puede servir de refugio para lady Worcester si lo considera conveniente. Más ahora que me asegura que sufrió un percance en la galería.

—Es todo, lord Allard. Su contribución pudiese parecer pequeña, pero evitará susceptibilidades.

El tema en cuestión se hizo presente delante de ambos, lady Abbott y su equipaje ya estaba ante ellos, dispuesta a apagar un incendio de ser necesario.

—Su excelencia, qué grato placer —se dirigió a él para saludarlo con una reverencia—. Será un honor hospedarme en Clearwater y cuidar de su preciosa joya o podría decir de su nuevo cisne. —Una sonrisita mordaz que no pudo evitar, se dibujó en sus labios. Allard tuvo que negar y disimular una sonrisa. La tía de su esposa le sacó canas verdes durante el cortejo a Elizabeth, pero terminó adueñándose de un trozo de su corazón.

—Grace estará encantada de contar con su compañía. De lo contrario, mis hijas colmarán su paciencia.

—Sus pequeñas gemas. Siempre disfruto del ingenio de esas perspicaces niñas. Serán unas debutantes encantadoras. Incluso, Page, aunque ahora no quiere saber de bailes, ni de

pretendientes.

—Por cierto —recordó Desmond—, nada de información sobre compromisos, presentaciones, candidatos... Matrimonio. Para todo hay una etapa en la vida. Prefiero dejarlas soñar con que la niñez es para siempre.

—Oh, excelencia, creo que no le contaron bien de qué trata ese asunto. No las estoy aleccionando. No sé cómo lady Susannah y lady Mary supieron que preparé a respetables damas para su debut, como mi sobrina, la duquesa de Weimar, lady Sadice, lady Peasly... Y, se han mostrado interesadas...

—Oh, tal vez Annalise lo mencionó al azar. Ellas solo necesitan un pequeño estímulo para echar a volar sus imaginaciones. Pero usted no las alimente. Falta mucho camino por recorrer.

Allard volvió a negar sonriendo.

—La echaremos de menos, lady Abbott. Y, tomando en cuenta que mi madre se ha ido una temporada a casa de mi hermana con la finalidad de atormentar a mi cuñado, Elizabeth y yo tendremos Allard House solo para nosotros. Usted es un diamante, es justo que Clearwater se ilumine con su presencia.

Lady Abbott bufó ante su sarcasmo, convencida de que la extrañarían y que la mandarían a buscar antes de lo esperado.

—Algo más, milady —retomó Norfolk el control de la conversación—, nada de comentar por los rincones que es una pena que las niñas sean huérfanas de madre. Son muy hábiles para escucharla, aun cuando usted cree que están distraídas.

—Ooooh, anotado, excelencia. Sí que esas fierecillas me sorprenden. Es cierto que emití tal comentario, pero creí pecar de cuidadosa. Sin embargo, ya no tendremos que preocuparnos, su cisne blanco de plumas relucientes muy pronto cuidará de sus polluelos.

—¿Lista, milady? —preguntó Desmond lanzando una mirada muy impaciente, consideraba que Allard poseía la paciencia de un santo, convivir a diario con esa mujercita debía de ser agotador. Siempre parecía dar en el clavo y tener la razón.

—Lista para partir al rescate de su excelencia y la futura duquesa de Norfolk —desplegó con orgullo—. Es un honor inmenso ser convocada para una misión tan importante. Después de todo, los matrimonios más notables de Londres se han concertado gracias a mi astucia y mi talento como casamentera.

Allard y Norfolk no pudieron evitar exhalar con fuerza, suplicando para sus adentros al Altísimo, que los dotara con una dosis extra de paciencia.

Cuando Norfolk escuchó de viva voz del secretario de Worcester, que la venta de Worcester House aún no había sido concretada porque el conde puso trabas para que fuese efectiva, ardió de rabia. Más por la indiferencia con que el aristócrata los observaba a ambos, mientras revisaban sus propias finanzas.

El amplio estudio de la propiedad londinense, de pronto, se sintió muy reducido para los tres.

—¿Cómo es posible que fuese tan inepto, Worcester? Dejé el asunto en sus manos, todo estaba arreglado. Hasta conseguí al comprador más rápido de lo que usted lo hubiese hecho.

—Un comprador particularmente sospechoso. Demasiado interés en que la propiedad sea vendida —argumentó desconfiado.

—Era su oportunidad de salvarse de la ruina, imbécil. —Norfolk estaba furioso, lo único que tenía en su cabeza era proteger a Grace, encontrar a sus enemigos, y sí, Worcester era su principal sospechoso. Por eso, que no vendiera sacaba lo peor de sí.

—¿Incluso cuando el comprador misterioso y salido de la nada es uno de sus muchos prestadores de nombres? —Lo desafió con la misma ira que corroía a su oponente.

Norfolk lo estudió de arriba abajo, quizás lo había subestimado. El jugador empedernido no era tan estúpido, pero él se recriminó por el descuido. ¿Cómo descubrió lo que estaba ocurriendo?

—Yo no lo obligué a jugar....

—¿Pretendía arruinarlos a mi padre y a mí, excelencia? —preguntó lleno de arrogancia. Valía resaltar que también estaba ebrio, así que Desmond no le quitó los ojos de encima, más porque asió con fuerza un filoso cortaplumas y lo amenazó con él.

—No va a responsabilizarme por ser usted un despilfarrador sin tino y suerte. No juego mi fortuna ni mi futuro en los salones, invierto tras estudiar la viabilidad de un negocio. Y comprar propiedades de jugadores irresponsables, débiles y desesperados parece ser una adquisición bastante segura.

—No. Quería arruinarlos. Cuando até cabos, me pregunté por qué... ¿Qué tenemos los Chaworth que sea del interés de su excelencia? —Lo miró con suspicacia—. Una hermosa condesa. Una que, por mucho poder que usted ostentaba, no conseguía arrebatarnos. Aplausos

para mí. ¿Iba a negociar con mi padre o era su intención causarle un disgusto que se lo llevara de este mundo?

—¿Por eso usted irrumpió en la casa de su madrastra?

—Yo pregunté primero. —Worcester lanzó otra amenaza con el cortaplumas para darle a entender a Norfolk que no se acercara, sabía que el duque era peligroso y buscaba protegerse.

De un manotazo violento, Desmond lo desarmó, y mientras Dalton se quejaba por el dolor en la mano, el duque le rodeó el cuello con el brazo y lo volteó de espaldas, dejándolo cada vez con menos oxígeno.

—¡Responda! —gritó Norfolk. El secretario se quedó paralizado, no se movió de su lugar. Dalton forcejeaba, pero no tenía oportunidad, el duque fue más rápido y rudo.

—Acudí esa mañana a la casa de Grace a pedirle que me prestara dinero, quería salvar a toda costa Worcester House. Pero ella lo había guardado en el banco, me dijo que al otro día me daría algo.

—¿Y mandó a esos matones en la noche para robarle?

—Sabía que en la casa no había nada, yo mismo vendí todo lo de valor, antes de irme. Y el dinero tampoco lo guardó ahí. Conozco a Grace, ella es generosa y no es egoísta. No iba a mentirme. ¿Por qué demonios la secuestraría si necesitaba que se presentara en el banco para retirar los fondos?

Desmond lo soltó con brusquedad, mientras pensaba si debía tragarse su cuento.

—Está en mi mira y es un sitio que no le aconsejo a nadie —le advirtió—. Un paso en falso y su peor pesadilla parecerá el paraíso en comparación con el infierno por el que lo haré transitar.

—El magno duque de Norfolk —bufó Dalton mientras se llevaba las manos al cuello—. ¿Por eso la reina le dio la tarea de ayudarme a salir de mi atolladero? A Su Majestad nada se le escapa, seguramente estaba enterada de que usted iba por la ruina de los grandes condes de Worcester.

—Me alegra saber que no es tan estúpido, al fin la cabeza le sirve para pensar. Y no me propuse arruinarlo, tampoco a su padre. Usted ya estaba al borde de la ruina financiera, solo le di el tiro de gracia, comprando algunas de sus innumerables deudas. Así que, todo lo que aún conserva me lo debe a mí, y no tengo intenciones de seguir manteniéndolo. Haga algo para que salga del hoyo donde usted mismo ha decidido sepultarse. Me desentenderé de sus responsabilidades, no es una criatura indefensa.

—¿Cómo supo que perdí una suma tan importante?

—Me gusta estar bien informado.

—¿Seguro? Quizás la futura duquesa no es el diamante sin imperfecciones por el que usted ha decidido apostar...

Desmond no pudo controlarse y lo tomó por la camisa.

—¡Cómo osa ensuciar su nombre, infeliz!

—¿Le contó de sus aventuras extramatrimoniales?

El duque negó confundido, como si le hubiesen asestado un puñetazo en el rostro y él no hubiera estado preparado para atajarlo.

—¡Hable! —rugió mientras la oscuridad más intrincada de su ser, la que mantenía bajo llave se liberaba y se reflejaba en su rostro—. Miente, un rumor de esa dimensión se habría esparcido como el fuego. No ha llegado a mis oídos ni el más ligero cotilleo.

—Solo lo sabíamos mi padre, yo y una persona más. Mi padre se lo llevó a la tumba, y yo no tenía interés alguno de que el título fuese manchado con un escándalo tan indecente.

—¡Si está mintiendo le haré morder el duro mármol del suelo! ¡Suelte lo que sabe de una endemoniada vez!

Dalton señaló al secretario.

—Él, que hable él. Es quien fue testigo.

El aludido comenzó a temblar, quedó pálido como la leche y negó, observando la única puerta de salida.

—No proferiré ni una sola palabra en contra de milady, es una dama de buen corazón. Si la seguí en esa ocasión fue porque su difunto esposo me obligó o, de lo contrario, iba a despedirme. El conde era despiadado con quienes le servíamos. No le importaba dejar en la calle y sin carta de recomendación a un sirviente fiel.

—Di lo que sabes, no me ensañaré contigo —prometió Norfolk. A pesar de su rudeza, en su mirada se reflejaba la nobleza y la justicia. El secretario confió.

—Milady se reunió en varias ocasiones con un hombre, jamás pude ver su rostro porque los espiaba de lejos, desconozco su identidad. Pero dado el secretismo de sus encuentros, deduje que... Deduje que eran amantes.

—¿Dónde se veían? —preguntó con frialdad, ni siquiera se permitió juzgar o sentir alguna

emoción al respecto. El sujeto parecía honesto, pero él no señalaría a Grace hasta que hablaran. Menos por algo que ocurrió antes de que ellos iniciaran la relación. Sin embargo, hubiese preferido estar enterado. Jamás se le escapaba nada, su cabeza ya estaba trabajando para atar los cabos sueltos.

—En una propiedad a las afueras de Londres.

—Escribe la dirección en un papel para mí.

—Lamento que se decepcione así, excelencia —bufó lleno de sarcasmo Worcester.

—¡Si abre la boca al respecto, Worcester, es hombre muerto!

—Yo no diré nada, excelencia —murmuró el secretario—. Aprecio y respeto a la condesa, ninguno de los sirvientes levantaría la voz para decir nada en su contra. Ella no se merecía estar casada con el conde.

—Agradezco tu lealtad, será recompensada.

—No es necesario, excelencia. Es cuestión de honor.

—Gracias. Es algo que Worcester no tiene. Confío en la palabra de un hombre de principios. Si algún día necesitas de mis favores, toca a mi puerta.

—El generoso y de moral intachable duque de Norfolk, lástima que pusiese sus ojos en una oveja descarriada. El señor Peasly no se equivocaba al llamarla así: pequeña oveja descarriada.

Dalton solo vio el puño en su rostro, después sintió el poderoso golpe y cayó sin poder mantenerse en equilibrio.

—El generoso duque de Norfolk ya no será tu aliado, infeliz, y no te salvará de tu propia insensatez —lo tuteó, con la paciencia rota—. Hoy mismo notificaré a la reina que me dé el escarmiento que considere necesario, porque no podré obedecerla. Tus deudas abandonarán mis manos, las venderé, incluso, por debajo de su valor para salir de ellas cuanto antes. Seguramente, habrá otro interesado en apoderarse de tus propiedades, las únicas garantías que te quedan, las que no estarán en tu poder por más tiempo.

—No lo harás —dijo, llevándose la mano al sitio del golpe, también dejó de tratarlo de usted, perdiéndole todo el respeto. Se sentía su igual, poseía un as bajo la manga, un arma poderosa—. Si quieres que guarde silencio y que la reputación de Grace no se vea afectada, te exijo negociar conmigo. No tienes otra alternativa.

Norfolk rio ante la ingenuidad de Worcester, su secretario era un hombre más sensato que él.

—Entiendo. Ya veo —masculló irónico—. Te invito a gritarlo a los cuatro vientos —propuso mordaz—. Vamos, venga, hombre. Sal por esa puerta, desgañítate hasta que te quedes sin voz.

—No me impresiona tu soberbia. No vas a matarme. Ni tú te librarías de la ley. ¿Sabes qué debería hacer? Retarte a duelo. Me has ofendido de todas las formas posibles, no tengo por qué seguir tolerándolo.

El secretario, con la expresión, trataba de detener a su señor. Norfolk odiaba los duelos, los consideraba absurdos e irracionales. Había formas menos insensatas de recuperar el honor. Pero no pudo resistirse. Worcester era un mal social que no se arrepentiría de extirpar. Le ahorraría muchas lágrimas a la dama de la reina que seguía obsesionada con la idea de desposarlo.

—Inténtalo. Su Majestad también está interesada en mantener tu boca cerrada de algunos asuntos de palacio, que tal vez llegaron a tus oídos. Quizás arrancar el mal desde la raíz sea más eficiente que salvarte de la ruina para ganar tu agradecimiento.

—Juro que no conozco ningún dato comprometedor de la realeza. Lo juro. La otra vez que lo insinuaste me quedé callado porque pensé, que si tú lo creías, ibas a ayudarme a rescatar mis finanzas.

—Desconfío de ti.

—No sé nada.

—No dirías otra cosa —emitió y lo remató con un gruñido—. Tu prometida te llorará, pero con el tiempo algún pretendiente menos imbécil que tú, logrará consolarla y quizás hagamos un bien, quitándole la venda de los ojos —masculló con la voz gutural y la paciencia extinta.

Dalton abrió desmesuradamente la boca. Sin duda, entendió de una vez que estaba en peligro. No solo le estorbaba al duque, también al miembro en el puesto más alto del reino y eso era muy grave. No volvió a pronunciar otra palabra. Se quedó observando las anchas espaldas de Norfolk, cuando se retiró del estudio, con el diminuto papel con la dirección escrita del supuesto amante de Grace.

Tras el desagradable momento, Desmond regresó a su hogar. Citó a Douglas en su despacho para resolver la situación de los asaltantes que seguían cautivos. Con el objeto de llevar a cabo su cometido, emitió una orden.

—¿Liberar a los infelices? —preguntó Douglas.

—Lo que escuchas. Déjalos ir. No van a denunciarnos sin quedar implicados en un delito. No van a hablar, y me interesan más vivos que muertos. Tengo sospechas de quien está detrás

del ataque, pero necesitamos comprobarlo.

—A sus órdenes, excelencia. Los seguiremos como a tres conejos. Tiene razón, correrán directo a la madriguera.

—Investiguen también esta dirección. Estoy convencido de que la persona dueña de este inmueble se relaciona con el asalto.

Capítulo 29

Lady Abbott no tardó en arribar a Clearwater, las niñas la recibieron con efusión. Fue una larga bienvenida. Llegó justo a tiempo para el recorrido que el ama de llaves tenía preparado para Grace, la propiedad estaba decorada con un gusto exquisito. Las pequeñas también las acompañaron, hasta que terminaron cansadas y fueron a reposar en la habitación infantil.

Las damas acudieron al comedor para tomar los alimentos del mediodía. La sazón de la cocinera era tan estupenda que lady Abbott deseó en secreto robarla, pero jamás se servía de trucos tan bajos con sus conocidos.

Cuando quedaron a solas en el saloncito del té, mientras se ponían al día de cómo terminaron en esas circunstancias, la dama de más edad no pudo callarse.

—¿Puedo tutearla, milady, incluso ahora que será duquesa? —averiguó con una ceja arqueada.

—No tengo objeción —respondió a la expectativa—. Usted ya lo hacía, casarme con un duque no tiene que cambiar nuestra relación.

—Si te voy a tomar bajo mi manto como a Angelina, Elizabeth, Rose, Daisy, Isabelle, Annalise y Laetitia, más vale tener cierta autoridad sobre ti. De lo contrario, sería difícil que aceptases mis consejos. Cierta autoridad y también confianza.

—Oh, sigo sin tener objeción. —Tal vez otras personas tacharían a lady Abbott de petulante, para Grace, solo era divertida. Pero disimulaba la risa que le causaban sus palabras, sus expresiones y su tono para no avergonzarla. Para Abbott todo lo anterior se resumía en una palabra: autoridad. No la sacaría de su confusión—. Si desea regañarme, sírvase, milady. Estoy echando de menos el sermón de mi madre. Sé que me he tomado ciertas libertades. Quizás necesito que alguien me abra los ojos o me oriente si me he portado mal. —Trataba de sonar auténtica y sumisa, pero en el fondo estaba respirando para no reír. Era muy normal que la dama estuviese escandalizada por el comportamiento de Grace.

—Por Dios, Grace, no quiero juzgarte. Pero, el partido más formidable de la temporada pone sus ojos en ti y sucumbes ante su encanto. Una dama debe poner ciertos límites, marcarlos con énfasis es un acto de supervivencia. ¿Consideras que has tomado la mejor decisión? ¿Por qué no seguir los pasos de un cortejo? A mí no me engañas, muchacha. Ese hombre no te ha

encerrado aquí para protegerte como un lobo a su loba, si no tuviese fuertes motivos. ¿Te has rendido ante su vigor?

Grace se llevó una mano a la boca para no estallar en carcajadas. Adoraba la forma en que la dama eludía decir las cosas por su nombre, producto de su educación. Justo como le ocurrió a ella hasta que Desmond la abdujo a su mundo de tentación, deseo y placer.

—Podría resumir que tiene mi corazón en sus manos.

—No lo dudo ni lo repruebo, pero resistirse o fingir que te resistes es la única forma de mantener a un semental como Norfolk bien sujeto por las riendas. Si te entregas a su hechizo, el matrimonio no será el destino. Hombres poderosos como Norfolk adoran tener a una viuda para que satisfaga sus necesidades viriles, es menos arriesgado que corromper a una virgen. Esto último termina en duelo o matrimonio si la dama es de familia noble.

—Le seré honesta y espero que no se escandalice: no pude resistirme.

Abbott la miró a los ojos y en su boca se dibujó un pequeño círculo, no hizo falta una explicación detallada para entender a qué se refería la condesa con «No pude resistirme». Se abanicó con efusión y guardó silencio un par de minutos.

—En ese caso, de qué sirve lamentarse, el daño está hecho. Si es que puede denominársele daño. No te veo lastimada, ni afligida, todo lo opuesto. Jamás te había visto tan lozana y rozagante, salvo por las lesiones del ataque en la galería. Supongo que el duque te trata de maravilla. —Abrió muchos los ojos para dar a entender su doble sentido, sin tener que ser más específica.

—No tengo queja alguna de su trato. Podría añadir que nadie me ha cuidado así jamás y es una razón importante para aferrarme a la esperanza de que nos irá estupendo. Él me ha propuesto matrimonio.

—¿Sabes a quién enfrentas? —Volvió a abanicarse—. La reina no podrá negar que hice mi trabajo, el duque ha conseguido comprometerse antes del fin de la temporada. Lo que no sé, es si estará de acuerdo con mi magnífica elección.

Uno de los lacayos interrumpió la valiosa conversación para avisar que dos carruajes habían arribado. No tardó en anunciar al selecto grupo que hizo acto de presencia. En breve todas estaban rodeándolas, mientras traían un nuevo servicio de té para la visita.

Las protegidas de lady Abbott llegaron a excepción de Annalise, ninguna quiso provocarle un sobresalto a pocos días del nacimiento de su primogénito. Trajeron noticias de cómo se encontraban ella y el niño.

—Querida prima, Elizabeth no tardó en avisarme de la petición que Norfolk le hizo a lady Abbott y aquí estamos todas para solidarizarnos —comenzó Rose—. Además, el ataque en la galería aún me tiene desconcertada y llena de angustia. Gracias a Dios que tu padre apareció para salvarte.

—Sí, perdóname por contárselos, Grace. Quizás debí consultarte, pero me dejé llevar por la emoción —dijo Elizabeth—. Mi única intención es apoyarte. Hemos conversado al respecto, todas estamos muy asustadas por el rapto y el ataque en la galería con nosotros a unos pasos. ¿Quién estará escondido detrás? Es algo de lo que su excelencia se está ocupando, incluso ha asegurado que no necesita la ayuda de nuestros esposos, quienes están dispuestos a apoyar. Sin embargo, hay algo en lo que nuestra contribución, como damas respetables puede ser fundamental. No solo cuentas con el respaldo de mi tía. Cada una de nosotras emitirá juicios a tu favor si algún rumor se sale de control y pretende arruinar tu reputación.

—Como tu prima, puedo quedarme en Clearwater para asegurar tu honorabilidad —se ofreció Daisy, quien le tomó la mano en un gesto lleno de cariño.

—También yo puedo acompañarte aquí. Como cuñada de Norfolk y tía de las niñas estará justificada mi permanencia y alejará habladurías —propuso Laetitia.

—Agradezco tanto el apoyo. —Estiró sus manos para darle un cálido apretón a cada una, las que también se acercaron para estrecharla. Una lagrimilla se le escapó, jamás tuvo tanto cariño. Antes de la boda, no solo era cercana con sus hermanas, con sus primas, gozaba de la calidez que brindan los lazos de amistad. Pero su esposo la alejó de sus amigas y solo le quedó la familia. El mimo al alma que ellas le brindaban le reafirmaba que sus decisiones eran correctas.

—Yo también quiero llorar —dijo lady Abbott haciendo un puchero—. Y tienen que ver el hermoso anillo que le ofreció el duque para sellar su petición de matrimonio.

—¿Y usted cómo lo sabe? —preguntó Grace asombrada.

—Él me lo contó cuando me acompañaba al carruaje. ¿Crees, niña mía, que de otro modo iba a prestarme a andar de alcahueta a mis años? Necesitaba estar segura de que no sería solo una pasión del momento, le hice jurarme que iba a desposarte por todas las leyes existentes. Y él me dio su palabra.

—¿Se te ha declarado? —preguntó Rose con una sonrisa.

—¡Oh, por todos los príncipes ardientes y malditos de los tórridos romances que leo! ¡Vas a casarte! ¡Y ahora sí por amor! ¡Y qué amor! Cuenta los detalles —se le escapó a Daisy y cada una de las damas se le quedaron mirando absortas. Después rieron a la vez—. Por Dios, dime que

ese semental ya te libró de tu condena de mojigatería impuesta por el cruel destino. ¿Has probado las mieles del éxtasis? Estoy segura de que el duque no es quien se esfuerza en aparentar. Norfolk, a veces frío como el hielo; otras, volcán en erupción.

—¡Daisy! ¡Condesa de Pembroke! Esos modales son de lo más deplorables —la regañó lady Abbott con la mano en el pecho—. Las sales, traigan las sales.

—Tía, Daisy solo está feliz. Se ha emocionado demás. No la censure por un comentario destinado a bromear entre amigas. Al contrario, siéntase honrada, le tenemos tanta confianza que la consideramos una de nosotras. No nos moderamos en su presencia.

—No sé si sentirme enaltecida o escandalizada —aportó la dama—. No me honren tanto, no compartimos edad. No estoy para estos trotes.

—¿Vas a casarte? —preguntó Laetitia feliz.

—Perdón, no quise develar el compromiso antes que Norfolk y tú —continuó pensando lady Abbott.

—Tranquila, lady Abbott. Aún no es oficial —aclaró Grace—. Será un poco complicado. Aún tenemos que tomar una decisión con respecto a mi luto. Pero está bien que lo sepan mis amigas.

—Muchísimas felicidades, querida Grace, como dijo tu prima por todos esos protagonistas insuperables de los libros que Daisy y yo leemos, ya era justo que te tocara uno que haga muy felices tus días —añadió Isabelle muy conmovida—. Bienvenida a la familia, aunque no es oficial, ¿se lo puedo decir a Kilian? Le encantará saber que su primo ha caído en las redes del amor.

—Supongo que sí, en realidad, no hemos podido decirle a nadie —explicó Grace.

—Quiero ver la cara de Edgar cuando llegue con la noticia. Se pondrá contento y se asombrará a partes iguales. Sobre todo, por enterarse por mí y no por la boca de su hermano. ¿Debería callarme y no adelantarme a Norfolk? —inquirió Laetitia muy indecisa. Sabía que ni Edgar ni Norfolk se disgustarían con ella si revelaba lo del compromiso, pero había un orden para las cosas, uno que lady Abbott se saltó por completo.

—No creo que Norfolk se moleste si le dices. —Grace dio su aprobación.

—Ni yo tampoco —dijo Laetitia—. Además, sería una tortura callarlo.

—Todo ha sido muy precipitado —confesó Grace—. Él me rescató de esa situación tan horrible que viví, creí que mi final estaba cerca y que iba a ser muy trágico. Gracias al Creador,

Norfolk apareció como enviado por mi ángel de la guarda y me rescató. Después el incidente en la galería, aunque mi padre me salvó, el malvado huyó cuando escuchó los gritos de Norfolk buscándome.

—¡Es tan romántico! —Isabelle suspiró.

—Me propuso matrimonio y después me trajo aquí para protegerme en lo que averigua quién está detrás de mis asaltos.

—Es como dicen mis amigas, una historia increíblemente apasionada —concluyó Angelina—. ¿Quién lo diría del duque? Todo un héroe al rescate de su futura esposa. Recibe mis enhorabuenas, Grace. No pensemos en todo lo triste y fatal que pudo haber ocurrido. Unamos esfuerzos para que este compromiso, que tiene todo nuestro respaldo, salga airoso. Hay que planear una boda y nada me emociona más que eso. Primrose Palace es el escenario perfecto.

—No sé cómo le diré a Jacob —admitió Grace—. Hay ciertas partes que tendremos que obviar. Mi primo no aprobaría mi estancia en Clearwater sin estar casados.

—No te preocupes, de mi hermano nos ocupamos nosotras. —Rose la tranquilizó.

—Por supuesto —aceptó Daisy en total complicidad—. Nos haremos cargo.

—Hay algo que no entiendo. —Volvió lady Abbott al ataque—. Daisy, ¿por qué dijiste que Grace se libró de la mojigatería? Lleva tan poco tiempo de viudez.

—Perdón, Grace, quizás fui demasiado lejos. Me emocionó tanto la noticia —reconoció Daisy.

—Supongo que con lo de mojigatería y «librarse» te refieres a la comparación de la fuerza y vigor de un hombre en sus mejores años, en comparación con los de un caballero mayor. —Abbott intentó de entender—. Y más tratándose de su excelencia, era imposible que ese hombre continuase solitario otra temporada.

—Es una forma de verlo —concluyó Grace para no alarmar más a la dama, y dejar atrás ese episodio de su pasado, del que ya no deseaba recordar.

—Después de todo, parece que cumplí con las demandas de la reina. Norfolk se comprometió antes de concluir la temporada. Solo que no me siento preparada para ponerla al corriente.

—Tranquila, lady Abbott, saldremos juntas de la situación. Además, a estas alturas, Su Majestad ya debe tener conocimiento de que fui la acompañante de Norfolk en la subasta.

—En eso tienes razón.

Todas compartieron miradas cómplices y sonrisas. El resto de la tarde en compañía de las damas fue formidable, echaron de menos a Annalise, pero la irían preparando para darle la noticia y que no la recibiera de forma abrupta. También era una de ellas.

Capítulo 30

Cuando esa noche, Grace reposó la cabeza sobre la almohada se sentía cansada, pero su corazón latía tan rápido que creyó que no iba a poder cerrar los ojos en toda la noche. La emoción de ese día fluyó de un sobresalto tras otro.

Iba a casarse, quizás en un año —aunque Norfolk no quisiese esperar—. Pero iba a casarse con alguien con quien tenía una oportunidad verdadera de amar y ser amada, así como de construir una familia. Y estaban esas adorables niñas. Algo que siempre añoró. Tendrían más hijos, su anhelo de ser madre de una familia numerosa se estaba haciendo realidad.

Por suerte, la doncella insistió en llevarse a Darcy para que Grace pudiese descansar. Como el perrito aún se estaba acostumbrando al entorno, cualquier sonido nocturno lo ponía en alerta y la despertaba.

Un ruido la previno sacándola de sus reflexiones de ensueño, era el accionar del picaporte. Los ladridos de Darcy habrían sido de ayuda en ese momento. Un escalofrío la recorrió por la espalda. Se sentó de golpe asustada y toda la ilusión que sentía se congeló en su pecho. Estaba volviendo a ocurrir... Justo así sucedió el día que aparecieron los secuestradores y la arrastraron al carruaje. «No, no no», negó para sus adentros.

La puerta cedió con un crujir que le pareció espantoso por el origen de sus miedos. Apretó las sábanas de algodón bajo sus palmas con toda su fuerza para reprimir un grito. Lo primero en lo que pensó fue en las hijas de Desmond, en la seguridad de cada una. Esperaba que, si esos hombres malvados venían por ella, no lastimasen a las niñas.

¿Los secuestradores estaban relacionados de algún modo con Wyatt? ¿O las agresiones próximas en el tiempo eran casualidad? Debió decirle, debió dejar de ser una cobarde, enfrentar las consecuencias.

Entonces, vio a Desmond parado en el umbral, mirando en su dirección y el alma le volvió al cuerpo. Suspiró llena de alivio y soltó las sábanas. Solo quería correr y abrazarlo. Era una locura. ¿Por qué imaginó lo peor? Al parecer, los eventos sufridos le dejaron secuelas, secuelas que anhelaba que el tiempo le ayudara a sanar.

—Oh, amor, eres tú. —Sintió un poco de vergüenza por llamarle así, pero no se dejó vencer por la timidez. Abandonó el lecho y caminó en su dirección, aguantando las ganas de cubrir el

espacio a largas zancadas y trepar de un salto en su cintura, para abrazarse al torso fuerte y poderoso de Norfolk, que le aseguraba protección—. No pensé que vendrías tan rápido. ¿Volverás a irte?

Él lucía huraño, no recordaba que en las últimas horas que pasaron juntos hubiese tenido el semblante de esa manera, con el trato cercano se había vuelto más afable con ella.

—Aún no he atrapado a tu enemigo. —Insistía en referirse así al autor intelectual, detrás de los atacantes.

Ella aún dudaba que los eventos estuvieran conectados. Se decantaba por el robo como motivo del primer incidente y al estar la casa vacía, la raptaron para tratar de pedir dinero por el rescate. En cuanto a lo segundo, solo fue Wyatt mostrando su verdadera faz. Situaciones aisladas.

—¿Pasa algo malo? ¿Estás tan serio? —Se detuvo frente a él, con los brazos a lo largo del cuerpo, inmóviles. Se contuvo el deseo de abrazarlo.

—Necesitaba verte —murmuró en una exhalación y la necesidad fue tan evidente en su expresión, que ella pensó que algo sucedía, pero que no se atrevía a decirlo.

—¿Seguro que todo está bien?

—Vamos a la cama —susurró tomándola de la mano y conduciéndola de regreso.

Mientras ella volvía a acomodarse, Norfolk comenzó a desnudarse hasta quedar como Dios lo trajo al mundo. Grace admiró cada palmo de piel lustrosa y nívea, iluminada por el haz de luz de la luna llena. El duque había sido dotado de una envidiable anatomía y gracias a que era enérgico practicando deportes, le sacaba el mejor partido a su físico.

Ella se quitó la bata, quedando solo en el delicado camisón y lo recibió bajo las mantas tibias. Desmond permaneció junto a ella, mirándola a los ojos, los de él lucían más grises que azules en la oscuridad.

—Parece que vas a preguntarme algo, Desmond, pero no te decides —insistió con la intriga corroyéndola.

—No, no —soltó como si deseara convencerse a sí mismo. La envolvió en un abrazo protector y le besó la frente. Después la arrancó de las sábanas en un rápido movimiento y la subió sobre su torso. La desnudó con ternura, mientras no dejaba de perderse en la mirada cálida de Grace—. Te pediría que me hagas el amor, si no fuera porque... Creo que, tal vez, estás muy adolorida para soportarlo. Para ser tu primera vez, no hemos descansado entre una y otra ocasión. No pretendo desgastarte, pero tras un largo periodo de abstinencia y de encontrar lo único que

me apetece, siento que aún no me logro saciar de ti. —Sonrió con malicia. Buscó su mano y entrelazó los dedos con los de la mujer.

—¿Y me lo dices así, sin nada de ropa, con tu erección golpeando el interior de mis muslos? No te veo muy reticente —replicó con sarcasmo—. Culpemos a la abstinencia y a la novedad.

—No puedo controlar la erección y menos el palpitar de... —Sonrió, al fin, sin terminar la frase. Ella lo hizo reír.

—Eres un tramposo, Desmond. Coqueto, seductor. Pero, en tu favor añadiré que te entiendo. Me siento exactamente igual que tú, no sabía lo que me perdía. Es imposible refrenarme, solo quiero estar debajo de tu cuerpo. Ahora mi apetito por ti es insaciable, no puedo detenerme.

—¿Entonces, lo hacemos de nuevo? —Jadeó listo para la acción. No podía disimular que se le hacía agua la boca, su virilidad agujijoneaba la piel de las piernas de Grace.

—Eres un endemoniado seductor, con esa petición inocente, pero cargada de... Me ofreces la manzana del pecado original. Si lo hacemos muy suave, creo que podré soportarlo.

La tenía entre sus brazos, el calor de su piel bajo la suya, su agradable aliento rozándola, la rudeza de sus pectorales contra la suavidad de su pecho, la dulzura con que le estaba hablando. Elementos que Grace no podía rechazar. La tenía por completo hechizada.

—¿Suave? —reflexionó el hombre—. Soy experto en hacerlo muy delicadamente —ofreció muy dispuesto—. No vas a arrepentirte.

—Oh, por Dios, Desmond, tampoco puedo controlar mi deseo, pero temo que terminemos los dos en carne viva.

—Ven —insistió—. Tengo un ungüento maravilloso que hace milagros. Voy a darte la mejor cura.

La sorprendió tomándola por las nalgas intempestivamente y con firmeza. La arrastró con ternura hasta que la intimidad femenina quedó sobre sus tersos labios.

—Desmond... ¿Qué hac...? —No pudo terminar la frase.

Grace ahogó un gemido cuando la lengua tibia del duque comenzó a explorarla. Tuvo que sujetarse de los barrotes de cerezo de la imponente cabecera para no gritar. Él la alzó lo suficiente, clavándole los dedos en las posaderas, mientras obraba maravillas con su boca. La chupó con ansias y mordisqueó el nudo de nervios hasta ponerla a jadear.

—Oo-oo —exclamó entrecortadamente cuando la ágil lengua embistió su entrada con movimientos profundos, pero lentos.

Ya no pudo soportarlo más, se aferró con toda su fuerza a los barrotes hasta que dañaron sus dedos. Su piel, en especial la de su pecho y sus pezones, se erizó mientras un placer violento la atravesó. Sus latidos se aceleraron tanto que respiraba agitada, con dificultad. Un clímax arrebatador la arrasó entera. Incluso temió que su corazón se detuviera de golpe y para siempre. Él no cesó de lamer hasta que ella dejó de convulsionarse entre sus manos.

¿Ese hombre era consciente de su poder? Conseguía subyugarla, ponerla de rodillas, obligarla a suplicar... Haría lo que fuera con tal de volver a tener su boca pegada a su intimidad. Con tal de ser besada de ese modo tan incendiario, de ser mirada así, como a su única y absoluta deidad.

Sin pensar, soltó los barrotes, la madera dejó sus manos lastimadas. Trató de serenarse y recuperar el ritmo de su respiración. Sus sentimientos por el duque eran perturbadores e intensos, no estaba segura de si era sano entregarse así. Temió quedar en una posición vulnerable. Y, lo que más le preocupaba, era que Desmond parecía en una posición idéntica a la suya. ¡Por Dios! Ese hombre también perdió la cabeza, los dos enloquecieron de pasión al mismo tiempo.

Cuando se dio cuenta él se encontraba apoyado muy cómodo entre sus muslos. Adoraba tenerlo encima de su cuerpo. No dudó en atraparle los sensuales y rojos labios, y besarlo con ímpetu, con cada mano en una de sus mejillas. Un beso ardoroso y desenfrenado que terminó porque él comenzó a reír, sin poderlo evitar.

—Calma, calma, mi salvaje duquesa —la instó.

—¿Qué te da tanta risa, Desmond? —Ella seguía tan excitada... Quería cuanto antes la dura virilidad, que encañonaba su entrada, dentro de sí.

—Prometí que te iba a tomar muy lento, mujer, y soy un hombre de palabra. Cumpló mis promesas.

Grace sentía que se quemaba de deseos, ardía. Estaba tan encendida que la delicadeza quedó en un segundo plano. Necesitaba que la invadiera, que la embistiera con fuerza. ¿Pretendía hacerla suplicar? La mirada serena del duque la hizo confiar. Se abrazó a él lo más que pudo, completamente rendida, permitiéndole hacer y deshacer a su antojo.

Las manos de Desmond acariciaron su cuerpo, cautivándola con su toque. Después amasó sus pechos y se metió todo lo que pudo de uno en la boca, deleitándola con sus atenciones, sin descuidar a la contraparte. Y justo, cuando Grace creía que ya no podía de tanta necesidad, él

acarició la húmeda entrada con la punta de su hombría. Ella gimió, anhelante, urgida. Y él respondió a sus demandas. La atravesó de una estocada lenta, enterrándose hasta el final. Ambos suspiraron de alivio, lo anhelaban tanto como respirar.

—¿Mejor? —preguntó él con la voz ronca, provocándola, seduciéndola.

—Mu-cho me-jor. —Casi no podía hablar.

Se besaron sin prisas, mientras él impulsaba sus caderas con movimientos plácidos y cadenciosos. Ella creía que sí, que Desmond tenía razón, era experto haciéndolo suave... Y rápido... Al ritmo que al bendito duque se le antojase. Y Grace estaba fascinada. Se mordió el labio inferior, disfrutando de los lentos y enloquecedores embates. Entregándose sin reservas a esa danza alucinante, a sus besos, sus caricias... Su mente estaba embotada, lo único que podía anhelar era estar bajo su asedio, a merced de los deseos de ese hombre tan imponente, seguro y resuelto, que parecía tener el control de todo a su alrededor.

No podría aguantar mucho, su intimidad palpitante le avisaba que estaba muy cerca de tocar el cielo de nuevo. Y él, desafiándola a cruzar sus propios límites, lo tomaba con más calma cada segundo. Una calma desquiciante que ella no pudo resistir y la catapultó al orgasmo.

—¡Oh, Dios San-toooo! —gritó sin poder contenerse.

Grace se desarmó bajo su cuerpo en pequeñas convulsiones, lo recibió despacio, sin apurarse, sintiendo cada sacudida, cada estremecimiento... Le clavó las uñas en los fornidos hombros cuando el placer llegó al pico más alto.

—Muy rico, ¿ver-dad? —Él soltó entrecortado, y no pudo seguir hablando. Un jadeo ronco abandonó su pecho y de una embestida se clavó hasta la empuñadura. Despacio, pero profundo, y lo hizo de nuevo, una y otra vez.

—Si sigues así, vas a matarme —se le escapó a Grace en una exhalación. Su intimidad palpitaba deshaciéndose de placer.

Otro clímax, más fuerte que el anterior, la inundó de deleite. Ni siquiera sabía que algo así se podía, pero fue lo más grandioso que experimentó. Perdida, deslizó las manos por la tersa espalda y se aferró a las duras nalgas del hombre cuando volvió a enterrarse sin piedad. Extasiada, gritó ante las últimas sacudidas de su liberación.

Él ya no pudo contenerse, lo enloquecía contemplarla así, desarmada por el apasionado orgasmo.

—¡Oh, diablos! —gruñó Desmond, mientras comenzó a vaciarse en su interior. También se estremeció de pies a cabeza. La abrazó con todas sus fuerzas al final y cayó rendido a su lado, sin

dejar de sostenerla.

—¿Es-to es re-al? —A Grace le faltaba el aire y su mente estaba fuera de sí. Él ni siquiera pudo contestarle, derrotado. Solo asintió y buscó su boca con desespero.

Se quedaron muy juntos y en silencio, recuperándose, sintiendo... Cuando ambos ralentizaron sus respiraciones, Grace, acariciando el brazo de Desmond, decidió abrirse y contarle lo que la inquietó a su arribo.

—Me asusté tanto cuando llegaste sin avisar. Creí que eran mis captores, que estaba sucediendo otra vez —confesó al fin, tan aliviada de que solo fuesen sus miedos.

—Siento haberte asustado. Estás a salvo, conmigo estás a salvo —le aseveró—. No voy a soltarte. Descansa, amor. —También usó esa palabra y ella sonrió emocionada sin que él se percatara.

—¿Qué sucederá mañana cuando despertemos? ¿Solo saldremos de la habitación como si estuviésemos recién casados?

—Si lo dices por tus sonrojos, tendrás que sobrellevarlo. Los sirvientes están entrenados para no interferir, son leales.

—Lo digo por lady Abbott —soltó sin darle vueltas y él bramó fastidiado.

—Demonios —masculló—. Olvidé por un minuto que yo mismo le pedí venir.

—La dama ha decidido ser nuestra cómplice, pero una cosa es acompañar a tu prometida en Clearwater en tu ausencia, para salvar su honor; y otra distinta es que le pidas que cierre la boca, ante lo que está fuera de su código moral. Digo, es lady Abbott. Hay licencias que no se puede permitir. Está aquí para velar por nuestro buen nombre y será la primera en reprendernos si continuamos rompiendo las reglas, por muy duque que seas...

—Eso ya me lo dejó claro, endemoniada mujer.

—No seas grosero —lo sermoneó—. Abbott solo hizo un paréntesis, perdonará ciertas libertades en nombre del amor, pero no la presiones o sacarás su lado más intimidante. No eres el primer aristócrata al que ha puesto en su lugar, un duque incluido. Ratificado por la duquesa de Weimar.

Emitió un gruñido de inconformidad, odiaba tener que limitarse por obedecer a alguien bajo su propio techo.

—Abandonaré la propiedad antes de que nuestra eficiente carabina despierte. No tendrá ni la más mínima sospecha de mi visita nocturna. Maldición. Quería ver a las niñas en la mañana.

—¿Puedes llegar en un horario menos comprometedor? Las pequeñas estarían felices de saludarte.

—En un horario más decente debo acudir al Parlamento para mis funciones. Infiernos — siguió blasfemando.

—¿Cuántas maldiciones pueden salir de esa boca, excelencia? ¿Olvida que está en presencia de una dama?

—Me frustra —continuó refunfuñando. Ella aguantaba su sonrisa, estaba fascinada de conocerlo en todas sus facetas—. Deseaba tomar un baño contigo al despertar y desayunar juntos en la cama.

—Oh, rayos. A mí también me gustaría. —lo imitó blasfemando y en el tono. Entonces fue él quien arrugó el entrecejo—. Imagino que sí, pero serían demasiadas libertades que no podemos tomar. Los sirvientes podrán no emitir juicio alguno; sin embargo, me importa lo que piensen de mí, más si seremos esposos.

La besó en la nuca con toda la intención de sorprenderla, a Grace se le erizó la piel que recubría la espina dorsal.

—Así te besaría mientras enjabono tu espalda.

—Desmond, al menos avisa —jugó—. Sobrarán las oportunidades de bañarnos juntos cuando estemos casados.

—Adoro que hables de nuestro futuro casamiento. Lo hace todo tan real, cercano... Mañana mismo pediré una licencia. Ya no tendré que entrar a hurtadillas a mi propia casa para hacerte el amor.

—¿Y qué más desea, su excelencia?

—¿Saber si mi ungüento «milagroso» hizo «milagros»? —Cariñoso y juguetón, la apretó más por la cintura.

Ella no pudo evitar estallar en carcajadas y llevarse la mano a la boca, avergonzada, de su escaso control. Giró entre sus brazos para poder mirarlo a los ojos.

—Me harás despertar a toda la casa, y a lady Abbott le dará un soponcio si te encuentra aquí sin nada de ropa.

—Oh, no, eso no sería bonito. Encontrarse a medianoche a lady Abbott con su gorro de dormir. Me espantaría el sueño.

—¿Eres mi Desmond? Estás muy gracioso ahora. ¿A dónde fue a parar mi duque estirado, distante y con semblante hosco?

—Mmm. Si no estuviera tan cansado te daría una respuesta ejemplar. Creo que solo evades contestar mi pregunta. ¿Continúo esperando saber qué te pareció mi remedio?

—Milagroso es, mi duque engreído. Jamás he recibido un tratamiento tan, pero tan revitalizante. Delicioso —resumió y se sorprendió de no sentir arder sus mejillas. Iba ganando confianza.

—Creo que pronto también necesitaré de ese ungüento —bromeó—. ¿Te gustaría? Quizás mañana en la noche vuelva a asaltar mi propia casa. Pero solo si te apetece...

—Oh, yo... Me encantará probar, intentarlo. —Sintió como su cara quedaba muy roja de golpe. Aunque trataba de sentirse confiada al tocar los temas de cama, él lograba ruborizarla. ¿Le estaba pidiendo con total descaro que cuando repitieran, fuese ella quien pusiese la boca en su miembro? Era algo nuevo, como todo lo que estaba viviendo, que le daba cierto pudor, pero que al mismo tiempo era muy excitante. No se comportó como una mojigata, arremetió—. Si me visitas mañana, puedo ofrecerte el ungüento «milagroso» que hace «milagros» —propuso y su tono ya no era jocoso.

—Oh, no sé cómo demonios me concentraré en la sesión del Parlamento con esa imagen en la mente. Desearé que anochezca cuanto antes.

—Tampoco sabré cómo sobrellevar la rutina del día esperando que vuelvas a visitarme. Aunque no soy experta, te garantizo que soy muy buena discípula. Siempre que me propongo aprender, me supero.

—No lo dudo, hermosa. Lo que quieras y puedas darme, será muy bien recibido, porque serás tú y eso es lo más importante.

—Hay algo más que necesito decirte. Mis amigas estuvieron aquí.

—Fui informado.

—Se enteraron de que me pediste matrimonio.

—¿Les contaste?

—Lady Abbott. Laetitia no sabe si podrá aguantarse las ganas de decirle a Normanby, que estamos comprometidos. No podemos dejar fuera a la familia. También debo informar a los míos. Mi madre tiene que saber, jamás le oculto mis cosas importantes. Jacob pedirá explicaciones. Mi primo es muy apegado a las buenas costumbres y no nos hemos portado

bien...

—No, pero el barón no tiene que saber los detalles.

—Y mi padre... Es complicado lidiar con mi padre. Sin embargo, si no ponemos en riesgo la reputación de mi familia, accederá a nuestro casamiento. De cierta forma, a su modo de ser ya nos dio la bendición.

—Jacob tiene mi respeto y sé que le costará entenderme, me iré con cuidado. Con respecto al señor Peasly... Aún no estoy listo para hablar de tu padre. —Fue honesto—. Tengo hijas y jamás las obligaría a casarse en contra de sus voluntades. Pediré tu mano como es lógico, sé que mi comportamiento con tu progenitor fue arrogante. Pero eso no significa que desee tener a ese sujeto en mi vida, y menos en las de mis criaturas. No puedo convivir con él como si no te hubiese condenado a una existencia miserable. Gracias a Dios, el anterior Worcester no pudo yacer contigo, porque si te hubiese forzado, no sé de qué habría sido capaz. Así que Ferdinand Peasly será tratado con muchas reservas por mi parte.

—Lo entiendo. También es muy difícil para mí lidiar con su carácter.

—Le agradezco que te haya salvado en la galería, pero eso no borra sus anteriores acciones.

—Lo sé.

—En cuanto a Edgar, no te preocupes, no le importará no enterarse por mí de mi compromiso. Te has ganado al mejor cuñado del mundo. Mi hermano es comprensivo, noble y con un corazón gigante.

—Es la opinión que tengo de él, me encantará añadirlo a mi familia. También a tus primos, tíos, todos. Hay algo más y que tiene que ver con Isabelle, la esposa de Sadice. Debo estar en Londres en tres días. Ella me ha convocado para una reunión junto a las otras damas. Organizará un encuentro con el propósito de decidir cómo usaremos los fondos recaudados para los niños de su biblioteca. Le he dado mi palabra, deseo colaborar. ¿Mi encierro cuánto debe durar?

—No eres prisionera, tampoco estamos en el fin del mundo. Puedes ir y regresar el mismo día, pero escoltada por mis hombres. Me encanta que te preocupes por los demás y que lo hagas de corazón. —Pegó su boca a la de Grace y ofreció poco a poco el alma en ese beso. Ni siquiera era consciente del nivel de entrega que ponía en cada movimiento de sus labios, en cada suspiro, en la fuerza con que la abrazaba hasta sentir que no quedaba un resquicio entre ellos. Desmond solo se rendía, no analizaba sus sentimientos, no podía, jamás se sintió así, tan comprometido.

—Si mañana cuando huyas al alba, estoy dormida, deseo que tu día sea próspero y que estés de regreso pronto.

—Te robaré un beso antes de marcharme, para recordarte hasta que te pueda volver a besar
—dijo y adormilado, exhaló hondo. Se le cerraban los párpados, hacía tiempo que no sentía tanta felicidad.

Capítulo 31

El secretario trajo más documentos para firmar, Norfolk gruñó. Llevaba tres días sin verla, y sentía que se asfixiaba. Las sesiones del Parlamento ocuparon sus mañanas, los asuntos eran polémicos y requerían de su participación, le fue imposible descuidarlos. Después estaba Worcester agotando su paciencia, aunque se negó a continuar brindándole su ayuda, la reina presionaba. Era el único motivo por el que seguía al tanto de su frágil e insostenible situación económica. Los acreedores se fueron sobre las joyas y las obras de arte del condado, e hipotecó sus propiedades para obtener una suma que frenara el cobro del siguiente pago de sus deudas. No iba a sobrevivir al mes próximo, porque, además, el insensato no se rendía, seguía apostando. Aún confiaba que tendría un golpe de suerte que resolvería su situación.

Sus investigaciones rindieron frutos, ya sabía a quién le pertenecía la propiedad del amante de Grace, y sus hombres también siguieron con éxito a los conejos hasta la madriguera. Pero, antes de que estos alertaran al verdadero enemigo, volvió a atraparlos, y los exprimió hasta que tuvieron que obligarlos a callar.

Norfolk sentía que su cabeza iba a explotar con lo descubierto. Su instinto no lo defraudó. Ahora debía ocuparse de poner todo en su lugar.

Firmó tras leer y analizar cada escrito y salió en carruaje hacia el banco donde el inepto de Worcester estaba a punto de perderlo todo.

El dueño del establecimiento lo esperaba. Tras Norfolk solicitar un encuentro, aquel no se pudo negar.

—Su excelencia, es muy grato tenerlo por aquí —le dijo el hombre entrecerrando los ojos, estudiándolo. Los aristócratas solo lo buscaban cuando necesitaban sus fondos.

A Norfolk su rostro se le hizo familiar. Su secretario, quien lo acompañaba y solía ponerlo al tanto de todos los pormenores de sus contrapartes, cuando establecía tratos comerciales, le dio durante el viaje en carruaje algunos datos importantes.

Bill Wyatt era americano más por crianza, pues nació en Inglaterra y emigró con sus padres siendo un niño. Los Wyatt se asentaron en Nueva York donde su fortuna creció de modo exorbitante. Años después, siendo un próspero banquero, volvió a Londres consolidado con fuertes inversiones y recursos a ambos lados del mar. Un sujeto destacado en la sociedad

americana y que se fue abriendo paso en la aristocracia británica debido a sus conexiones con Worcester hijo y padre.

—Vengo a negociar en nombre del conde de Worcester. Si es que aún existe una posibilidad.

—¿Su excelencia, se refiere usted a mi querido amigo el conde de Worcester? También estoy al tanto de su situación y pretendo colaborar, pero se me está saliendo de las manos. El problema con el muchacho es que cada vez que solicita una suma importante no hace buen uso de ella, sucumbe ante el juego.

—Y eso lo endeuda más con usted porque no paga lo que debe.

—O con usted, estoy enterado de los pormenores, ya sé que compró varias de sus deudas. Sin embargo, los acreedores externos son los que más lo presionan. Temo por su vida, ya no sé qué hacer para rescatarlo.

—No actúa usted como un banquero.

—Solo soy generoso con quienes me agradan. Worcester padre me abrió las puertas a las altas esferas de la nobleza, un círculo muy cerrado para mí, a pesar de mi amplio poder económico.

—¿Y supongo que, tras el largo luto, que a la condesa le corresponde guardar, pretendía casarse con ella para ayudarla? Confesiones de su querido amigo, tal vez no soy muy discreto —exageró, aún ataba los trozos de información obtenida con lo contado por Worcester—. Eso elevaría su estatus. Se erigiría como el salvador de lady Worcester y, por ende, de su hijastro, su prometida y su familia. Adquiriendo unas condiciones envidiables. No habría puerta que se cerrase a su paso.

—No sé de qué está hablando. —No esperó esa sinceridad. Los nobles no tocaban determinados temas de manera tan directa. Es más, los eludían. Se mostró reservado, pero a la defensiva.

—Así como a usted no le gustan las sorpresas, a mí tampoco. También hago mi tarea antes de elegir mis contiendas.

—¿Qué desea? —Lo desafió, mirándolo a los ojos, ya sin intenciones de irse por las ramas.

Norfolk trató de no mostrar sus emociones, ni lo que esas palabras le provocaban. Averiguar que la dirección escrita por el secretario de Worcester conducía a una propiedad de un dueño desconocido no fue un impedimento. Usó muy bien esos tres días para desentrañar a quién le pertenecía. Cuando descubrió que era de Bill Wyatt, quien se encontró con Grace a la tumba

de los pies de su esposo, todo comenzó a cobrar sentido.

En un inicio, mandó a sus hombres a averiguar la identidad del individuo y dedujo que la discusión con Grace versaba sobre las deudas de Dalton. Tras saber que la propiedad donde ella se encontró varias veces con su supuesto amante le pertenecía, comenzó a temerse que estaban conectados de otra forma.

También era la razón por la que llevaba tres días sin verla, deshaciéndose en carne viva por dentro, pero sin reunir el valor de mirarla a los ojos y realizar las preguntas que lo incineraban.

Esperó con la paciencia hirviendo que Wyatt negara el vínculo, era su última esperanza. Que no corriera a Clearwater a interrogarla no significaba que se quedaría cruzado de brazos. Necesitaba saber la verdad y era muy eficaz en encontrarla.

—Señor, ya que está tan eufórico por contentar a la dama, le propongo un trato. Le venderé las deudas de Worcester que tengo en mi poder. A un precio que no podrá rechazar. Usted quiere tener a Worcester en sus manos, para jugar al héroe al salvar el condado y yo no tengo objeción alguna en que se lleve todo el mérito. Quizás hasta se gane los favores de la reina. —Dio una fuerte estocada. Era una carnada que un hombre, ambicioso de estatus, como Wyatt no podría resistirse a morder—. Su Majestad quiere rescatar ese condado. Es muy antiguo y apreciado por la Corona. Me encomendó la tarea, pero se escapa de mis manos. Quizás el conde necesita a alguien más hábil en los negocios que un servidor.

Los ojos de Wyatt no estaban en su adversario, miraban la superficie de su escritorio de maderas nobles. Levantó la vista y su blanco fue Norfolk. El banquero lucía como un astuto zorro.

—¿Pretende que yo salve a Worcester? —indagó también sereno.

—Le cederé el honor.

—¿Y quién rescatará a lady Worcester de su suerte? —Le clavó una mirada sagaz—. ¿Un servidor o el acompañante de la dama durante la subasta?

—¿La quiere por las estupendas conexiones que ese matrimonio va a brindarle o hay un sentimiento más profundo? —La malicia era evidente en la agudeza del gesto del duque.

—Supongo que la guerra por la mano de la condesa la ganará el rival más fuerte —aceptó Wyatt—. Y ese, indudablemente, es uno de los duques más poderosos y ricos del reino. No sé si, sin el incentivo del matrimonio conveniente, aún me siento en la disposición de ayudar a Worcester a salir de la cloaca donde ha decidido hundirse. Un hombre que ha perdido la batalla contra el vicio de las apuestas no es una inversión segura.

—Aún tendría el favor de la reina. Y con su economía, podrá desposar a alguna dama que corresponda con sus expectativas.

—Debería ofenderme por sus insinuaciones. Mi interés por la dama era genuino, aunque no despreciaba que viniese emparentada con un conde.

—Viuda —le recordó.

—Me toma por un arribista y me ha costado mucho esfuerzo llegar hasta donde estoy, excelencia.

—Pero nunca es suficiente, ¿verdad? Aquí están los pagarés. Haré la oferta una sola vez. De todos modos, estoy dispuesto a deshacerme de estos en el menor tiempo posible.

—¿Cuáles son sus intenciones con la dama? —exigió Wyatt y Desmond odió que se sintiese con derecho de realizar la pregunta—. Si ya se cansó de disfrutar de sus atenciones, yo seguiría dispuesto a rescatar al conde.

—He venido a negociar la deuda de Worcester, no a discutir mis asuntos privados.

Wyatt tensó la mandíbula. Servir a la reina era una tentación casi irresistible, un golpe de suerte que no esperaba. Quizás a futuro, ese acercamiento le mereciera obtener un título por mérito propio. Dinero le sobraba para hacer favores y donaciones de peso. Pero también quería recuperar a Grace. Manejar a Worcester como a un títere y estar desde las sombras a la cabeza del condado, era un premio que merecía, había trabajado para ganarlo. Todas esas conexiones y poder que vendrían añadidos... Sin embargo, el duque era un enigma. ¿Qué debía hacer?

—¿Dónde tengo que firmar?

El secretario de Desmond le extendió los documentos. Era tanta la devoción de Wyatt por el condado de Worcester y los favores que ese aristócrata le conferiría, siguiendo los pasos de su padre, que no le importaba desembolsar una fuerte suma con tal de seguirlo usando para introducirse en el círculo de la nobleza.

—Gracias, señor —dijo el secretario y guardó los papeles en un cartapacio.

—Grace será mi esposa —soltó Norfolk ya sin tapujos—. No se le vuelva a acercar.

Wyatt no pudo disimular la rabia que reverberaba dentro de sus venas. Su rostro se volvió tan transparente. Sin embargo, respiró hondo y trató de no reflejarlo en el tono de su voz.

—Algo más, su excelencia —arremetió Wyatt cauteloso, como un animal ponzoñoso que aún no muestra su veneno, pero que está listo para atacar—. Se lleva a una hembra espectacular, la más bravía yegua de la manada. La quería para mí, pero supongo que ante un duque estoy en

desventaja —continuó con el odio brillando en su expresión. Desmond estaba crispado, pero aguantó sin mostrarlo—. Es una suerte haberla probado antes de que usted posara sus ojos en ella. Se nota que le gustó lo que obtuvo de mí, la dejé ebria de gozo y sedienta por más. ¿No se pregunta por qué lo abandonó en las butacas de la subasta? Tuvimos un encuentro ardiente. Supongo que fue la despedida, y que tendré que conformarme, aunque no le cerraré las puertas si desea volver por más. Por muy duque que sea, yo soy un pésimo perdedor...

La paciencia de Desmond colapsó, su puño ya estaba estrellándose contra el fanfarrón rostro de Wyatt para obligarlo a callar. Acto seguido asestó otro puñetazo.

El banquero no se cruzó de brazos, también ardía en deseos de vengarse del hombre al que responsabilizaba de la lejanía de Grace, sin reconocer que él mismo se lo había buscado. Intentó defenderse, pero no pudo contra la ferocidad de Norfolk que golpeó repetidamente la cara de Wyatt, liberando la furia que reprimía la mayor parte del tiempo. El canalla creyó que tenía las de ganar, pero jamás previó la contundencia y la rapidez de los golpes del duque, que como avalancha lo abatieron hasta dejarlo sin fuerzas.

Cuando Desmond comprendió que el sujeto ya no podía dar batalla, lo sostuvo por la camisa y le gritó:

—¡Grace es una dama, la va a respetar incluso cuando yo no esté presente! —Los dedos de Desmond apretaron con una fuerza despiadada los labios de Wyatt hasta hacerlos sangrar—. En tu boca, no estará nunca más su nombre, ni siquiera para alabarla. Y recuerda, tengo ojos y oídos por todo Londres, por eso he llegado hasta ti. Y no dejaré de cazarte como a una alimaña cada vez que intentes clavarme tu ponzoña.

El secretario salió tembloroso en busca de Douglas y Mark, y cuando estos llegaron, los guardias del banco ya los estaban separando. Así que protegieron al aristócrata para que pudiese retirarse sin más contratiempos.

Capítulo 32

Tras deshacerse de los pagarés, y con ellos del destino del conde, Desmond acudió a Palacio e informó la reina del desenlace. Su odio por Worcester era cada vez más acuciante. Incluso, sentía reverberar en su interior el placer ante la posibilidad de que aquel quedara en la ruina. Deseaba con fervor que Wyatt lo traicionara, y su instinto le decía, que ese conde no tendría salvación.

La monarca estaba exaltada, no solo por la forma abrupta e impropia en que el duque se presentó ante su autoridad. Lucía desaliñado como si hubiese salido de una trifulca. Pero lo que más la indignó fue escuchar de su boca su resolución. Lo observó, largamente, conteniendo su ira, mientras él hablaba. Cuando terminó de exponer sus motivos, ella dio su impresión.

—Norfolk, usted no solo se retracta de ayudar a Worcester; parece dispuesto a hundirlo. — La mujer no estuvo conforme.

—Su Majestad, me niego a seguir mediando a favor del conde. Asumiré las consecuencias y minimizaré las repercusiones para usted o su familia, como de costumbre.

—Usted ha sido uno de mis duques más leales por mucho tiempo. Jamás objetó el más mínimo requerimiento, ni siquiera cuando le aconsejé a su madre con quien casarlo. Parece que, como todo mortal, tiene sus límites.

La miró con seriedad. Su lealtad, su eficiencia y su discreción le valieron los favores de la monarca y su estima. Siempre la defendió, incluso ante sus detractores; no obstante, su fidelidad tenía reservas.

—Entiendo que se opone a presenciar la ruina de un título que aprecia, Majestad. Pero voy a decepcionarla.

—Entonces, no es necesario que diga más. —La reina lo despidió sin derecho a réplica, era la primera vez que la defraudaba.

Norfolk tendría que lidiar con las consecuencias de sus actos, de su desobediencia. Si perdía la gracia de la Corona iba a aceptarlo con resignación; pero no continuaría tratando de rescatar a un hombre que le repugnaba.

Cuando estaba por subir a su carruaje para regresar a su hogar, alguien lo llamó a sus espaldas, conocía la voz y no dudó en atender sus demandas.

—Su Excelencia. —La prometida de Worcester lo miraba de frente, con una expresión cargada de fe. Ella acababa de salir, esperaba el arribo de alguien. Una viuda joven que albergó esperanzas de una segunda oportunidad al lado de un caballero.

—Milady. —Recordó su atuendo desarreglado, producto de la pelea y trató de enmendarlo. Se pasó la mano por el cabello despeinado, intentando acomodar los negros mechones.

—Espero que su visita haya traído buenas noticias, excelencia. Worcester ni siquiera tiene permitida la entrada. Últimamente todos le niegan su ayuda. No sé en qué momento pasamos de la gloria al infierno. Perdóneme mi expresión. Pero cuando nos comprometimos todo era dicha. De pronto, comenzamos a hundirnos en un abismo. Mi familia me presiona para romper el compromiso con su protegido. Dicen que es inevitable que se hunda y no quieren que naufrague con él.

—Me temo que no traigo buenas noticias, milady. Yo... Ya no puedo hacer nada más por Worcester. Es la razón de mi audiencia. Me deslindo, ahora sí por completo.

En los ojos de la dama se reflejó una mezcla de decepción, frustración y tristeza.

—Supongo que algo podremos hacer, es uno de los condados más antiguos de Inglaterra — imploró. Sus ojos decían más que sus palabras. No quería darse por vencida—. No puede ser el fin...

—Quizás, él encuentre el camino. Deposité el asunto en manos de quien Worcester deseaba. Nunca se dejó ayudar, en realidad. Me arrepiento de asumir la responsabilidad. Pero tuve mis razones, tampoco soy inocente. Usted debería escuchar a su familia y seguir sus consejos, aunque con ello se le rompa el corazón.

—¿Y usted ha salido bien parado? —indagó fijándose en su estado y teniendo en mente las consecuencias de desairar a la realeza.

—Su Majestad se ha negado a dejar que terminara de explicarme. No puedo juzgarla. Teme que...

—Teme que yo haya sido indiscreta, y que en el pasado le haya confiado, a mi prometido, cuestiones altamente reservadas. Y que, a su vez, él cometa cierta indiscreción que ponga en peligro a la familia real, al reino.

—Lo sé y jamás le había fallado a Su Majestad. Estoy trabajando para amortiguar esas posibles consecuencias nefastas, si se diera el caso. No me deslindaré de ello, pero no a costa de salvar al funesto de Worcester. Lo siento, ahora mismo deseo que se arruine. Él me desagrada.

—No tiene que preocuparse por Su Majestad. Creo que usted no será el único en perder sus

favores. Mentí. En mi afán de conseguir la protección y el apoyo para Dalton, dije que quizás hablé de más, aunque tampoco lo aseguré.

—Suficiente para causar una alarma, milady.

—Le juro que jamás he repetido absolutamente nada de lo escuchado en Palacio o lo que se ha confiado a mi discreción. Hablaré con Su Majestad y admitiré la verdad. Ella necesita tener paz al respecto, y yo debo asumir mi castigo.

—Me quita un gran peso de encima. Lamento no haber podido servirle de más ayuda y siento que sus decisiones tengan consecuencias.

—Me las merezco, excelencia. Me he buscado problemas mayúsculos por él.

—Aún está a tiempo, su situación puede empeorar si no lo detiene. Un corazón roto por un mal amor puede sanar, pero si se casa con él, su vida entera será destruida. Nunca más volverá a tener tranquilidad. No es una buena persona.

Las lágrimas de ella se desbordaron y él detestó su propia franqueza. No era la primera vez que su sinceridad lo ponía en una situación similar. Norfolk le extendió un pañuelo, que ella tomó.

Los párpados empapados se levantaron y algo capturó la atención de la dama, que trató de limpiarse el llanto, sin éxito.

—Pero, ¿qué ha hecho?! —Escucharon una voz de hombre afectada y furiosa.

Worcester, la persona por la que aguardaba la dama, se aproximó a ellos en tromba. Sus facciones estaban contraídas y la furia se percibía en su semblante.

—Su excelencia no es responsable de mi llanto. Somos tú y yo los que debemos hablar —lo desafió la mujer que ya sufría las consecuencias de enamorarse de un irresponsable.

—No hablo de tus lágrimas, quejumbrosa, me refiero al caos causado por Norfolk. Sin embargo, mi futura esposa no debe mostrar su debilidad en público. Menos delante de mis enemigos —la maltrató con la palabra y a ella se le quebró más el pecho—. Por favor, danos espacio, mujer. El duque y yo tenemos que hablar y es una suerte haberlo encontrado aquí. Son asuntos que no pueden esperar.

—¿Dalton? —inquirió ella sollozando y llena de angustia. Lo desconocía.

—¿Qué?! Tus lamentos ante la reina solo me trajeron problemas. Norfolk el mayor de todos. Si no se hubiese entrometido en mi vida, estaría mejor, no lo dudes. Así que deja de quejarte y haz algo de provecho. No permitas que tu familia siga oponiéndose a nuestra boda.

Con tu asignación podrías sanear una parte de la deuda de las arcas de tu futuro esposo, tu futuro título. Si de verdad me quieres, ya deberíamos estar casados.

—¿Para eso pediste verme? —inquirió ella, llorosa—. ¿Para exigir que me ocupe de tus compromisos económicos una vez más?

—No voy a permitir que se dirija a una dama con esas maneras tan poco gentiles. Pídale una disculpa, de inmediato —exigió Norfolk, cada vez más convencido del paso que había dado al librarse de esa garrapata que le absorbía su serenidad.

—¿Cómo se atreve a vender mis pagarés a Bill Wyatt? —continuó el conde atacando a Desmond. Ignorando sus demandas con respecto a la fémina y las disculpas que le debía.

La mujer herida le lanzó una mirada adolorida, dispuesta a alejarse, negándose a seguir recibiendo tal humillación.

—He dicho que le pida perdón, y ahora lo hará de rodillas —exigió Desmond.

El duque tomó al conde con brusquedad por el hombro y lo obligó a hincarse. La presión que ejerció Desmond era tan fuerte como su indignación.

—Peeeeerdón —musitó Dalton muy bajo, tratando de liberarse del agarre.

Ella se detuvo, clavándole sus pupilas llenas de decepción.

Mark y Douglas ya se aproximaban a Norfolk para intervenir de ser necesario. Aunque sabían que su excelencia no necesitaba su auxilio contra un adversario, siempre estaban dispuestos a recibir sus órdenes de ser requeridos.

—No te perdono. Sacrifiqué mucho por ti y no estoy segura de querer pasar el resto de mi vida con alguien como tú. —Ella soltó de golpe, atribulada, llena de vergüenza, por haber sido maltratada de esa forma y, además, delante de otra persona—. Quizás todos los que me decían que debía olvidarte estaban menos ciegos que yo. No voy a enemistarme con mi familia por quien no vale la pena. Se ha terminado nuestro compromiso.

—¿De qué hablas, mujer? No lo dices en serio. En cuanto el duque desaparezca volverás a rogarme.

—Creo que estuve buscando la felicidad en el lugar equivocado —dijo la dama y se fue dejando a Dalton en manos del duque, que aún lo miraba con cara de pocos amigos.

Cuando el frufrú del enorme vestido dejó de escucharse y desapareció de la vista de ambos, Norfolk soltó a su oponente. Consideró un último favor para ella, no permitir que la sanguijuela de Worcester la continuara perturbando.

—¿Quién se cree? —lo enfrentó el conde.

Al duque ya no le importaba contestarle. Tenía algo más urgente qué hacer. La revelación de Wyatt sobre lo ocurrido con Grace lo estaba volviendo loco.

—Justo iba a verlo al salir de aquí, me ahorró el recorrido —dijo Desmond.

—Todo por la mujercita de cascos ligeros, mi madrastra —lo aguijoneó donde sabía que iba a dolerle, mientras se ponía de pie.

Norfolk no pudo ignorarlo. Lo miró desafiante.

—¿Quiere morir?! —rugió, pero su voz salió como el lamento de un león herido—. ¿Es lo que desea? ¿Huir de este mundo sin enfrentar sus deudas?

—Sigue cautivado por Grace —lo atacó con un tono irónico—. No le importa saber que ella le fue infiel a mi padre. Una mujerzuela, siempre es mujerzuela. ¿Cierto?

Esta vez Desmond lo agarró por el cuello y volvió a obligarlo a hincarse, quería verlo arrastrarse.

—¡No debería gastar mi aliento en responder! —gritó—. Pero me complace aclarar que Worcester padre no fue suficiente hombre para consumir el casamiento. Así que, para efectos prácticos, no es su madrastra. Ese matrimonio pudo ser anulado si su progenitor no hubiese sido un endemoniado indecente que le arruinó la vida a una joven mujer, privándola de sus derechos, quitándole la oportunidad de defenderse.

—Como sea, ella fue la amante del mismo banquero al que le vendió mis pagarés. Y, no contento con librarse de mí, le ha destrozado la cara. ¡Usted ha cavado mi tumba! —gritó ya sin importarle la ira del duque, el odio era mutuo.

—No, eso es obra suya y su vicio descontrolado —masculló Norfolk apretando tanto la mandíbula que le dolía. Se regodeaba en la derrota del otro.

—Arruinó mi título antes de yo recibirlo —murmuró con escaso aliento.

—Me ayudó, infeliz. Las deudas en manos de Wyatt son tan solo la mitad, usted le debe a medio Londres.

—Wyatt no va a auxiliarme, ha renegado de mi amistad. Era la última esperanza que yo tenía. Por su culpa, por su salvajismo, no quiere saber nada de mí.

—Lo lamento —celebró con ironía, y en su rostro la felicidad bailaba. Dalton no daba crédito a su descaro.

—Lo convenceré de retractarse. Wyatt cambiará de opinión cuando se recupere de sus lesiones y se le quite de la cabeza esa idea loca de regresar a América. Ahora lo ve a usted como un demonio invencible de puños de acero. Lo persuadiré para que lo enfrente, es un hombre muy acaudalado.

—Inténtelo. Tal vez, Wyatt no es un imbécil como usted. Sabe medir la fuerza de su enemigo, después de todo es sensato y ha decidido mantener el cuello sobre su cabeza. Aunque todavía no estoy seguro de desear concederle ese derecho.

—¿Se cree intocable, que puede amenazar sin consecuencias? Usted no es un caballero, un caballero no se rebajaría a batirse como dos criminales de los bajos fondos. Mi amigo el banquero y yo le asestaremos un golpe a su maldito ego. El gran duque de Norfolk, con la amante de...

Desmond soltó al malnacido y le calló la boca con un puñetazo, ya no pudo tolerar que se dirigiese así a la mujer que amaba.

—Sus palabras carecen de valor para mí, Worcester. No caeré en su sucio juego.

El conde se tambaleó producto del golpe, pero logró mantener el equilibrio porque el duque lo asió por el cuello. Aquel estaba tan cegado que se creía capaz de estrangularlo.

—¿Se quedará de brazos cruzados? Ni siquiera indagará sobre el pasado de esa inmoral descarriada. Pregúntele a Wyatt —siguió aguijoneando, no tenía respeto por su propia vida.

—Escúcheme bien. No tengo derecho a juzgar ninguna relación previa que Grace haya decidido tener, si fuera el caso. —Lo que decía lo destrozaba por dentro, pero aún se negaba a creer en lo que Wyatt aseguró que ocurrió en la subasta—. Lo único que me incumbe es lo que hará mi futura esposa de ahora en adelante. Me importa la lealtad que me guarda desde el día en que sellamos el pacto. Pero es algo que no es asunto suyo, milord.

Desmond entrecerró los ojos para ver cómo reaccionaba a su respuesta. Worcester era peor de lo que supuso en un inicio. Jamás le habría tendido la mano, de imaginar el hombrecillo pusilánime que se ocultaba tras su apariencia de lord.

—Una respuesta digna de un duque —barajó con sarcasmo. Sin el apoyo de Norfolk, de Wyatt y, por último, de su prometida, si todavía le podía llamar así, no quedaba quien lo ayudara. No tenía mucho que perder si expresaba su molestia a los cuatro vientos.

—Cuando lo interrogué sobre el secuestro de Grace, usted me aseguró que desconocía la identidad de quien dio la orden. Refirió que la necesitaba para que acudiese al banco a proporcionarle el dinero —hablaba en voz baja, respirando de tanto en tanto para calmarse—.

Los mentirosos me dan urticaria.

—¿En serio? ¿Ya informó a «mi madrastra» —enfaticó— que usted me dio el tiro de gracia al comprar las deudas y presionar hasta dejarme con el agua al cuello?

—Estoy enterado de que me mintió descaradamente. Ya sé que contrató a los secuestradores para que la raptaran esa noche. No había nada en la propiedad de valor, salvo algunas pocas joyas de la condesa. Pero no era suficiente, ¿pretendía negociar con Wyatt? Aún no entiendo cuál era su finalidad. Supongo que solo usted lo sabe.

—Ella no debía quedarse con absolutamente nada de mi herencia. El señor Peasly negoció un acuerdo prematrimonial muy ambicioso. Mi padre no debió ceder, estaba obsesionado por Grace. Una mujer que ni siquiera llega a mi edad. ¿Y la convirtió en mi madrastra? Estoy ahogado de deudas y ella mermó mi patrimonio. Wyatt la quería, iba a darme lo que fuera. Solo fingí un secuestro, para después rescatarla y que ella me estuviese agradecida. Ya había accedido a darme dinero, solo faltaba que me obedeciera como cabeza de familia y aceptara casarse con Wyatt. Él habría dejado una fortuna en mis manos.

—Una que igualmente usted habría despilfarrado. Es su propio enemigo, Worcester. ¿Aún no se da cuenta? Eso que hizo con Grace fue bajo. Muy bajo. Contratar a criminales, dejar a una inocente mujer en sus garras. ¿Qué control tenía sobre esos hombres? Ninguno. ¿Y si la hubiesen dañado? ¿No piensa?

—No seguiré perdiendo mi tiempo con usted.

Dalton intentó forcejear. Trató de escapar del agarre severo del duque. Pero, las manos de su excelencia aún rodeaban su cuello.

Norfolk no iba a dejarlo escabullirse sin darle un escarmiento. Presionó con más fuerza. Sentía cercano el final del conde. Se lo merecía. El cerco era cada vez más cerrado, dificultándole respirar.

—Primero ajusté cuentas con Wyatt, segundo arreglé mi asunto con Su Majestad, ¡pero después iba a cazarlo a usted y darle su merecido! —gruñó, clavándole la mirada turbulenta.

—No pue-de tocarme, no pue-de tocar-me y que-dar impune. Es un du-que, no Dios —balbuceó con el aire que le quedaba.

—No va a morir en mis manos, sería ponerle muy fácil la tarea de salir huyendo de esta vida con todas las humillaciones y los daños que ha causado. Sin Wyatt, usted es hombre muerto. ¿Lo sabe? Su única oportunidad de seguir respirando será terminar en la prisión de los deudores. Es una pena más justa. Sufrir lentamente. Pero le debe a gente muy peligrosa, dudo que se

muestren tan misericordiosos como yo. Ellos van a lastimarlo.

—Usted es macabro, Norfolk. Me acorraló, me dejó indefenso y las hienas vendrán por mí.

—¡No vuelva a acercarse a Grace! Le reitero que si antes de irse de este mundo, abre la boca para perjudicar su buen nombre, lo haré resucitar para hacerle pagar. No me provoque más, estúpido. No sabe a quién desafía.

Lo liberó de un fuerte empujón. Si seguía estrangulándolo, iba a acabar con su vida y necesitaba que su sufrimiento se prolongara. Dalton cayó de espaldas, llevándose las manos al cuello y tratando de llenar sus pulmones.

Después de abandonarlo con un gesto despectivo, el duque subió a su carruaje y dio la orden de que lo sacaran de allí.

Capítulo 33

Grace viajó a Londres escoltada por lady Abbott y los guardias de Norfolk, para reunirse con Isabelle y sus demás amigas. Fue inevitable que todas preguntaran por los avances del compromiso. Pero hacía tres días que la efusividad del duque fue remplazada por un témpano de hielo. No sabía nada de él, ni sorpresas románticas a medianoche, ni absolutamente nada. Trató de concentrarse en los planes que hicieron las damas, sobre cómo emplear lo recaudado en la subasta. Intentó sonreír y mostrarse tranquila para no preocuparlas. Pero lo cierto era que los tres días sin ver a Norfolk le causaban un pesar del que no podía librarse.

Salir a la ciudad la hizo cambiar de aires, y no seguir preguntándose en silencio cuándo retornaría Desmond. Pero en el carruaje de regreso a Clearwater, con lady Abbott, la dama le posó la mano enguantada sobre la suya.

—Paciencia. Necesitarás mucha para enfrentar esta situación. El luto, las aspiraciones de Su Majestad, el temperamento de ese duque aparentemente esquivo.

Ella respondió con un suspiro. No le había externado su preocupación, pero parecía que a la dama no se le escapaba nada.

Cuando terminó la semana, el vacío era insoportable. Una misiva llegó justo cuando estaba a punto de desesperar. Lady Abbott la miró también llena de curiosidad, Grace negó.

—Asuntos ineludibles lo han mantenido ocupado —reveló.

—Es un duque. Lo que indica esa carta no es descabellado. No obstante, no te veo contenta. A mí no me engañas, Grace. ¿Qué sucede?

—Cuando nos despedimos, parecía más interesado. Prometió que vendría pronto —confesó.

—No quiero desanimarte. Pero he escuchado tantas historias. Los caballeros son inestables. Un supuesto carruaje averiado y una dama que se queda esperando en un baile por un acompañante que nunca vendrá. —Lady Abbott se llevó una mano de modo teatral a la frente—. Un viaje inesperado al extranjero por asuntos familiares. —Alzó dos veces las cejas para enfatizar su punto—. Una cita en Gunter's pospuesta por el clima, pero que no se retoma jamás.

La mujer se notaba angustiada.

—Lady Abbott, si lo que desea es levantarme el ánimo, le advierto que solo me está

hundiendo más —expresó con tristeza.

—Lo siento. Lo siento muchísimo. No sé cómo ponerle freno a esta boca. Yo misma estoy en un sinvivir.

—¿Usted por qué sufre a la par de mi zozobra?

—Te aprecio, Grace. Desde que te tomé bajo mi ala, no solo eres mi proyecto, me preocupo en realidad por ti. Creo que es momento de que Ferdinand Peasly se involucre. No pensé que lo diría, pero tu padre debe hacer un acuerdo con el duque que te beneficie. Los hombres suelen perder interés cuando obtienen la recompensa carnal. —Casi se ahoga con la expresión utilizada, pero se explicó lo mejor que pudo—. Y todas las promesas terminan en nada.

Grace entendió a lo que se refería.

—Si un hombre pierde interés tras... Si sucede es porque sus promesas fueron tan solo ardides para conseguir un propósito, pero jamás hubo amor. Lo que ocurre entre Norfolk y yo es de otra índole. Soy yo la que he fallado.

—Pero tú, ¿cómo?, criatura. Con la vida que has tenido deberías estar exenta de culpas en historias de amor.

—No lidio bien con la incertidumbre. Resolveré lo que sea que está sucediendo. Aclararé lo que ocurre, aunque el desenlace no sea el anhelado.

—¿Qué quieres decir, Grace? ¿Debo alarmarme?

—Iré a Primrose Palace, ahí se oculta el duque de mí.

—No, no. No debes confrontarlo. Eso le corresponde a tu padre, a tu primo... —Casi se desmaya al verla tomar su capa, decidida a viajar.

Aunque lady Abbott trató de persuadirla, o en su defecto, acompañarla, Grace se negó con firmeza. No pudo seguir dilatándolo. Tuvo que exigirle a lady Abbott que esta vez no la acompañara, y viajó en un carruaje con el escudo del ducado de Norfolk rumbo al palacio, custodiada por los hombres de Desmond.

El mayordomo lamentó tener que interrumpir en el salón donde el duque llevaba horas dándole vueltas a un brandy en su copa, sin probarlo. Cuando supo quién lo estaba visitando, no la recibió en un sitio más apropiado, la hizo pasar a su refugio personal.

Ella quedó perpleja al observarlo. No era ninguna de las facetas de Norfolk que conoció. Ni el duque huraño, ni el amante juguetón. Su peinado no estaba ordenado, ni su ropa tan prolija como de costumbre. Era apenas la hora del desayuno y él parecía que había pasado la noche en vela, debatiendo si debía dar un trago a su bebida o dejarlo pasar.

—¿Dormiste? —le preguntó Grace, aún bajo el umbral de la puerta. El salón tenía las ventanas cerradas, las cortinas desplegadas y se sumía en penumbras. La palidez de la piel de Norfolk resaltaba y sus pronunciadas y violáceas ojeras eran notorias.

—Llevo noches sin poder dormir bien. —Intentó ponerse de pie por educación, pero ella lo excusó.

—No te levantes.

Él le señaló la confortable butaca a su lado, dejó la copa sobre la mesa cercana, y volvió a la misma posición en que lo encontró, replegado en su sillón de cuero marrón.

Grace tomó asiento, sin un recibimiento más cálido. No hubo besos, tampoco una sonrisa, menos una palabra con la que confirmara que estaba feliz de tenerla ahí.

Desmond no se esforzó en acomodar su apariencia. Solo la miraba. Tampoco corría a abrazarla, y ella se reprimió los deseos de estrecharlo entre sus brazos. Verlo dolía. Pensar en la posibilidad de perderlo la lastimaba tanto como agonizar.

Ella quiso preguntarle por qué no la había visitado. Más, después de las promesas con las que se fueron a dormir la última noche, pero no pudo presionarlo.

—Te he extrañado. —Fue sincera.

—Quiero que sepas que he solicitado una licencia especial para casarme contigo. Como dijo tu padre, Londres ya debe saber de mi interés por ti. No quiero arruinar tu reputación.

—¿Mi padre?

—El señor Peasly y yo hemos hablado. Es un hueso duro de roer, se preocupa por ti.

—Espero que haya sido una buena conversación. Me habría gustado estar presente, mi padre a veces es... ¿Te casarás conmigo por las razones correctas o por no arruinarme? —preguntó incómoda de pronto, interrumpiéndose a sí misma.

—Ni siquiera expuse las razones que pudieron terminar en la anulación del anterior matrimonio. Como afirmaste, la prueba que tenías a tu favor, ambos nos encargamos de invalidarla. Podría buscar algún entresijo de la ley para conseguir una anulación por otro motivo, pero preferí dar argumentos más sólidos. Dije que estamos enamorados, y que podríamos

sucumbir al pecado si tenemos que esperar un largo tiempo para unirnos en santo matrimonio.

—¿Todavía te quieres casar conmigo porque me amas? —Necesitó preguntar, precisaba una confirmación. Las dudas al respecto la inquietaban.

—Me casaré contigo porque te amo, Grace. Te amo.

Grace inspiró hondo. Escucharlo hablar con firmeza de la boda y de su amor le devolvió la fe. Trató de no exteriorizar la tranquilidad que se iba apoderando de ella, después de todos los supuestos finales de su impetuosa relación proferidos por lady Abbott.

—También te amo —reveló desde el fondo de su alma. Y, aunque su confesión era tan importante que hasta sintió cómo se le erizaba la piel, y algo se sobrecogía en su estómago, no pudo abandonar su silla y lanzarse a sus brazos. Necesitaba que Desmond le demostrara sus sentimientos con todo su cuerpo, con sus labios, con su calor. Él seguía impávido en su sitio—. ¿Lo hablaste con Su Majestad? —Trató de no juzgar, se concentró en averiguar más. Quizás, después de todo, era cierto que estaba ocupado. Se veía agotado.

—¿Por qué tendría que dialogar mis asuntos privados con la reina? —soltó muy bajo.

—Estuviste casado con alguien de su familia, se dice que eres uno de sus duques favoritos. —Iba despacio, tampoco sabía muy bien lo que hacía. Ya se estaba arrepintiendo de estar ahí, pero tenía un propósito.

—¿Y? No entiendo el punto.

Grace entrecerró los ojos y se lamentó por no ser más clara. Después rogaría el perdón de lady Abbott por exponerla. Pero no podía seguir teniendo secretos para Desmond, ninguno.

—La reina le dio a lady Abbott la misión de emparejarte antes de que terminase la temporada. Y, aunque no debemos a la casamentera los sentimientos que albergamos el uno por el otro, supongo que Su Majestad no tenía en mente a una viuda de mi edad con el luto apenas por cumplir.

—¿Eso te preocupa? —Negó—. Ya una vez me casé con quien mi madre y su esposo exigieron. Supongo que la Corona habrá movido sus hilos también para que Rebecca y yo hiciéramos un buen matrimonio. Resultó bien todo el tiempo que duró, a pesar del triste desenlace. Así que, a mis años me rehúso a seguir consejo alguno de nadie para elegir esposa. Menos de lady Abbott —bufó—. Y tu edad es perfecta, ¿qué demonios haría yo con una debutante? Busco una pareja, no alguien a quien le triplique la edad. No tendríamos ni de qué conversar.

—Aún necesitas un heredero. —La tranquilidad que creyó sentir, no se experimentó como

ella esperaba.

—Eso no es cierto, tengo a mi primo —replicó.

—El heredero es el motivo principal por el que Su Majestad desea verte casado con una mujer joven.

—No te angusties más por lo que los demás piensen. Para mí eres joven, Grace. Solo a nosotros nos corresponde decidir.

—¿Entonces, todo está bien entre los dos? —repitió ella. No le quedaba claro. Suspiró. No sabía dónde encontrar respuesta a su ausencia, intuía que algo callaba. Él la miró a los ojos y se limitó a asentir. Pero seguía ahí sembrado en su silla, sus fuertes brazos no la rodeaban, ni sus labios habían exigido devorar los suyos. Era un hecho que la certeza que Grace creyó conseguir con aquel «te amo» del duque, se tambaleaba—. ¿Y si todo está bien por qué la distancia? Estuve en Londres y no tuve el valor de visitarte, no quería estar donde no fui requerida.

—Lo sé. Fui informado. Perdóname por mantenerme apartado, estuve muy ocupado. Yo...
—Los pretextos, justo como los enumeró lady Abbott.

El alma de Grace tembló.

—No te detengas, habla —exigió valiente.

—Ya sé quién está detrás de tu asalto.

La piel de Grace se le erizó por completo al escuchar esas palabras. Había hablado sin parar desde que llegó, y aunque todo lo que expresó eran incertidumbres que le estrujaban el alma, no era el motivo primordial de su presencia. La angustia de lo ocurrido durante la subasta y el silencio que mantuvo al respecto, la laceraban por dentro, también le robaban el sueño. ¿Y si él resultaba lastimado por ella no confesar la verdad? Después de lo que hizo Wyatt lo creía capaz de todo.

—Antes de que prosigas tengo algo que confesar —dijo ella al fin. Sin secretos, sin omisiones, le revelaría lo ocurrido.

La expresión mortificada de Desmond cambió a interesada. Dejó de estar replegado en su asiento, y se envaró prestándole toda su atención.

—Tras años de matrimonio con Worcester, llegó alguien a nuestras vidas. Esa persona se mostró amable conmigo, se preocupó por lo que nadie más que mis primos parecían notar. Comprendió que no era feliz y me sentí atraída. Necesitaba soporte, contención y él me lo brindó en ese momento. Le entregué mi afecto, mi confianza... Tuvimos un romance y si me lo hubiese

pedido, habría escapado con él... —El silencio se alargó más de dos minutos. Ella no tenía fuerza para seguir contando, él solo la estudiaba. Al fin, Grace encontró la fortaleza para proseguir—: Si consideras que no soy digna de ti, lo entenderé. Discúlpame por haber callado. No quería perderte. Ese hombre y yo...

—Aguarda. No tienes que continuar. Jamás te exigiría tener que develar tu pasado para considerarte digna de merecer mi amor. Grace, también tengo una historia. Y lo que sea que le entregaste a él, no cambiará en nada nuestra relación.

—Pensé que odiarías saberlo.

—Me duele que lo creyeras. La mayoría de los hombres consideramos tener derechos que en realidad no nos corresponden. Ninguna dama juzga la trayectoria romántica de un caballero, así que no soy quién para hacerlo contigo. Te veo como a una igual. Jamás he subestimado a las mujeres...

—¿Y si no tienes problemas con mi pasado, por qué llevas una semana alejado? —reclamó con la voz rasposa.

—Como te decía, estuve muy ocupado. —Su serenidad la hizo desconfiar—. Principalmente, anduve tras la pista de quién dio la orden de capturarte y, como acabo de informarte, ya conozco su identidad.

—¿Lo mataste? Por eso luces tan... —Claro, su aspecto podía deberse a...

—No. —La negativa de Norfolk cortó de golpe sus conjeturas.

—¿Fue Wyatt?

Hasta ese segundo ella no había develado el nombre del hombre con quien tuvo una aventura. Por la mirada de Norfolk supo que no le sorprendía.

—No debiste venir. Vamos, te acompañaré de regreso.

Desmond se puso de pie y le extendió la mano para ayudarla a abandonar la butaca. Grace la tomó y sintió un calambre recorrer sus dedos enguantados, cuando hicieron contacto. Aunque sus ojos se miraban, no lograban conectar. Parecía que Desmond no le daba entrada. Así que reprimió un suspiro. Odió la sensación que la recorrió, «todo estaba bien», pero él se mostraba como un caracol encerrado en su caparazón. Ni siquiera reaccionó u opinó lo que fuese ante el nombre de Wyatt.

—¿Qué demonios sucede?! —Grace estalló—. Si te vas a casar conmigo, escúpeme el veneno que sientas cuando algo no te guste, pero no te lo tragues en silencio. Tú lo propusiste,

contarnos todo. Es verdad que me guardé que tuve un amante, un malagradecido y desleal amante que me abandonó cuando más lo necesitaba. Me aferré a Wyatt como a la única tabla de salvación en medio del naufragio que fue mi matrimonio con Worcester. Pero cuando mi esposo lo descubrió todo y llamé a la puerta de mi supuesto salvador, no me abrió los brazos, no me protegió. Me obligó a volver con mi verdugo, incluso, sabiendo que pretendía refundirme en el campo. Él solo quería la posición que le daría casarse conmigo cuando mi anciano esposo llegara al final de sus días. Podía esperar. Yo no quería. Vi a Wyatt sin sus máscaras, y ya no pude sentir nada más que desprecio hacia él. Buscaba la anulación, era mi único propósito. Me mantuve virgen y honorable hasta que lograra conseguir la justicia. Nadie debe obligar a una persona a unir su vida a otro ser en contra de su voluntad.

Norfolk aguantó estoico a que se desahogara, intentó reprimirse, apegarse a su manera de encarar los problemas; pero más que nunca entendió que no era de piedra.

—Lo lamento. Merecías un hombre que te tomara de la mano y no te la soltara jamás.

—Y si eres tan comprensivo, ¿por qué sigo sintiendo frío cuando me miras? ¿Por qué tu expresión no concuerda con tus palabras?

—Debes volver a Clearwater, Grace. Voy a llevarte.

—¿Y te quedarás con nosotras?

—No —dijo muy serio—. Tengo que ocuparme de nuestros asuntos. Y lo mejor es que no nos vean juntos, por ahora. Al menos no en una situación que nos deje vulnerables.

—¡No soportaré este infierno! ¡No me casaré contigo hasta que no me muestres al Norfolk que me abrió su corazón! Al hombre encerrado dentro de la rígida armadura no lo quiero —lo desafió decidida a llegar hasta las últimas consecuencias, aunque abandonarlo le desgarrara el corazón.

—¡No! —ordenó y la enlazó sorpresivamente por el talle, renuente a perderla. Su boca impertinente buscó los labios enfurecidos de Grace, pero ella le negó el acceso. Eso lo desestabilizó—. ¡Él iba a lastimarte! En la subasta, ese sinvergüenza te acorraló mientras yo quedé como un imbécil, aguardándote en mi silla. De no ser por tu padre, el malnacido habría logrado su propósito. Dije que no me importa tu pasado, que no seré un cavernícola que se encela de lo que sucedió contigo antes de llegar a tu vida... Pero eres mi mujer, y un hombre estuvo a punto de dañarte. Arribé cuando el maldito se daba a la fuga y callaste. Tu padre y tú lo encubrieron. No puedo entender, ¿por qué no confiaste en mí? Yo lo habría perseguido y lo habría degollado sin permitirle siquiera ofrecer una absurda explicación. He jurado protegerte con mi vida, pero no puedo hacerlo si solapas a ese desgraciado.

Grace se quedó helada y comenzó a palidecer; no obstante, Desmond no la soltó.

—No lo solapo. No sabía cómo decírtelo, ya me había callado en un principio que tuve una aventura con él. La bola de nieve se hizo más grande hasta que me pasó por encima.

—Cuando tu padre supo que te tenía en Clearwater vino a exigirme, a reclamarme... Estaba ofendido. Discutimos y no sé cómo terminamos hablando de esa noche. Wyatt me aseguró que en la subasta corríste a sus brazos para traicionarme.

—Es mentira.

—Nunca creí en su falsa acusación. Pero alguien te había atacado y tu padre lo vio. Lo presioné hasta que confesó la verdad. ¿Sabes cómo me siento? Tuve el cuello de Wyatt a mi alcance y lo dejé escapar, solo lo creí un fanfarrón. Y resulta que estuvo a punto de abusar de ti. —Se veía tan atormentado.

—No quería arruinarlo, no quería arruinarlo —balbuceó, entendiendo el porqué de su enfado, de su distancia.

—Tú no lo arruinaste, Grace. Yo lo hice —admitió derrotado—. Soy un hipócrita. Worcester ordenó tu secuestro porque necesitaba dinero. Iba a fingir ser tu salvador, pensó que por la deuda moral, lo escucharías. Pretendía casarte con Wyatt, su gallina de los huevos de oro. Por eso no he tenido el valor de mirarte a la cara. Yo lo provoqué. Me gustabas. Era viudo y te veía a lo lejos ser infeliz, casada con ese malnacido. Poco a poco, lentamente, me fui enamorando. No te sacaba del pensamiento. Supe que Dalton estaba a punto de llevar a la quiebra a su padre, compré deudas... No lo provoqué, pero vi que se hundía y me aproveché para no dejarlo salir a flote. Por eso cubrí el valor de tu herencia. Odiaba a tu esposo por tenerte.

—Pero tú no causaste su muerte.

—No sabía que el anterior Worcester no iba a soportar la noticia.

—Cuando la reina te pidió ayudar a Dalton, lo hiciste. —Intentaba razonar. Su corazón latía descontrolado y el del duque, cercano a su pecho, también.

—Traté de enmendarlo, pero ese condenado no me permitió guiarlo. Si me hubiese escuchado cuando quise ponerle remedio al desastre, habría salvado su patrimonio, o la mayor parte de él.

—No es justo que te culpes. Dalton iba a arruinarse con o sin tu intervención. Y las decisiones que tomó, antes o después, son su responsabilidad, no la nuestra. Es una pena que no me hayas hablado de tus sentimientos, de lo que despertaba en ti.

—Eras una mujer casada.

—En realidad, solo era una prisionera. Si me hubieses contado tus planes, te habría alentado a luchar por mí.

—De haber sabido que existía una posibilidad de anulación del lazo que te unía a ese hombre, la habría conseguido. Perdóname, por lo que hice mal debido a mi soberbia, o por lo que no hice por causa de mi idiotez o cobardía.

—Desmond, siento haber callado, no confesar que le vi la cara a mi atacante y que conocía su identidad. No solo temía desilusionarte, también que descargaras tu furia contra él y que terminaras en problemas con la justicia.

—No más secretos, no más verdades a medias.

Se miraron a los ojos, temblando. Él exhaló con fuerza, se sentía sin un peso enorme tras sincerarse con Grace y ella respiraba entrecortadamente, con idéntica sensación. La verdad los liberó de los remordimientos.

Desmond le acarició la mejilla con la yema de los dedos.

—¿Qué más hablaste con mi padre?

—Le prometí que en seis meses estaremos casados.

—¿Seis meses?

—El arzobispo de Canterbury es un hueso más duro de roer que tu padre. Me exigió dos años de espera para respetar tu luto, me negué con ímpetu. Propuso muy prepotente año y medio, y también rechacé su generosidad. Indicó con gentileza un año, me reí en su cara. Habló de seis meses y me mostró su lado más intransigente. Me restregó en el rostro que ya hacía una excepción a las buenas costumbres.

—Oh.

—Le dije irónico que si Dios me premiaba con un hijo varón iba a nacer bastardo debido a su obcecación, y que tendría que justificarse ante la mismísima reina.

—Pero ella no sabe de lo nuestro.

—El arzobispo no está enterado de que he caído en desgracia delante de Su Majestad.

—¿Cómo es posible?

—Me negué a ayudar a Worcester, por obvias razones. Hasta la última desactualizada información del arzobispo, yo continuaba siendo uno de los duques favoritos de la reina, al que

jamás le negaba absolutamente nada. Autorizó la boda para dentro de seis meses. Pero, aceptó que, si por la voluntad del Creador la futura duquesa quedase en estado de buena esperanza, podríamos casarnos en el justo momento de la más mínima sospecha. Después me dio un sermón y me instó a respetarte hasta el matrimonio.

—Entonces, si deseamos casarnos antes, ya sabemos lo que tenemos que hacer —sugirió con picardía.

—Mmm, no, no estoy de acuerdo. El sermón del religioso ha removido mi conciencia. —Grace adoró el sarcasmo que escuchó de sus labios. Era la faceta de Norfolk que amaba—. Quizás no venga mal un poco de abstinencia. Él asegura que, si la semilla aún no está dentro de ti, debemos mantenernos alejados y no caer en tentación y seguir pecando —bromeaba con soltura y ella sonrió.

—Eso me gusta, Desmond, que seas tan obediente.

Sus bocas se buscaron con desespero, un beso apasionado que los llenó de sensaciones placenteras, de pasión, de agradecimiento. Tanto sufrieron, tanto temieron. Pero tras liberar los miedos, las preocupaciones y las culpas, solo quedaron dos corazones dispuestos a amarse, a aferrarse uno al otro con una entrega absoluta.

—Te amo mucho, Grace. No puedo esperar seis meses para que seas mi esposa.

—Tampoco voy a esperar. La paciencia no es mi mayor virtud.

—La mía menos.

Se besaron como dos locos desenfrenados. Él olía tan bien y su piel tenía la temperatura perfecta. Lo necesitaba, ella lo necesitaba tanto. Desanudó la corbata y después comenzó a zafar los botones de la blanca camisa. Acarició los duros pectorales, ardiendo de deseos por ese hombre. Recorrió con sus labios el cuello del duque, y después continuó hacia el sur.

Cuando Desmond entendió qué rumbo perseguía su prometida, la expectación lo desbordó de placer. La lengua de Grace descendió por la línea central de su abdomen, mientras liberaba su erección de la prisión de sus pantalones.

—¿Qué haces, amor? —preguntó arrebatado.

—Es mi turno de darte el ungüento milagroso.

—Oh, por Dios.

Desmond cerró los ojos cuando ella tomó su hombría y, tras masajearla, la atrapó con su boca. No tardó en abrir los párpados para contemplarla. Estaba renuente a perderselo, iba a

memorizar esa imagen. Se rindió ante los cuidados de su futura duquesa, hasta que ya no pudo más y necesitó enterrarse en su cálido refugio. La tomó por la cintura y caminó sosteniéndola hasta recostarla contra las robustas estanterías de libros. Hizo que rodeara sus caderas con sus piernas y hurgó debajo de su falda hasta encontrar el camino. Besó su boca, acarició su inflamado botón, y mientras sus labios se negaban a soltarse, mirándola a los ojos, se amaron sin reservas hasta que ambos tocaron el cielo.

Capítulo 34

El corazón de Grace estaba desbordado de felicidad. Iba a casarse. Dos meses habían pasado y hacía uno que no veía bajar su sangre. El novio tenía un brillo en la mirada muy particular, jamás lo vio tan feliz. Con su frac negro a los pies del altar, le parecía el hombre más guapo del mundo.

Ella lucía esplendorosa, su flamante prometido le obsequió joyas hermosas para llevar en la ceremonia. Pero, sin duda, su favorita fue un sencillo broche elaborado con la plata de la tapa del frasco de perfume de peonías que perteneció a su abuela y que representaba la flor. Era un aroma que le rememoraba tiempos felices y que también la acompañaría en lo adelante, para construir buenos recuerdos.

Por supuesto que Su Majestad se pronunció al respecto de la boda apresurada. Odió que no se casaran en una gran iglesia, y que escogieran la simplicidad del campo, y de una capilla modesta, para unir sus vidas. Pero ellos así lo quisieron. Las niñas sonreían felices. La familia y los amigos cercanos estaban presentes, y era todo lo que anhelaron para unir sus vidas ante Dios.

Bastante revuelo causó su acelerado casamiento, los pasquines de Londres no cesaron de conjeturar, pero nadie se atrevió a reconocer su autoría en ninguno de sus artículos. Norfolk, guiado por la dulzura y la tranquilidad de Grace, tuvo que dejarlo pasar. Una mirada de la duquesa o una sonrisa ablandaba el corazón del huraño duque.

La temporada llegaba a su fin y ellos se retirarían a la privacidad de sus tierras más lejanas a descansar. No participarían en los eventos de verano. Las niñas y el nuevo matrimonio querían estar solos, era momento de compartir en familia, de olvidarse de las influencias externas y ser ellos mismos sin tener que cumplir sus roles en la sociedad.

Grace fue feliz rodeada de las ocurrencias de las pequeñas damitas y de las criaturas salvajes que habitaban en los bosques del ducado, montando a caballo por los prados, perseguida por Desmond, amándose en cada rincón de sus vastas tierras.

Para cuando la siguiente temporada hiciese su arribo, esperaban no ser el tema más novedoso o espectacular que predominara en los cotilleos. Pero, si lo fueran, sabrían sobrellevarlo y continuar con la frente erguida.

Regresarían a Primrose Palace como los duques de Norfolk, y una historia diferente se escribiría.

Epílogo

Meses después, Londres.

Cuando las primulas abrieron al inicio de la primavera en los jardines de Primrose Palace, Grace sintió que ya era el momento. Trataba de respirar profundo, guiada por las indicaciones del doctor Emerson. Pujaba con todas sus fuerzas cuando el médico lo ordenaba.

Las gotas de sudor cubrían la frente del galeno. La última vez que trajo a una criatura al mundo en esos aposentos, fue un acontecimiento triste y desolador. Que el duque lo eligiera otra vez para dirigir el parto de su esposa, lo calmaba, era una prueba de que aún tenía su confianza. Pero que el parto de la nueva esposa fuera gemelar, como le indicaban sus exploraciones, no lo dejaba muy bien parado.

—Vamos, corazón. Tú puedes —la animó la tía Marybeth con el semblante afligido. De vez en cuando miraba en dirección de Norfolk, sabía que libraba una guerra interior con sus nervios.

—Hija, todo saldrá bien —la apoyó Nora, sosteniéndole la mano. Para la duquesa era importante que su madre estuviese ahí.

El grito de la parturienta aceleró el corazón del duque. Pero Norfolk se mantuvo estoico. Quería que ella encontrase en su semblante, paz, ánimos y serenidad. Dios no iba a entregarle a Grace para después arrebatársela. Ya había ocurrido una vez con Rebecca y él no se merecía tal castigo del Creador.

Rose y Daisy, también estaban presentes. La primera trataba de aplacar la incertidumbre del duque, la segunda seguía atenta las indicaciones del médico para el bienestar de su prima. Las hermanas eran un equipo, unidas para ayudar al matrimonio.

Un hermoso varón terminó en los brazos de Emerson, quien soltó una risa de júbilo, mientras llamaba a su ayudante Diane para que lo asistiera con el pequeño y el cordón umbilical. Envuelto en un paño blanco, el primero en nacer ya estaba en brazos de su padre. Las contracciones no se hicieron esperar y Grace luchó para dar a luz a la siguiente criatura. Otro varón, que tras ser limpiado y atendido no tardó en acompañar a su hermano.

Grace no tardó en pedirlos y abrazarlos. Aún respiraba con dificultad, reía y a la vez lloraba, mientras los bebés buscaban su pecho para alimentarse.

Con los ojos aguados el gran duque de Norfolk contemplaba la escena. Siete hijos, cinco niñas y dos varones. Se juró que su esposa y él se cuidarían en lo adelante, no necesitaban más descendencia y no iba a arriesgar a su mujer nunca más. No celebraba, no cantaba victoria todavía. En el pasado lo hizo, y tras creer que ya habían superado lo peor, Rebecca se le escapó entre los brazos.

En medio de su labor, Emerson que sonreía jubiloso, notó la tensión que recorría a Norfolk.

—Todo estará bien, excelencia. Nunca se puede afirmar, pero con los cuidados habituales podrán buscar más hijos en el tiempo prudente.

—No. Ya mi casa es lo suficientemente grande, doctor. Grace y yo no necesitamos más herederos.

Se acercó a su esposa, puso una rodilla en el suelo para estar a su altura y la besó en la frente lleno de agradecimiento.

—Te amo, querida. Me has dado más de lo que necesito. Supongo que mi primo y heredero se pondrá contento, ya podrá retomar sus planes de viajar por el mundo.

Grace seguía sollozando con una sonrisa, mientras trataba de aquietar sin éxito el ritmo de su respiración.

—Nuestros siete hijos, somos muy bendecidos —dijo ella.

—Sí, amor. Cuánta bendición.

—¿Quieres volver a cargarlos?

En ese momento, los bebés soltaron el pecho y se durmieron complacidos. A ella se le cerraban los ojos. Necesitaba dormir para reponer fuerzas.

—Sí, voy a cuidarlos para que descanses.

—Tenemos a la nodriza y a la nana.

—Ya tendrán tiempo de ocuparse. Ahora seré yo quien disfrute de mis hijos. Además, sus hermanas no pueden esperar para conocerlos.

El duque salió con un bebé en cada brazo, no dejaba de contemplar sus hermosos rostros. Eran la mezcla perfecta de Grace y de él. Heredaron rasgos de cada uno. Parecían dos gotas de agua, con la diferencia de que uno tenía el incipiente cabello oscuro y el otro rubio.

Las niñas se arrebataron al conocerlos, jamás habían tenido un varón en casa y ahora tendrían dos. Juraron cuidarlos y ser buenas hermanas mayores.

Tras dejar a las criaturas descansando y a la madre también, Norfolk tuvo que enfrentar lo que seguía. Familia y amigos, estaban reunidos abajo, tal como sucedió en el nacimiento del hijo de Annalise y Jacob, para dar la bienvenida al nuevo integrante.

Marybeth y Nora se quedaron con Grace. Pero cuando Norfolk bajó, ya Rose y Daisy habían dado la noticia y todos celebraban.

—Dos herederos varones, qué hermosa familia —lo felicitó lady Abbott, contenta con el desenlace después de los sobresaltos que sufrió para que la pareja llegara al altar.

—Enhorabuena, primo —celebró Kilian.

—Jamás hubiese imaginado que terminarías casado con Grace. —Jacob le palmeó el hombro y lo abrazó, Annalise también lo hizo.

Edgar fue el siguiente que se aproximó, llevaba en los brazos al tembloroso Darcy. Trataba de calmar al pequeño can que estaba inquieto con tantas personas y sin saber qué ocurría con su dueña.

—Prepárate, serás el padrino de los mellizos —le aseguró Desmond con una amplia sonrisa.

Los duques de Weimar, los condes de Allard, los marqueses de Bloodworth, los vizcondes Sadice, los barones Peasly, los marqueses de Normanby, los condes de Pembroke festejaron un par de horas con Norfolk, y después se retiraron para dejarlo disfrutar a su familia.

Mientras todos acudían a los eventos de la temporada de 1869, los duques de Norfolk se acuartelaron en Primrose Palace para disfrutar de sus hijos. Él solo abandonaba el recinto para acudir a las sesiones del Parlamento o por cuestiones de negocios. Visitas recibían muchísimas, de familiares y amigos. La historia que escribían día a día era mejor de lo que hubiesen imaginado.

Las niñas estaban encantadas con sus hermanos, los que prosperaban cada semana. Dos bebés glotones y llenos de energía que les robaban sonrisas a todos. Grace tenía la familia que siempre soñó y que había temido jamás alcanzar. Darcy se volvió el consentido de la casa, recibiendo mimos de quienes lo rodeaban.

La reina se alegró tanto con el nacimiento de los mellizos, que convocó a Norfolk y por el trato que le dio, el duque comprendió que su estatus fue restaurado.

Bill Wyatt no regresó jamás a Inglaterra, sus heridas fueron tan severas y le costó tanto

recuperarse, que no quiso volver a provocar a su feroz contrincante.

Worcester se quedó sin nada, todos sus bienes fueron dispuestos para pagar a sus acreedores. Después huyó, lleno de humillación, no deseaba volver a toparse con sus enemigos. El escarmiento que sufrió en carne propia fue mayor que sus pecados.

Cuando las propiedades de Worcester fueron rematadas para cubrir sus deudas, Grace no pudo mirar hacia otro lado ante el destino de Worcester Manor y sus habitantes: criados y arrendatarios. Adquirió la propiedad y veló por estos, incluido el leal mayordomo, así como por las personas que trabajaban en Worcester House, brindó un sitio para cada uno. Los que desearon buscar otros horizontes, recibieron excelentes cartas de recomendación y sus pagos completos. La cacería del zorro quedó erradicada para siempre de esas tierras. Y Norfolk estuvo orgulloso de su duquesa por recompensar con su resguardo a todos aquellos que le sirvieron con lealtad y honor.

—Grace —le dijo una mañana cuando despertaron los ojos, mientras el sol primaveral se colaba por la rendija de la ventana—. Nunca tuvimos una luna de miel.

Aquello la despezó por completo, su duque pensaba en todo.

—¿Y quieres arreglarlo?

—En dos o tres meses, cuando los niños puedan quedarse con los padrinos, ¿te gustaría escapar conmigo? ¿Solos tú y yo?

—Edgar y Laetitia también son padres y con tantas responsabilidades con su marquesado... ¿No querrán viajar ellos? ¿Será demasiado dejarles a nuestros siete hijos y huir como dos enamorados?

—Aquí podemos recibir a nuestro sobrino cuando ellos tengan mi grandiosa idea, ¿qué decides?

—Contigo iría hasta el fin del mundo, Desmond. —Su pecho estaba rebosante de tanto amor, lo sentía latir al ritmo de su corazón. Era dichosa, por perderse en los ojos de ese hombre que la miraba con absoluta adoración.

Él inspiró, enamorado, el olor de sus cabellos. Ese aroma le llenaba el alma, lo hacía sentir en casa. La enlazó por la cintura y le salpicó de besos el hermoso rostro.



Próximamente



Serie Romances Victorianos VIII

El regreso del caballero

Daisy Peasly es la señorita más dulce, comprensiva y valiente. Mientras sus inseparables amigas disfrutaban sus temporadas, se enamoran y consiguen estupendos matrimonios, ella solo quiere sumergirse en sus libros románticos. Sueña, sin prisas, que algún día un caballero la cortejará y le declarará sus sentimientos, haciéndole vivir un amor arrebatador y para siempre.

Bradley Montagu ha recibido una carta de su madre, anunciándole el fallecimiento de su progenitor. Ahora es el nuevo **conde de Pembroke**. Debe abandonar Normandía y viajar para encargarse de sus responsabilidades, aunque lo lleve a enfrentar el pasado y heridas sin cerrar. A su regreso le espera el reencuentro con sus camaradas de Oxford y un lugar como exalumno en la regata más importante de Londres.

¿La vida les tendrá reservada una sorpresa cuando al fin se conozcan? ¿Enamorarse es una trampa del destino? ¿O el porvenir se construye al pasar cada página, como en esos libros de amor que lee Daisy?

Mile Bluett

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Amor Amor, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los *best seller* por los que se siente más agradecida son El corazón del duque, La pasión del marqués y Amor Sublime. Sus personajes más queridos: Lord Oso, el duque de Weimar, Morten y Sebastian Casals.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon:

<http://relinks.me/MilePDBluett>

Página web:

www.milebluett.com

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett

Agradecimientos

El recorrido ha sido largo, siete libros después. La aventura comenzó hace tres años. Pensar que falta poco para terminar la Serie Romances Victorianos me deja sin palabras. Espero, de corazón, que hayan disfrutado con Norfolk y Grace. Y también que les guste la siguiente entrega, Daisy y Pembroke.

Cerrar con Daisy y Pembroke me pareció apropiado, ellos estuvieron ahí brindando soporte a cada una de las parejas, portándose como los mejores amigos. Se me hace justo que nos cuenten su apasionada historia.

Millones de gracias a todas mis lectoras, por seguir a mi lado hasta aquí. Solo un libro más y después me enfocaré en otros proyectos que también merecen ver la luz. Mi agradecimiento a cada una por leer mis novelas, amarlas y regalarles un sitio especial en sus corazones.

A todas las hermosas románticas que tienen perfiles o páginas increíbles en Instagram, Facebook, TikTok, etc. A las que leen, reseñan, comentan, comparten, recomiendan, organizan preciosas lecturas conjuntas, hacen imágenes, videos, reels... Jamás me cansaré de agradecerles, porque sin el apoyo de cada una, las escritoras no llegaríamos a nuestros potenciales lectores. No nombro por temor a dejar a alguna fuera, lo que sería imperdonable.

Gracias, gracias, gracias.

Gracias a mi familia —mi madre, mi esposo, mi hijo— por el apoyo que me brindan mientras escribo.

A Pamela Díaz, Hilda Rojas Correa, por las preciosas portadas que diseña para mí, así como por sus diagramaciones en tapa blanda y dura. —Por tu paciencia y compromiso te mereces un diez—. Así como al Consejo Editorial, donde junto a Verónica Mengual, nos apoyamos y aprendemos juntas.

Agradezco a mi queridas Janette Bajuelo, Marlene Fernández, Maricela Gutiérrez y de nuevo, a Pame, por sacar espacio en sus apretadas agendas para leerme y ayudarme a pulir mi manuscrito.

Un muy especial agradecimiento, a mi estimada Cecilia Pérez de *Divinas Lectoras*, una gran amiga que me apoya desde mis inicios, y siempre con el mismo entusiasmo.

Gracias a otra amiga hermosa, Fanny MuSa, que siempre está al pie del cañón, al igual que las bellas del *Olimpo entre Libros*. Son tantas que no quiero dejar a nadie fuera, están en mi corazón, y no hago una lista para no pecar y olvidar alguna.

«En este hermoso camino de letras, todo apoyo suma, toda mano amiga es necesaria, por eso jamás me cansaré de agradecer».